

The cover art depicts a dramatic scene in a dark forest at night. In the foreground, a dwarf with a large, multi-colored mohawk and a key around his neck looks intently to the right. Behind him, a man with long blonde hair and a chainmail tunic holds a large sword. A glowing lantern is held up, casting light on the scene. In the background, a goat-like creature with horns is visible, and a figure on a crossbow is perched on a tree branch. The overall atmosphere is dark and mysterious.

**WARHAMMER™**

Una aventura de Gotrek y Félix

# MATATROLLS

William King



En lo alto de la colina, se alzaba el castillo con las murallas ennegrecidas por el fuego como una araña pétrea que se aferrase a la cumbre con marchitos pies de roca. Ante la abertura que dejaba la puerta destrozada, colgaban hombres que se balanceaban en el extremo de unas cuerdas como moscas atrapadas en una telaraña de un solo hilo.

—Ha llegado la hora de derramar un poco de sangre —dijo Gotrek.

Se pasó la mano izquierda por la

enorme cresta de cabello rojizo que coronaba su cráneo rapado y cubierto de tatuajes. La cadena que le perforaba la nariz tintineó con suavidad, en extraño contrapunto con el demencial rugido de su risa.

—Soy un Matatrolls, humano. Nací para morir en el combate. No hay lugar para el miedo en mi vida.

Matatrolls es la primera parte de la saga mortífera de Gotrek Gurnisson, relatada por su compañero de viaje Félix Jaeger. Ambientada en el mundo gótico y tenebroso de Warhammer,

Matatrolls es una novela que contiene las aventuras más extraordinarias de esta letal pareja de héroes. El lector de encontrará con monstruos, demonios, brujos, mutantes, orcos y seres aun peores mientras Gotrek sigue buscando una muerte honorable en el combate. Félix, por su parte, debe sobrevivir para contar la historia.



William King

# **Matatrolls**

**Warhammer. Una Aventura de  
Gotrek y Félix 1**

ePub r1.0

**epublector 28.12.13**







Título original: *Trollslayer*

William King, 1999

Traducción: Diana Falcón, 2000

Editor digital: epublector

ePub base r1.0



# Geheimnisnac

(Noche  
de  
Difuntos)

Después de los terribles acontecimientos y las angustiosas aventuras que tuvimos que soportar en Altdorf, mi compañero y yo huimos hacia el sur escogiendo cualquier senda al

azar. Utilizamos los medios de desplazamiento que se nos presentaron —diligencias, carros de campesinos o de transporte—, y recurrimos a los pies cuando fallaba todo lo demás.

Fueron tiempos difíciles y me sentía atemorizado. Daba la impresión de que a cada paso nos encontrábamos en peligro de que nos arrestaran para encarcelarnos o ejecutarnos. Veía alguaciles en todas las tabernas y asesinos a sueldo detrás de cada arbusto. Si el Matatrolls sospechaba que las cosas podían ser distintas, no se molestó en informarme de ello en ningún momento.

Para alguien tan ignorante del

verdadero estado de nuestro sistema legal como yo entonces, parecía probable que todo el aparato de nuestro poderoso y extenso gobierno estuviera abocado a aprehender a dos fugitivos como nosotros. En ese tiempo, yo no tenía ni idea de la forma débil y aleatoria con que se aplicaban los mandatos de la ley. En realidad, fue una verdadera pena que todos esos alguaciles y asesinos a sueldo que poblaban mi mente no existieran de hecho... porque si hubiesen sido una realidad, tal vez el mal no habría medrado con tanta fuerza en los confines de mi tierra natal.

La extensión y la naturaleza de ese mal iban a hacérseme muy

evidentes en un ominoso crepúsculo después de que subiéramos a una diligencia que partía hacia el sur. Tal vez fue la noche más fatídica de todo nuestro calendario...

**FÉLIX JAEGER,**

***Mis viajes con Gotrek,***

**vol. II,**

**Impreso en Altdorf, 2505**

—Malditos sean todos los cocheros humanos y todas las mujeres humanas —masculló Gotrek Gurnisson, y añadió una imprecación en idioma enano.

—Tenías que insultar a la dama Isolda, ¿verdad? —preguntó Félix

Jaeger, malhumorado—. Según están las cosas, hemos tenido suerte de que no nos dispararan, si puede llamarse *suerte* a que te dejen tirado en Reikwald en la Noche de Difuntos.

—Habíamos pagado nuestro pasaje; teníamos tanto derecho como ella de sentarnos en el interior. Los cocheros eran unos afeminados cobardes —refunfuñó Gotrek—. Se negaron a enfrentarse conmigo cara a cara. No me habría importado que me ensartaran con acero, pero que te llenen de perdigones no es muerte digna de un Matatrolls.

Félix sacudió la cabeza. Se daba

cuenta de que estaba a punto de sobrevenir uno de los estados anímicos más negros de su compañero. No habría manera de discutir razonablemente con Gotrek, y él tenía muchísimas otras cosas por las que preocuparse. El sol estaba poniéndose y confería una tonalidad rojiza a los bosques cubiertos por la bruma. Las sombras danzaban de modo ominoso y traían a la memoria demasiados relatos atemorizadores de los horrores que podían encontrarse bajo la copa de los árboles.

Se limpió la nariz con el borde de la capa, y luego se arrebujo en la lana de

Sudenland. Sorbió y levantó los ojos al cielo, donde ya eran visibles Morrslieb y Mannslieb, las lunas menor y mayor. Parecía que Morrslieb despedía un resplandor verdoso, que no era buena señal.

—Creo que estoy a punto de tener fiebre —comentó Félix.

El Matatrolls alzó la mirada hacia él y rió entre dientes con desdén. Bajo el efecto de los últimos rayos del sol agonizante, la cadena que le iba de una fosa nasal al lóbulo de la oreja del mismo lado dibujaba un arco sangriento.

—La tuya es una raza débil —dijo



Gotrek—. La única fiebre que siento esta noche es la fiebre de la batalla. Noto que canta dentro de la cabeza.

Se volvió y echó una mirada feroz hacia la oscuridad del bosque.

—¡Salid, pequeños hombres bestia! —aulló—. Tengo un regalo para vosotros.

Profirió una sonora carcajada y pasó un dedo pulgar por el borde de la hoja de su enorme hacha a dos manos. Félix vio que del dedo manaba sangre, y entonces Gotrek se chupó la yema herida.

—¡Sigmar nos libre! Cállate —le siseó Félix—. ¿Quién sabe lo que acecha

por ahí en una noche como ésta?

Gotrek lo miró con fiereza, y Félix vio que a sus ojos asomaba un destello de violencia demente. De modo instintivo, la mano de Jaeger se desplazó hasta quedar cerca de la empuñadura de la espada.

—¡No me des órdenes, humano! Pertenezco a la Antigua Raza, y sólo estoy obligado a los Reyes bajo la Montaña, aunque esté exiliado.

Félix hizo una reverencia formal. Estaba bien entrenado en el uso de la espada. Las cicatrices del rostro demostraban que había participado en varios duelos en sus tiempos de

estudiante; incluso en una ocasión había matado a un hombre, lo que le había supuesto el fin de una prometedora carrera académica. No obstante, no le gustaba la idea de luchar contra un Matatrolls. El extremo de la cresta de cabello de Gotrek llegaba sólo al pecho de Félix, pero el enano lo superaba en peso, y su cuerpo era todo músculos. Además, había visto cómo Gotrek utilizaba aquella hacha.

El enano interpretó la reverencia como una disculpa, y se volvió una vez más hacia las tinieblas.

—¡Salid! —gritó—. Me trae sin cuidado si todos los poderes del mal

andan por el bosque durante la noche. Haré frente a cualquier desafío.

El enardecido ánimo del enano rayaba en la furia. Desde que lo conocía, Félix había advertido que a los largos períodos de melancolía del Matatrolls, a menudo, seguían breves estallidos de cólera. Era una de las cosas que lo fascinaban de su compañero. Sabía que Gotrek se había hecho Matatrolls para expiar algún crimen; que había jurado ir al encuentro de la muerte en un combate desigual con algún monstruo pavoroso, y aunque parecía amargado hasta el punto de la locura, se mantenía fiel al juramento.

«Tal vez —pensó Félix— también yo perdería la razón si me hubieran condenado al exilio entre desconocidos que ni siquiera perteneciesen a mi raza». Sintió cierta compasión por el enloquecido enano, pues sabía cómo era eso de ser arrastrado fuera de casa por haber caído en desgracia; el duelo con Wolfgang Krassner había provocado un buen escándalo.

En ese momento, sin embargo, el enano parecía decidido a conseguir que los mataran a ambos, y él no quería participar en sus planes. Continuó avanzando con paso cansino mientras lanzaba alguna mirada de preocupación

a las brillantes lunas llenas. Detrás de él, Gotrek seguía vociferando.

—¿Es que no hay ningún guerrero entre vosotros? Venid a sentir la caricia de mi hacha. ¡Está sedienta!

Félix decidió que sólo un demente tentaría de aquel modo al destino y a los Poderes Siniestros en Geheimnisnacht, la Noche Misteriosa, en los más oscuros confines del bosque.

Percibió un canturreo en el pétreo, gutural idioma de los Enanos Montañeses y, luego, oyó una voz en Reikspiel.

—¡Enviadme un paladín!

Durante un segundo reinó el

silencio. La condensación de la niebla le había humedecido la frente. De pronto, desde muy, muy lejos, el sonido de caballos a galope recorrió la noche.

«¿Qué ha hecho este maníaco? — pensó Félix—. ¿Habrá ofendido a uno de los Poderes Ancestrales? ¿Acaso han enviado a sus jinetes demoníacos para que se nos lleven?»

Félix salió de la carretera, y se estremeció cuando unas hojas mojadas le acariciaron el rostro, pues tenían el tacto de los dedos de los muertos. El tronar de los cascos de los caballos se aproximaba, avanzando a una velocidad infernal por la senda del bosque. Sin

duda, sólo un ser sobrenatural podía mantener una velocidad tan vertiginosa sobre el serpenteante sendero. Al desenvainar la espada, sintió que le temblaba la mano.

«He sido un necio al seguir a Gotrek —se dijo—. Ahora jamás acabaré el poema». Podía oír el relincho de los caballos, el restallar de un látigo y el girar de unas ruedas colosales.

—¡Bien! —rugió Gotrek, cuya voz le llegó por el aire desde el camino que había dejado a sus espaldas—. ¡Bien!

Se oyó un poderoso bramido, y cuatro inmensos caballos negros como la brea, que arrastraban un carruaje



igualmente negro, pasaron a la velocidad del rayo. Félix vio que las ruedas rebotaban al pasar sobre una raíz que asomaba al sendero, y apenas pudo distinguir a un cochero embozado en una capa negra. Retrocedió y se acucilló entre los arbustos.

Oyó el sonido de unos pies que se aproximaban, y algo apartó los arbustos a un lado. Ante él se encontraba Gotrek, cuyo aspecto parecía más demente y salvaje que nunca. Tenía la cresta de pelo apelmazada; el cuerpo tatuado, sucio de barro pardo, y el justillo de cuero con tachones metálicos, desgarrado y roto.

—¡Esos insolentes han intentado pasarme por encima! —chilló—. ¡Vayamos tras ellos!

Dio media vuelta y echó a correr por el fangoso sendero con un trote veloz. Félix advirtió que Gotrek cantaba alegremente en Khazalid.



Un poco más adelante, por el camino de Bogenhafen, los dos llegaron a la Posada de las Piedras Erguidas. Las ventanas tenían echados los postigos y

no se veían luces; podían oír los relinchos procedentes de los establos, pero cuando miraron no vieron carruaje alguno, ni negro ni de otro color, sino algunos ponis asustadizos y el carro de un buhonero.

—Hemos perdido el carruaje. Lo mejor será conseguir una cama para pasar la noche —sugirió Félix, y le lanzó una cautelosa mirada a la luna más pequeña, Morrslieb, cuyo enfermizo resplandor verdoso era más potente—. No me gusta estar en el exterior bajo esta luz maligna.

—Eres débil, humano, y también cobarde.

—Tendrán cerveza.

—Por otra parte, algunas de tus sugerencias no carecen de mérito, aunque la cerveza humana es aguada, claro está.

—Claro está —respondió Félix. Gotrek no detectó el tono irónico de su VOZ.

La posada no estaba fortificada, pero tenía paredes gruesas, y cuando intentaron abrir la puerta descubrieron que estaba atrancada. Gotrek la aporreó con el extremo del mango del hacha, pero no hubo respuesta alguna.

—Puedo oler humanos dentro — declaró Gotrek, y Félix se preguntó

cómo podía oler algo que no fuese su propio hedor. Gotrek no se lavaba nunca y llevaba el pelo apelmazado con grasa animal para mantener en su sitio la cresta teñida de rojo.

—Se han encerrado, ya que nadie sale al exterior en Geheimnisnacht, a menos que sean brujas o amantes de los demonios.

—El carruaje negro estaba en el exterior —lo contradijo Gotrek.

—Sus ocupantes no andaban en nada bueno. Llevaba las cortinillas echadas y no lo coronaba ningún escudo de armas.

—Tengo la garganta demasiado seca

para discutir ese tipo de detalles. ¡Vamos, los de ahí dentro, abrid, o la emprenderé a hachazos con la puerta!

Félix creyó percibir movimiento en el interior y acercó una oreja a la puerta. Pudo distinguir murmullos y algo que parecían sollozos.

—A menos que quieras que te abra la cabeza, humano, sugiero que te apartes a un lado —le advirtió Gotrek.

—Espera un momento. ¡Oíd, los de dentro! ¡Abrid! Mi amigo tiene un hacha muy grande y una paciencia muy corta, así que os sugiero que hagáis lo que quiere y nos franqueéis la entrada.

—¿Qué has querido decir con *corta*?

—inquirió Gotrek, susceptible.

De detrás de la puerta les llegó un grito agudo, tembloroso.

—¡En el nombre de Sigmar, marchaos, demonios del abismo!

—Bueno, ya está bien —le espetó Gotrek—. He tenido más que suficiente.

El hacha describió un enorme arco en el aire cuando la echó hacia atrás, y Félix vio brillar a la luz de Morrslieb las runas que tenía grabadas en la hoja, al mismo tiempo que saltaba a un lado.

—¡En el nombre de Sigmar! —gritó Félix—. No podéis exorcizarnos. Somos simples viajeros agotados de cansancio.

El hacha se clavó en la puerta, y a la vez se escuchó el sonido de la madera al henderse y algunas astillas salieron despedidas por el aire. Gotrek se volvió a mirar a Félix y le sonrió con expresión maligna, y éste vio los huecos de los dientes que le faltaban a su compañero.

—Esta puerta es de pésima calidad —comentó Gotrek.

—Os sugiero que abráis mientras aún tenéis puerta —gritó Félix.

—Esperad —dijo la voz temblorosa—. Jurgen, el carpintero, me cobró cinco coronas por la puerta.

Fue retirada la tranca de la puerta, y ésta se abrió. Entonces, apareció un



hombre alto y delgado, cuyo rostro triste estaba enmarcado por blancos cabellos lacios. Con una mano asía una gruesa porra, y detrás de él había una mujer anciana que sujetaba un platillo sobre el que ardía una vela que goteaba cera.

—No va a necesitar el arma, señor. Sólo queremos una cama para pasar la noche —dijo Félix.

—Y cerveza —gruñó el enano.

—Y cerveza —asintió Félix.

—Montones de cerveza —añadió Gotrek, y Félix miró al anciano y se encogió de hombros con aire de impotencia.

En el interior de la posada, el comedor era de techo bajo, y la barra estaba hecha con tablones colocados sobre dos barriles. Desde un rincón, tres hombres armados, que tenían aspecto de buhoneros, los contemplaban con desconfianza. Cada uno había desenfundado una daga, y aunque las sombras les ocultaban el rostro, parecían preocupados.

El posadero hizo entrar a toda prisa a los recién llegados, y volvió a colocar la tranca en su sitio.

—¿Podéis pagar, *herr doktor*? — preguntó con nerviosismo, y Félix pudo ver cómo la nuez de Adán del hombre

se movía.

—No soy profesor, sino poeta — explicó al mismo tiempo que sacaba su fina bolsa y contaba las pocas monedas de oro que le quedaban—; pero puedo pagar.

—Comida —dijo Gotrek—. Y cerveza.

Al oír eso, la anciana estalló en lágrimas, y Félix la miró fijamente.

—La vieja está alterada —observó Gotrek.

—Nuestro Gunter ha desaparecido, precisamente esta noche —respondió el anciano mientras asentía.

—Tráeme cerveza —ordenó Gotrek,

y el posadero se marchó. Entonces, el enano se levantó y avanzó con pasos pesados hasta donde estaban sentados los buhoneros, que lo observaron con recelo.

—¿Alguno de vosotros sabe algo de un carruaje negro tirado por cuatro caballos negros? —les preguntó.

—¿Has visto el carruaje negro? —preguntó uno de los buhoneros, cuya voz traslucía miedo.

—¿Que si lo he visto? Esa maldita cosa casi me pasa por encima.

El hombre profirió un grito ahogado, y Félix oyó el ruido de un cucharón al caer contra el suelo. Luego,

vio que el posadero se inclinaba para recogerlo y comenzaba a llenar de nuevo la jarra.

—En ese caso, eres afortunado — declaró el buhonero más gordo y de aspecto más próspero—. Algunos dicen que ese carruaje es conducido por demonios. He oído decir que cada año pasa por aquí en Geheimnisnacht. Hay quien asegura que lleva niños pequeñitos de Altdorf, que son sacrificados en el Círculo de Piedras Oscuras.

Gotrek lo miró con interés, y a Félix no le gustó el giro que estaban tomando las cosas.

—Es seguro que se trata sólo de una leyenda —dijo.

—No, señor —gritó el posadero—. Cada año oímos el estrépito que hace al pasar. Hace dos años, Gunter miró por la ventana y lo vio; era un carruaje negro como el que ustedes describen.

Ante la mención del nombre de Gunter, la anciana comenzó a llorar otra vez. El posadero les sirvió guisado y dos grandes jarras de cerveza.

—Trae también cerveza para mi compañero —dijo Gotrek, y el posadero se alejó en busca de otra jarra.

—¿Quién es Gunter? —le preguntó Félix cuando regresó, y se oyó otro

lamento de la mujer.

—Más cerveza —pidió Gotrek, y el dueño de la posada contempló las dos jarras vacías con expresión atónita.

—Toma la mía —insistió Félix—. Dime, *mein* anfitrión, ¿quién es Gunter?

—¿Y por qué esa vieja aúlla en cuanto se menciona su nombre? —inquirió Gotrek mientras se limpiaba la boca con un brazo sucio de fango.

—Gunter es nuestro hijo. Esta tarde salió a cortar leña y no ha regresado.

—Gunter es un buen muchacho —intervino la anciana en tanto sorbía por la nariz—. ¿Cómo vamos a sobrevivir

sin él?

—Tal vez, sencillamente, está perdido en el bosque...

—Imposible —negó el posadero—. Gunter conoce los bosques de los alrededores como yo los pelos de mis manos. Debería haber llegado a casa hace horas. Temo que lo haya apresado la Secta con la intención de sacrificarlo.

—Es igual que lo que sucedió con la hija de Lotte Hauptmann, Ingrid —comentó el buhonero gordo, y el posadero le lanzó una mirada de profundo desprecio.

—No quiero que se cuente ninguna historia sobre la prometida de nuestro



hijo —respondió.

—Deja hablar al hombre —  
intervino Gotrek, y el buhonero le  
dedicó una mirada de agradecimiento.

—Lo mismo sucedió el año pasado  
en Hartzroch, al final del sendero. La  
esposa de Hauptmann fue a ver a su  
hija adolescente, Ingrid, justo después  
del ocaso, porque creyó haber oído  
golpes procedentes de la habitación de  
la muchacha. La hija había  
desaparecido. ¡Vaya usted a saber qué  
poderes de hechicería la arrebataron de  
su cama estando la casa cerrada con  
llave! Al día siguiente se dio la alarma,  
y encontramos a Ingrid. La hallamos

cubierta de moretones y en un estado terrible. —Alzó la vista hacia ellos para asegurarse de que le prestaban atención.

—¿Le preguntasteis qué había sucedido? —quiso saber Félix.

—Sí, señor. Al parecer, se la habían llevado unos demonios, seres salvajes del bosque, hacia el Círculo de Piedras Oscuras. Allí aguardaba la Secta con las criaturas malignas de los bosques. Iban a sacrificarla en el altar, pero ella consiguió liberarse de sus captores e invocó el buen nombre del bendito Sigmar. Mientras ellos se tambaleaban, Ingrid huyó, y aunque la persiguieron

no lograron darle alcance.

—Fue una suerte —comentó Félix con sequedad.

—No hay necesidad de mofarse, *herr doktor*. Fuimos hasta el Círculo de Piedras Oscuras y hallamos toda clase de rastros en la tierra removida, incluidas huellas de humanos, de bestias y de demonios de pezuña hendida, y un becerro destripado sobre el altar como un cerdo.

—¿Demonios de pezuña hendida? —preguntó Gotrek, y a Félix no le gustó la expresión de interés que había en sus ojos.

El buhonero asintió con la cabeza.

—Yo no me aventuraría hasta el Círculo de Piedras Oscuras esta noche —replicó— ni por todo el oro de Altdorf.

—Sería misión adecuada para un héroe —declaró Gotrek mientras le lanzaba una mirada significativa a Félix, que se sintió conmocionado.

—Sin duda, no querrás decir que...

—¿Qué mejor misión para un Matatrolls que enfrentarse a esos demonios en su noche sagrada? Sería una muerte magnífica.

—Sería una muerte estúpida —murmuró Félix.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

—Me acompañarás, ¿no? —dijo Gotrek en tono amenazador mientras pasaba el pulgar por el filo del hacha, y Félix advirtió que el dedo volvía a sangrar.

—Un juramento es un juramento —replicó, al mismo tiempo que asentía con la cabeza.

El enano le dio una palmada tan fuerte en la espalda que Félix pensó que le había partido las costillas.

—A veces, humano, creo que tienes sangre de enano corriéndote por las venas, y no porque ningún miembro de la Antigua Raza fuera a rebajarse a

semejante matrimonio mixto, por supuesto. —Regresó con pasos pesados junto a su cerveza.

—Por supuesto —replicó su compañero mientras le devolvía una mirada feroz.



Félix revolvió en su equipaje para sacar la cota de malla, y advirtió que el posadero, la esposa de éste y los buhoneros lo observaban pasmosamente. Gotrek se sentó cerca

del fuego; a la vez que bebía cerveza, mascullaba algo en idioma enano.

—No irás a acompañarlo de verdad, ¿no? —susurró el buhonero gordo, y Félix asintió.

—¿Por qué?

—Me salvó la vida. Tengo una deuda con él. —Félix creyó que era mejor no mencionar las circunstancias en las que Gotrek lo había salvado.

—Saqué al humano de debajo de los cascos de la caballería del Emperador —gritó Gotrek, y Félix asintió con amargura.

«El Matatrolls tiene el oído de bestia salvaje, y también el cerebro», pensó

para sí mientras continuaba sacando la cota de malla.

—Sí. El humano creyó que era algo inteligente presentar su caso ante el Emperador con peticiones y marchas de protesta. El viejo Karl Franz decidió responder, muy sensatamente, con cargas de caballería.

Los buhoneros comenzaban a retroceder.

—Un insurrecto —oyó Félix que decía quedamente uno de ellos, y sintió que se ruborizaba.

—Se trataba de otro impuesto cruel e injusto: una pieza de plata por cada ventana. Para empeorar las cosas, todos



los ricos comerciantes tapiaron sus ventanas y la milicia de Altdorf salió a abrir agujeros en las casuchas de la gente pobre. Teníamos razón de quejarnos.

—Hay una recompensa por la captura de los insurrectos —comentó el buhonero—; una recompensa sustanciosa.

—Por supuesto —continuó Félix al mismo tiempo que fijaba su mirada en él—, la caballería imperial no era rival digno del hacha de mi compañero. ¡Qué carnicería! Había cabezas, piernas y brazos por todas partes. Acabó sobre una pila de cadáveres.

—Llamaron a los arqueros — intervino Gotrek—. Nos largamos por un callejón porque ser ensartados desde lejos habría sido una muerte indecorosa.

El buhonero gordo miró a sus compañeros, luego a Gotrek, después a Félix, y volvió a mirar a los primeros.

—Un hombre sensato se mantiene alejado de la política —le dijo al hombre que había hablado de la recompensa, e inmediatamente fijó los ojos en Félix—. Por supuesto, no pretendo ofenderte.

—No me ofendes —replicó Félix—. Tienes toda la razón del mundo.

—Insurrecto o no —dijo la anciana —, que Sigmar te bendiga si traes de vuelta a mi pequeño Gunter.

—No es pequeño, Lise —intervino el posadero—. Se trata de un hombre joven y robusto. Aun así, espero ver de vuelta a mi hijo. Soy viejo, y lo necesito para cortar la leña, herrar los caballos, levantar los barriles y...

—Me siento conmovido por tales preocupaciones paternales —lo interrumpió Félix a la vez que se encasquetaba la gorra de cuero.

Gotrek se levantó y lo miró. Luego se golpeó el pecho con una mano carnosa.

—Las armaduras son para las mujeres y los afeminados elfos — declaró.

—Tal vez sea mejor que yo la lleve, Gotrek. En definitiva: quiero regresar vivo para narrar tus hazañas... como he jurado hacer.

—Tienes algo de razón, humano. Pero recuerda que no es lo único que juraste hacer. —Se volvió a mirar al posadero—. ¿Cómo encontraremos el Círculo de Piedras Oscuras?

Félix sintió que se le secaba la boca, y luchó para evitar que le temblaran las manos.

—Hay un sendero que sale del

camino. Os llevaré hasta el punto en que nace.

—Bien —replicó Gotrek—; se trata de una oportunidad demasiado buena para dejar que pase. Esta noche expiaré mis pecados y llegaré a los Salones de Hierro de mis antepasados si el Gran Grungni así lo quiere.

Hizo un signo peculiar sobre el pecho con la mano derecha cerrada.

—Vamos, humano, en marcha —decidió, y echó a andar hacia la puerta.

Félix cogió el zurrón y, al llegar a la entrada, la anciana lo detuvo y le puso algo en una mano.

—Por favor, señor —le dijo—.

Toma esto. Es un amuleto de Sigmar. Mi pequeño Gunter lleva la pareja de éste.

«Y mucho bien que le ha hecho», casi respondió Félix, pero la expresión de la mujer hizo que se contuviera. En su rostro, había miedo, preocupación y, tal vez, esperanza, lo que lo conmovió.

—Haré todo lo posible, *frau*.

En el exterior, el cielo estaba brillantemente iluminado por la verdosa luz de la brujería de las lunas. Félix abrió la mano y vio que se trataba de un pequeño martillo de hierro que pendía de una cadena de finos eslabones. Se encogió de hombros y se

la colgó del cuello; dado que Gotrek y el anciano avanzaban ya por la carretera, tuvo que correr un corto trecho para alcanzarlos.

\* \* \* \* \*

—¿Qué crees tú que es esto, humano?  
—preguntó Gotrek al mismo tiempo que se inclinaba hacia el suelo. Ante ellos, el camino continuaba hacia Hartzroch y Bogenhafen. Félix se recostó en el poste leguario; se encontraban al borde del sendero, y

confiaba en que el posadero hubiese regresado a casa sano y salvo.

—Huellas —dijo—, que se dirigen al norte.

—Muy bien, humano. Son huellas de carruaje y entran por el sendero que va al Círculo de Piedras Oscuras.

—¿El carruaje negro? —preguntó Félix.

—Eso espero. ¡Qué noche tan gloriosa! Es la respuesta a todas mis plegarias: una oportunidad para purgar mis culpas y vengarme de ese cerdo que estuvo a punto de aplastarme.

Gotrek profirió una alegre risa aguda, pero Félix pudo percibir que en



él se había operado un cambio. Parecía tenso, como si sospechara que se avecinaba la hora de su muerte y que no se enfrentaría bien a ella. Estaba insólitamente hablador.

—¿Un carruaje? ¿Acaso la Secta está formada por nobles, humano? ¿Tu Imperio está muy corrompido?

Félix sacudió la cabeza.

—No lo sé. Podría tener a un noble por líder. Es probable que los miembros sean gentes de la localidad. Dicen que la corrupción de Caos está muy arraigada en estos lugares apartados.

Gotrek sacudió la cabeza y, por primera vez desde que lo conocía,

pareció consternado.

—La locura de tu pueblo me da ganas de llorar, humano. Que seáis tan corruptos que vuestros gobernantes puedan venderse a los Poderes Siniestros, es algo terrible.

—No todos los hombres son así —le contestó Félix, enfadado—. Es cierto que algunos buscan el poder fácil o los placeres de la carne, pero son pocos. La mayoría de la gente conserva la fe. De todas formas, la Antigua Raza no es demasiado pura. He oído hablar de ejércitos enteros de enanos dedicados a los Poderes Malignos.

Gotrek profirió por lo bajo un

furibundo gruñido y escupió al suelo, y Félix aferró con más fuerza el puño de la espada mientras se preguntaba si no se habría excedido con el Matatrolls.

—Tienes razón —respondió Gotrek con voz suave y fría—. Nosotros no hablamos con ligereza de esas cosas. Hemos jurado la guerra eterna contra las abominaciones de las que hablas y contra sus amos oscuros.

—Al igual que mi pueblo. Tenemos nuestros cazadores de brujas y nuestras leyes.

—Tu pueblo no lo entiende —afirmó Gotrek sacudiendo la cabeza—. Es una gente blanda y decadente, que

vive alejada de la guerra. No comprenden las cosas terribles que roen las raíces del mundo y pretenden minarnos a todos. ¿Cazadores de brujas? ¡Ja! —Volvió a escupir al suelo—. ¡Leyes! Sólo existe una manera de enfrentarse con la amenaza de Caos —concluyó mientras blandía el hacha de modo significativo.

\* \* \* \* \*

Avanzaban con paso cansado por el bosque. En lo alto, las lunas brillaban

con luz febril; Morrslieb se había vuelto aún más brillante y en ese momento su resplandor verdoso manchaba el cielo. Había caído una fina niebla, y el terreno por el que avanzaban era inhóspito y salvaje. De la turba surgían rocas como la erupción de una peste que se abriera en la piel del mundo.

En ocasiones, Félix creía oír el batir de unas enormes alas sobre ellos, pero cuando alzaba los ojos sólo veía el resplandor del cielo. La niebla se extendía y distorsionaba el entorno de tal modo que daba la impresión de que ambos caminaban por el fondo de un mar infernal.

«Este lugar produce malas sensaciones», pensó Félix. El aire tenía un sabor nauseabundo, y el pelo de la nuca estaba constantemente erizado. Una vez, cuando era niño, en Altdorf, en casa de su padre, se había sentado a contemplar cómo el cielo se ennegrecía con nubes amenazadoras. Luego había llegado la tormenta más monstruosa de la que se tenía memoria. Entonces experimentaba la misma sensación expectante, y sabía que cerca de allí estaban reuniéndose fuerzas poderosas. Se sintió como un insecto que se arrastrara por el cuerpo de un gigante que en cualquier momento podía

despertarse y aplastarlo.

Incluso parecía que Gotrek también se sentía oprimido, pues guardaba silencio y no mascullaba para sí como solía hacerlo. De vez en cuando se detenía y le hacía un gesto a Félix para que no hiciera ruido; a continuación, olfateaba el aire. Félix podía ver cómo el cuerpo de su compañero se tensaba como si cada uno de sus nervios se esforzara por captar el más leve rastro de algo, y luego volvían a ponerse en movimiento.

Todos los músculos de Félix estaban agarrotados a causa de la tensión, y se arrepentía de haber acompañado a

Gotrek. «Sin duda, mi obligación en relación con el enano no incluye que deba enfrentarme a una muerte segura. Tal vez pueda escabullirme en la niebla».

Apretó los dientes. Se preciaba de ser un hombre honorable, y la deuda que tenía con el enano era algo real porque éste había arriesgado su propia vida para salvarlo. Era cierto que en aquel entonces él no sabía que Gotrek buscaba la muerte, que la cortejaba como un hombre corteja a una dama deseable, pero a pesar de eso se veía obligado por el juramento.

Recordó la velada de alborotadora



borrachera en las tabernas del Laberinto; aquella noche se juraron hermandad de sangre mediante el curioso rito enano, y él se comprometió a ayudar a Gotrek en su empresa.

Gotrek deseaba que su nombre y sus hazañas fuesen recordados. Cuando el enano descubrió que Félix era poeta, le pidió que lo acompañara. En aquel momento, bajo los efectos de la alcohólica calidez de la camaradería, le pareció una idea estupenda. El destino del Matatrolls se le presentaba como un tema excelente para un poema épico, y ese poema lo haría famoso como autor.

«¡Cómo podía imaginarme —pensó

Félix— que me conduciría a esto: a cazar monstruos en Geheimnisnacht!». Sonrió con ironía. Resultaba fácil cantar valientes hazañas en las tabernas y salas de juego, donde el horror era conjurado por las palabras de hábiles artífices. Ahí fuera, sin embargo, todo cambiaba. Sentía que los intestinos se le aflojaban de miedo, y la atmósfera opresiva hacía que le entraran ganas de salir corriendo y gritando.

«A pesar de todo —intentó consolarse—, esto es material adecuado para un poema si sobrevivo para escribirlo».



El bosque se hizo más profundo y enmarañado. Los árboles parecían seres contorsionados y pavorosos, y Félix tuvo la sensación de que lo observaban. Aunque intentó apartar de sí el pensamiento diciéndose que todo eran fantasías suyas, la niebla y la fantasmagórica luz de las lunas no hacían más que estimular su imaginación. Tenía la impresión de que cada zona en sombras albergaba un monstruo.

Félix bajó la mirada hacia el enano,

y vio en el rostro de éste una mezcla de expectación y miedo. Había creído que era inmune al terror, pero entonces se daba cuenta de que no era así, sino que una voluntad feroz arrastraba a Gotrek hacia la muerte. Al sentir que su propio fin podía estar cerca, Félix se atrevió a formular una pregunta que desde hacía mucho tiempo deseaba hacer.

—*Herr* Matatrolls, ¿qué hiciste que ahora tienes que expiar? ¿Qué crímenes te impulsan a castigarte de este modo?

Gotrek alzó los ojos hasta él, y luego apartó la mirada para dirigirla hacia las profundidades de la noche. Durante el movimiento, los gruesos músculos de su

cuello ondularon como serpientes.

—Si otro hombre me hubiese formulado esa misma pregunta, lo habría matado. Te disculpo a causa de tu juventud e ignorancia, y por el rito de amistad al que nos hemos sometido; si te matara, me convertiría en el asesino de un pariente. Ese crimen por el que me preguntas es un crimen terrible. Nosotros no hablamos de ello.

Hasta ese momento, Félix no había sido consciente de lo unido que estaba a él el enano. Gotrek posó la vista sobre el poeta como si aguardara una respuesta.

—Lo comprendo —le dijo.

—¿Lo comprendes, humano? ¿De verdad lo comprendes? —La voz del Matatrolls era tan áspera como las piedras al partirse.

Félix le sonrió con tristeza, pues de pronto atisbó el abismo que separaba a los hombres de los enanos. Él jamás entendería los extraños tabúes de ellos; su obsesión por los juramentos, el orden y el orgullo. No podía comprender qué impulsaba al Matatrolls a ejecutar una sentencia de muerte autoimpuesta.

—Los de tu pueblo sois demasiado duros con vosotros mismos —dijo.

—Y los del tuyo, demasiado

blandos —replicó el Matatrolls.

Guardaron silencio, y ambos se vieron sobresaltados por una risa queda, demente. Félix se volvió a la vez que desenvainaba la espada a toda velocidad para colocarse en guardia. Gotrek alzó el hacha.

Algo salió de la niebla arrastrando los pies. Félix pensó que en otra época esa figura había sido un hombre. La silueta aún se correspondía con la de un humano, pero parecía, por el resultado, que un dios loco hubiese sujetado a la criatura cerca de un fuego demoníaco para que la carne se derritiera y así modelarla con una nueva forma

repugnante.

—Esta noche vamos a bailar —dijo, con una voz aguda que no contenía ni una pizca de cordura—. Vamos a bailar y a tocarnos.

Con suavidad, tendió una mano hacia Félix y le rozó un brazo. El hermano retrocedió con horror cuando aquellos dedos parecidos a un racimo de gusanos se alzaron hacia su rostro.

—Esta noche, donde las piedras, bailaremos, nos tocaremos y nos frotaremos. —Hizo ademán de ir a abrazar a Félix al mismo tiempo que su sonrisa dejaba ver unos dientes puntiagudos. El poeta permaneció



quieto y en silencio; se sentía como un espectador, distanciado de lo que sucedía.

Luego retrocedió y apoyó la punta de la espada contra el pecho de aquella cosa.

—No te acerques más —le advirtió.

La figura sonrió, y su boca pareció hacerse más grande, con lo que aún dejó a la vista más dientecillos puntiagudos. Los labios se retiraron hasta que la mitad inferior del rostro pareció completamente constituida por brillantes encías mojadas, y la mandíbula inferior descendió todavía más que la de una serpiente. Entonces,

se apoyó sobre la espada y en su pecho relucieron perlas de sangre; después profirió una risa gorgoteante y estúpida.

—Bailar, y tocarse, y frotarse, y comer —dijo, y con inhumana celeridad se retorció para esquivar la espada y saltó hacia Félix.

Aunque el movimiento resultó muy veloz, el Matatrolls lo fue aún más, y en medio del salto el hacha alcanzó el cuello de aquella cosa. La cabeza se alejó rodando hacia el interior de la noche, y una fuente roja comenzó a manar del cuello cercenado.

«Esto no está sucediendo», pensó Félix.

—¿Qué era eso? ¿Un demonio? —  
quiso saber Gotrek, y Félix percibió una  
gran emoción en su voz.

—Creo que alguna vez fue un  
hombre —replicó—, uno de los  
corrompidos por la Marca de Chaos. Los  
abandonan en cuanto nacen.

—Ése hablaba tu idioma.

—En ocasiones, la corrupción no se  
manifiesta hasta que son mayores. La  
familia piensa que están enfermos y los  
protege, hasta que se marchan al  
bosque y desaparecen.

—¿Los familiares protegen  
abominaciones semejantes?

—A veces, sucede. Nosotros no

hablamos del asunto. Resulta difícil volverle la espalda a las personas que quieres, aun cuando hayan cambiado.

El enano fijó en él una mirada incrédula, y luego sacudió la cabeza.

—Demasiado blandos —sentenció —; demasiado blandos.



El aire estaba en calma. De vez en cuando, Félix creía percibir presencias que se agitaban entre los árboles circundantes y, nervioso se quedaba

quieto, intentando penetrar con los ojos la niebla que lo rodeaba en busca de sombras en movimiento. El encuentro con el corrupto le había hecho comprender plenamente lo peligrosa que era la situación, y sentía dentro de sí un enorme miedo y un tremendo enojo.

Una parte del enojo estaba dirigida contra sí mismo por tener miedo. Se sentía mareado y avergonzado, y decidió que, con independencia de lo que sucediera, no iba a repetir el error de quedarse quieto como una oveja para que lo mataran.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó

Gotrek, y Félix lo miró—. ¿No lo oyes, humano? ¡Escucha! ¡Es como un cántico! —Félix se esforzó por captar el sonido, pero no oyó nada—. Ya estamos cerca, muy cerca.

Continuaron avanzando en silencio y, a medida que se movían entre la niebla, Gotrek se volvió aún más cauteloso; abandonó el sendero y aprovechó las hierbas altas para avanzar a cubierto. Y Félix lo siguió.

Entonces pudo oír los cánticos, que parecían proceder de una veintena de gargantas. Algunas voces eran humanas; otras, roncas y bestiales. Había voces femeninas y voces

masculinas mezcladas con el lento batir de tambores, el estrépito de címbalos y las notas discordantes de flautas.

Félix pudo distinguir una sola palabra porque era repetida una y otra vez: Slaanesh.

Se estremeció. Slaanesh era el Señor Oscuro de placeres indecibles. Ese nombre evocaba las peores profundidades de la depravación y era susurrado en los tugurios de la droga y en las casas de vicio de Altdorf por gentes que de tan hastiadas buscaban placeres que estaban más allá de la comprensión humana. Se trataba de un nombre asociado a la corrupción, los

excesos y el oscuro vientre de la sociedad imperial. Para los seguidores de Slaanesh, no existía ningún estímulo demasiado grotesco, ningún placer que estuviese prohibido.

—La niebla nos oculta —le susurró Félix al Matatrolls.

—¡Silencio! Mantente callado. Debemos acercarnos más.

Continuaron arrastrándose con lentitud: la alta hierba mojada frotaba el cuerpo de Félix, y al poco rato se le habían humedecido las ropas. Ante sí podía ver hogueras que servían de guía en medio de la oscuridad. El aroma de la madera que ardía y del incienso



empalagosamente dulce colmaba el aire. Volvió la cabeza para mirar a su espalda con la esperanza de que ningún rezagado fuese a tropezar con ellos, pues se sentía absurdamente desprotegido.

Avanzaron centímetro a centímetro. Gotrek arrastraba el hacha de guerra tras de sí. Félix iba tan cerca de su compañero que un dedo rozó la afilada hoja; se hizo un corte y tuvo que contenerse para no gritar.

Cuando llegaron al borde de la extensión de hierba, vieron un rústico círculo compuesto por seis piedras de forma obscena; en medio había un

monolito. Las piedras brillaban con la tonalidad verde de algún hongo luminoso. Sobre cada una de ellas había un brasero que despedía nubes de humo. Los rayos de la pálida luz lunar verdosa iluminaban una escena infernal.

Dentro del círculo danzaban seis humanos enmascarados. Vestían largas capas echadas hacia atrás por encima de un hombro; a la vista quedaban los cuerpos desnudos, tanto femeninos como masculinos. En los dedos de una mano, los celebrantes llevaban címbalos que hacían entrechocar; la otra mano sujetaba una rama de abedul con la que

azotaban al danzarín que tenían delante.

—*¡Ygrak tu amat Slaanesh!* — gritaban.

Félix vio que algunos cuerpos presentaban cardenales, pero no parecía que los bailarines sintieran ningún dolor, tal vez a causa del efecto narcótico del incienso.

Contorneando el círculo, podían distinguirse, echadas, siluetas horrorosas. El tamborilero, un hombre enorme, tenía la cabeza de ciervo y las pezuñas hendidas, y cerca de él estaba sentado un flautista con cabeza de perro y dedos en forma de ventosa. Un

numeroso grupo de hombres y mujeres corruptos se retorció en el suelo, cerca de ellos.

Algunos cuerpos estaban sutilmente distorsionados: hombres altos con cabezas delgadas y muy pequeñas; mujeres bajas y gordas con tres ojos y tres pechos. Otras figuras resultaban difícilmente reconocibles como seres que habían sido humanos. Había hombres serpiente cubiertos de escamas, bestias peludas con cabeza de lobo y cosas que eran todo dientes, boca y otros orificios. Félix apenas podía respirar mientras contemplaba el espectáculo con miedo creciente.

El ritmo de los tambores se aceleró, el rítmico cántico aumentó su tempo y las notas de la flauta se hicieron aún más sonoras y discordantes. Los danzarines, presos de un mayor frenesí según avanzaba el tiempo, se azotaban, a sí mismos y a sus compañeros, cada vez con más ahínco, hasta que las heridas sangrantes fueron bien visibles. Luego, se oyó un repique de címbalos, y todo quedó en silencio.

Félix pensó que los habían descubierto, pero permaneció inmóvil. El humo del incienso que le llenaba las fosas nasales parecía amplificar sus sentidos, y se sintió aún más distante y

desconectado de la realidad. Entonces, lo acometió un agudo, punzante dolor en un flanco, y se sobresaltó al comprender que Gotrek le había propinado un codazo en las costillas; le señalaba algo que se encontraba más allá del círculo de piedras.

Se esforzó para ver qué era aquello que asomaba entre la niebla, y finalmente comprendió que se trataba del carruaje negro. Gracias al repentino, asombroso silencio, pudo oír que se abría una de las puertas, y contuvo la respiración mientras aguardaba para ver qué salía del interior.

Una silueta empezó a tomar forma

en la niebla. Era alta, iba enmascarada y estaba cubierta por una capa de varias telas superpuestas de numerosos colores pastel. Se movía con serena autoridad y llevaba en los brazos un bulto envuelto en brocado. Félix miró a Gotrek, pero vio que éste contemplaba la escena que se desarrollaba ante ellos con intensidad, y se preguntó si habría perdido el valor en el último momento. El recién llegado avanzó hacia el interior del círculo de piedra.

—*¡Amak tu amat Slaanesh!* —gritó al mismo tiempo que alzaba en alto el bulto. Se trataba de un niño, aunque Félix no logró determinar si estaba vivo

o muerto.

—*¡Ygrak tu amat Slaanesh! ¡Tzarkol taen amat Slaanesh!* —respondieron los presentes embargados por el éxtasis.

El hombre embozado recorrió con la vista los rostros circundantes, y Félix tuvo la sensación de que lo miraba directamente a él con sus pardos ojos serenos. Se preguntó si el maestro de la Secta ya sabía que se encontraban allí y estaba jugando con ellos.

—*¡Amak tu Slaanesh!* —gritó el hombre con voz nítida.

—*¡Amak klessa! ¡Amat Slaanesh!* —respondieron los demás. Era evidente que acababa de comenzar un ritual



maligno. El maestro de la Secta avanzó hacia el altar con lentos pasos ceremoniosos. Félix sintió que se le secaba la boca, y se lamió los labios. Gotrek observaba los acontecimientos como si estuviera hipnotizado.

El niño fue depositado sobre el altar a la vez que sonaba un atronador tamborileo de acompañamiento. Los seis bailarines se encontraban de pie, cada uno junto a una columna, a la que rodeaba con las piernas abiertas y la abrazaba de modo sugerente. Mientras el ritual progresaba, ellos se frotaban contra las columnas con lentos movimientos sinuosos.

El maestro extrajo un cuchillo de hoja curva de sus vestiduras y el poeta se preguntó si el enano iba a hacer algo, ya que el apenas podía soportar la visión de aquella escena.

Con lentitud, el oficiante alzó el cuchillo muy por encima de su cabeza. Félix se obligó a mirar. Una presencia ominosa se cernía entonces sobre la escena; parecía que la niebla y el humo del incienso se habían condensado hasta solidificarse, y dentro de esa nube creyó distinguir una silueta grotesca, que se retorció y comenzaba a tomar forma. El poeta no pudo soportar la tensión por más tiempo.

—¡No! —gritó.

Él y el Matatrolls abandonaron las altas hierbas y marcharon hombro con hombro hacia el círculo de piedras. Al principio, el oficiante pareció no darse cuenta de su presencia, pero finalmente cesó el tamborileo, los cánticos se apagaron y el maestro se volvió para echarles una mirada atónita.

Durante un momento, todos los miraron con fijeza. Nadie parecía comprender qué sucedía, pero luego el maestro los señaló con el cuchillo.

—¡Matad a los intrusos! —gritó.

Los celebrantes avanzaron como una ola. Félix sintió que algo le tiraba

de una pierna, y luego le acometió un agudo dolor. Al mirar hacia abajo, vio una criatura, medio mujer y medio serpiente, que le mordía un tobillo. Lanzó una patada al aire para que el ser soltara la pierna y le clavó la espada; ésta al chocar contra un hueso, se estremeció y sacudió el brazo de Félix.

Echó a correr, entonces, para unirse a Gotrek, que estaba abriéndose camino a hachazos hacia el altar. La poderosa hacha de doble filo se alzaba y caía de modo rítmico, y dejaba tras de sí una senda de restos sanguinolentos. Los celebrantes, drogados y lentos de reacción, no manifestaban ningún

miedo. Hombres y mujeres, corruptos e incorruptos, se lanzaban contra los intrusos sin pensar siquiera en su propia vida.

Félix asestó tajos y estocadas a cualquiera que se acercó. Clavó la espada por debajo de las costillas y atravesó el corazón de un hombre con rostro de perro que saltó hacia él. Cuando intentaba liberar la hoja del cuerpo del atacante, una mujer con garras y un hombre con la piel cubierta de mucosidad saltaron sobre él, y el peso de ambos lo derribó y dejó sin aliento.

Sintió que las garras de la mujer le

arañaban la cara en el momento en que él, apoyando un pie en el estómago de ella, se la quitaba de encima. Mientras la sangre de los arañazos le caía en los ojos, vio que el hombre, que había sufrido una fea caída, saltaba para cogerlo por la garganta. Con la mano izquierda buscó a tientas la daga, en tanto con la derecha aferraba el cuello del enemigo, que se retorció para zafarse. Resultaba difícil de sujetar a causa de la capa de mucosidad que lo cubría pero sus manos, en cambio, se cerraban de modo inexorable sobre el cuello de Félix, al mismo tiempo que la criatura se frotaba contra él y jadeaba

de placer.

Las tinieblas amenazaban con vencer al poeta, ante cuyos ojos resplandecían pequeños puntos plateados. Sintió el abrumador impulso de relajarse y caer en la oscuridad mientras, desde algún sitio lejano, le llegaba el aullante grito de guerra de Gotrek. Por pura fuerza de voluntad, logró desenvainar la daga y la clavó en las costillas de su atacante. La criatura se puso tensa, abrió la boca en una sonrisa que dejó a la vista hileras de dientes como los de las anguilas, y profirió un gemido de placer, incluso en el momento de morir.

—¡Slaanesh, llévame! —chilló el hombre—. ¡Ah, el dolor, el adorable dolor!

Félix se puso de pie justo en el momento en que también la mujer con garras lograba levantarse. Le lanzó un puntapié que le acertó en la mandíbula, y se oyó un crujido cuando ella cayó hacia atrás. Félix sacudió la cabeza para quitarse la sangre de los ojos.

La mayor parte de los celebrantes se había concentrado en Gotrek, lo que, sin duda, había salvado la vida de Félix. El enano intentaba abrirse paso hasta el corazón del círculo de piedras, pero su avance se veía entorpecido por la



presión que ejercían los cuerpos de los enemigos contra el suyo. Félix pudo ver que sangraba por una docena de pequeñas heridas.

La feroz energía del enano era algo terrible de contemplar. Echaba espuma por la boca y despotricaba mientras asestaba hachazos y lanzaba extremidades y cabezas volando hacia todas partes. Estaba cubierto por una repugnante capa de sangre, pero, a pesar de esa absoluta ferocidad, Félix se dio cuenta de que la lucha se decantaba contra Gotrek. Entretanto observaba, un celebrante embozado en una capa le asestó un golpe con una porra, y el

enano cayó bajo una oleada de cuerpos.

«Así que ha encontrado su muerte —pensó Félix—; justo como él deseaba».

Libre de la refriega, el maestro había recobrado la compostura. Comenzó a entonar el cántico una vez más, alzó la daga en el aire, y la figura que había empezado a formarse en la niebla pareció volverse más tangible.

Félix tuvo la premonición de que, si llegaba a adquirir plena solidez, estarían condenados; pero no podía abrirse paso a través de los cuerpos que rodeaban al Matatrolls. Durante un momento, observó cómo la hoja curva del cuchillo

reflejaba la luz de Morrslieb. Y, entonces, echó hacia atrás su propia daga.

—¡Que Sigmar guíe mi mano! — imploró al mismo tiempo que la lanzaba.

El arma voló directa y certeramente hacia la garganta del maestro; se clavó por debajo de la máscara, donde la carne quedaba al descubierto. Con un grito gorgoteante, el maestro cayó de espaldas.

Un largo gemido de frustración colmó el aire, y la niebla pareció evaporarse; con ella, se desvaneció la silueta que contenía. Como si fueran

uno solo, los celebrantes alzaron la mirada, conmocionados, y se volvieron para mirar a Félix, que se encontró enfrentado con docenas de ojos hostiles. Se quedó inmóvil y muy, muy asustado, en medio de un silencio mortal.

Se oyó un rugido imponente cuando Gotrek surgió de la pila de cuerpos, asestando golpes a diestro y siniestro con sus puños como jamones. Bajó una mano y, de alguna parte, recuperó el hacha; desplazó las manos hacia la mitad del mango y lo utilizó para golpear a quienes lo rodeaban. Félix recogió su espada del suelo y

corrió para reunirse con su compañero, y ambos lucharon para abrirse paso entre la multitud hasta quedar espalda con espalda.

Los celebrantes, invadidos por el miedo ante la pérdida de su líder, huyeron hacia la noche y la niebla, y pronto Gotrek y el poeta se encontraron a solas bajo las sombras del Círculo de Piedras Oscuras.

El enano le dedicó a Félix una mirada funesta; tenía la cresta de pelo cubierta de sangre coagulada. En aquella luz fantasmal, mostraba un aspecto demoníaco.

—Se me ha despojado de una

muerte grandiosa, humano.

Alzó el hacha con gesto amenazador, y Félix se preguntó si aún estaría poseído por el frenesí de la lucha y se disponía a derribarlo a pesar del juramento que los unía. El enano comenzó a avanzar hacia él, y luego le dedicó una ancha sonrisa.

—Da la impresión de que los dioses me reservan una muerte aún más grandiosa.

Clavó el mango del hacha en la tierra, y empezó a reír, hasta que las lágrimas le corrieron por las mejillas. Una vez agotadas las carcajadas, se volvió hacia el altar y recogió al niño.

—Está vivo —dijo.

Félix inspeccionó los cuerpos de los celebrantes ataviados con capas. El primero era una muchacha rubia cubierta de cardenales; el segundo, un hombre joven que tenía un amuleto en forma de martillo que pendía casi burlonamente de su cuello.

—Creo que será mejor no regresar a la posada —comentó.

\* \* \* \* \*

Una leyenda local cuenta que un niño

pequeño fue hallado en los escalones del templo de Shallya, en Hartzroch. Estaba envuelto en una capa ensangrentada de lana de Sudentland. Junto a él, había una bolsa llena de oro y, en torno a su cuello, un amuleto de acero en forma de martillo. La sacerdotisa juró haber visto un carruaje negro que se alejaba a toda prisa bajo la luz del alba.

Los habitantes de Hartzroch refieren otra historia mucho más tétrica en relación con los asesinatos de Ingrid Hauptmann y Gunter, hijo del posadero; al parecer, fueron víctimas de un horrible sacrificio en homenaje a los



Poderes Siniestros. Los guardias de caminos que encontraron los cadáveres junto al Círculo de Piedras Oscuras coinciden en que tuvo que ser un rito espantoso. Los cuerpos habían sido rebanados por un hacha blandida por un demonio.

# Jinetes de lobo

No puedo recordar con exactitud cómo decidimos tomar rumbo al sur en busca del oro perdido de Karak-Ocho-Picos, pero ¡ay!, recuerdo que, como muchas resoluciones importantes de ese

período de mi vida, fue una que tomamos en una taberna bajo la influencia de enormes cantidades de alcohol. También recuerdo a un enano viejo y desdentado que balbuceaba repetidamente la palabra oro, y tengo muy claro en la memoria el brillo demente que apareció en los ojos de mi compañero mientras escuchaba la descripción.

Tal vez era algo típico del Matatrolls estar dispuesto a arriesgar su vida e integridad física en el territorio más salvaje y árido que imaginarse pueda, pese a lo tenue de la provocación. O quizá se tratara del característico efecto de «fiebre del oro» que tienen tendencia a sufrir todos los

miembros pertenecientes a su pueblo. Como iba a descubrir más tarde, el atractivo de ese metal brillante tiene un poder aterrador y tremendo sobre las mentes de todos los integrantes de la Antigua Raza.

En cualquier caso, la decisión de dejar atrás las fronteras más meridionales del Imperio fue fatídica y nos llevó a encuentros y aventuras cuyas espantosas consecuencias me persiguen aún...

**FÉLIX JAEGER,**

***Mis viajes con Gotrek,***  
**vol. II,**

**Impreso en Altdorf, 2505**

—Honradamente, caballeros, no quiero problemas de ninguna índole —declaró Félix Jaeger con sinceridad, al mismo tiempo que tendía las manos abiertas ante sí—. Sólo quiero que dejéis en paz a la muchacha. Es cuanto pido.

Los cazadores borrachos soltaron perversas carcajadas.

—Sólo quiero que dejéis en paz a la muchacha —lo imitó uno de ellos con voz aguda y ceceante.

Félix recorrió la factoría con la vista en busca de apoyo. Unos pocos tipos robustos, ataviados con las gruesas pieles de los montañeses, lo miraron con ojos enturbiados por la bebida. El

dueño del establecimiento, un hombre alto, encorvado y de pelo lacio, se volvió y comenzó a colocar frascos de confitura en los estantes de madera rústica. No había ningún cliente más.

Uno de los cazadores, un hombre enorme, se acercó a él. Félix podía ver las partículas de grasa que tenía adheridas a la barba, y cuando abrió la boca para hablar, despidió un hedor a coñac barato que dominaba incluso sobre el olor de la grasa de oso rancia con la que se untaban los cazadores para protegerse del frío. Félix hizo una mueca.

—Oye, Hef, creo que aquí tenemos

un chico de ciudad —dijo el cazador—. Habla muy bien.

El que se llamaba Hef alzó los ojos de la mesa contra la que tenía sujeta a la muchacha.

—Sí, Lars, ya lo creo que habla bien, y con todo ese bonito pelo dorado como trigo maduro, yo podría tomarlo a él por una muchacha.

—Cuando bajo de las montañas, cualquier cosa tiene buen aspecto. Te diré lo que haremos: tú quédate con la muchacha, que yo me contentaré con este guapo chico.

Félix sintió que se le arrebolaba el rostro. Estaba comenzando a enojarse,

pero ocultó el enfado tras una sonrisa porque no quería meterse en problemas, al menos si podía evitarlos.

—Vamos, caballeros, no hay necesidad de todo esto. Permitidme que os invite a una copa.

Lars se volvió para mirar a Hef, y el tercer montañés profirió una risotada.

—Y encima tiene dinero... ¡Es mi noche de suerte!

Lars sonrió con satisfacción, y Félix miró tras de sí, desesperado, mientras el hombre avanzaba hacia él. ¿Dónde estaba Gotrek? ¿Por qué el enano nunca se encontraba cerca cuando lo necesitaba? Se volvió para encararse con



Lars.

—De acuerdo, siento haberme entrometido. Os dejo continuar con vuestros asuntos, caballeros.

Vio que Lars se relajaba un poco y bajaba la guardia, aunque continuó avanzando. Permitted que se acercase más mientras observaba que abría los brazos como si estuviese a punto de abrazarlo; de modo repentino, le clavó un rodillazo en la entrepierna. Con un soplado como el de un fuelle de herrero, todo el aire salió del cuerpo del hombretón, que se dobló en dos con un gemido. Después Félix aferró la barba del hombre y tiró de ella hacia abajo

para golpearlo con una rodilla.

Entonces oyó un crujido de dientes que se partían, y la cabeza del cazador rebotó y salió despedida hacia atrás. Lars cayó al suelo, boqueando en busca de aire y aferrándose la entrepierna.

—¡En el nombre de Taal! —exclamó Hef, que le lanzó un golpe a Félix cuya fuerza lo hizo atravesar la sala dando traspiés y estrellarse contra una mesa donde derribó una jarra de cerveza.

—Lo siento —se disculpó Félix ante el sobresaltado dueño de la cerveza, y se puso a forcejear para coger la mesa en peso y lanzársela a su atacante. Se esforzó hasta que creyó que se le

desgarrarían los músculos de la espalda.

El borracho lo miró y le dedicó una sonrisa malvada.

—No puedes levantarla. Está clavada al suelo por si surgen peleas.

—Gracias por decírmelo —respondió Félix mientras sentía que alguien lo aferraba por el cabello y le estrellaba la cabeza contra la mesa.

Un dolor espantoso le recorrió el cráneo, y ante sus ojos comenzaron a danzar puntitos negros; entonces, sintió el rostro mojado. «Estoy sangrando», pensó, pero enseguida se dio cuenta de que sólo era cerveza. Le estrellaron la

cabeza contra la mesa una vez más, y desde muy lejos oyó unos pasos que se aproximaban.

—Sujétalo bien, Kell. Vamos a divertirnos un poco por lo que le hizo a Lars. —Félix reconoció la voz de Hef.

Desesperado, lanzó hacia atrás un codo y golpeó la dura musculatura del estómago de Kell. La presa en sus cabellos se aflojó un poco, y Félix logró zafarse y se volvió para hacer frente a sus atacantes. Con la mano derecha buscó a tientas, frenético, la jarra de cerveza, y a través de una bruma comprobó que los dos gigantes cazadores se le acercaban. La muchacha

había desaparecido; Félix vio que la puerta se cerraba tras ella y oyó que comenzaba a gritar pidiendo ayuda. Hef estaba desenvainando un cuchillo que llevaba al cinturón en el momento en que los dedos de Félix se cerraron sobre el asa de la jarra; entonces la lanzó, y el golpe acertó de pleno en la cara de Kell. El cazador giró la cabeza con brusquedad, escupió sangre y se volvió de nuevo hacia Félix con una sonrisa imbécil en los labios.

Unos dedos musculados como cintas de acero aferraron la muñeca de Félix, y la presión lo obligó a soltar la jarra. A pesar de su frenética

resistencia, la superior fuerza de Kell logró llevarle el brazo hacia su espalda y empujárselo inexorablemente hacia arriba. El hedor de grasa de oso y el olor corporal eran casi abrumadores. Félix profirió un gruñido e intentó zafarse, pero su lucha fue inútil.

Entonces sintió que algo afilado le pinchaba la garganta, y al bajar la mirada observó que Hef sujetaba un cuchillo de hoja larga contra su cuello. Olió el acero bien aceitado del arma, vio que su propia sangre bajaba por la depresión de la garganta, y se quedó completamente inmóvil, porque lo único que Hef tenía que hacer era

presionar hacia adelante, y él entraría en el reino de Morr.

—Eso ha sido muy agresivo, muchacho —comentó Hef—. El viejo Lars sólo estaba demostrándote su cariño, y tú vas y le haces saltar los dientes. Dime, ¿qué crees que deberíamos hacer nosotros al respecto, puesto que somos sus amigos?

—*Mataz a eze inzolente* —jadeó Lars.

Félix sintió que Kell le empujaba el brazo hacia arriba, hasta el punto de que tuvo miedo de que se lo partiese, y gimió de dolor.

—Creo que haremos justo eso —

decidió Hef.

—No podéis —gimoteó el comerciante que se hallaba detrás de la barra—. Eso sería asesinato.

—¡Cállate, Pike! ¿Quién te ha preguntado nada?

Félix comprendió que estaban decididos a matarlo. La violencia que propiciaba el alcohol los disponía al asesinato, y él les había dado la excusa que necesitaban.

—Ha pasado mucho tiempo desde que maté al último chico guapo —comentó Hef a la vez que empujaba el cuchillo apenas unos milímetros. Félix hizo una mueca de dolor—. ¿Vas a



implorar clemencia, chico guapo? ¿Vas a implorar por tu vida?

—Vete al infierno —replicó Félix. Le habría gustado escupirle a la cara, pero tenía la garganta seca y las rodillas flojas. Se puso a temblar y cerró los ojos.

—¿Ya no eres tan educadito, chico de ciudad? —Félix oyó que una risa pastosa tronaba en la garganta de Kell.

«Vaya un sitio para morir —fue el incongruente pensamiento que tuvo—; una endemoniada factoría perdida en las Montañas Grises».

Se produjo una repentina corriente de aire helado y el sonido de la puerta al abrirse.

—El primero que le haga daño al humano, morirá al instante —dijo una voz profunda que raspaba como una piedra estrellada contra otra—. Con el segundo me tomaré más tiempo.

Félix abrió los ojos y, por encima de los hombros de Hef, pudo ver a Gotrek Gurnisson, el Matatrolls. La silueta del enano llenaba la entrada, ya que su cuerpo achaparrado ocupaba todo el vano de la puerta. No era más alto que un niño de nueve años, pero tenía la musculatura de dos hombres fuertes. La luz de las antorchas iluminaba los extraños tatuajes que cubrían su cuerpo semidesnudo y convertía las cuencas de

sus ojos en cavernas umbrías, desde las que destellaban sus pupilas.

Hef se puso a reír, y luego habló sin volverse.

—Piérdete, desconocido, o arreglaremos cuentas contigo cuando hayamos acabado con tu amigo.

Entonces, Félix sintió que la presa sobre su brazo se aflojaba, y la mano de Kell señaló hacia la entrada por encima de su hombro.

—¿De verdad? —preguntó Gotrek, que entró con pesados pasos en la sala al mismo tiempo que sacudía la cabeza para quitarse la nieve de la enorme cresta de pelo teñido de color naranja,

lo que hacía tintinear la cadena que describía una curva entre la nariz y la oreja derecha—. Para cuando yo acabe contigo, cantarás tan alto como un elfo afeminado.

Hef volvió a reír mientras se volvía para mirarlo, pero de pronto la risa murió para transformarse en una tos farfullante a la vez que el color abandonaba su rostro hasta dejarlo blanco como un cadáver. Gotrek le dedicó una ancha y siniestra sonrisa y pasó un dedo pulgar sobre la hoja de la enorme hacha a dos manos que sujetaba con un puño grande como un jamón. La sangre comenzó a gotear en

abundancia a causa del corte, pero el enano se limitó a sonreír más ampliamente, y el cuchillo cayó de la mano de Hef y repiqueteó en el suelo.

—No queremos ningún problema —le aseguró Hef—, y menos con un Matatrolls.

Félix no podía reprochárselo. Ningún hombre en su sano juicio cruzaría armas con un miembro de aquel culto condenado de frenéticos buscadores de la muerte. Gotrek les echó una mirada feroz, y luego golpeó suavemente el suelo con el mango del hacha. Mientras Kell estaba distraído, Félix aprovechó la oportunidad para

poner algo de distancia entre sí mismo y el montañés. Hef parecía presa del pánico.

—Mira, no queremos ningún problema. Sólo nos estábamos divirtiendo.

—Me gusta tu idea de la diversión —replicó Gotrek tras una carcajada maligna—. Creo que yo también voy a divertirme.

El Matatrolls avanzó hacia Hef, y Félix vio que Lars había logrado levantarse y avanzaba a gatas hacia la puerta con la esperanza de pasar por detrás del Matatrolls mientras éste estaba distraído. Gotrek descargó un pie

sobre una mano de Lars; el crujido que se escuchó provocó en Félix una mueca de dolor. «Está claro que ésta no es la noche de Lars», pensó.

—¿Adónde te crees que vas? Será mejor que te quedes con tus amigos, ya que dos contra uno no ofrece muy buenas probabilidades.

—No nos mates —imploró Hef, que estaba ya quebrantado por completo.

Kell se desplazó hasta quedar otra vez cerca de Félix. Gotrek, que se había situado justo delante de Hef, mantenía la hoja del hacha apoyada en la garganta del hombre. Félix podía ver cómo las ancestrales runas destellaban

en color rojo a la luz de las antorchas. Con lentitud, Gotrek sacudió la cabeza.

—¿Qué sucede? Sois tres. Pensasteis que teníais buenas posibilidades contra el humano. ¿Os habéis quedado sin agallas?

Hef asintió con torpeza; parecía a punto de echarse a llorar y en sus ojos podía verse el terror supersticioso que le inspiraba el enano. Estaba ya al borde del desmayo cuando Gotrek señaló la puerta.

—¡Fuera de aquí! —rugió—. No ensuciaré mi arma con unos cobardes como vosotros.

Los cazadores se precipitaron hacia



la entrada; Lars cojeaba mucho. La muchacha se apartó a un lado para dejarlos pasar y luego cerró la puerta. Entonces, Gotrek le echó una mirada feroz a Félix.

—¿Acaso no puedo ni detenerme para atender a una llamada de la naturaleza sin que tú te metas en líos?

\* \* \* \* \*

—Tal vez debería escoltarte de regreso a tu casa —comentó Félix.

En esa ocasión, inspeccionó a la

muchacha con una mirada más atenta. Era menuda y delgada, y su rostro habría resultado ordinario de no ser por los grandes ojos oscuros. Ella se envolvió en la capa de áspera lana de Sudentland, apretó contra el pecho el paquete de lo que había comprado en la factoría, y luego alzó el rostro para dedicarle al poeta una sonrisa tímida que confirió belleza a aquel semblante pálido y famélico.

—Te lo agradecería, si no es demasiada molestia.

—En absoluto supone una molestia —replicó él—. Quizás esos rufianes aún anden al acecho por ahí afuera.

—Eso lo dudo. Parecían tenerle mucho miedo a tu amigo.

—Deja que te ayude a llevar esas hierbas, entonces.

—La señora me dijo con exactitud cuáles tenía que comprar. Son para aliviar los efectos de la congelación. Me sentiré más tranquila si las llevo yo.

Félix se encogió de hombros, y salieron al aire libre; el frío era tan intenso que sus alientos formaban nubes de vapor.

En el cielo nocturno, las Montañas Grises se encumbraban como gigantes, y la luz de ambas lunas se reflejaba en los ventisqueros que las coronaban, de

tal forma que parecían islas suspendidas en el cielo, flotando sobre un mar de sombras.

Avanzaron por la mugrienta aldea de cabañas que rodeaba la factoría. A lo lejos, Félix vio luces y oyó el mugido del ganado y el amortiguado golpeteo de los cascos de los caballos. Se encaminaban hacia un campamento al que estaban llegando otras personas.

Macilentos soldados de mejillas hundidas, ataviados con túnicas andrajosas, en las que podía verse la muy desteñida figura de un lobo sonriente, escoltaban carros tirados por flacos bueyes. Los cansados carreteros,

vestidos con ropas de campesinos, lo miraban al pasar. Junto a ellos iban sentadas mujeres que se arropaban apretadamente con chales y tenían la cabeza cubierta por un pañuelo que casi les ocultaba el rostro. A veces, algún niño se asomaba por la parte trasera de un carro para observarlos.

—¿Qué sucede? —preguntó Félix—. Parece ser que todo un pueblo está de viaje. —La muchacha miró los carros, y luego volvió los ojos hacia él.

—Somos la gente de Gottfried von Diehl. Lo seguimos al exilio, a la tierra de los Reinos Fronterizos.

Félix se detuvo para mirar hacia el

norte, y vio que había más carros, que descendían por el camino, y que detrás avanzaban a pie los rezagados, cojeando y aferrados a pobres sacos como si éstos contuvieran oro. Sacudió la cabeza con desconcierto.

—Tenéis que haber llegado por el paso del Fuego Negro —comentó. Él y Gotrek habían utilizado las antiguas rutas de los enanos que discurrían por el pie de la montaña—. Estamos muy adentrados en la estación fría para hacer eso. Ya deben de estar produciéndose las primeras ventiscas allí arriba. El paso únicamente está abierto durante el verano.

—A nuestro señor sólo le han dado de plazo hasta final de año para abandonar el Imperio. —Ella giró y comenzó a avanzar hacia el interior del círculo que habían formado los carruajes para tener alguna protección contra el viento—. Nos pusimos en marcha con tiempo suficiente, pero una serie de accidentes enlenteció nuestro avance. En el paso mismo nos pilló una avalancha, y perdimos a mucha gente. —Hizo una pausa, como si recordara alguna desgracia personal—. Algunos dicen que fue por la Maldición de los von Diehl, y que el barón nunca podrá dejarla atrás.

Félix la siguió. Sobre las hogueras había algunas cacerolas, y un gran caldero del que salía vapor. La muchacha señaló esta última vasija.

—El caldero de la señora. Estará esperando las hierbas.

—¿Tu señora es una bruja? —preguntó Félix, y ella lo miró con seriedad.

—No, señor. Es una hechicera con buenas credenciales, que estudió en Middenheim. Es la asesora del barón en asuntos de magia.

La muchacha avanzó hacia los escalones de un carromato repleto de signos místicos. Comenzó a ascender,



pero se detuvo para encararse con Félix.

—Gracias por tu ayuda —dijo.

Se inclinó para besarle en una mejilla, y luego se volvió y abrió la portezuela. Félix posó una mano sobre un hombro de ella y la retuvo con suavidad.

—Un momento —pidió—. ¿Cómo te llamas?

—Kirsten —replicó ella—. ¿Y tú?

—Félix, Félix Jaeger.

La muchacha volvió a sonreír antes de desaparecer en el interior del carromato, y Félix se quedó mirando la portezuela cerrada, ligeramente aturdido. Luego, con la sensación de

estar caminando por el aire, regresó a la factoría.

\* \* \* \* \*

—¿Estás loco? —preguntó airadamente Gotrek Gurnisson—. Ahora resulta que quieres que viajemos con un barón renegado y con la chusma que forma su séquito. ¿Has olvidado por qué hemos venido hasta aquí?

Félix se volvió para asegurarse de que nadie los miraba, aunque decidió que no era muy probable que alguien lo

hiciese. Él y el Matatrolls bebían sus cervezas en el rincón más oscuro de la factoría. Unos pocos borrachos estaban echados sobre las mesas de caballetes, y las miradas de malhumor del enano mantenían alejados a los curiosos casuales. Así pues, Félix se inclinó con aire de conspiración.

—Bien mirado, es de lo más sensato. Nosotros vamos a atravesar los Reinos Fronterizos, y ellos también. Será más seguro viajar acompañados.

Gotrek le lanzó una mirada amenazadora.

—¿Acaso insinúas que yo temo algún peligro que pueda surgir por el

camino?

Félix negó con la cabeza.

—No. Lo único que digo es que eso hará que el viaje nos resulte más cómodo, y que podrían pagarnos por el esfuerzo si logramos persuadir al barón de que nos contrate como mercenarios.

Gotrek se animó ante la mención del dinero. «En el fondo, todos los enanos son unos avaros», pensó Félix. Pareció que Gotrek consideraba el asunto durante un segundo, pero luego sacudió la cabeza.

—No. Si ese barón ha sido desterrado, es un criminal y no va a poner las manos sobre mi oro. —

Encorvándose, miró alrededor con tensión paranoica—. El tesoro es nuestro, tuyo y mío; bueno, sobre todo mío, por supuesto, ya que yo cargaré con la mayor parte de la lucha.

Félix sintió ganas de reír. No había nada como un enano bajo los efectos de la fiebre del oro.

—Gotrek, ni siquiera sabemos si existe tesoro alguno. Lo único que tenemos para guiarnos son las divagaciones de un senil explorador de terrenos que afirma haber visto el tesoro perdido de Karak-Ocho-Picos. Faragrim apenas puede recordar su propio nombre la mitad de las veces.

—Faragram es un enano, humano, y un enano nunca olvida la visión del oro. ¿Sabes cuál es el problema de tu pueblo? Que no sentís ningún respeto por vuestros ancianos. Entre los míos, Faragram merece la máxima consideración.

—Entonces, no me extraña que tu pueblo sea tan terriblemente estrecho de miras —murmuró Félix.

—¿Qué has dicho?

—Nada. Sólo responde a esto: ¿por qué Faragram no volvió él mismo a buscar el tesoro? Ha tenido dieciocho años para hacerlo.

—Por una sensata cautela

económica...

—Por tacañería, querrás decir.

—Como quieras llamarlo, humano.

El guardián lo dejó tullido, y nunca encontró a nadie en quien pudiese confiar.

—¿Y por qué te lo cuenta a ti, así, de repente?

—¿Estás insinuando que yo no soy digno de confianza, humano?

—No. Creo que quería librarse de nosotros, que quería que salieras de su taberna. Me parece que inventó esa historia inverosímil sobre el tesoro más grande del mundo custodiado por el troll más grande que existe porque sabía

que tú te la creerías; sabía que eso pondría un centenar de leguas entre tú y su establecimiento.

Las barbas de Gotrek se erizaron, y gruñó con enojo.

—No soy tan estúpido, humano. Faragrim juró que era verdad sobre las barbas de todos sus ancestros.

—Y supongo —respondió Félix tras proferir un gemido— que ningún enano ha roto jamás un juramento ni jurado en falso.

—Bueno, en raras ocasiones, sí —admitió Gotrek—; pero a éste le creo.

Félix comprendió que no serviría de nada continuar con el tema. Gotrek



quería que la historia fuese verídica, y, por tanto, para él lo era.

«Es como un hombre enamorado — pensó el poeta—, incapaz de ver las flaquezas de su amada debido a la muralla de ilusiones que ha levantado en torno a ella». El enano se acarició la barba con la vista fija en el infinito, perdido en la contemplación del tesoro guardado por el troll, y Félix decidió jugar el triunfo que le quedaba.

—Significaría no tener que caminar —dijo.

—¿Qué? —gruñó Gotrek.

—Si el barón nos contrata, podremos viajar en un carro, Siempre

estás quejándote de que te duelen los pies. Es tu oportunidad de darles un descanso. Piensa en ello —añadió en tono tentador—: nos pagarán y no te dolerán los pies.

Gotrek pareció considerarlo una vez más.

—Veo que no tendré paz a menos que consienta en plegarme a tus planes. Lo haré con una condición.

—¿Cuál?

—Que no se mencione para nada nuestro objetivo; a nadie.

Félix asintió, y Gotrek alzó una ceja enmarañada para mirarlo con expresión astuta.

—No creas que no sé por qué tienes tantas ganas de viajar con el barón, humano.

—¿Qué quieres decir?

—Te has enamorado de esa chiquilla con la que te marchaste de aquí hace un rato, ¿verdad?

—No —farfulló Félix—. ¿Qué te ha hecho pensar eso?

Gotrek soltó una estruendosa carcajada que despertó a varios borrachos amodorrados.

—Si no es así, ¿por qué se te ha puesto la cara tan roja, humano? —interrogó de modo triunfal.



Félix llamó a la portezuela del carromato que, según le dijeron, pertenecía al maestro de armas del barón.

—Adelante —dijo una voz.

Al abrir la puerta, su nariz fue asaltada por el olor de la grasa de oso, así que tendió la mano hacia la empuñadura de la espada.

Dentro del carromato había cinco hombres reunidos, y a tres los reconoció: se trataba de los cazadores con los que se había encontrado la

noche anterior. Los otros dos eran un joven, que iba ricamente vestido y tenía rasgos delicados, con el cabello corto según la moda de los guerreros nobles, y un hombre alto, de constitución poderosa, ataviado con pieles de gamo. Este último estaba bronceado y parecía tener unos treinta años, aunque su cabello era gris plateado. Llevaba una aljaba de flechas de cola negra colgada a la espalda, y cerca de su mano había un arco robusto y largo. Los hombres que Félix no conocía guardaban cierto parecido familiar.

—*Éze ez el baztardo* —dijo Lars a través de los dientes que le faltaban, y

los dos desconocidos intercambiaron miradas.

Félix los observó con prevención, mientras el del cabello gris lo inspeccionaba aparentando indiferencia.

—Así que tú eres el joven que le partió los dientes a uno de mis guías — comentó.

—¿Uno de tus guías?

—Sí, Manfred y yo los contratamos la estación pasada para que nos guiaran a través de las tierras bajas, a lo largo del Río del Trueno.

—Son montañeses —comentó Félix para ganar tiempo, en tanto se

preguntaba en qué clase de lío se había metido.

—Son cazadores —respondió el joven bien vestido, con acento culto—. También atraviesan las tierras bajas en busca de caza.

—Yo no lo sabía —respondió Félix al tiempo que tendía las manos abiertas ante sí.

—¿Qué has venido a buscar aquí? —quiso saber el del cabello gris.

—Estoy buscando trabajo como mercenario. Quería ver al maestro de armas del barón.

—Ése soy yo —respondió el mayor—. Dieter. También soy el

guardabosque jefe del barón, el entrenador de sus perros de caza y su halconero.

—La hacienda de mi tío está pasando por momentos bastante difíciles —comentó el joven.

—Éste es Manfred, sobrino y heredero de Gottfried von Diehl, barón de la Marca de Vennland.

—Antiguo barón —lo corrigió Manfred—. La condesa Emmanuelle creyó conveniente desterrar a mi tío y confiscar nuestras tierras en lugar de castigar a los verdaderos malhechores.

»Diferencias religiosas, ¿sabes? —añadió al ver la mirada de interrogación



de Félix—. Mi familia procede del norte y es adepta al bendito Ulric. Todos nuestros vecinos meridionales son sigmaritas devotos. En estos tiempos de intolerancia, ésa era la única excusa que necesitaban para apoderarse de las tierras que codiciaban. Dado que son primos de la condesa Emmanuelle, nos destierran por iniciar una guerra. —Sacudió la cabeza con disgusto—. Política imperial, ¿no?

Dieter se encogió de hombros y se volvió para mirar a los montañeses.

—Esperad fuera —les dijo—. Tenemos asuntos que atender con *herr...*

—Jaeger. Félix Jaeger.

Los cazadores se dispusieron a salir.

Mientras se dirigía hacia la portezuela, Lars le echó a Félix una mirada llena de odio. El poeta lo miró directamente a los ojos inyectados en sangre, y sus miradas quedaron fijas la una en la otra durante un segundo. Luego, los cazadores desaparecieron y sólo dejaron tras de sí la vaharada de grasa de oso flotando en el aire.

—Me temo que te has ganado un enemigo —comentó Manfred.

—No me preocupa.

—Debería preocuparte, *herr* Jaeger.

Ese tipo de hombres son de los que

guardan rencor —dijo Dieter—. ¿Dices que estás buscando trabajo?

Félix asintió.

—Mi compañero y yo...

—¿El Matatrolls? —Dieter alzó una ceja.

—Gotrek Gurnisson, sí.

—Si queréis trabajo, ya lo tenéis. Los Reinos Fronterizos son tierras violentas y nos vendrían bien dos guerreros más. Por desgracia, no podemos pagar mucho.

—Los bienes de mi tío son ahora escasos —explicó Manfred.

—No pedimos mucho más que cama, comida y transporte —respondió

Félix, y Dieter se echó a reír.

—Me parece excelente. Podéis viajar con nosotros si lo deseáis. En caso de que nos ataquen, tendréis que luchar.

—¿Estamos contratados?

Dieter le entregó dos monedas de oro.

—Habéis aceptado la corona del barón. Estáis con nosotros. —El hombre del cabello gris abrió la puerta—. Y ahora, si nos disculpas, tenemos que planificar el viaje.

Félix hizo una reverencia a cada uno de ellos, y salió.

—Un momento.

Se volvió y vio que Manfred salía del carromato tras él, y le sonreía.

—Dieter es un hombre brusco, pero te acostumbrarás a él.

—Estoy seguro de que así será, mi señor.

—Llámame Manfred. Estamos en la frontera, no en la corte de la condesa de Nuln. Aquí el rango no es tan significativo.

—Muy bien, mi señor... Manfred.

—Sólo quería decirte que anoche hiciste lo correcto. Defender a la muchacha, aunque sea la servidora de esa bruja. Te lo agradezco.

—Gracias. ¿Puedo hacerte una

pregunta?

Manfred asintió, y Félix se aclaró la garganta.

—El nombre de Manfred von Diehl no es desconocido entre los eruditos de Altdorf, mi ciudad natal. Se relaciona con un dramaturgo.

Manfred le dedicó una amplia sonrisa.

—Soy yo. ¡Por Ulric, un hombre culto! ¿Quién podría pensar que encontraría a uno por estas tierras? Puedo asegurarte que tú y yo vamos a llevarnos bien, *herr Jaeger*. ¿Has visto *Flor Extraña*? ¿Te gustó?

Félix meditó cuidadosamente la

respuesta. No le había interesado la obra, que trataba de la caída en la locura de una mujer de la nobleza cuando descubría que era una mutante que involucionaba hacia la bestialidad. A *Flor Extraña* le faltaba la humanidad benevolente que podía hallarse en el más grande dramaturgo del Imperio: Detlef Sierck. No obstante, la obra resultaba muy actual en esos días en que el número de mutaciones, aparentemente, estaba aumentando. La condesa Emmanuelle la había prohibido, según recordaba Félix.

—Tiene mucha fuerza, Manfred. Resulta muy obsesionante.

—¡Obsesionante, muy bien! ¡De verdad que muy bien! ¡Ahora tengo que ir a visitar a mi tío, que está enfermo, pero espero hablar contigo de nuevo antes de que acabe el viaje!

Se hicieron una reverencia, y el joven noble se alejó. Félix se quedó mirándolo, incapaz de reconciliar a ese amistoso joven excéntrico con las imágenes melancólicas, obsesionadas con Caos, de su obra. Entre los eruditos de Altdorf, Manfred von Diehl era famoso como dramaturgo brillante... y blasfemo.





Hacia media mañana, los exiliados estaban a punto para ponerse en marcha. Al frente de la larga fila desordenada, Félix vio un anciano de cabellos blancos, ataviado con una capa de cebellina, que montaba un corcel de guerra negro. Cabalgaba bajo el estandarte desplegado del lobo, que enarbolaba Dieter. Junto a él, Manfred se inclinó para decirle algo al anciano; el barón hizo entonces un gesto, y la caravana que formaba su pueblo comenzó a avanzar.

El poeta sintió que lo recorría un estremecimiento ante la visión de todo aquello. Se embebió en el espectáculo de la fila de carromatos y carros con su escolta armada de guerreros montados y ataviados con armadura, y luego subió a un carro de provisiones que él y Gotrek le habían expropiado a un viejo sirviente avinagrado, que iba vestido con la librea de la baronía.

En torno a ellos, las montañas apuntaban al cielo como gigantes grises, los árboles salpicaban los bordes del camino y algunos arroyos corrían como mercurio por los lados hacia el nacimiento del Río del Trueno. La

lluvia mezclada con nieve suavizaba los contornos del paisaje y le confería una belleza indómita.

—Hora de volver a partir —gimió Gotrek al mismo tiempo que se cogía la cabeza entre las manos. Tenía los ojos turbios a causa de la resaca.

Avanzaron con estrépito sordo y ocuparon su sitio en la fila. Detrás de ellos, los soldados se colgaron los arcos a la espalda, se envolvieron apretadamente en las capas y comenzaron la marcha. Sus juramentos se mezclaban con las imprecaciones y latigazos de los conductores, y con los mugidos de los bueyes. Un bebé se

puso a llorar, y una mujer, en algún punto detrás de ellos, empezó a cantar en voz baja y musical, que acalló el llanto del niño. Félix se inclinó hacia adelante con la esperanza de atisbar a Kirsten entre la gente que avanzaba con paso trabajoso bajo la aguanieve hacia las onduladas colinas que se desplegaban bajo ellos como un mapa.

Se sentía casi en paz, arrastrado por todo aquel movimiento humano, como si un río lo llevara hacia su meta. Se sentía ya parte de esa pequeña comunidad itinerante, una sensación de la que no había disfrutado desde hacía mucho tiempo. Sonrió, pero un codazo

de Gotrek en las costillas lo arrancó de la ensoñación.

—Mantén los ojos abiertos, humano. Orcos y goblins rondan por estas montañas y por las llanuras de ahí abajo.

Félix le lanzó una mirada feroz; sin embargo, cuando alzó la vista de nuevo no fue para apreciar la indómita belleza del entorno, sino para mantenerse alerta ante cualquier posible accidente del terreno que fuera apropiado para una emboscada.

\* \* \* \* \*

Félix giró la cabeza para mirar las montañas. No lamentaba abandonar aquellas inhóspitas tierras altas, ya que habían sido asaltados varias veces por goblins de piel verde, cuyos escudos lucían el emblema de la Garra Escarlata. Los jinetes de lobo fueron rechazados, pero con bajas humanas. Tenía los ojos enrojecidos debido a la falta de sueño, pues, como todos los guerreros, habían doblado los turnos de guardia por si se producían ataques nocturnos. Sólo Gotrek parecía decepcionado por el hecho de que no los persiguieran.

—Por Grungni —dijo el enano—,

no volveremos a verlos; no, después de que Dieter mató al líder. Son todos unos cobardes cuando no tienen matones para que les metan el fuego en el cuerpo. ¡Lástima! Nada es mejor que matar a unos cuantos goblins para que se despierte el apetito. El ejercicio sano es fantástico para la digestión.

Félix le lanzó una mirada avinagrada, y señaló con un pulgar hacia el carromato del que en ese momento descendían Kirsten y una mujer alta, de mediana edad.

—Estoy seguro de que los heridos que hay en ese carruaje estarán en desacuerdo con tu idea de lo que es el

ejercicio sano, Gotrek.

—En esta vida, humano —replicó el enano a la vez que se encogía de hombros—, la gente se hace daño. Simplemente, alégrate de que no te tocara a ti.

Félix ya estaba harto, así que se bajó del carro y saltó al suelo fangoso.

—No te preocupes, Gotrek. Tengo intención de quedarme contigo para completar la epopeya porque no me gustaría romper un juramento, ¿no te parece?

Gotrek lo miró fijamente, como si sospechara un atisbo de sarcasmo, pero Félix se cuidó de adoptar una expresión



dulce. Gotrek se tomaba muy en serio la obra de su compañero, pues quería ser el héroe de un poema épico; por eso, mantenía al educado poeta cerca, para asegurarse de que su sueño sería cumplido. Al mismo tiempo que sacudía la cabeza, Félix se encaminó hacia donde se encontraban Kirsten y su señora.

—Buenos días, *frau* Winter. Kirsten... —Las dos mujeres lo observaron con precaución. Un entrecejo fruncido pasó por el rostro de la hechicera, aunque no pareció que a sus ojos de reptil, con pesados párpados, aflorara ninguna expresión.

Se arregló una de las plumas de cuervo que adornaban su cabello.

—¿Qué tienen de buenos, *herr* Jaeger? Han muerto otros dos hombres a causa de las heridas. Las flechas estaban envenenadas. ¡Por Taal, cómo detesto a esos jinetes de lobo!

—¿Dónde está el doctor Stockhausen? Pensaba que se encontraría ayudándote.

La mujer de más edad sonrió aunque, en opinión de Félix, se trataba de una sonrisa burlona.

—Está ocupado con el heredero del barón. El joven Manfred tiene un corte en un brazo, y Stockhausen preferiría

dejar que murieran buenos hombres antes que desatender una herida del pequeño Manfred.

Dio media vuelta y se alejó, con el cabello y la capa ondulando en la brisa.

—No le hagas caso a mi señora — dijo Kirsten—. El señor Manfred se mofó de ella en una de sus obras, y está resentida. En realidad, es una buena mujer.

Félix la miró mientras se preguntaba por qué los latidos de su corazón parecían tan ruidosos y tenía las palmas de sus manos tan sudadas. Recordó las palabras que Gotrek le había dicho en la taberna y sintió que se ruborizaba.

De acuerdo, admitió para sí: Kirsten le resultaba atractiva. ¿Qué tenía eso de malo? Tal vez el hecho de que quizás ella no se sintiera atraída por él. Miró a su alrededor; sentía que tenía la lengua paralizada e intentó pensar en algo que pudiese decir. Cerca de ellos, unos niños jugaban a soldados.

—¿Cómo estás? —preguntó al fin.

—Bien —replicó ella, algo temblorosa—. Anoche tuve miedo a causa del aullido de los lobos y las flechas que caían, pero ahora... Bueno, durante el día parece todo tan irreal...

Del carromato situado detrás de ellos, llegaron los gemidos de un

hombre agonizante. Ella se volvió por un momento, y luego la dureza cruzó su rostro y se asentó como si fuera una máscara.

—No es agradable trabajar con los heridos —comentó Félix.

—Te acostumbras —replicó ella al mismo tiempo que se encogía de hombros.

Félix sintió un escalofrío al ver aquella expresión en el rostro de la muchacha; antes sólo la había visto en la cara de mercenarios, hombres cuya profesión era la muerte. Al mirar en derredor, se fijó en los niños que jugaban cerca del carromato de los

heridos: uno disparaba un arco imaginario, y otro profería un grito gorgoteante, se aferraba el pecho y caía. Félix se sintió, de pronto, aislado y muy lejos del hogar. La vida cómoda de poeta y erudito que había dejado tras de sí en el Imperio parecía haberle sucedido a algún otro hacía mucho tiempo. Las leyes y quienes las hacían cumplir —aquello que siempre le había parecido incuestionable— acababan de quedar atrás, en las Montañas Grises.

—Aquí se muere con facilidad, ¿no es cierto? —dijo.

Kirsten lo miró, dulcificó la expresión del rostro y pasó su brazo por

el de él.

—Ven, vayamos a un sitio donde el aire esté más limpio —decidió.

Detrás de ellos, los chillidos de los niños que jugaban se mezclaron con los gemidos de los hombres agonizantes.



Félix vio la ciudad en el momento en que salieron de las colinas, a última hora de la tarde. A la izquierda, hacia el este, se prolongaba la curva descrita por la rápida corriente del Río del Trueno y,

más allá, los imponentes picos de las Montañas del Fin del Mundo. Al sur, otra cadena de colinas se perdía, inhóspita, en la distancia. Eran colinas desnudas y formidables, y algo en ellas hizo que Félix se estremeciera.

En el valle que quedaba entre ambas cadenas, se acurrucaba una ciudad amurallada. Unas formas blancas, que podían ser ovejas, eran conducidas al exterior a través de las puertas. Félix creyó ver siluetas que se movían sobre la muralla, pero desde esa distancia no podía estar seguro. Dieter le hizo una señal para que se acercara.

—Tú hablas muy bien —le dijo—.



Baja hasta allí para parlamentar. Dile a la gente de la ciudad que no pretendemos causarles ningún mal.

Félix se limitó a mirar al hombre alto y flaco. «Lo que quiere decir — pensó— es que yo soy prescindible en caso de que esa gente no sea amistosa». Se le ocurrió que podía enviarlo al infierno, pero Dieter debió adivinar lo que estaba pensando.

—Has aceptado la corona del barón —le recordó sin más.

«Es cierto», admitió Félix. Entonces consideró la posibilidad de tomar un baño caliente, beber en una taberna de verdad, dormir bajo techo... todos los

lujos que podían ofrecer incluso los pueblos fronterizos más primitivos. La perspectiva le resultó muy tentadora.

—Dadme un caballo —pidió—, y una bandera blanca.

Mientras montaba el caprichoso caballo de guerra, intentó no pensar en lo que unos nombres suspicaces y armados con arcos podrían hacerle al mensajero de un enemigo potencial.

\* \* \* \* \*

La saeta de la ballesta hendió el aire

con un silbido y se clavó, temblorosa, en la tierra que había ante los cascos del corcel. Félix luchó para controlar el animal, que se encabritó. En momentos como ése se alegraba de que su padre hubiese insistido en que el arte de montar formaba parte de la educación de un joven caballero adinerado.

—No te acerques más, forastero, o te llenaremos de flechas, con o sin bandera blanca. —La voz era ronca pero poderosa. Estaba claro que su dueño la usaba para dar órdenes y hacer que fuesen obedecidas. Félix luchó con la montura y logró controlarla.

—Soy el heraldo de Gottfried von Diehl, barón de la Marca de Vennland —gritó Félix—. No tiene intención de causaros ningún mal. Sólo queremos cobijarnos de los elementos y renovar las provisiones.

—¡Bueno, pues aquí no podéis hacerlo! Dile a tu barón Gottfried que, si es tan pacífico, puede continuar su camino. Esto es Akendorf, y no nos interesa ningún trato con los nobles.

Félix estudió al hombre que le gritaba desde el torreón de la puerta de la ciudad. Debajo del casco metálico en pico, se adivinaba un rostro perspicaz e inteligente. Se encontraba flanqueado

por dos hombres cuyas ballestas apuntaban a Félix con tal férrea firmeza que al poeta se le secó la boca y un sudor frío empezó a correrle por la espalda. Llevaba la cota de malla, pero dudaba de que pudiese servirle de algo contra las flechas a una distancia tan corta.

—Señor, en el nombre de Sigmar, sólo necesitamos un poco de hospitalidad.

—Márchate, muchacho; no recibirás hospitalidad ni en Akendorf ni en ninguna otra población de estas tierras si viajas con veinte caballeros acorazados y cincuenta soldados.

Félix se maravilló de lo excelentes que debían ser los exploradores de Akendorf para conocer con tanta exactitud el número de sus fuerzas. Comprendió con claridad cómo eran las cosas en aquellas tierras. El ejército del barón resultaba demasiado poderoso como para que los Señores de la Guerra locales les abrieran las puertas de sus ciudades. En aquellas poblaciones aisladas, ellos constituían una amenaza para la posición de cualquier gobernante. Sin embargo, Félix dudaba de que las fuerzas del barón estuvieran lo bastante preparadas como para tomar una fortaleza amurallada contra una

resistencia decidida.

—Tenemos heridos —gritó—. ¿Los aceptaréis a ellos, al menos?

Por primera vez, el hombre de la muralla adoptó una actitud de disculpa.

—No. Vosotros habéis traído hasta aquí esas bocas de más, así que podéis alimentarlas.

—En el nombre de Shallya, Señora de la Misericordia, tenéis que ayudarlos.

—No tenemos que hacer nada, heraldo. Soy yo quien gobierna aquí, no tu barón. Dile que siga el Río del Trueno hacia el sur. Bien sabe Taal que allí hay mucha tierra que no pertenece

a nadie. Que desbroce en ese paraje su propia hacienda o que tome uno de los fuertes abandonados.

Desanimado, Félix hizo girar a su caballo. Mientras se alejaba tenía plena conciencia de las armas que lo apuntaban.

—¡Heraldo! —gritó el señor de Akendorf.

Félix se volvió en la silla para mirarlo, y vio pese a la mermante luz que el rostro del hombre tenía una expresión preocupada.

—¿Qué?

—Dile al barón que en ningún caso entre en las colinas del sur. Debe



mantenerse junto al Río del Trueno. No quiero tener sobre mi conciencia el hecho de no haberlo prevenido acerca de las Colinas Geistenmund.

Algo en el tono de la voz del hombre hizo que a Félix se le erizara el pelo de la nuca.

—Esas colinas están encantadas, heraldo, y ningún hombre debe desafiarlas, so peligro de su alma inmortal.

\* \* \* \* \*

—No nos permitirán traspasar las puertas. Es así de simple —concluyó Félix mientras recorría con la mirada los rostros reunidos en torno a la hoguera.

El barón le hizo un gesto para que se sentara con un movimiento débil de la mano izquierda, y luego se volvió para mirar a Dieter.

—No podemos tomar Akendorf, al menos no sin una gran pérdida de vidas. Aunque no sea experto en asedios, incluso así me doy cuenta de ello —le dijo el hombre del cabello gris, y se inclinó hacia adelante para echar otra rama al fuego. Las chispas que se levantaron ascendieron hacia el cielo e

iluminaron el aire frío de la noche.

—Así pues, opinas que debemos continuar —comentó el barón con una voz débil que a Félix le recordó el crujir de las hojas secas.

Dieter asintió.

—Tal vez deberíamos ir hacia el oeste —comentó Manfred—, y buscar tierras allí. De ese modo, evitaríamos las colinas, suponiendo que en ellas haya algo que debamos temer.

—Lo hay —le aseguró Hef, uno de los cazadores. Incluso al alegre resplandor de las llamas, sus rasgos aparecían pálidos y tensos.

—De todos modos, ir hacia el oeste

es una estupidez —declaró *frau* Winter, y Félix vio que lanzaba directamente a Manfred una feroz mirada.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —inquirió él.

—Usa el cerebro, muchacho. Las montañas del este son la morada de los goblins, ahora que el reino de los enanos está dividido en dos; así que la mejor tierra será la que más lejos esté del Río del Trueno, puesto que se encuentra más a salvo de incursiones; en consecuencia, debe pertenecer a los gobernantes más poderosos de la región. Cualquier fortaleza del oeste ofrecerá mayor resistencia que Akendorf.

—Tengo buenos conocimientos de geografía —se burló Manfred, y recorrió con la mirada los ojos de todos los que circundaban la hoguera—. Si continuamos hacia el sur llegaremos al Río de la Sangre, donde los jinetes de lobo pululan más que los gusanos en un cadáver.

—El peligro acecha en todas direcciones —resolló el anciano barón, que fijó en Félix una mirada muy penetrante—. ¿Crees que el señor de Akendorf nos advirtió que nos mantuviéramos junto al río sólo con el fin de que seamos un blanco fácil para los atacantes de piel verde?

Félix meditó durante un momento para sopesar la cuestión. ¿Cómo podía esperarse que él supiera si el hombre mentía o no basándose en sólo una breve conversación? El poeta tenía plena conciencia de que lo que dijese influiría en el destino de todos los integrantes de la caravana, y por primera vez en su vida experimentó una levísima sensación de la responsabilidad que conllevaba el liderazgo; inspiró profundamente.

—El hombre parecía sincero, *herr* barón.

—Decía la verdad —afirmó Hef, mientras apretaba un poco de hierba de

fumar dentro de su pipa.

Félix reparó en que los dedos del hombre jugaban nerviosamente con el utensilio. Hef se inclinó hacia adelante y sacó una ramita encendida del fuego, que usó para encender la pipa antes de continuar.

—Las Colinas Geistenmund son un lugar siniestro. La gente dice que hace siglos llegaron hechiceros de Bretonia, nigromantes desterrados por el Rey Sol. Encontraron los túmulos de la gente que había muerto ahí en los tiempos antiguos, y usaron sus hechizos para reunir un ejército. Estuvieron a punto de conquistar los Reinos Fronterizos,

antes de que los señores de la región establecieran una alianza con los enanos de las montañas y los hicieran retroceder.

Félix sintió que un estremecimiento le recorría la espalda y luchó contra el impulso de volverse para mirar por encima del hombro hacia la oscuridad.

—La gente dice que los hechiceros y sus aliados se retiraron al interior de los túmulos, que fueron sellados por los vencedores con trabajo de cantería y poderosas runas.

—Pero eso sucedió hace siglos — declaró *frau* Winter—. Por poderosos que fuesen los hechiceros, ¿han podido



resistir tanto tiempo?

—No lo sé, señora; pero los profanadores de tumbas jamás regresan de las Colinas Geistenmund. Algunas noches pueden verse luces sobrenaturales en esas elevaciones, y cuando las dos lunas están llenas, los muertos se remueven inquietos en sus tumbas. Salen a apoderarse de los vivos para que su sangre pueda renovar la vida de los Señores Oscuros.

—Es seguro que eso son tonterías — declaró el doctor Stockhausen.

Félix no estaba tan seguro. El año anterior, durante la Noche de Difuntos, había presenciado cosas terribles.

Apartó el recuerdo de su mente.

—Si vamos hacia el oeste, nos enfrentamos a un peligro seguro y sin garantía de que podamos hallar refugio —concluyó el barón, cuyo rostro parecía macilento y angular a causa de la luz del fuego que se proyectaba desde abajo—. Nos aseguran que hacia el sur encontraremos tierras libres, aunque podrían esconder los riesgos de un antiguo hechizo. Creo que deberíamos arrostrar los riesgos del camino del sur, que tal vez esté despejado. Seguiremos el curso del Rio del Trueno.

En su voz no había ninguna esperanza; más bien hablaba como un

hombre resignado a la voluntad del destino. «¿Acaso el barón desea la muerte?», se preguntó Félix. Aún bajo los efectos de la atmósfera que había originado el tenebroso relato del cazador, casi podía creerlo. Tomó nota de que debía averiguar algo más acerca de la Maldición de los von Diehl, y luego reparó en el rostro de Manfred. El joven noble contemplaba el fuego con ojos hipnotizados y en su rostro había una expresión que era casi de placer.

\* \* \* \* \*

—Creo que he hallado la inspiración para una nueva obra —declaró Manfred von Diehl con entusiasmo—. La deliciosa historia que contó el cazador la pasada noche será el núcleo de la trama.

Félix lo miró con aire dubitativo. Avanzaban junto al flanco oeste de la caravana y se mantenían entre los carros y las ominosas colinas peladas.

—Tal vez la historia del cazador sea algo más que un simple relato, Manfred. Muchas leyendas antiguas encierran hechos reales.

—¡Desde luego! ¡Desde luego!

¿Quién mejor para saberlo que yo? Creo que esta obra la titularé *Por donde caminan los muertos*. Piensa en esto: anillos de plata tintineando en dedos huesudos, y la piel apergaminada de los muertos vivientes brillando a la luz embrujada de las lunas. Imagínate a un rey que yace incorrupto y que cada año se levanta con el fin de buscar sangre con la que sustentar su sombrío reino.

Contemplando aquellas elevaciones malditas, a Félix le resultaba muy fácil imaginar cosas semejantes. De toda la gente que seguía al barón von Diehl, sólo tres personas se atrevían a entrar en las colinas. Durante el día, el doctor

Stockhausen y *frau* Winter buscaban hierbas entre las musgosas rocas de las pedregosas laderas. Si regresaban tarde, a veces se encontraban con Gotrek Gurnisson, ya que el Matatrolls rondaba por las colinas durante la noche, como si tratase de desafiar a los poderes de la Oscuridad.

—Imagínate... —continuó Manfred casi susurrando—. Imagínate que estás dormido en la cama y oyes unos pasos quedos que se acercan, aunque únicamente percibes tu respiración... ¿Podrías estar allí tendido, escuchando los fuertes latidos de tu corazón y sabiendo que nada se agita dentro del

pecho de quien se te aproxima?

—Sí —se apresuró a decir Félix—, estoy seguro de que será una obra excelente. Tienes que dejar que la lea en cuanto la hayas acabado.

Decidió cambiar de tema, e intentó dar con uno que pudiese resultar atractivo para aquel extraño joven.

—Yo estoy pensando en escribir un poema. ¿Podrías contarme algo más sobre la Maldición de los von Diehl?

El rostro de Manfred quedó petrificado, y su mirada brillante hizo que Félix se estremeciera; sin embargo, enseguida sacudió la cabeza, sonrió y volvió a comportarse de manera afable.

—Hay poco que contar —y profirió una alegre risilla—. Mi abuelo era un hombre muy devoto, y siempre estaba quemando brujas y mutantes para demostrarlo. En una noche de brujas, asó a una bonita moza llamada Irina Trask. Todos los súbditos acudieron a mirar, porque era una belleza. Cuando las llamas ya se alzaban en torno a la muchacha, ella invocó a los poderes del infierno para que la vengaran, para que sobreviniera la muerte sobre mi abuelo y la cólera de Caos sobre sus herederos y seguidores. «La oscuridad y sus hijos se os llevarán a todos», dijo. —Guardó silencio y dirigió una tenebrosa mirada



hacia las colinas.

—¿Y qué sucedió? —quiso saber Félix.

—Poco después de eso, mi abuelo fue asesinado por una manada de hombres bestia mientras cazaba. Se produjo una reyerta entre sus hijos. El mayor, Kurt, era el heredero. Mi padre y su hermano se rebelaron, y lo desposeyeron. Algunos dicen que Kurt se convirtió en un bandido y que fue asesinado por un guerrero de Chaos; otros, que se encaminó hacia el norte y tuvo un final mucho más terrible.

»Mi padre heredó la baronía y se casó con mi madre, Katerina von

Wittgenstein.

Félix lo miró fijamente, pues los Wittgenstein eran una familia de oscura reputación y poco aceptada en sociedad. Manfred hizo caso omiso de su mirada.

—El tío Gottfried se convirtió en comandante del ejército. Mi madre murió al darme a luz, y mi padre desapareció. Entonces, Gottfried se hizo con el poder y, desde ese momento, nos ha perseguido la mala suerte.

Félix vio que una figura se aproximaba bajando por la ladera. Era *frau* Winter, y parecía tener muchísima prisa.

—¿Desapareció? —preguntó Félix, distraído.

—Sí, se desvaneció. No fue hasta mucho más tarde que descubrí lo que le había sucedido.

*Frau* Winter se acercó al mismo tiempo que le echaba una mirada feroz a Manfred.

—Malas noticias —anunció—. He descubierto una abertura en la ladera de la colina, más arriba. Está sellada por piedras rúnicas, pero siento que detrás acecha un terrible peligro.

El tono de su voz impulsaba a creerla. *Frau* Winter continuó a toda velocidad hasta adentrarse en el

campamento mientras los ojos de Manfred le lanzaban dagas a la espalda. Félix desvió la mirada hacia él.

—No existe ningún afecto entre vosotros, ¿verdad?

—Ella me odia; lo ha hecho desde que mi tío me nombró heredero. Piensa que el siguiente barón debería ser su hijo.

Félix alzó una ceja.

—¡Ah, sí!, ¿no lo sabes? Dieter es hijo de ella, e hijo bastardo de mi padre.

\* \* \* \* \*

La luz de las lunas moteaba las aguas del Río del Trueno, que brillaba como plata líquida. Añosos árboles retorcidos colgaban sobre las márgenes y parecían trolls en actitud de espera. Nervioso, Félix volvió la cabeza. «Esta noche hay algo en el aire», pensó; tenía la sensación de que alguna cosa no iba bien.

Tuvo que luchar para controlar la impresión de que el mal se movía a sus espaldas, ávido de vida, de las vidas de todas las personas que formaban el séquito del barón Gottfried.

—¿Te encuentras bien, Félix? Esta

noche pareces distraído —comentó Kirsten.

Él volvió los ojos hacia la muchacha y sonrió, pues hallaba placer en su presencia. Normalmente, disfrutaba de aquellos paseos nocturnos junto al río, pero esa noche un presagio se interponía entre ambos.

—Sólo estoy cansado. —De modo inevitable, lanzó una mirada hacia las colinas cercanas. A la luz de las lunas, la abertura se parecía mucho a unas fauces abiertas de par en par.

—Es este sitio, ¿verdad? Hay algo sobrenatural en él; puedo sentirlo. Es como cuando *frau* Winter hace uno de

sus hechizos peligrosos; entonces se me eriza el pelo de la nuca. Pero esto es mucho peor.

Félix vio cómo el terror afloraba al rostro de ella, y luego desaparecía. Kirsten miró a lo lejos, por encima de las aguas.

—Algo antiguo y maligno habita en esas colinas, Félix; algo que está hambriento. Podemos morir aquí. —El poeta la tomó de la mano.

—Estaremos a salvo mientras permanezcamos junto al río.

Sin embargo, le tembló la voz, y las palabras no sonaron tranquilizadoras. Hablaba como un niño asustado, y

ambos se estremecieron.

—Toda la gente del campamento está asustada, excepto tu amigo Gotrek. ¿Por qué es tan intrépido?

—Gotrek es un Matatrolls —respondió Félix con una risa queda—. Ha jurado buscar la muerte para expiar un crimen. Es un desterrado de su hogar, su familia y sus amigos. No tiene lugar en este mundo, y es valiente porque no tiene nada que perder. Sólo puede recobrar el honor mediante una muerte honorable.

—¿Y tú por qué lo sigues? Pareces un hombre sensato.

Félix meditó con cuidado lo que iba



a responder. La verdad era que nunca se había planteado con detalle los motivos que lo impulsaban. Pero ante la mirada de los oscuros ojos de Kirsten, de pronto, pareció importante saber cuáles eran.

—Él me salvó la vida, y después de eso nos juramos lealtad de sangre. En ese momento, yo no sabía lo que significaba el ritual; pero estoy obligado por ese juramento.

Aunque le había expuesto los hechos desnudos, no le había dado una explicación. Hizo una pausa y se acarició la vieja cicatriz que tenía en la mejilla derecha. Quería ser sincero.

—Maté a un hombre en un duelo, y eso causó un escándalo. Tuve que renunciar a mi vida de estudiante, y mi padre me desheredó. Me sentía furioso, y me metí en líos con la ley. Cuando conocía Gotrek, no tenía metas vitales; simplemente iba a la deriva. El propósito de Gotrek era tan fuerte, que me vi arrastrado por él. Me resultaba más fácil seguirlo que comenzar una nueva vida. Algo de su locura autodestructiva me atrajo.

Ella lo miró con expresión interrogadora.

—¿Y ahora ya no?

Él negó con un gesto de cabeza.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Qué te ha traído hasta las orillas del Río del Trueno?

Se acercaron a un árbol caído, y Félix ayudó a Kirsten a subir al tronco; después saltó para sentarse a su lado. La muchacha se alisó los pliegues del vestido largo de campesina y se metió un mechón de pelo detrás de una oreja. Félix pensó que tenía un aspecto adorable a la luz de las lunas. La niebla comenzaba a formarse.

—Mis padres eran vasallos del barón Gottfried, siervos suyos en Diehlendorf. A mí me contrataron como aprendiz de *frau* Winter. Ellos

murieron en la avalancha de la montaña, junto con mis hermanas.

—Lo siento —respondió Félix—; no lo sabía.

Ella se encogió de hombros con actitud resignada.

—Ha habido muchísimas muertes a lo largo del camino. Simplemente, doy las gracias por estar aquí.

Guardó silencio durante un largo momento, y cuando volvió a hablar, lo hizo con voz dulce.

—Los echo de menos.

A Félix no se le ocurrió nada que decir, así que permaneció callado.

—¿Sabes? Mi abuela, en toda su

vida, nunca se alejó de Diehlendorf. Jamás vio el interior de aquel viejo castillo inhóspito. Lo único que conoció fue su cabaña y la tierra donde trabajaba. Yo ya he visto montañas, ciudades y este río. He llegado mucho más lejos de lo que ella se atrevió a soñar. En un sentido, me alegro.

Félix la miró, pese a que sus mejillas quedaban en sombra, vio brillar una lágrima. Los rostros de ambos estaban muy cerca el uno del otro. Detrás de ella, los jirones de niebla que ascendían de la superficie del río se habían espesado con rapidez, y él apenas podía ver el agua. Kirsten se acercó más al

poeta.

—Si no hubiese llegado hasta aquí, no te habría conocido.

Se besaron con torpeza, como tanteando y sin apenas rozarse los labios. Luego, Félix se inclinó para tomar los largos cabellos de ella entre las manos. Volvieron a inclinarse el uno hacia el otro y se fueron abrazando con mayor avidez a medida que el segundo beso se hacía más profundo. Apasionadas, las manos comenzaron a recorrer y explorar el cuerpo del otro sobre las gruesas capas de tela que los cubrían.

Se inclinaron demasiado, y Kirsten

profirió una leve exclamación cuando cayeron del tronco del árbol y quedaron tendidos sobre la blanda tierra húmeda.

—Tengo la capa enfangada —dijo Félix.

—Tal vez sería mejor que te la quitaras. Podríamos echarnos sobre ella, porque el suelo está mojado.

Bajo las sombras de las mortales colinas, cobijados por la niebla y alumbrados por la luz de las lunas, hicieron el amor.

\* \* \* \* \*

—¿Dónde has estado, humano, y por qué tienes ese aspecto tan satisfecho de ti mismo? —inquirió Gotrek, malhumorado.

—Junto al río —replicó Félix con aire inocente—. Paseando.

—Has escogido una mala noche para salir a pasear —replicó Gotrek al mismo tiempo que alzaba una enmarañada ceja—. Fíjate en cómo está espesándose la niebla. Huele a hechicería.

Félix sintió que el miedo le calaba los huesos, y su mano derecha se posó involuntariamente sobre la empuñadura de la espada. De pronto



recordó la niebla que, un año antes, cubría los páramos que rodeaban el Círculo de Piedras Oscuras, y lo que esa niebla ocultaba. Y miró por encima del hombro hacia las tinieblas.

—Si estás en lo cierto, deberíamos decírselo a Dieter y al barón.

—Ya he informado al maestro de armas del barón, y han doblado la guardia. Es lo único que están dispuestos a hacer.

—¿Y qué vamos a hacer nosotros?

—Duerme un poco, humano. Pronto comenzará tu turno de guardia.

Félix se tendió en la parte trasera del carro, sobre unos sacos de grano y

se envolvió apretadamente con la capa. Aunque quería dormirse, no lo lograba. No dejaba de pensar en Kirsten, y cuando miraba a Morrslieb, la luna menor, creía ver el contorno del rostro de ella. La niebla continuó espesándose y amorteciendo todos los sonidos, excepto la queda respiración de Gotrek.

Cuando, por fin, lo visitó el sueño, tuvo tétricas pesadillas en las que los muertos se levantaban de sus tumbas.

\* \* \* \* \*

A lo lejos, un caballo relinchó con inquietud, y una mano enorme se apretó contra la boca de Félix. Él luchó con furia mientras se preguntaba si Lars habría acudido en busca de venganza.

—¡Chitón, humano! Algo se acerca. No hagas el más mínimo ruido.

Félix, aturdido, despertó del todo. Tenía los ojos secos y cansados, y le dolían los músculos por haber dormido sobre los sacos de grano. Se sentía agotado y sin energía.

—¿De qué se trata, Gotrek? — preguntó en voz baja, pero el Matatrolls le hizo un gesto para indicarle que guardara silencio mientras olía el aire.

—Sea lo que sea, lleva muerto mucho tiempo.

Félix se estremeció y se ajustó más la capa en torno al cuerpo. Sintió que en el fondo del estómago comenzaba a agitarse el miedo, y a medida que el significado de las palabras del enano se hacía plenamente evidente, tuvo que luchar para reprimir el terror que lo invadía.

Se asomó para mirar hacia la niebla que cubría la tierra e impedía la visión más allá del largo de una lanza. Esforzando al máximo los sentidos, apenas podía distinguir el carromato que tenían delante. Echó una mirada

por encima del hombro, temeroso de que alguna horripilante figura de las tinieblas pudiese deslizarse a sus espaldas.

Los latidos del corazón sonaban como un estruendo en sus oídos mientras recordaba las palabras de Manfred. Se imaginó que unas manos huesudas se estiraban para cogerlo y llevárselo a una profunda tumba oscura. Sentía los músculos como si se le hubieran congelado, y tuvo que esforzarse para ponerlos en movimiento con el fin de llevar la mano a la empuñadura de la espada.

—Voy a echar un vistazo por los

alrededores —susurró Gotrek, y antes de que Félix pudiera discutir esa decisión o seguirlo, el enano bajó del carruaje sin hacer ruido y se desvaneció en las tinieblas circundantes.

En ese momento, se sintió completamente solo. Era como despertar de una pesadilla para hallarse en otra aún peor. Se encontraba aislado en la oscura, húmeda niebla, y sabía que justo fuera del alcance de su percepción acechaban criaturas ávidas, pavorosas. Algún sentido primigenio le decía que así era, y que apartarse del carruaje significaba la muerte.

Y, sin embargo, Kirsten estaba ahí

fuera, durmiendo en el carromato de *frau* Winter. Se la imaginó allí tendida mientras una fuerza inconmensurable se abalanzaba sobre la puerta y la madera se hundía hacia el interior para dejar a la vista...

Desenvainó el arma y saltó hacia afuera. El sordo ruido de sus pies le pareció tan sonoro como el doblar de una campana; tenía los sentidos extremadamente agudizados por el miedo. Se esforzó por distinguir detalles mientras avanzaba por el círculo exterior que formaban los carros hasta el lugar en que sabía que se encontraba Kirsten.

Parecía que cada paso duraba una eternidad, y él lanzaba miradas cautelosas a su alrededor por temor a que algo se deslizara sigilosamente a sus espaldas. Describió rodeos en torno a las zonas de sombras profundas. Tenía ganas de gritar con todas sus fuerzas para alertar al campamento, pero su parte instintiva le impidió hacerlo. Si gritaba, atraía la atención de los terribles observadores..., y eso significaría la muerte.

Una silueta surgió de entre las sombras, y Félix alzó la espada. El corazón se le subió a la garganta, hasta que advirtió que la figura estaba



cubierta por una armadura de cuero y un casco metálico. «Un guardia — pensó, y se relajó—. Gracias a Sigmar». Pero cuando el personaje se volvió, Félix estuvo a punto de proferir un alarido.

El rostro carecía de carne, y la luz verdosa de las lunas se perdía en las cuencas vacías de sus ojos. Unos dientes carcomidos por el tiempo le sonreían con afectación desde la boca sin labios, y entonces vio que el casco que él había tomado en principio por el de un guardia era de bronce, estaba cubierto de verdete y tenía grabadas runas que herían los ojos. De la túnica y la capa

andrajosas de aquel ser, le llegó un hedor a moho y cuero podrido.

Cuando la figura le lanzó un golpe con su arma oxidada, Félix se quedó por un momento inmóvil; luego, por reflejo, se apartó precipitadamente a un lado. La espada de aquella cosa le hizo un corte leve en las costillas, y el dolor le abrasó el flanco. Entonces reparó en el movimiento de los vetustos tendones que se veían bajo la piel fina como papel de la mano que sujetaba el arma, y contraatacó con un golpe dirigido al cuello. Pudo mover el cuerpo gracias a la disciplina del entrenamiento recibido, a pesar de que su mente

estaba sumida en el horror.

La espada atravesó el fino cuello del ser, y se oyó el restallar de varias vértebras. El segundo golpe le abrió un tajo en el pecho como la cuchilla de un carnicero cercena el hueso. El guerrero de ultratumba cayó como una marioneta a la que le cortan los hilos.

Como si aquellos golpes de Félix hubiesen sido una señal, la noche se pobló de figuras en movimiento. Oyó el crujido de la madera al partirse y los gritos de terror de los animales, como si se hubiese roto un hechizo que los mantenía mudos. En algún otro punto, Gotrek Gurnisson bramó a la noche su

grito de guerra.

Félix corrió a través de la niebla y casi tropezó con Dieter cuando éste salía de un carromato. Estaba completamente vestido y aferraba un hacha grande.

—¿Qué está sucediendo? — preguntó a gritos entre el estruendo de alaridos.

—Nos atacan... Son los muertos de las colinas —replicó Félix, y las palabras salieron de sus labios como jadeos entrecortados.

—¡Enemigos! —gritó Dieter—. ¡A mí los hombres!

Profirió un grito de guerra parecido

a un aullido de lobo, y de los alrededores llegaron unas pocas respuestas débiles. Félix decidió dirigirse a toda velocidad en busca del alojamiento de Kirsten, pero unas figuras salieron de las sombras que había entre dos carros y le lanzaron estocadas con largas espadas de hoja curva. Esquivó una apartándose a un lado y paró la otra con la espada. Inmediatamente, dos nuevas criaturas esqueléticas le dedicaron sonrisas impúdicas. Lanzó la espada contra la pierna de una, y ésta cayó en el momento en que el filo le atravesó la rodilla. Con la mente aturdida por el

terror, Félix luchaba de forma casi mecánica; saltó por encima del arma con que lo atacaba el ser que estaba derribado en el suelo, y luego le clavó un golpe de tacón y le partió la columna. Casi al unísono, intercambió golpes de espada con el otro, hasta que finalmente lo cortó en pedazos.

Entonces vio que dos de aquellos monstruos estaban destrozando la puerta del carromato de *frau* Winter, exactamente como había temido que hicieran. Del interior salió el sonido de un cántico que él supuso que era una plegaria, y se preparó para cargar, pero sus ojos se vieron deslumbrados por un

repentino destello azul. Tras los rayos, un poderoso olor a ozono colmó el aire, predominando incluso sobre el hedor de podredumbre. Cuando pudo ver nuevamente, los restos de los dos monstruos esqueléticos estaban tendidos en los escalones del carromato.

En la entrada se encontraba de pie *frau* Winter, calma e impertérrita, y su mano izquierda estaba rodeada por una aureola. Miró a Félix y le hizo un alentador gesto con la cabeza.

Detrás de la hechicera, Kirsten, muda, señaló por encima del hombro de Félix. Éste se volvió y halló ante sí

una docena de muertos vivientes que se dirigían hacia él. Al mismo tiempo, oyó que Dieter y sus hombres corrían al encuentro de los guerreros de ultratumba, así que se unió a la carga.

Para el poeta, la noche se transformó, entonces, en un estrepitoso caos mientras a golpes de espada se abría camino por el campamento en busca de Gotrek. En un momento dado, la niebla se hizo menos densa, y empujó a unos temblorosos niños bajo una carreta para apartarlos de los cuerpos de sus progenitores muertos. El hombre yacía vestido con una camisa de dormir, y la mujer, cerca de él,



aferraba el mango de una escoba como si fuese una lanza. Félix oyó un ruido y se volvió para encararse con un gigantesco guerrero de ultratumba, que se le echó encima. De algún modo, sobrevivió al ataque.

Dieter y Félix lucharon espalda con espalda, hasta que se encontraron entre una pila de huesos que se deshacían en polvo. Después la batalla se alejó del poeta al mismo tiempo que la niebla volvía a espesarse, y por un momento se encontró solo y rodeado por los desgarradores alaridos de los agonizantes.

Luego una figura que pasaba lo

atacó, e intercambiaron golpes. De pronto, Félix vio que se trataba de Lars. Mostraba una sonrisa petrificada, que dejaba a la vista los agujeros de los dientes perdidos, y echaba espumarajos por la boca a causa del terror. Frenético, el hombre lanzaba golpes contra Félix, pues había enloquecido de miedo.

—¡*Baztardo!* —jadeó a la vez que le soltaba un golpe con la espada que habría sido capaz de derribar un árbol.

El poeta se agachó para dejar pasar el arma y lanzó una estocada a fondo que atravesó el corazón del cazador. Lars sollozó al morir, y Félix se preguntó hasta qué punto ese hombre

había enloquecido de verdad. Si el cazador hubiese matado a Félix, su muerte habría podido ser atribuida a los atacantes. Luego, volvió a la refriega.

Al doblar una esquina, se encontró con una veintena de guerreros de ultratumba que eran rechazados por la furiosa acometida del hacha de Gotrek. De repente, tras unos destellos, el área que lo rodeaba quedó vacía. Volvió la cabeza en busca de *frau* Winter para darle las gracias, pero la mujer se había desvanecido entre la niebla. Cuando miró al frente, vio a Gotrek atónito y con la boca abierta.

En algún momento anterior al alba,

los asaltantes retrocedieron hacia las colinas y dejaron a los guerreros del barón von Diehl contemplando carruajes arruinados y cadáveres.



Mientras aparecían las primeras luces de la mañana, Félix observaba precavidamente cómo Gotrek inspeccionaba los escombros del antiguo arco de piedra. El hedor a aire viciado y huesos en descomposición que salía de dentro le produjo náuseas. Se

volvió para mirar colina abajo, donde los desterrados que habían sobrevivido levantaban piras funerarias con los restos de los carros para incinerar a los muertos. Nadie quería enterrarlos tan cerca de las colinas.

Félix oyó que Gotrek gruñía con feroz satisfacción, y se volvió de nuevo. El enano estaba pasando la mano con gesto experto sobre las piedras partidas, en cuya superficie las runas grabadas formaban una tenue telaraña, y entonces alzó los ojos y le dedicó una sonrisa salvaje.

—No hay ninguna duda, humano; las piedras rúnicas que guardaban la

entrada fueron partidas desde el exterior.

Félix lo miró mientras el recelo se apoderaba de él. Sentía un miedo enorme.

—Da la impresión de que alguien le ha echado una mano a la Maldición von Diehl —susurró.

\* \* \* \* \*

La lluvia caía a raudales desde el cielo gris. El carruaje avanzaba traqueteando hacia el sur; a su lado, el Río del

Trueno corría a toda velocidad hacia su desembocadura, y el caudal, aumentado por la lluvia, amenazaba constantemente con desbordarse de las márgenes. Félix agitó las riendas, y los bueyes agacharon la cabeza y redoblaron el esfuerzo para avanzar sobre el terreno fangoso.

Junto a él, Kirsten estornudó. Como casi todos los demás, estaba pálida y tenía aspecto enfermizo. El esfuerzo del largo viaje y el empeoramiento del tiempo los había hecho vulnerables a las enfermedades.

Ninguna ciudad quería aceptarlos dentro de sus murallas, y guerreros

armados los amenazaban con entrar en batalla a menos que continuaran hasta tierras desocupadas. La senda se había vuelto interminable; tenían la sensación de haber estado viajando siempre y de que nunca podrían descansar. Incluso saber que alguien del séquito había dejado en libertad a los muertos vivientes ya no resultaba inquietante; la certeza se había desvanecido hasta transformarse en una fría sospecha cuando no pudo descubrirse al responsable.

Félix le dirigió a Gotrek una mirada acusatoria, pues esperaba que el estornudo de Kirsten provocaría los



habituales comentarios groseros sobre la fragilidad humana; pero el Matatrolls guardaba silencio y miraba fijamente hacia las Montañas del Fin del Mundo con una expresión tan decidida que era insólita incluso en él.

Se preguntó cuándo lograría reunir el coraje necesario para decirle a Gotrek que no iba a continuar viaje con él porque iba a establecerse con Kirsten. Le preocupaba la posible reacción del enano. ¿Lo dejaría correr como un ejemplo más de la deslealtad humana, o respondería con violencia?

Se sentía desdichado, ya que, a pesar de los terribles estados anímicos

del Matatrolls y de sus amargos comentarios, le tenía cariño. Pensar que Gotrek se marcharía al encuentro de una muerte solitaria, le causaba angustia. No obstante, amaba a Kirsten y le resultaba aún más doloroso separarse de ella. Tal vez el enano percibía esa circunstancia, y por ello mantenía una actitud reservada. Félix extendió un brazo para estrecharle una mano a la muchacha.

—¿Qué estás buscando, *herr* Gurnisson? —le preguntó Kirsten al enano.

Gotrek, sin embargo, no se volvió y continuó mirando con aire anhelante

hacia el paisaje. Al principio dio la impresión de que el Matatrolls no iba a responder, pero luego señaló la silueta de una montaña envuelta en nubes.

—Karaz-a-Karak —dijo—, Pico Eterno, mi hogar.

Habló con la voz más dulce que Félix le había oído jamás, y la nostalgia que rezumaba le partió el corazón. Gotrek se volvió para mirarlos, y en su rostro había tal expresión de muda desdicha que Félix tuvo que apartar los ojos. La cresta de pelo del enano estaba aplastada a causa de la lluvia, y tenía la cara demacrada y exhausta. Kirsten tendió las manos y le acomodó la capa

del mismo modo que lo habría hecho con un niño perdido.

El Matatrolls intentó mirarla con el entrecejo fruncido, feroz, pero no pudo mantenerlo y se limitó a sonreír con tristeza, lo que dejó ver los espacios vacíos donde le faltaban dientes. Félix se preguntó si el enano no habría hecho aquel largo recorrido sólo para tener ese fugaz atisbo de la montaña, y entonces advirtió que una gota de agua estaba a punto de desprenderse del extremo de la nariz del Matatrolls; podía ser una lágrima o simplemente una gota de lluvia. Continuaron hacia el sur.



—Todavía no podemos dejarlos —dijo Félix al mismo tiempo que se maldecía por ser tan cobarde.

Gotrek se volvió para mirar hacia la ruinoso mansión fortificada que habían encontrado. Podían ver el humo que salía en penachos por las chimeneas del edificio recién habilitado.

—¿Por qué no, humano? Han dado con una zona sin dueño, tierras cultivables y las ruinas de esa vieja fortaleza. No será necesario demasiado trabajo para defenderla.

Félix se esforzó con desesperación para encontrar un motivo. Le sorprendió comprobar que le resultaba muy difícil decirle a Gotrek que iban a separarse. La manera como el enano lo miró con desaprobación le recordó los momentos de mayor severidad de su propio padre; una vez más, sintió la necesidad de excusarse, y se odió por ello.

—Gotrek, estamos a menos de cuatro jornadas del punto en que el Río del Trueno desemboca en el Río de la Sangre. Al otro lado, se encuentran las Tierras Yermas y una horda de jinetes de lobo.

—Eso ya lo sé, humano. Tendremos que atravesarla camino de Karak-Ocho-Picos.

«Díselo. Dilo y ya está», discutía Félix consigo mismo. Sin embargo, le resultó imposible.

—Todavía no podemos irnos. Ya viste los cadáveres que encontramos en la mansión; les habían partido los huesos para sacarles el tuétano. Las paredes están quemadas, y Dieter ha observado huellas de jinetes de lobo por los alrededores. El lugar no es defendible ahora, pero con tu ayuda, con la ayuda de un enano, puede lograrse que lo sea.

—No sé por qué piensas eso —  
respondió Gotrek con una carcajada.

—Porque los enanos sois buenos a  
la hora de trabajar con piedra y hacer  
fortificaciones. Eso lo sabe todo el  
mundo.

Gotrek se volvió para mirar hacia la  
mansión con aire pensativo. Parecía que  
estaba recordando una vida anterior;  
frunció el ceño y apoyó la frente contra  
el mango del hacha.

—No sé —dijo al fin—. Tal vez ni  
un enano pueda fortificar este lugar.  
Corresponde a una típica hechura  
humana; es de mala calidad, de muy  
mala calidad.



—Puede lograrse que sea segura. Yo sé que es posible, Gotrek.

—Tal vez. Hace ya mucho tiempo que no trabajo con piedra, humano.

—Un enano nunca olvida esas cosas, y estoy seguro de que el barón te pagará generosamente por tus servicios.

Gotrek sorbió con aire suspicaz.

—Será mejor que la cifra sea superior a la que paga por sus mercenarios.

—Ven —dijo Félix con una ancha sonrisa—. Vayamos a averiguarlo.

\* \* \* \* \*

No pudiendo dormirse, Félix se levantó en silencio, y se vistió sin hacer ruido porque no quería despertar a Kirsten. La arropó suavemente con las capas que usaban como mantas para que no cogiera frío, y luego le dio un leve beso en la frente. Ella se movió, pero sin despertarse; así que cogió la espada, que se encontraba junto a la entrada de la choza, y salió al aire frío de la noche. «Se avecina el invierno», pensó al ver su aliento que se condensaba.

A la luz de las lunas, avanzó entre el grupo de casuchas que se hallaban al socaire de las nuevas murallas de

madera que rodeaban la mansión. Se sentía en paz por primera vez en mucho tiempo, e incluso los ruidos nocturnos del campamento le resultaban tranquilizadores. La fortaleza había quedado acabada antes de las primeras nieves, y daba la impresión de que los colonos tendrían el grano suficiente como para aguantar durante el invierno y sembrar una nueva cosecha en primavera.

Escuchó los mugidos del ganado y los medidos pasos del centinela que recorría el extremo superior de la muralla. Alzó la cabeza y vio que aún brillaba una luz en la ventana de la

habitación de Manfred; entonces pensó en su retorcido destino. «Jamás habría imaginado que me establecería en una aldea fortificada en los confines de la nada. Me pregunto qué pensaría mi padre si pudiese verme ahora, a punto de convertirme en granjero. Probablemente, se moriría del disgusto». Félix sonrió.

Lo cierto era que resultaba emocionante estar en aquel sitio. Lo embargaba esa sensación que se tiene cuando algo va a comenzar, pues la comunidad aún estaba tomando forma. «Y yo tendré un papel como miembro del grupo —pensó—. Éste es un lugar

perfecto para empezar una nueva vida».

Continuó avanzando hacia la torre de guardia, donde sabía que se encontraba Gotrek. El enano no podía dormir; estaba inquieto y dispuesto para la marcha. Por eso, pasaba las noches haciendo guardia en la torre que él mismo había diseñado.

Félix ascendió por la escalera y atravesó la trampilla que se abría en el piso de la sala de guardia. Encontró a Gotrek con la mirada fija en la oscuridad de la noche. Aunque la visión del enano lo puso nervioso, se envalentonó, decidido a contarle la verdad.

—Tampoco puedes dormir, ¿eh, humano?

Félix logró asentir con la cabeza. Había ensayado lo que le iba a decir, y a solas le había parecido muy sencillo. Le explicaría su situación de manera racional, le diría que iba a quedarse con Kirsten, y esperaría la respuesta del enano. En ese momento, sin embargo, resultaba más difícil; tenía la lengua pesada y era como si las palabras se le hubiesen atascado en la garganta.

Imaginó las acusaciones que Gotrek le haría e, interiormente, se encogió: era un cobarde y rompía los juramentos; aquél era el agradecimiento que recibía

un enano por salvar la vida de un hombre. Tuvo que admitir que había jurado seguir a Gotrek y dejar constancia de su muerte. Era cierto que lo había hecho estando borracho y lleno de gratitud porque, momentos antes, el enano lo había sacado de debajo de los cascos de la caballería del Emperador; no obstante, un juramento era un juramento, como solía señalar Gotrek.

Avanzó para situarse junto al Matatrolls, y ambos se quedaron mirando hacia afuera por encima de la muralla exterior, un foso bordeado por estacas afiladas la rodeaba. La única entrada fácil era el puente de tierra que

dominaba la torre en que se encontraban.

—Gotrek...

—¿Sí, humano?

—Has hecho una buena construcción —comentó Félix, y el enano alzó los ojos y le dedicó una sonrisa ceñuda.

—Pronto lo averiguaremos —replicó, y Félix miró hacia donde señalaba el Matatrolls.

Los campos estaban llenos de jinetes de lobo. En ese momento, Gotrek se llevó a los labios un cuerno y lo hizo sonar a modo de alarma.





Félix se agachó en el mismo instante en que una flecha astillaba la madera del parapeto que tenía ante sí. Se inclinó para recoger una ballesta de la mano del guardia que había muerto cuando una flecha le atravesó el cuello. Buscó a tientas una saeta y se esforzó por cargar el arma con ella; finalmente, lo consiguió.

Se puso en pie de un salto. Las flechas incendiarias destellaban en lo alto como estrellas fugaces, y de detrás de él le llegaba el olor a quemado. Félix

miró hacia abajo desde el parapeto, y vio que los jinetes de lobo rodeaban el campamento como una manada de fieras acorrala a un rebaño de ovejas. Veía la piel verde de los jinetes brillar a la luz de las flechas encendidas, que igualmente resaltaban la amarillez de sus ojos y sus colmillos.

«Debe haber centenares de ellos», pensó Félix, y dio gracias a Sigmar por la presencia del foso, las estacas y la muralla de madera que Gotrek les había hecho construir. En su momento, les había parecido un esfuerzo innecesario, y el enano fue maldecido por todos; pero entonces la

construcción apenas resultaba adecuada.

Apuntó a un jinete de lobo que en ese momento dirigía una flecha empapada en brea hacia la torre y presionó el gatillo de la ballesta. La flecha atravesó la noche como un borrón y se clavó en el pecho del goblin, que cayó hacia atrás en la silla. La flecha encendida se disparó directamente hacia el cielo, como si su objetivo fuesen las lunas.

Félix volvió a agacharse y cargó la ballesta una vez más. Con la espalda apoyada contra el parapeto, podía ver el patio de la fortaleza, donde una cadena

humana de mujeres y niños transportaba cubos de agua. La sacaban de los barriles en que se recogía la lluvia y la llevaban hasta las flameantes chozas en una vana lucha por extinguir el fuego. Una anciana cayó muerta y otras se agacharon mientras las flechas se precipitaban sobre ellas como una lluvia oscura.

Se volvió para disparar otra vez, pero en esa ocasión falló el tiro. La noche se había convertido en un estruendo de sonidos diferentes: el grito de los agonizantes, el aullido de los lobos, el mortal silbido de las flechas y de las saetas de las ballestas. Gotrek

cantaba alegremente en idioma enano, y en algún punto más lejano, la voz seca y rasposa del barón daba órdenes con tono firme y sereno. Los perros ladraban, los caballos relinchaban de terror y los niños lloraban. Félix sintió deseos de ser sordo.

Muy cerca, oyó el rascar de unas garras contra algo de madera, y se puso en pie de un brinco; al mirar por encima del parapeto, casi se quedó sin rostro cuando las fauces de un lobo se cerraron con un chasquido debajo de él. La criatura había salvado el foso de un salto, haciendo caso omiso de las estacas que entonces ya estaban

cubiertas por los cadáveres de sus compañeros.

Percibió el hedor del aliento de la bestia y vio que el jinete se aferraba con fuerza en tanto preparaba la montura para saltar otra vez. Félix disparó la ballesta, y una saeta se clavó en el pecho del animal, que cayó muerto. El jinete se alejó de él rodando y se escabulló en la noche.

El poeta vio entonces que *frau* Winter subía a la torre de guardia y se detenía junto a Gotrek, y abrigó la esperanza de que la hechicera hubiese acudido para hacer algo. En el estrepitoso caos de la noche resultaba

imposible saberlo con seguridad, pero tenía la sensación de que las cosas estaban decantándose en contra de los defensores. Pese a que el foso parecía estar lleno de cadáveres de atacantes, los guardias caían como moscas bajo la incesante lluvia de flechas; la protección que supuestamente les brindaba el parapeto resultaba inútil.

Cuando volvió a mirar hacia el exterior, un grupo de orcos al amparo de pesadas corazas corría hacia la puerta con un tronco de árbol aguzado. Unas pocas saetas de ballesta cayeron entre ellos, pero otras rebotaron en los escudos de los que corrían a los lados

del ariete. A continuación, el poeta oyó el ruido demoledor del árbol al chocar contra la puerta.

Buscó a tientas la espada, dispuesto a saltar de la muralla al patio de la fortaleza y defender la entrada. Si ésta caía, lo único que podría hacer sería vender cara su vida, ya que los superaban ampliamente en número y no podrían soportar el acoso durante mucho tiempo. Sintió que el miedo le retorció las entrañas; esperaba que Kirsten estuviese a salvo.

Y entonces comenzó a sonar la voz calma y clara de *frau* Winter, que entonaba como un sacerdote lo haría



con una plegaria, y a continuación apareció el rayo.

La luz azul, abrasadora, atravesó la noche, y el aire se colmó de olor a ozono. El pelo de la nuca de Félix se erizó mientras aguardaba el momento en que el destello causaría efecto entre los portadores del ariete. Los oyó gritar, y algunos retrocedieron haciendo cabriolas como si fuesen payasos al mismo tiempo que soltaban el tronco de árbol. Tras caer al suelo, quedaban tendidos y humeando. El aire se llenó del nauseabundo hedor de la carne chamuscada.

El rayo salió disparado una y otra

vez, los lobos aullaron de terror, la lluvia de flechas mermó y el repugnante olor se hizo más espeso. Miró a *frau* Winter, que tenía el rostro demacrado y pálido, y el cabello de punta. La alternancia del negro y el azul sobre su rostro le confería un aspecto demoníaco. El poeta no había sospechado siquiera que un ser humano pudiese manejar poderes semejantes.

Los jinetes de lobo y los orcos que formaban la infantería, se retiraron aullando de terror hasta ponerse fuera del alcance de aquellos espantosos rayos, y Félix se sintió aliviado. Luego, a lo lejos, vio el resplandor de una luz.

Forzó la vista para penetrar la oscuridad, y pudo distinguir a un chamán de piel verde en torno a cuya cabeza oscilaba una aureola de color rojo, que iluminaba el tocado lobuno que la cubría y el báculo de hueso que sujetaba en una mano nudosa. Un haz de luz encarnada salió de su cabeza y surcó el aire en dirección a *frau* Winter.

La hechicera gimió y retrocedió tambaleándose; Gotrek le tendió una mano para sujetarla. La mujer apretó los dientes; tenía la frente perlada de sudor y parecía estar inmersa en un combate sobrenatural de voluntades con el viejo chamán.

Los jinetes de lobo se replegaron en torno a sus valientes líderes, y poco a poco comenzaron a atacar de nuevo, si bien sus renovadas acometidas carecían de la salvaje ferocidad de las primeras. La lucha continuó durante toda la noche.

\* \* \* \* \*

Al llegar las primeras luces del día, Félix se acercó adonde estaban Gotrek, Manfred, Dieter y *frau* Winter. La mujer parecía agotada más allá de la

resistencia humana. La gente se había reunido a su alrededor para contemplarla con reverencia.

—¿En qué situación estamos? —le preguntó el poeta al enano.

—Mientras ella pueda resistir y sea capaz de invocar al rayo, nosotros también podremos.

Manfred miró a Gotrek y asintió para manifestar su acuerdo. En ese momento, se produjo una conmoción al otro lado del patio.

—*Frau Winter*, ven rápidamente —gritó el doctor Stockhausen—. El barón ha resultado herido de gravedad. Ha recibido una flecha, y es probable que

esté envenenada.

Con paso agotado, la hechicera se encaminó hacia la mansión. Félix vio que Kirsten salía de entre la multitud para ayudarla, y le sonrió, contento de que ambos estuviesen vivos.

\* \* \* \* \*

Con un ruido semejante a un trueno repentino, la puerta se inclinó hacia atrás. «Otro golpe como éste, y caerá sin remedio», pensó Félix. Miró a Gotrek, que estaba probando el filo del hacha

con el dedo pulgar. Ya en la segunda noche de asedio, el Matatrolls aguardaba con impaciencia el combate frente a frente que se avecinaba. El poeta sintió que alguien le daba un tirón de un hombro, y al volverse vio que era el corpulento Hef; por su aspecto, estaba mortalmente asustado.

—¿Dónde está *frau* Winter? — preguntó al mismo tiempo que señalaba la puerta con un gesto de cabeza—. Eso no lo hacen con ningún ariete. Es el báculo de ese viejo diablo. ¡Adornará su casa con las cabezas de todos nosotros antes de que acabe la noche, a menos que la bruja pueda detenerlo!

Félix apartó la vista de Hef para dirigirla hacia el resto del grupo de defensores lastimosamente agotados. Vio guerreros cansados, hombres heridos que apenas si podían llevar la espada, y chicos y chicas adolescentes armados con horcas y otras armas improvisadas. Los aullidos que les llegaban desde fuera resultaban ensordecedores, y sólo Gotrek parecía sereno.

—No sé dónde se encuentra. Dieter fue a buscarla hace diez minutos.

—Bueno, pues está tomándose su tiempo para traerla.

—Es cierto —replicó Félix—. Voy a



buscarla.

—Te acompaño —dijo Hef.

—¡Ah, no!, tú no lo acompañarás —lo contradijo Gotrek con voz potente—. Confío en que el humano regresará. Tú quédate aquí. Los goblins atravesarán esta puerta por encima de nuestros cadáveres.

Félix se alejó hacia la mansión, donde sabía que Kirsten estaba con las hechiceras. Si las cosas salían tan mal como él temía, al menos podría verla una vez antes del final.

Apenas había llegado a la entrada cuando oyó, procedente de detrás, el sonido de la puerta al partirse y el

estruendo sobrecogedor que produjo al caer hacia adentro. Entonces, Gotrek profirió su alarido de guerra, y los guerreros lanzaron gritos de terror. Tras volverse, Félix contempló un espectáculo terrible.

En la entrada de la fortaleza, montado sobre un enorme lobo blanco, estaba el chamán. Un halo de luz roja, procedente del extremo del báculo de hueso, crepitaba alrededor de su cabeza y teñía a modo de sangre los rostros de quienes lo rodeaban. De la muralla salió disparada una saeta, pero fue desviada por una fuerza misteriosa antes de que pudiese herirlo.

El jinete del lobo blanco se encontraba flanqueado por seis poderosos orcos feroces, ataviados con cota de malla y armados con hachas. Detrás, había un mar de lobos y rostros verdes, y Gotrek profirió una sonora carcajada y careó hacia ellos. Lo último que vio Félix antes de entrar en el edificio fue al Matatrolls corriendo con el hacha en alto y la barba erizada hacia la fuente de aquella luz terrible.

En el interior de la mansión reinaba un extraño silencio, ya que el estruendo del exterior quedaba amortiguado por las paredes de piedra. Félix corrió por los pasillos al mismo tiempo que gritaba

el nombre de *frau* Winter, y le pareció que su voz resonaba de modo inquietante en aquellos espacios silenciosos.

Halló los cadáveres en el salón principal. A *frau* Winter le habían acuchillado el pecho varias veces, y tenía el limpio vestido gris teñido de rojo. Tenía una expresión de sorpresa en el rostro, como si la muerte la hubiera pillado desprevenida. ¿Cómo habían logrado entrar los goblins? Ése fue el primer pensamiento de Félix, y era absurdo, pues sabía que aquello no lo había hecho ningún goblin.

Cerca de la puerta yacía otro

cadáver, que había sido apuñalado en el momento en que intentaba abrirla. Sin que pudiera creérselo, Félix avanzó con el corazón en un puño, y volvió con suavidad el cuerpo de Kirsten. Experimentó un destello de esperanza cuando los ojos de ella se abrieron, pero luego vio el hilo de sangre que manaba de su boca.

—Félix —suspiró ella—, ¿eres tú? Sabía que vendrías.

Tenía la voz débil y una espuma sanguinolenta manchaba sus labios cuando hablaba. El poeta se preguntó cuánto tiempo habría permanecido allí tendida.

—No hables —le pidió—. Descansa.

—No puedo... Tengo que hablar.

Me alegro de haber bajado por el Río del Trueno. Me alegro de haberte conocido. Te amo.

—Yo también te amo —dijo Félix, por primera vez, y entonces advirtió que los ojos de ella se habían cerrado—. No te mueras —pidió mientras la mecía con ternura entre sus brazos.

Sintió que el cuerpo de ella quedaba laxo, y se le deshizo el corazón. La dejó con suavidad en el suelo en tanto las lágrimas le anegaban los ojos, y luego miró la puerta que ella había intentado abrir y se sintió arrebatado por la furia.

Se puso de pie y echó a correr por el pasillo.

\* \* \* \* \*

El cadáver del corpulento Dieter yacía en la entrada del dormitorio del barón con un lado de la cabeza hundido. Félix se imaginó que saldría corriendo por la puerta, iracundo, cuando un enemigo preparado le asestó un golpe desde un lateral.

Saltó como un tigre por encima del cuerpo y rodó al llegar al suelo para

luego ponerse de pie y recorrer la habitación con la mirada. El anciano barón yacía en la cama con un cuchillo clavado en el corazón, y la sangre empapaba los vendajes del pecho y las sábanas.

El poeta lanzó una mirada feroz hacia la silla en que Manfred se encontraba sentado. Tenía la espada tinta en sangre colocada de través sobre el regazo.

—La maldición se ha cumplido al fin —afirmó el dramaturgo con voz tensa, que además contenía una nota aguda de histeria.

Alzó la mirada, y Félix se estremeció



porque el rostro de Manfred parecía una máscara, como si algo extraño, ajeno a él, lo mirase desde el interior.

—Sabía que mi destino era ejecutar la maldición —declaró Manfred como si hiciese un comentario para pasar el rato—. Lo supe desde el momento en que maté a mi padre. Gottfried lo hizo encarcelar cuando comenzó a cambiar, lo encerró en la torre vieja, y él mismo le llevaba la comida. No permitían entrar a nadie en la torre, excepto a Gottfried y a *frau* Winter. Nadie más entró allí hasta el día en que yo lo hice. Bien sabe Ulric que desearía no haberlo hecho.

Se puso de pie al mismo tiempo que aferraba la empuñadura de la espada, y el poeta lo contempló, hipnotizado por su propio odio.

—Encontré a mi padre allí. Aún conservaba un cierto parecido de familia, a pesar de la manera como había... cambiado. Y todavía pudo reconocerme, me llamó *hijo* con una horrible voz rasposa. Me imploró que lo matase porque era demasiado cobarde para hacerlo él mismo, al igual que lo era Gottfried, quien pensaba que estaba haciendo algo amable con respecto a mi padre, manteniéndolo con vida, manteniendo con vida a un mutante.

Manfred comenzó a aproximarse con gran lentitud, y Félix reparó en que la sangre que empapaba su espada goteaba sobre el piso. Se sintió aturdido y cansado, y el joven aristócrata demente se transformó en el centro de su mundo.

—Al sentir la sangre del viejo corriendo por mi cuchillo, todo cambió. Vi las cosas con claridad por primera vez en la vida. Vi cómo Caos lo mancha todo; lo retuerce y corrompe, como lo había hecho con el cuerpo de mi padre. Sabía que era su hijo y que dentro de mí, corriendo por mi sangre, acechaba la Marca del Demonio. Yo era el agente

de Caos, engendrado por él. Era un hijo de la Oscuridad, y mi destino consistía en destruir el linaje de los von Diehl, como lo he hecho. —Se echó a reír.

»El destierro fue la oportunidad perfecta que me envió el infierno. La avalancha la provoqué yo; un buen comienzo. Pensé que había fracasado cuando dejé en libertad a los muertos vivientes, y ellos no consiguieron destruir a mi tío y sus seguidores; pero ahora nada puede salvaros. La Oscuridad se apoderará de vosotros. La maldición ha sido cumplida.

—Aún no —replicó Félix con la voz ahogada por el odio—. Tú eres un von

Diehl y todavía estás vivo. Aún no te he matado.

Resonó una carcajada demente, y una vez más el poeta tuvo la sensación de estar mirando a un demonio encarnado en un ser humano.

—*Herr* Jaeger, hay que reconocer que tienes sentido del humor. ¡Muy bien! Sabía que iba a divertirme contigo, pero ¿cómo puedes asesinar a un engendro de Caos?

—Vamos a averiguarlo —propuso Félix, que saltó al ataque. Con la velocidad de un rayo, la espada de Manfred se alzó para parar el arma del oponente, y luego inició el

contraataque. Las espadas destellaban a consecuencia del choque del acero contra el acero. El brazo con que el poeta sujetaba la espada estaba ya entumecido a causa de los poderosos golpes de Manfred, pues éste tenía la fuerza de un maníaco.

Félix cedió terreno. Normalmente, el miedo ante la demencia del otro lo habría paralizado, pero en ese momento estaba tan lleno de cólera y odio que no había lugar para el terror. Su mundo había quedado vacío y vivía sólo para matar al asesino de Kirsten, ya que era el único deseo que lo guiaba.

Los hombres, enloquecidos,

continuaron luchando en el dormitorio del barón. Manfred avanzaba con gracilidad felina y sonreía, confiado, como si lo divirtiera alguna agudeza. Los movimientos de su espada tejían una red en torno a Félix, mientras sus ojos brillaban, indiferentes e inhumanos.

El poeta sintió el frío de la pared contra la espalda, y entonces lanzó una estocada hacia el rostro de Manfred, pero éste la paró con perezosa facilidad. Permanecieron el uno frente al otro, con las espadas trabadas y los rostros a centímetros de distancia el uno del otro. Empujaban con todas sus fuerzas,

puesto que ambos pretendían obtener ventaja. Félix tenía los músculos del cuello hinchados y los brazos le ardían de fatiga; lenta, inexorablemente, Manfred ganaba terreno y acercaba la hoja del arma, afilada como una navaja, al rostro del poeta.

—Adiós, *herr* Jaeger —dijo Manfred con indiferencia.

En ese instante, Félix descargó sobre el empeine de Manfred el tacón de una bota con toda la fuerza de que fue capaz. Sintió cómo se partían los huesos del otro contendiente; el rostro del noble se contorsionó con expresión agónica, y la presión cedió. Entonces,



bajó la espada y le abrió un tajo en el cuello. El dramaturgo retrocedió, tambaleándose, y Félix aprovechó el momento para atravesarle el corazón.

El joven noble cayó de rodillas y contempló al otro con ojos inexpresivos, pasmados. El poeta lo derribó con un pie y le escupió en el rostro.

—Ahora sí que se ha cumplido la maldición —dijo.

\* \* \* \* \*

Con la mente clara, impertérrito, Félix

salió al aire frío de la noche. Esperaba encontrarse con los jinetes de lobo y la muerte. Ya no le importaba, sino que en realidad era su deseo. De repente, había comprendido plenamente los sentimientos de Gotrek, pues no tenía nada por lo que mereciese la pena vivir y estaba más allá del miedo.

«Kirsten, pronto estaré contigo», pensó.

En la entrada de la fortaleza, se encontraba el Matatrolls, de pie en medio de una pila de cadáveres. La sangre manaba por las espantosas heridas que había sufrido el enano, que estaba inclinado hacia adelante y

apoyado en el hacha; apenas era capaz de sostenerse. Cerca de él, estaban los cadáveres de Hef y los demás defensores de la plaza.

Gotrek se volvió para mirarlo, y el poeta vio entonces que le habían arrancado un ojo de la órbita. El enano avanzó con paso tambaleante, cayó de bruces e intentó levantarse lenta y penosamente.

—¿Qué te ha entretenido, humano? Te has perdido una buena lucha.

El poeta avanzó hacia él.

—Así parece.

—Esos malditos goblins de ojos amarillos son todos unos cobardes.

Matas a sus líderes, y el resto da media vuelta y huye. —Profirió una carcajada que le causó dolor—. Por supuesto, tuve que matar a una veintena de ellos, más o menos, antes de que se pusieran de acuerdo.

—Por supuesto —replicó Félix al mismo tiempo que miraba la pila de orcos y lobos muertos, entre los que pudo distinguir el tocado lupino del chamán.

—Lo más endemoniado de todo —comentó Gotrek— es que parece que no puedo levantarme. —Cerró los ojos y se quedó muy quieto.



Félix observó la pequeña fila de supervivientes, que comenzaba a caminar hacia el norte bajo los vigilantes ojos de los soldados que quedaban. Pensó que tal vez los aceptaría alguna ciudad, dado que ya no viajaban escoltados por las fuerzas completas del barón. Esperaba que así fuese, por el bien de los niños.

Se volvió para mirar la tumba colectiva, el túmulo bajo el que habían enterrado los cadáveres, y pensó en el futuro que él había sepultado allí.

Volvía a encontrarse desterrado y sin hogar, y dirigió los ojos hacia las montañas lejanas.

—Adiós —dijo—. Te echaré de menos.

Gotrek se frotó con irritación el parche que cubría la cuenca vacía de su ojo; luego, se sonó la nariz y, a continuación, sopesó el hacha. Félix reparó en que sus heridas estaban de color rosa y apenas habían cicatrizado.

—Hay trolls en esas montañas, humano. ¡Puedo olerlos!

Cuando Félix le respondió, fue con una voz inexpresiva y desprovista de toda emoción.

—Vayamos por ellos.

Él y Gotrek intercambiaron una mirada llena de mutua comprensión.

—Todavía haremos de ti un Matatrolls, humano.

Con paso cansado, ambos se pusieron en camino hacia las promisorias montañas, siguiendo la cinta brillante del Río del Trueno.

# Las Tinieblas bajo el Mundo

Después de los calamitosos acontecimientos del fuerte von Diehl, nos pusimos en marcha hacia las montañas y Karak-Ocho-



Picos con el corazón apesadumbrado. Fue un viaje largo y duro, y las tierras yermas que atravesamos no lo hicieron más fácil. El hambre, las penalidades y la constante amenaza de los goblins que merodeaban por la zona no contribuyeron a mejorar mi estado mental; quizás estuviese particularmente sensible cuando contemplé por primera vez la deslucida grandeza de la ancestral ciudad en ruinas de los enanos, perdida entre aquellos picos remotos durante tantísimo tiempo. En cualquier caso, recuerdo que tuve un terrible presagio respecto a lo que íbamos a encontrar en ella y, según se verá, mis temores estaban

plenamente justificados...

**FÉLIX JAEGER,**  
***Mis viajes con Gotrek,***  
**vol. II,**  
**Impreso en Altdorf, 2505**

Un grito resonó en el frío aire de las montañas, y Félix Jaeger desenvainó la espada y se puso en guardia. Caían copos de nieve y un viento gélido agitaba sus largos cabellos rubios. Se echó la roja capa de lana por encima del hombro derecho para dejar libre el brazo con que blandía la espada.

Aquel paisaje yermo era un lugar perfecto para una emboscada, lleno de

huecos y rocas, más escabroso que la cara de la luna mayor, Mannslieb.

Dirigió la mirada ladera arriba, donde unos pocos pinos raquíuticos se aferraban al suelo con raíces nudosas y retorcidas, ladera abajo, a la derecha, había una caída casi cortada a pico. No se percibía signo alguno de peligro en ninguna de las dos direcciones; ni bandidos, ni orcos, ni cualquier otra cosa tenebrosa de las que acechaban en aquellas remotas elevaciones.

—El ruido procede de más adelante, humano —dijo Gotrek Gurnisson mientras se frotaba el parche del ojo con una enorme mano tatuada. La

cadena que iba de su nariz a su oreja tintineó a causa de la brisa—. Allí tiene lugar una lucha.

La incertidumbre se apoderó de Félix. Era seguro que el enano estaba en lo cierto, ya que, incluso con un ojo de menos, tenía los sentidos más agudos que él. La cuestión estribaba en si quedarse donde estaban y esperar, o continuar adelante e investigar qué sucedía. Las Montañas del Fin del Mundo estaban llenas de enemigos potenciales, y las probabilidades de encontrar amigos eran escasas. Su cautela natural lo impulsaba a no hacer nada.

Gotrek cargó por la senda sembrada de piedras con la enorme hacha enarbolada por encima de su cresta de pelo teñido de rojo, y Félix maldijo para sí. ¿Por qué, por una vez, Gotrek no podía recordar que no todo el mundo era un Matatrolls?

—No todos hemos jurado buscar la muerte en combate —masculló antes de seguirlo con mayor lentitud, pues carecía del paso seguro del enano en aquel terreno traicionero.

\* \* \* \* \*

El poeta captó con un solo vistazo la carnicería que tenían delante. En la larga depresión, una banda de monstruosos orcos de piel verde batallaba contra un pequeño grupo de hombres. Luchaban sobre un arroyuelo de corriente rápida, que descendía por el pequeño valle y después desaparecía por el borde de la montaña en una nube de gotitas plateadas. Las aguas estaban enrojecidas con la sangre de los hombres y los caballos, y resultaba fácil imaginar lo que había sucedido: una emboscada en el momento en que los humanos atravesaban la corriente.

En medio del arroyuelo, un hombre

enorme, protegido por una armadura brillante, se enfrentaba a tres fornidos atacantes de piernas arqueadas. Blandiendo la espada a dos manos, sin esfuerzo, asestó un mandoble hacia la izquierda y luego decapitó a otro enemigo con un poderoso tajo. La fuerza del golpe casi le hizo perder el equilibrio, y Félix comprendió que el lecho del río debía de ser resbaladizo.

En la margen más cercana, un hombre ataviado con túnica de brocado oscuro entonaba un encantamiento; en su mano izquierda, ardía una bola de fuego. Un guerrero de cabello oscuro, vestido con el sombrero y la ropa de

piel de venado característica de los cazadores, protegía al hechicero de dos aullantes orcos con sólo una espada larga, que blandía con la mano izquierda. Mientras Félix observaba la escena, un hombre de cabello rubio cayó intentando sujetarse las entrañas, que se le salían a través del tajo abierto en su estómago por una cimitarra. Cuando se desplomó, los fornidos salvajes medio desnudos lo cortaron en pedazos. Entonces sólo quedaban tres hombres en pie, y los orcos los superaban en número de cinco a uno.

—¡Porquería de orcos! ¡Os atrevéis a ensuciar el sacro acceso a Karak-



Ocho-Picos! ¡*Uruk mortari!* ¡Preparaos a morir! —aulló Gotrek al mismo tiempo que cargaba ladera abajo hacia la refriega.

Un orco enorme se volvió para hacerle frente, pero en su rostro se congeló para siempre la expresión de sorpresa cuando el enano le cercenó la cabeza de un poderoso hachazo. La sangre color esmeralda salpicó el cuerpo tatuado del Matatrolls, que, delirante y gruñendo, se lanzó contra los orcos segando sus vidas a diestro y siniestro. Allá donde caía el hacha quedaban cadáveres por todas partes.

Félix descendió por la ladera,

corriendo y resbalando, y cayó al llegar al fondo del pequeño valle, donde la hierba le hizo cosquillas en la nariz. Rodó hacia un lado cuando un monstruo armado con una cimitarra, y el doble de corpulento que él, descargó un golpe para matarlo. Se puso en pie de un salto, se agachó para evitar una acometida que podría haberlo dividido en dos y, a modo de respuesta, le cortó al enemigo el lóbulo de una oreja.

Sobresaltado, el orco se aferró la herida en un intento de detener la sangre que le corría por el rostro, y Félix aprovechó la oportunidad para lanzar una estocada ascendente, que entró por

la parte inferior de la mandíbula de la criatura y le llegó al cerebro.

Mientras luchaba para liberar la hoja de la espada, otro monstruo saltó hacia él agitando la cimitarra por encima de la cabeza. Félix soltó el arma para ir al encuentro del atacante y le cogió las muñecas en el momento en que se le echaba encima. Cuando el orco cayó sobre él, el aliento fétido le produjo náuseas. La criatura soltó la cimitarra, y rodando hacia el arroyuelo, lucharon cuerpo a cuerpo.

Los anillos de cobre que atravesaban la piel del orco le produjeron arañazos; la criatura

intentaba morderle la garganta con sus afilados dientes. Mientras el poeta se retorció para evitar que le cercenara la tráquea, el orco le metió la cabeza bajo el agua. A Félix le escocían los ojos, pero aun así vio que la criatura le sonreía desde lo alto. El agua gélida le llenó la boca, y se dio cuenta de que no tenía aire en los pulmones. Se contorsionó frenéticamente con el fin de derribar al enemigo; ambos rodaron y, de pronto, Félix se encontró a horcajadas sobre el orco, intentando, a su vez, sumergirle la cabeza.

El orco lo agarró por las muñecas y empujó hacia Félix; trabados en un

mortal abrazo, comenzaron a rodar por el arroyuelo de frías aguas. Una y otra vez la cabeza de Félix quedó bajo el agua, y una y otra vez forcejeó hasta salir, jadeante, a la superficie, mientras las piedras afiladas le herían el cuerpo. El peligro que corría destelló como un relámpago en su mente, en tanto la corriente y el propio impulso de la lucha los llevaba hacia el borde del barranco. Entonces, Félix renunció a la idea de ahogar a su oponente e intentó liberarse.

Cuando su cabeza volvió a salir a la superficie, buscó con la vista la nube de agua pulverizada, señal de que el

arroyuelo caía, y, para su horror, vio que se hallaba apenas a una docena de pasos. Redobló los esfuerzos a fin de soltarse, pero el orco se aferró a él como la muerte y continuaron rodando por la pendiente.

Quedaban tal vez diez pasos, y Félix podía oír el rugido de las turbulentas aguas y sentir la distorsión de la corriente.

Echó atrás un puño y golpeó el rostro del orco; pese a que se le partió un colmillo, no lo soltó.

Apenas restaban cinco pasos. Lo golpeó una vez más, y la cabeza del orco rebotó sobre el lecho del arroyuelo; en

ese momento, aflojó la presa. Félix estaba ya casi libre.

Y, de repente, comenzó a caer a través del agua y del aire, mientras intentaba frenéticamente aferrarse a algo, a cualquier cosa. Su mano golpeó la roca y quiso asirse al resbaladizo lecho de la corriente; la presión del agua helada sobre la cabeza y los hombros resultaba casi intolerable. Se arriesgó a echar un vistazo hacia abajo.

Muy al fondo vio los valles que se extendían al pie de las colinas, y se dio cuenta de que el precipicio era tan hondo que los sotos parecían manojos de musgo sobre el paisaje. El orco se

precipitaba hacia ellos como una aullante gota verdosa.

Empleó sus últimas fuerzas para impulsarse por encima del borde y se arrastró contra la corriente, agarrándose con los dedos entumecidos por el frío. Durante un instante, pensó que no iba a conseguirlo, pero luego se encontró boca abajo en la orilla del arroyuelo, jadeando entre las burbujeantes aguas.

Se arrastró hasta suelo seco y vio que los orcos, muertos sus líderes, habían sido derrotados. Se quitó la capa empapada mientras se preguntaba si iba a coger un enfriamiento a causa del gélido aire de montaña.





—¡Por Sigmar, que habéis estado bien! Nos encontrábamos en un buen apuro —declaró el guerrero alto y de cabello oscuro, al mismo tiempo que hacía la Señal del Martillo sobre el pecho. Se trataba de un hombre apuesto pese a su aspecto tosco. Su armadura, aunque abollada, era de la mejor calidad, y la intensidad de su mirada hizo que Félix se sintiera incómodo.

—Al parecer, caballeros, os debemos la vida —añadió el hechicero, que también iba ricamente ataviado. Su

túnica de brocado estaba ribeteada con hilo de oro, y los rollos de pergamino cubiertos de símbolos místicos aparecían sujetos a unos anillos que la adornaban. Sus largos cabellos rubios estaban cortados de un modo peculiar, ya que del centro de los ondulados mechones se alzaba una cresta que no era desemejante de la de Gotrek, aunque no la llevaba teñida como el enano y era mucho más corta. Félix se preguntó si sería el distintivo de alguna orden mística. La carcajada del hombre acorazado resonó como el trueno.

—Es la profecía, Johann. ¿Acaso no dijo el dios que nos auxiliaría uno de

nuestros ancestrales hermanos?  
¡Alabado sea Sigmar! Es una buena  
señal, sin duda.

Félix desvió la mirada hacia el  
cazador, que tendió las manos ante sí y  
se encogió de hombros. Se apreciaba un  
cierto humor escéptico en la forma en  
que alzó una ceja.

—Soy Félix Jaeger, de Altdorf, y  
éste es mi compañero Gotrek  
Gurnisson, un Matatrolls —explicó al  
mismo tiempo que le hacía una  
reverencia al caballero.

—Yo soy Aldred Keppler, conocido  
como *Espada Cruel*, caballero templario  
de la Orden del Corazón Llameante —

se presentó el hombre ataviado con armadura.

Félix reprimió un estremecimiento, ya que en el Imperio, su tierra natal, la orden era famosa por el celo con que ejecutaban su cruzada contra las razas de goblins..., y contra los humanos a quienes consideraban herejes. El caballero hizo, entonces, un gesto hacia el hechicero.

—Éste es mi asesor en temas de magia: el doctor Johann Zauberlich, de la Universidad de Nuln.

—A vuestro servicio —saludó Zauberlich, con una reverencia.

—Yo soy Jules Gascoigne, en otro

tiempo de Quenelles de Bretonia, aunque eso fue hace muchos años — declaró el hombre vestido con pieles.

—*Herr* Gascoigne es explorador, y lo contraté para que nos guiara a través de las montañas —explicó Aldred—. Tengo que llevar a cabo un grandioso trabajo en Karak-Ocho-Picos.

Félix y Gotrek intercambiaron miradas. El poeta sabía que su compañero prefería viajar solo en busca del tesoro perdido de la ancestral ciudad de los enanos. No obstante, separarse de aquella compañía que habían encontrado por casualidad no haría más que levantar sospechas.

—Tal vez podríamos unir fuerzas — propuso Félix, con la esperanza de que Gotrek le siguiera la corriente—. También nosotros nos dirigimos a la ciudad de Ocho Picos, y este camino no es nada seguro.

—Excelente sugerencia —asintió el hechicero.

—Sin duda, tu compañero va a visitar a algunos parientes —comentó Jules, sin darse cuenta de la mirada mortal que le echó Gotrek—. Allí aún queda un pequeño puesto avanzado de enanos imperiales.

—Será mejor que sepultemos a vuestros compañeros —dijo Félix,

pretendiendo llenar el silencio que vino a continuación.

\* \* \* \* \*

—¿Por qué estás tan taciturno, amigo Félix? ¿No hace una hermosa noche? —preguntó Jules Gascoigne con tono sarcástico mientras respiraba dentro de sus manos para calentárselas en el frío cortante del aire.

Félix se subió la capa de recambio por encima de las rodillas, tendió las manos hacia la pequeña hoguera que

Zauberlich había encendido murmurando palabras mágicas, y miró al bretoniano, cuyo rostro, a la luz del fuego, parecía una máscara demoníaca.

—Estas montañas son gélidas y atemorizadoras —replicó Félix—. ¿Quién sabe qué peligros ocultan?

—En efecto, ¿quién sabe? Estamos cerca de las Tierras Oscuras, y algunos dicen que son el territorio donde proliferan los orcos y todos los demás diablos de piel verde. Además, he oído historias que cuentan que estas montañas están encantadas.

Félix hizo un gesto hacia el fuego.

—¿Crees que es prudente haber



encendido una hoguera?

De algún punto cercano le llegaban los tranquilizadores ronquidos de Gotrek y la respiración regular de los demás. Jules rió quedamente.

—Es una elección entre dos males, ¿no? He visto morir congelados a algunos hombres en noches como ésta, y si algo nos ataca, es mejor que tengamos luz para ver. Los de piel verde pueden distinguir a un hombre en la oscuridad, pero nosotros no podemos, ¿verdad? No, la verdad es que no creo que el fuego cambie mucho las cosas. De todas formas, pienso que no estás triste por eso.

Se quedó mirando a Félix con expectación, y éste, sin saber realmente por qué, le contó el triste relato de cómo él y Gotrek se habían unido a la expedición de von Diehl que iba de camino hacia los Reinos Fronterizos. von Diehl y quienes lo seguían, tras buscar la paz en una nueva tierra, sólo habían hallado una muerte terrible. Le habló del encuentro con su amada Kirsten, y el bretoniano lo escuchó con actitud compasiva. Cuando Félix concluyó con el relato de la muerte de Kirsten, Jules sacudió la cabeza.

—¡Ay!, es un mundo triste este en el que vivimos, ¿verdad?

—Lo es, en efecto.

—No te aferres al pasado, amigo mío. No puedes cambiarlo. Con el tiempo, todas las heridas cicatrizan.

—A mí no me lo parece.

Ambos guardaron silencio, y el poeta desvió los ojos hacia el enano dormido. Gotrek estaba sentado como una gárgola, inmóvil y con los ojos cerrados, pero su mano no soltaba el hacha. Se preguntó cómo se habría tomado el Matatrolls aquel consejo de Jules, ya que, como todos los enanos, meditaba constantemente sobre las lecciones del pasado. Su conciencia de la historia lo impulsaba de modo

inexorable hacia el futuro, y afirmaba que los seres humanos tenían memorias imperfectas y que las de los enanos eran mejores.

«¿Será por eso por lo que busca su muerte? —se preguntó Félix—. ¿Arde la vergüenza dentro de él con tanta fuerza como en el momento en que cometió el misterioso crimen que procura expiar?». Meditó sobre cómo tenía que ser eso de vivir con el pasado entrometiéndose en el presente con tanta fuerza que no pudiera ser olvidado. «Yo me volvería loco», decidió.

Inspeccionó su propio pesar e intentó evocarlo en toda su plenitud,

pero le pareció que había disminuido un ápice, que ya el tiempo lo había erosionado y que continuaría ese proceso. No se sintió mejor al saber que estaba condenado a olvidar, a que sus recuerdos se convirtiesen en pálidas sombras. «Tal vez sea mejor lo que le sucede al enano», pensó. Incluso el tiempo que había pasado junto a Kirsten había perdido, en parte, su color.

\* \* \* \* \*

Durante el turno de guardia, Félix creyó ver una luz de bruja de color verde en lo alto de la montaña, por encima de ellos. Mientras observaba, el pavor se fue apoderando de él, ya que la luz se desplazaba como si estuviese buscando algo. Había oído contar historias acerca de los demonios que poblaban las montañas, y desvió los ojos hacia Gotrek preguntándose si debía despertarlo.

Pero la luz se desvaneció, y aunque observó durante largo rato, no vio ninguna otra señal. Tal vez había sido una imagen residual que su retina guardaba del fuego, o una ilusión óptica

producto del cansancio mental, aunque, por alguna razón, lo dudaba.

\* \* \* \* \*

Al llegar la mañana, apartó las sospechas a un lado. El grupo siguió el camino que rodeaba la montaña, y de pronto una tierra nueva se extendió ante ellos bajo el gris acero del cielo tormentoso. Desde lo alto vieron un largo valle alojado en la cuenca que se formaba entre ocho montañas. Los picos se alzaban como las zarpas de una

garra gigantesca, y la ciudad se extendía el fondo.

Unas murallas enormes cerraban la entrada del valle; habían sido construidas con bloques de piedra más altos que un hombre. En el interior del valle, junto a un lago plateado, había una enorme torre, y la ciudad se acurrucaba bajo ella. Largas calles corrían desde el bosque hasta unas torres más pequeñas, situadas al pie de cada montaña. El valle estaba cruzado por canales de piedra sin mortero, que creaban un tablero de campos ganados por la maleza. Gotrek tocó a Félix con un codo en las costillas y señaló hacia



los picos.

—Helos allí —declaró con un rastro de admiración en la voz—. Karak-Zilfin, Karak-Yar, Karak-Mhonar y el Cuerno de Plata.

—Ésas son las montañas orientales —intervino Aldred—. Karak-Lhune, Karak-Rhyn, Karak-Nar y la Dama Blanca protegen el acceso occidental.

Gotrek miró al sigmarita con respeto.

—Hablas con verdad, templario. Durante largo tiempo, estas montañas han poblado mis sueños. Hace mucho que deseaba hallarme a la sombra de ellas.

Félix bajó la vista hacia la ciudad, que producía una sensación de perdurabilidad. Karak-Ocho-Picos había sido construida con los huesos de las montañas para que resistiera hasta el fin del mundo.

—Es verdaderamente hermosa —dijo, y Gotrek lo miró con intenso orgullo.

—En los tiempos antiguos, esta ciudad se conocía como la Reina de las Profundidades de Plata. Era la más bella de nuestro reino, y lloramos amargamente su caída.

Jules miraba fijamente las enormes murallas.

—¿Cómo pudo caer? En estas montañas podría resistirse a todos los ejércitos de todos los reyes de hombres, y esos campos podrían alimentar a toda la población de Quenelles.

Gotrek sacudió la cabeza y fijó los ojos en la ciudad con la misma intensidad que si estuviese mirando los tiempos antiguos.

—Con orgullo construimos Ocho Picos en el cénit de nuestro ancestral poder. Era una maravilla para el mundo; resultaba más hermosa que Pico Eterno, abierta al cielo. Símbolo de nuestra riqueza y poder, poseía una fortaleza que estaba más allá de enanos,

elfos u hombres. Pensamos que jamás caería y que las minas que guardaba serían nuestras para siempre.

El Matatrolls hablaba con una pasión amarga e imponente, que Félix nunca antes había oído en su voz.

—¡Qué estúpidos fuimos! — prosiguió Gotrek—. ¡Qué estúpidos fuimos! Construimos Ocho Picos con orgullo; estábamos seguros de que dominábamos la piedra y las Tinieblas bajo el Mundo. Y, sin embargo, al mismo tiempo que construíamos la ciudad, se sembraban las semillas de su fin.

—¿Qué sucedió? —quiso saber

Félix.

—Comenzó nuestra querrela con los elfos; los hostigamos hasta que salieron de los bosques y los expulsamos de estas tierras. Y después de eso, ¿con quién podíamos comerciar? El comercio entre nuestras dos razas había sido fuente de grandes riquezas, por corrompido que estuviese. Peor aún, el coste en vidas fue aún más lamentable que el coste para nuestros mercaderes. Los mejores guerreros de aquella generación cayeron en esa amarga lucha.

—Sin embargo, tu pueblo aún controlaba todas las tierras que se extendían entre las Montañas del Fin

del Mundo y el Gran Océano — intervino Zauberlich con pedante presunción—. Así lo afirma Ipsen en su libro *Guerras de los Ancestrales*.

La cáustica risa de Gotrek podría haber corroído el acero.

—¿Ah, sí? Lo dudo. Mientras batallábamos contra nuestros desleales aliados, las tinieblas ganaban fuerza. Estábamos exhaustos por la guerra cuando las montañas negras vomitaron sus nubes de ceniza. El cielo quedó cubierto y el sol ocultó su rostro, por lo que nuestras cosechas murieron y el ganado enfermó. Nuestra gente había regresado a la seguridad de sus

ciudades, y desde el propio corazón de nuestro reino, del lugar donde imaginábamos ser más fuertes, surgieron nuestros enemigos.

El enano calló, y en el silencio resultante Félix se imaginó que oía el lejano graznido de algún pájaro.

—A través de túneles mucho más profundos que los que nosotros habíamos excavado jamás, los enemigos atacaron el núcleo de nuestra fortaleza. A través de las minas que habían sido la fuente de nuestra riqueza, salieron ejércitos de goblins y skavens parecidos a ratas, y *cosas* mucho, mucho peores.

—¿Y qué hizo tu pueblo? —

preguntó Félix.

Gotrek extendió los brazos a los lados y miró a los presentes a la cara.

—¿Qué podíamos hacer? Cogimos las armas y volvimos a la guerra. Y aquélla fue una guerra terrible. Nuestras batallas contra los elfos habían tenido lugar bajo el cielo, en campos y bosques, pero esa nueva guerra fue librada en espacios estrechos y oscuros, con armas espantosas y una ferocidad mayor de la que podáis imaginar. Se desmoronaron los pozos, se quemaron los corredores con lanzallamas, se inundaron las minas. Nuestros enemigos respondieron con gas



venenoso, con viles encantamientos e invocaron a los demonios. Debajo del sitio en que tenemos ahora los pies, luchamos con todos los medios de que pudimos echar mano, con todas nuestras armas y con todo el valor que puede engendrar la desesperación. Luchamos y perdimos. Paso a paso, nos expulsaron de nuestros hogares.

\* \* \* \* \*

Félix bajó la mirada hacia la plácida ciudad. Parecía imposible que hubiese

tenido lugar jamás lo que Gotrek acababa de describir, y sin embargo había algo en la voz del Matatrolls que obligaba a creer sus afirmaciones. El poeta imaginó la desesperada lucha de aquellos enanos del pasado remoto, su miedo y desconcierto cuando los expulsaron del lugar que habían creído suyo. Los imaginó librando aquella batalla perdida con una tenacidad sobrehumana.

—Al final se hizo evidente que no podíamos retener la ciudad, por lo que se sellaron las tumbas de nuestros reyes y las bóvedas del tesoro; luego se las ocultó mediante astutos recursos, y

abandonamos la ciudad en manos de nuestros enemigos. —Gotrek les echó una mirada feroz—. Desde entonces, no hemos sido tan estúpidos para creer que haya un sitio que esté a salvo de la Oscuridad.

\* \* \* \* \*

Durante todo aquel largo día, a medida que se aproximaban a la muralla, Félix fue comprendiendo lo mucho que habían sufrido aquellas vetustas estructuras. Lo que desde lejos producía

una sensación de fortaleza y seguridad intemporales, al verlo desde más cerca se convirtió en algo tan ruinoso como el camino por el que avanzaban.

La muralla que, como una cortina de piedra, bloqueaba el paso hacia el interior del valle era cuatro veces más alta que un hombre y pasaba entre escarpados precipicios cortados a pico. Los signos de abandono eran evidentes, como el musgo que crecía entre las grietas de los enormes bloques de piedra, los canales que había abierto en ellos el agua de lluvia y las manchas amarillas de los líquenes. Algunas zonas estaban ennegrecidas como por grandes

lenguas de fuego, y una extensa sección de la muralla se había desmoronado.

Sus compañeros guardaban silencio, pues la desolación cubría al grupo como una mortaja. Félix se sentía deprimido y nervioso. Tenía la sensación de que los espíritus de la antigüedad los observaban mientras meditaban sobre los desmoronados restos de aquella grandeza ancestral, y en ningún momento apartó mucho la mano de la empuñadura de la espada.

Las puertas rotas de la antigua entrada habían sido abiertas e inmovilizadas mediante cuñas, y alguien había hecho un intento poco

decidido de limpiar la señal del Martillo y la Corona sobre ocho picos tallados en la piedra, aunque encima ya volvían a crecer los líquenes.

—Alguien ha estado aquí recientemente —comentó Jules mientras estudiaba las puertas desde cerca.

—Ya veo cómo te has ganado la reputación de explorador —comentó Gotrek con tono sarcástico.

—Quedaos donde estáis —tronó una voz desconocida—, a menos que queráis que os llenemos de saetas con nuestras ballestas.

Félix alzó los ojos hacia el parapeto,

donde vio las cabezas cubiertas por cascos de una docena de enanos que los miraban a través de las almenas. Cada uno de ellos los apuntaba con una ballesta.

—Bienvenidos a Karak-Ocho-Picos —los saludó el líder de barbas grises—. Espero que tengáis una buena razón para haber penetrado en los dominios del Príncipe Belegar.

\* \* \* \* \*

Marcharon hacia el interior de la

ciudad bajo un cielo cubierto de nubes de color blanco grisáceo. La escena parecía posterior al Día del Juicio, cuando las fuerzas del Caos regresaban para reclamar el mundo como propio. Se veían casas desmoronadas que habían caído hacia las calles, un olor a moho y podredumbre salía de muchos de los edificios, cuervos de aspecto maligno graznaban desde los restos de las chimeneas y nubes de otros de esos pájaros sombríos y negros volaban por encima de sus cabezas.

La veintena de guerreros enanos que los acompañaba se encontraban en constante estado de alerta. Miraban a



través de las puertas como si esperasen que se produjera una emboscada en cualquier momento, y llevaban las ballestas cargadas y a punto para disparar. Daban la impresión de estar en medio de un campo de batalla.

En una ocasión se detuvieron, y el líder les hizo un gesto para indicarles que guardaran silencio. Todos se quedaron quietos y a la expectativa, y Félix creyó percibir el sonido de algo que se escabullía. Forzó los ojos en la mermante penumbra del atardecer, pero no pudo ver ningún signo de problemas. El líder del grupo hizo otro gesto, y dos de los enanos ataviados con

armadura avanzaron cautelosamente hasta la esquina y miraron al otro lado, mientras el resto formaba en cuadrado. Pasado un largo y tenso momento, los exploradores regresaron para decir que todo estaba despejado. Pero la quietud fue rota por la risa de Gotrek.

—¿Asustados de unos pocos goblins? —preguntó, y el líder del grupo le echó una mirada feroz.

—En noches como ésta hay cosas peores que goblins dando vueltas por aquí; puedes estar seguro de ello —replicó.

Gotrek, según su costumbre, pasó por el filo del hacha el dedo pulgar, del

que comenzó a manar sangre.

—Traédme las

—rugió—.

¡Traédme las!

El grito del Matatrolls resonó una sola vez entre las ruinas antes de quedar amortecido y tragado por el ominoso silencio, y después de eso incluso Gotrek calló.

\* \* \* \* \*

La ciudad era más grande de lo que Félix había imaginado; tal vez tenía incluso el tamaño de Altdorf, la mayor

del Imperio. Prácticamente estaba en ruinas, devastada por antiguas guerras.

—Sin duda, no fue tu propia gente la que causó todos estos destrozos. Algunos parecen bastante recientes — comentó el poeta.

—Goblins —replicó Gotrek—. Es la maldición de su pueblo: cuando no tienen a nadie con quien luchar, se pelean entre ellos. Sin duda, la ciudad, después de caer, fue dividida entre varios Señores de la Guerra. Y tan seguro como la traición de los elfos, que se indispusieron a causa de la división del botín.

»Además, se han producido varios

intentos para recuperar la ciudad por parte de mi pueblo y de algunos hombres de los Reinos Fronterizos. Aún hay un yacimiento de plata ahí abajo. —Escupió.

»Ninguna tentativa de retener la ciudad ha prosperado jamás. La Oscuridad ha impregnado este lugar, y donde ha estado una vez, ya nada puede verse realmente libre de ella.

Entraron en una zona cuyos edificios habían sido reparados en parte y que entonces parecía abandonada una vez más. Había fracasado otro intento de volver a colonizar la ciudad, derrotado por la absoluta inmensidad

de las ruinas. Bajo los muros de la gran torre, los enanos parecían más relajados, y el líder, de vez en cuando, les murmuraba alguna orden para que se mantuviesen alerta.

—Recordad a Svensson —dijo—. Él y sus hombres fueron asesinados mientras se encontraban en el sendero de la puerta grande.

Los enanos volvieron a adoptar de inmediato su severa vigilancia. Por si acaso, Félix mantuvo la mano cerca de la espada.

—Éste no es un sitio saludable —susurró Jules Gascoigne.

La gran puerta de la torre se cerró

en cuanto la hubieron traspasado. El estruendo fue similar al de grandes construcciones de piedra que se desmoronaran.

\* \* \* \* \*

La sala era inhóspita, tenía las paredes cubiertas de tapices con la trama al descubierto y estaba iluminada por extrañas gemas resplandecientes, que pendían de arañas colgadas del techo. En el trono de marfil tallado con incrustaciones de oro, se encontraba

sentado un enano viejo, flanqueado por filas de guerreros ataviados con túnicas azules y cotas de malla. Dirigió hacia ellos unos ojos hostiles, que fueron del Matatrolls a los humanos. Junto al anciano, una mujer enana, vestida con una túnica púrpura, observaba todo el proceso con una extraña, aunque serena, intensidad; de una cadena que le rodeaba el cuello, pendía un libro encuadernado en hierro.

Félix creyó percibir agotamiento nervioso en los rostros de esos enanos. Tal vez el hecho de morar en aquella ciudad encantada y en ruinas había minado su estado anímico, o quizá se



trataba de alguna otra cosa; parecían estar mirando constantemente por encima del hombro, y se sobresaltaban ante el más leve ruido.

—Declarad vuestras intenciones, forasteros —dijo el enano viejo con una voz profunda, orgullosa y crispada—. ¿Por qué habéis acudido aquí?

Gotrek le echó una feroz y grosera mirada.

—Soy Gotrek Gurnisson, en otros tiempos de Pico Eterno. He venido a perseguir trolls en las Tinieblas bajo el Mundo. El humano Félix Jaeger es mi hermano de sangre, poeta y cronista. ¿Pretendes negarme ese derecho?

Al pronunciar la última frase, Gotrek sopesó el hacha, y los soldados enanos alzaron sus mazas.

—No, Gotrek Gurnisson —respondió el anciano con una carcajada—; no lo pretendo. Esa intención es honorable y no veo razón alguna para interponerme en tu camino, aunque hayas hecho una mala elección al escoger hermano.

Los soldados enanos comenzaron a murmurar entre sí, y Félix se sintió perplejo. Era como si Gotrek hubiese roto algún tabú incomprensible.

—Hay precedentes —declaró la enana vestida con túnica púrpura, y los

sonidos de consternación cesaron.

Félix esperaba que ella continuara hablando, que ampliara lo que acababa de decir, pero no lo hizo. Al parecer, a los enanos les bastaba con que hubiese hablado.

—Vosotros dos podéis pasar, Gotrek, hijo de Gurni. Tened cuidado con la entrada que escogéis para acceder a las tinieblas e id precavidos, no sea que os abandone el valor. —En su voz no había el más leve rastro de preocupación, sino sólo amargura y vergüenza secretas.

Gotrek le hizo un breve asentimiento de cabeza al enano, y se

retiró hacia el fondo del salón. Félix le dedicó la mejor de sus reverencias corteses y siguió al Matatrolls.

—Declarad vuestras intenciones, forasteros —continuó el gobernante, y Aldred hincó una rodilla en tierra ante el trono, un gesto que los demás imitaron.

—He venido por una cuestión relacionada con mi fe y con una antigua promesa de auxilio entre tu gente y la mía. La historia es compleja y narrarla podría llevar bastante tiempo.

El enano profirió una horrible carcajada, y Félix volvió a tener la sensación de que algún conocimiento

secreto corroía por dentro al anciano señor de los enanos.

—Habla. No somos ricos en ninguna otra mercancía que no sea el tiempo, que podemos emplear con entera libertad.

—Gracias. ¿Estoy en lo cierto al suponer que eres el mismo Príncipe Belegar que encabezó la expedición destinada a recuperar esta ciudad de manos de los de piel verde hace veinte años?

—Estás en lo cierto —replicó Belegar, tras asentir con la cabeza.

—Tu guía era un explorador de terrenos enano llamado Faragrim, que

encontró muchas vías de acceso secretas para penetrar en la ciudad que se extiende debajo de Ocho Picos.

El enano viejo volvió a asentir, y Félix y Gotrek intercambiaron una mirada, pues había sido Faragrim quien les había hablado del tesoro que se encontraba debajo de las montañas guardado por un troll.

—Un joven caballero de mi orden formaba parte de tu expedición y era compañero de Faragrim en sus días de aventura. Se llamaba Raphael.

—Era un hombre leal, enemigo de nuestros enemigos —declaró Belegar—. Acompañó a Faragrim en su última

expedición a las profundidades, y jamás regresó. Cuando Faragrim se negó a buscarlo, despaché mensajeros, pero no pudieron hallar su cuerpo.

—Es bueno saber que tú lo honraste, aunque me siento abatido desde que supe que la espada que él llevaba se perdió. Era un arma de poder, y tiene gran importancia para mi orden.

—No eres el primero que ha acudido aquí para recuperarla —intervino la mujer enana, y Aldred sonrió.

—A pesar de ello, he hecho la promesa de devolver la espada,

*Karaghul*, a la sala capitular de mi orden, y tengo motivos para creer que lo conseguiré. —Belegar alzó una ceja—. Antes de iniciar esta búsqueda, ayuné durante dos semanas y castigué mi cuerpo con purgantes y látigo. Durante el último Sigmarzeit, fui agraciado con una visión. Mi Señor se apareció ante mí, dijo que contemplaba con agrado mi misión y que se aproximaba el momento de rescatar la espada encantada.

»Además, me dijo que durante la misión recibiría la ayuda de un miembro de nuestros hermanos ancestrales. Yo interpreté que se refería



a un enano, porque así se alude siempre a los de vuestro pueblo en el Libro Inacabado.

»Te suplico, noble Belegar, que no te opongas a mi misión. Mi hermano Raphael cuando cayó, hacía honor al ancestral voto de nuestra fe de no negarse nunca a auxiliar a un enano. Sería una señal de respeto que me permitieras recuperar su arma.

—Has hablado bien, hombre — respondió Belegar, y Félix se dio cuenta de que estaba conmovido, como les sucedía a los enanos de modo invariable cuando se hablaba del honor y de los juramentos ancestrales. Sin

embargo, aún perduraba un rastro de alegre malicia en la mirada de Belegar cuando volvió a hablar—. Te concedo la petición. Que tengas tú más suerte que tus predecesores.

Aldred se puso de pie e hizo una reverencia.

—¿Podrías proporcionarnos un guía?

Belegar volvió a reír, pero su hilaridad tenía una calidad extraña, salvaje, que acabó en un cacareo agudo y desagradable.

—Estoy seguro de que Gotrek Gurnisson estará dispuesto a cooperar en una empresa tan similar a la suya

propia.

Belegar se levantó del trono, y la mujer de la túnica púrpura avanzó para prestarle apoyo.

—¡Podéis retiraros! —declaró cuando llegaba a la salida trasera de la sala.

\* \* \* \* \*

Desde la ventana de la torre donde los habían alojado los enanos, Félix miró hacia la calle empedrada. En el exterior, la nieve había comenzado a caer; detrás

de él, los demás discutían en voz baja.

—No me gusta —decía Zauberlich—. ¿Quién sabe lo extensa que puede ser un área subterránea? Podríamos buscar hasta el final del mundo y no encontrar la espada. Yo pensaba que los enanos la custodiaban.

—Debemos tener fe —replicó Aldred, con tono calmo e implacable—. Sigmar desea que encontremos la espada, y debemos confiar en que él nos guiará hasta ella.

—Aldred, si Sigmar desea que la espada sea devuelta, ¿por qué no la colocó en las manos de los tres hermanos tuyos que nos han

precedido? —preguntó Zauberlich, mientras en su voz se traslucía cierta dosis de histerismo.

—¿Quién soy yo para hacer conjeturas sobre las motivaciones del Señor Bendito? Tal vez no era el momento correcto. Quizá quiera poner a prueba nuestra fe. En mí no hallará a un descreído. No tienes por qué acompañarnos si no lo deseas.

En un punto lejano de las ruinas, Félix atisbó una fría luz verde, y su contemplación lo llenó de pavor. Le hizo un gesto a Jules para que se acercara, pero cuando el bretoniano llegó a la ventana, ya no había nada que

ver. El explorador lo miró con expresión interrogadora.

Azorado, Félix volvió los ojos hacia el grupo de los que discutían. «¿Estoy volviéndome loco?», se preguntó, e intentó apartar de su mente aquella luz verde.

—*Herr* Gurnisson, ¿qué piensas tú? —inquirió Zauberlich, y se volvió hacia el Matatrolls con aire suplicante.

—Yo voy a descender a las tinieblas de todas formas —replicó Gotrek—. Me tiene sin cuidado lo que hagáis vosotros. Arreglad vuestras diferencias.

—Ya hemos perdido la cuarta parte de la gente que partió con nosotros —

declaró Zauberlich mientras su mirada iba de Jules a Aldred—. ¿De qué va a servir que desperdiciemos nuestras vidas?

—¿De qué serviría renunciar sino para hacer que el sacrificio de nuestros camaradas haya sido inútil? —replicó el templario—. Si renunciamos, ellos habrán muerto en vano. Creían que debíamos encontrar a *Karaghul*, y entregaron sus vidas de muy buena gana.

El fanatismo del templario le causaba inquietud a Félix. Aldred hablaba con demasiada indiferencia de los hombres que habían entregado sus

vidas, y sin embargo mostraba también una serena confianza, lo que confería a sus palabras un apremio irresistible. El poeta sabía que los guerreros seguían a hombres como ése.

—Tú hiciste el mismo juramento que todos los demás, Johann. Si ahora quieres abjurar, que así sea, pero las consecuencias caerán sobre tu alma inmortal.

Félix experimentó una perversa compasión por el mago. Él mismo había jurado seguir a Gotrek estando borracho, en la cálida taberna de una ciudad civilizada, después de que el enano le salvó la vida. Entonces el



peligro le había parecido algo remoto. Sacudió la cabeza. Resultaba fácil hacer juramentos semejantes cuando uno no tenía ni idea de cuáles iban a ser las consecuencias, pero otra cosa muy distinta era mantenerlos si el camino te llevaba a lugares tenebrosos como Karak-Ocho-Picos.

Se oyeron unos pasos que se aproximaban y luego, a modo de llamada, un golpe en la puerta. Cuando se abrió, se asomó la mujer enana que habían visto de pie junto al trono de Belegar.

—He venido a ponerlos sobre aviso —declaró con voz grave, agradable.

—¿Ponernos sobre aviso respecto a qué? —preguntó Gotrek con sequedad.

—Cosas terribles andan sueltas por las profundidades. ¿Por qué creéis que vivimos con tanto miedo?

—Me parece que será mejor que entres —sugirió el Matatrolls.

—Soy Magda Freyadotter, guardiana del Libro de la Memoria que hay en el templo de Valaya. Hablo con la voz de Valaya, así que sabréis que lo que os diga será verdad.

—De acuerdo —asintió Gotrek Gurnisson—. Habla con verdad, entonces.

—En las tinieblas, se mueven

espíritus inquietos. —Hizo una pausa y los miró uno por uno. Sus ojos se posaron sobre el Matatrolls, y se demoraron en él—. Cuando llegamos aquí por primera vez, éramos quinientos, más unos pocos aliados humanos. Los únicos peligros con que nos enfrentamos fueron los orcos y sus seguidores, y despejamos esta torre y algunas zonas de la parte superior de la ciudad, como preludio para reclamar nuestras minas ancestrales.

»Hicimos incursiones en las profundidades en busca de las bóvedas de nuestros antepasados, pues sabíamos que si lográbamos hallarlas correría la

voz entre nuestro pueblo y otros acudirían aquí.

Félix comprendió la estrategia; la noticia de que se había encontrado un tesoro hubiese atraído a más enanos a la ciudad. De hecho, se sintió un poco culpable, porque los había atraído a Gotrek y a él mismo.

—Enviamos expediciones a las profundidades en busca de los antiguos emplazamientos, pero las cosas habían cambiado con respecto a los planos que memorizamos en la infancia. Había túneles desmoronados, caminos bloqueados y nuevas vías chapuceras, excavadas por los orcos e

interconectadas con las nuestras.

—¿Lideró el enano Faragrim alguna de esas expediciones? —quiso saber Gotrek.

—Sí, lo hizo —replicó Magda, y Gotrek miró a Félix.

—Entonces, al menos esa parte de lo que afirmaba es verdad —comentó el Matatrolls.

—Faragrim era osado y buscó más profundamente y más allá que todos los otros. ¿Qué te contó? —Gotrek empezó a estudiarse los pies.

—Que se había encontrado con el troll más grande que había visto en toda su vida..., y había huido.

«Los enanos no saben mentir bien», pensó Félix. Era imposible que la sacerdotisa no se hubiese dado cuenta de que ocultaba algo, pero Magda no dio muestras de advertir nada raro.

El poeta recordó la noche que habían pasado en la lejana Nuln, en la taberna Ocho Picos, cuando el pasmosamente borracho Faragrim le contó la historia a Gotrek. Los enanos se encontraban tan ebrios que incluso daban la impresión de haber olvidado que había un humano presente, y hablaban, emocionados, en una mezcla de Reikspiel y Khazalid. En aquel momento, Félix había supuesto que los

enanos sólo estaban intentando superarse mutuamente mediante la narración de historias exageradas, pero entonces ya no se sentía tan seguro.

—Así que fue eso lo que lo aterrorizó... Nosotros pensamos que habían sido los fantasmas —comentó Magda—. Un día, cuando regresó de las profundidades, la barba se le había vuelto completamente blanca. No dijo una sola palabra, sino que se limitó a marcharse.

—Has hablado de terrores que pueblan las profundidades —la interrumpió Zauberlich.

—Sí. Las patrullas que bajaron allí

pronto comenzaron a hablar de fantasmas de antepasados. Los espíritus aullaban y gemían, y nos imploraban que los liberásemos de la esclavitud de Caos. A poco, nuestro éxito inicial se vio invertido. ¿Qué enano puede soportar la visión de sus parientes arrancados del seno de los espíritus ancestrales? Nuestras fuerzas perdieron el valor, y el Príncipe Belegar lideró una expedición cuyo fin era hallar la fuente del mal. El contingente fue destruido por los que acechan en las profundidades. Sólo regresaron él y unos pocos allegados, y nunca han hablado de lo que encontraron. La



mayoría de los supervivientes se marcharon a su tierra natal, y ahora quedamos apenas un centenar para defender la torre.

El color abandonó el rostro de Gotrek. Félix jamás había visto al Matatrolls demostrar un miedo semejante. Era capaz de enfrentarse osadamente con cualquier criatura viva, pero aquella conversación sobre fantasmas había minado su valentía. «La veneración de los ancestros debe de ser muy importante para este pueblo», pensó con repentina comprensión.

—Ahora ya os he avisado —concluyó la sacerdotisa—. ¿Aún queréis

bajar a las profundidades?

Gotrek fijó la vista en el fuego, mientras todos los ojos de la habitación se posaban en él. El poeta tuvo la sensación de que si Gotrek abandonaba su propósito, tal vez incluso Aldred renunciaría, ya que el templario parecía convencido de que el Matatrolls era el enano de su profecía.

Gotrek aferró el hacha con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos, y realizó una inspiración profunda; después dio la impresión de que se obligaba a hablar.

—Hombre o espíritu, vivo o muerto, yo no le temo —declaró con voz queda

y poco convincente—. Bajaré. Allí hay un troll al que tengo que conocer.

—Bien dicho —respondió Magda—. Yo os conduciré hasta la entrada del reino inferior.

—Será un honor —declaró Gotrek al mismo tiempo que se inclinaba.

—Mañana, entonces —concluyó ella, y se levantó para marcharse.

Gotrek le abrió la puerta y, cuando se hubo marchado, se dejó caer en la silla, soltó el hacha y se aferró a los reposabrazos como si tuviese miedo de caer. Parecía muy asustado.



En el flanco de la montaña se abría una entrada enorme y, sobre ella, en la roca, una gran ventana protegida por un voladizo de baldosas de pizarra roja, muchas de las cuales habían caído. Era como si se hubiera construido una torre para luego hundirla en la tierra, de modo que sólo las partes más altas sobresaliesen del suelo.

—Ésta es la Puerta de Plata —explicó Magda—. El Camino de Plata discurre hasta los Graneros Superiores y la Larga Escalera.

—Gracias —dijo Félix.

Gotrek le hizo a la sacerdotisa un gesto de asentimiento. Aldred, Jules y Zauberlich se inclinaron para darle las gracias, todos con un aire muy sombrío.

Se pusieron a comprobar los faroles y el aceite de recambio. Llevaban provisiones de sobra, y sus armas estaban aceitadas y a punto.

Magda metió las manos en las mangas de la túnica, sacó un rollo de pergamino y se lo entregó a Gotrek, que lo desenrolló, le echó una mirada y a continuación hizo una reverencia tan profunda que su pecho chocó el suelo.

—Que Grungni, Grimnir y Valaya

os guarden a todos —dijo Magda, e hizo un peculiar signo de bendición sobre todos ellos.

—Que la bendición de Sigmar sea contigo y todo tu clan —replicó Aldred Keppler, *Espada Cruel*.

—Vamos —decidió Gotrek Gurnisson, y todos cogieron sus equipos y traspasaron el arco de entrada, marcado con antiguas runas enanas que el tiempo aún no había logrado erosionar.

Una vez en el otro lado, se hallaron sumidos en sombras y helor, y el poeta no pudo reprimir un escalofrío.

La luz que entraba por la gran

ventana iluminaba débilmente el camino que descendía hacia las tinieblas, y se maravilló de la precisión de la ingeniería de los enanos. En lo alto de la pendiente, se detuvo y miró atrás. La sacerdotisa y su escolta permanecían de pie ante la entrada, y cuando él la saludó con una mano, ella alzó un brazo y lo agitó a modo de despedida. Luego, comenzaron el descenso, y las tierras de la superficie desaparecieron de la vista, mientras el poeta se preguntaba si alguno de ellos volvería a ver la luz del día.



—¿Qué te ha dado la sacerdotisa, *herr* Gurnisson? —quiso saber Johann Zauberlich, y Gotrek, bruscamente, puso el documento en la mano del mago.

—Es un mapa de la ciudad, copiado del mapa patrón que está depositado en el templo de Valaya la Cronista. Cubre todo el terreno que exploró la expedición del Príncipe Belegar.

A la luz que filtraban los cristales que había en lo alto, el hechicero lo inspeccionó, y luego se rascó la cabeza.



Félix miró por encima de su hombro y sólo vio diminutas runas garrapateadas y conectadas con líneas de tinta de colores diferentes. Unas líneas eran gruesas, otras finas y algunas punteadas.

—No se parece a ningún mapa que haya visto —declaró el mago—. No le veo ni pies ni cabeza.

Los labios de Gotrek se curvaron en una sonrisa despectiva.

—Me sorprendería que lo encendieras porque está escrito en el código rúnico del Gremio de Ingenieros.

—Estamos en tus manos, *herr*

Gurnisson, y en las de Sigmar —dijo el templario—. Condúcenos.

\* \* \* \* \*

Félix intentó contar el número de pasos que daba, pero renunció al llegar a ochocientos sesenta y dos. Había reparado en los pasillos que partían del Camino de Plata, y comenzaba a formarse una idea de la dimensión de la ciudad de los enanos. Era como una de esas montañas flotantes de hielo que los marineros decían haber visto en el

Mar de las Garras; un noventa por ciento de su volumen estaba hundido bajo la superficie. La escala superaba con mucho a cualquier obra humana que él hubiese visto jamás, e inspiraba humildad.

El camino pasaba ante muchas aberturas practicadas en las paredes de piedra, algunas de las cuales aparecían parcialmente tapiadas con ladrillos, una obra de hechura reciente. Algo las había perforado con herramientas muy primitivas, y en el aire flotaba un hedor a putrefacción.

—Silos de grano —explicó Gotrek—. Se los usaba para almacenar la comida

que alimentaba a la ciudad durante el invierno, aunque parece que los goblins han metido las manos de pleno en los almacenes de Belegar.

—Si hay algún piel verde cerca de aquí, pronto probará mi acero —declaró *Espada Cruel*.

Jules y Félix intercambiaron miradas de preocupación, ya que no se sentían tan ansiosos como el templario y el Matatrolls por enfrentarse con lo que fuera que morara allí abajo.

\* \* \* \* \*

El poeta había perdido la noción del tiempo, pero calculaba que había pasado media hora desde que habían abandonado el Camino de Plata para adentrarse en una estancia tan grande como el Koenigs Park de Altdorf y que recibía luz a través de enormes aberturas alargadas practicadas en el techo. Las motas de polvo danzaban en docenas de columnas de luz más altas que las torres de Nuln. La resonancia de los pasos inquietaba a los umbríos y extraños seres que aleteaban, acechando, cerca del techo.

—La plaza de Merscha —dijo Gotrek, cuya voz contenía una nota de

asombro, y miró hacia la estancia con una extraña mezcla de odio y orgullo—. Aquí la guardia personal de la Reina Hilga resistió contra un ejército de goblins cien veces más numeroso. Le dieron tiempo a ella, y a muchos ciudadanos, para escapar. Jamás abrigué la esperanza de poner mis ojos en este sitio. Caminad con cuidado: cada piedra ha sido santificada con la sangre de los héroes.

Félix miró al Matatrolls, y vio a una persona nueva. Desde que entraron en la ciudad, Gotrek había cambiado. Ya no lanzaba miradas furtivas a su alrededor ni mascullaba para sí. Por

primera vez desde que Félix lo conocía, el enano parecía sentirse cómodo, como si hubiese vuelto a casa.

«Ahora somos nosotros, los hombres, quienes estamos fuera de lugar», comprendió repentinamente, consciente de las incontables toneladas de piedra que se interponían entre él y el sol. Tuvo que luchar contra el miedo de que toda aquella montaña, que se mantenía en su sitio sólo gracias a la delicada obra de los antiguos enanos, se le desplomara encima y lo enterrara para siempre. Percibía la proximidad de las tinieblas, de aquellos lugares enterrados que nunca habían conocido

la luz del día, y las semillas del terror arraigaron en su corazón.

Miró hacia el otro lado de la plaza, más grande que cualquier estructura que hubiese visto jamás, y supo que no podría cruzarla. Era una sensación absurda estando en las profundidades de la tierra, pero comenzó a sentir agorafobia. No quería pasar bajo el abovedado techo por temor a que aquel cielo artificial se desplomara sobre él. Se sentía mareado, y su respiración era un jadeo rasposo.

Una mano tranquilizadora se posó sobre su hombro, y Félix bajó la mirada hacia Gotrek, que se encontraba junto a



él. Con lentitud, se desvaneció la urgencia de ascender corriendo por el Camino de Plata, y experimentó algo parecido a la calma. Entonces, volvió a mirar hacia el otro lado de la plaza de Merscha, sobrecogido por una sensación reverente.

—En verdad, tu pueblo es imponente, Gotrek Gurnisson —dijo, y el enano lo miró con ojos a los que asomaba la tristeza.

—Sí, humano, lo fuimos, pero la destreza que creó esta sala está ahora fuera de nuestro alcance. Ya no contamos con el número de canteros necesarios para construir esto.

Gotrek volvió la cabeza para contemplar la estancia, y luego la sacudió.

—¡Ay, humano!, tú tienes alguna idea de lo bajo que hemos caído. Los días de gloria han quedado atrás. En otros tiempos creamos todo esto, pero ahora nos amontonamos en unas pocas ciudades empequeñecidas y aguardamos el fin del mundo. El día de los enanos se ha marchado para no regresar nunca más. Nos arrastramos como gusanos por las obras de los tiempos antiguos, y la gloria de lo que una vez fuimos se burla de nosotros.

Hizo un gesto hacia la sala con el

hacha, como si deseara demolerla de un solo golpe.

—¡Con este tipo de cosas tenemos que compararnos! —bramó, y los hombres, sobresaltados, lo miraron.

Los ecos se burlaron de él y, mezclado con ellos, Félix Jaeger creyó percibir los sonidos de un movimiento furtivo. Cuando miró hacia el origen del ruido, casi pudo jurar que veía unos ojos ambarinos y parpadeantes, que retrocedían con lentitud hacia la oscuridad.

\* \* \* \* \*

A medida que avanzaban, la piedra de la zona subterránea de la ciudad adquiría un peculiar tono verdoso. Salieron de la claridad de la sala para entrar en un espacio poblado de sombras y débilmente iluminado por mortecinas y oscilantes gemas. De vez en cuando, Félix oía algunos golpecitos, y entonces Gotrek se detenía y apoyaba una mano contra la pared. Por curiosidad, el poeta hizo lo mismo y sintió unas pequeñas vibraciones, como si algo distante corriera por la piedra. Gotrek lo miró.

—Los goblins están tamborileando

en las paredes —explicó—. Saben que estamos aquí, así que será mejor que aceleremos el paso a fin de confundir a los exploradores que pueda haber.

Félix asintió.

Las paredes rutilaban como jade. Félix vio ratas gordas de ojos rojos alejarse de la luz, y Gotrek imprecó e intentó aplastar de un pisotón a la más cercana, pero ésta lo esquivó. El enano sacudió la cabeza.

—Incluso aquí, tan cerca de la superficie, vemos la corrupción de Caos. Más abajo debe de ser peor.



Llegaron a una escalera que descendía hacia las tinieblas. Había grandes columnas desplomadas, enormes pilas de cantería amontonadas aquí y allá, y la escalera misma parecía desmoronada. Su presencia inquietó a un nido de alas batientes, y los murciélagos alzaron el vuelo y revolotearon de un lado a otro. Desasosegado, Félix se preguntó si la escalera sería muy segura.

Descendieron a través de galerías donde los signos de la expoliación de los orcos eran evidentes. Las ratas se

escabullían precipitadamente hacia los nidos, contruidos bajo la obra de cantería rota.

Gotrek hizo un gesto para indicar un alto, y se quedó quieto, olfateando el aire. Detrás, Félix creyó oír el sonido de unos pasos en el extremo superior de la escalera.

—Huele a goblins —dijo el Matatrolls.

—Están detrás de nosotros, me parece —comentó Jules.

—Están por todas partes a nuestro alrededor —lo contradijo Gotrek—. Este sitio ha sido usado como camino de los orcos durante muchos años.

—¿Qué haremos? —inquirió Félix al mismo tiempo que intercambiaba miradas de preocupación con Zauberlich.

—Continuar adelante —respondió Gotrek mientras consultaba el mapa—. En cualquier caso, vamos en la dirección que queremos.

Félix miró hacia atrás, pues sospechaba que los estaban conduciendo a una trampa. «Las cosas pintan mal —pensó—. Ya nos han cortado el camino de regreso a la superficie, a menos que Gotrek conozca otra ruta».

La expresión del Matatrolls le



aseguró que no estaba prestándole la más mínima consideración a ese tipo de cosas. El enano miraba a su alrededor con aire preocupado, como si esperase ver un fantasma.

Los pasos de los perseguidores se aproximaron más aún.

Procedente de delante, resonando a través de las galerías, les llegó un bramido que era más profundo y sonoro que el de cualquier orco.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Zauberlich.

—Algo grande —respondió Aldred con voz queda.

Gotrek pasó el dedo pulgar a lo

largo del filo del hacha, hasta que en ésta brilló una gota de sangre.

—Bien —dijo.

—Debe de estar cerca —comentó Félix con nerviosismo, a la vez que se preguntaba si tendría el semblante tan pálido como el hechicero y el explorador.

—Es difícil saberlo —le aseguró Gotrek—. Estos túneles distorsionan el sonido, y también lo amplifican. Podría estar a kilómetros de distancia.

Volvió a oírse el rugido, y esa vez escucharon también el sonido de pasos que corrían, como si los goblins se precipitaran a cumplir una orden.

—Ahora está más cerca —afirmó Félix.

—Cálmate, humano. Como ya he dicho, es probable que esté a kilómetros de aquí.

\* \* \* \* \*

Se encontraba esperando en la sala siguiente, cerca del pie de la larga escalera. Pasaron bajo un arco tallado con calaveras de demonios y vieron a la bestia: un ogro inmenso, que casi doblaba la estatura de Aldred y era

cuatro veces más corpulento que él. Una cresta de pelo se elevaba desde su escamoso cuero cabelludo y, al igual que la cresta de Gotrek, estaba teñida, aunque no de un solo color, sino que en ella se alternaban listas blancas y negras. Un brazal cubierto de púas con un puño en forma de larga guadaña terrible le cubría el brazo derecho. Una enorme bola de púas unida a una cadena pendía de su mano izquierda, y tenía la apariencia de ser capaz de demoler la muralla de un castillo.

La criatura sonrió y dejó a la vista puntiagudos dientes metálicos. Detrás de él se agazapaba una compañía de

goblins con su piel verde lustrosa, que aferraban escudos de metal blasonados con el emblema del Cráneo. Costras, forúnculos y señales de viruela marcaban sus feos rostros, que sonreían con mirada repulsiva. Algunos llevaban collares de púas en torno al cuello, y otros, anillos metálicos que les pinzaban la piel del torso. Tenían ojos rojos carentes de pupilas, y Félix se preguntó si sería otra señal de la corrupción de Caos.

Miró a su alrededor, y a la derecha vio cantería desmoronada. Parecía que la antigua obra en piedra de los enanos había sido derrumbada y apartada a un

lado para dejar sitio a nuevas excavaciones más toscas. En la pared que tenía cerca, habían fijado cadenas de hierro, y a la izquierda se alzaba una chimenea enorme, tallada de modo que el hogar fuesen las fauces abiertas de una cabeza demoníaca; en las piedras había manchas de sangre seca. «¿Habremos venido a parar a un templo goblin? —se preguntó Félix—. Es justo lo que necesitábamos: un orco hambriento de hombres y una horda de fanáticos goblins. Bueno —se consoló—, al menos las cosas ya no pueden ponerse peor».

Sintió que le tocaban en un hombro

y se volvió para mirar escalera arriba. Por ella descendía otra compañía de goblins, liderada por un orco fornido, que aferraba una cimitarra en la mano izquierda y en la derecha llevaba un estandarte donde se veía una representación estilizada de las fauces colmilludas de la Luna Maldita, Morrslieb, y en cuya punta había clavada una cabeza humana embalsamada. Detrás del portaestandarte había más goblins armados con mazas, lanzas y hachas.

Félix miró a Jules, y el bretoniano se encogió de hombros. «Qué lugar tan terrible para morir», pensó el poeta. Por

un momento, los tres grupos intercambiaron miradas, y se produjo un breve silencio.

—¡Por Sigmar! —gritó Aldred, que alzó en alto su gran espada y cargó escalera abajo con una agilidad asombrosa para un hombre cubierto de placas metálicas.

—*¡Tanugh aruk!* —bramó Gotrek al seguirlo. En lo alto, las gemas relumbrantes parecieron tornarse más luminosas por un instante—. ¡Muerte a la escoria goblin!

Félix se puso en guardia y, junto a él, Jules se preparó para la lucha. El portaestandarte les echó una mirada



feroz, pero no hizo intento alguno de acercarse más. Félix era reacio a atacar a los goblins situados escalera arriba, ya que formaban una barrera difícil de romper.

El poeta oyó fragor de armas procedente de detrás, y el alboroto causado por los gritos de guerra, mientras el repugnante hedor del orco le colmaba la nariz. Unos pasos de pies calzados con hierro resonaron en la escalera a sus espaldas, y se volvió justo a tiempo de parar un golpe de maza asestado con fuerza considerable por un guerrero de piel verde. El ímpetu del impacto le sacudió el brazo.

Apretó los dientes y lanzó una estocada, que describió un destellante arco al surcar la oscuridad. El goblin saltó hacia atrás, y Félix estuvo a punto de perder el equilibrio, pero después descendió tan rápidamente como se lo permitió la insegura escalera.

—¡Jules, defiende la escalera! — gritó.

—Lo que sea por un amigo.

Félix continuó tras el goblin, aunque encontró algunos problemas para perseguir a su ágil enemigo sobre los escalones rotos. El goblin le sacó la lengua y chilló burlescamente, lo que colmó al poeta de furia e indignación, y

lo impulsó a lanzarse hacia adelante y tropezar. Cayó de rodillas y rodó mientras sentía dolor a causa de haberse raspado la piel de las rótulas al chocar contra la piedra. Algo le corrió por encima y notó un arañazo. «He tropezado con un nido de ratas», pensó. Por un momento, se sintió desorientado, pero mientras se ponía de pie vio el cuadro vivo de la batalla ante sí.

Gotrek asestaba golpes de hacha en el pecho de un enemigo, y la cota de malla estallaba hacia afuera donde impactaba la hoja de la enorme arma. *Espada Cruel*, mientras la demoledora

bola de púas de un ogro describía un arco, le clavó una estocada ascendente en el estómago. Félix vio que la punta del arma sobresalía por la espalda del ogro, y que los goblins pasaban junto a él a toda velocidad para atacar al enano, su ancestral enemigo. Justo fuera del alcance de la lucha, Johann Zauberlich sacó un pergamino y entonó un encantamiento. Una bola de fuego apareció en su mano izquierda, y la luz mostró ratas negras pululando por todas partes e hizo que sombrías alas batientes se precipitaran con agitación.

Félix luchó para no perder el equilibrio, y desvió la mirada hacia

Jules Gascoigne que se encontraba en la escalera y mantenía a raya a varios enemigos fuertemente armados. Ya había matado a uno, pero aparecieron más detrás de otro portaestandarte.

El dolor laceró el cuerpo de Félix cuando una porra se estrelló contra su hombro; destellantes estrellas plateadas llenaron su campo visual y, al caer de bruces, soltó la espada. Por encima de él se encontraba de pie un goblin, que sostenía una porra enarbolada y mostraba una sonrisa de triunfo en el rostro. «Moveos, malditas», les dijo el poeta a sus extremidades doloridas mientras la porra se le venía encima

como el tronco de un árbol talado, moviéndose con penosa lentitud para los sentidos del hombre agudizados por el pánico.

En el último instante, Félix rodó hacia un lado, y la porra, tras chocar contra la roca, produjo un sonoro estruendo. El poeta se contorsionó para propinarle una patada al goblin, que salió volando; después tanteó con desesperación en busca de la espada y experimentó un gran alivio cuando sus dedos se cerraron sobre la empuñadura.

Se lanzó hacia adelante y ensartó al goblin antes de que pudiera ponerse de pie; la criatura profirió una imprecación

en el momento de morir y, de pronto, un destello titánico cegó a Félix, que retrocedió con paso tambaleante y se cubrió los ojos cuando estalló un infierno ante él. Una brisa caliente le sopló el rostro, y el aire se colmó de olor a azufre. «Estoy muerto, muerto y en el infierno», pensó; pero luego la comprensión iluminó su mente: Zauberlich había lanzado la bola de fuego.

Entonces miró a su alrededor y vio que Gotrek y Aldred se abrían camino entre los desmoralizados goblins. Detrás de ellos, se precipitaron el explorador y el hechicero, y Jules lo cogió por un

brazo.

—¡Vamos! —chilló—. Tenemos que salir de aquí mientras aún están confundidos.

Echaron a correr por el largo pasillo, mientras detrás de ellos continuaba el estrépito.

—¿Qué está sucediendo ahí atrás? —gritó.

—Hay diferentes tribus de goblins —respondió Gotrek con una risa aguda—. Con un poco de suerte, se cortarán las gargantas los unos a los otros mientras se pelean por quién va a comérsenos.





Félix miraba fijamente hacia el fondo del abismo, en cuyas profundidades rutilaban estrellas. Aldred y Gotrek vigilaban el corredor que tenían detrás de ellos, Jules echó a andar por el puente de metal corroído, y el hechicero, Zauberlich, se apoyó contra una gárgola de hierro fundido, jadeando trabajosamente.

—Me temo que no estoy hecho para la vida aventurera —resopló—. Mis estudios no me prepararon para este extenuante ejercicio.

Félix sonrió, porque el hechicero le recordaba a sus viejos profesores. Los únicos conflictos en los que se habían visto envueltos eran las luchas sobre la correcta interpretación de los pasajes más controvertidos de la poesía clásica. Le sorprendió y hasta lo avergonzó descubrir que sentía cierto menosprecio hacia aquellos ancianos, ya que en otro tiempo su ambición había sido convertirse en alguien precisamente como ellos. ¿Tanto lo había cambiado la vida aventurera?

Zauberlich estaba inspeccionando la gárgola con curiosidad, y el poeta revisó su primera opinión sobre el brujo al

darse cuenta de que sólo en apariencia guardaba relación con aquellos ancianos académicos. Ninguno de ellos hubiese sobrevivido al camino hasta Karak-Ocho-Picos, y el hecho de que Zauberlich fuese un hechicero tan diestro hablaba con claridad sobre la determinación e inteligencia de aquel hombre. La magia no era un arte para alguien cobarde o miedoso, ya que encerraba sus propios peligros. La curiosidad se apoderó de Félix, que de pronto sintió deseos de preguntarle al hechicero cómo se había unido al templario.

—Creo que hemos perdido a los

goblins —gritó Aldred, mientras él y Gotrek avanzaban pesadamente hacia los demás.

Las preguntas que el poeta había estado a punto de formularle a Zauberlich murieron en sus labios. En tanto cruzaban el puente, tuvo la sensación de que no dispondría de otra oportunidad para formularselas.

\* \* \* \* \*

Miraron hacia el interior del largo corredor oscuro, que no contaba con la

iluminación de las gemas. Félix se había habituado tanto al mortecino resplandor verdoso que su repentina ausencia lo conmocionó. Era como si el sol se hubiera puesto a mediodía. Gotrek echó a andar hacia la oscuridad, al parecer sin darse cuenta de la falta de luz, y el poeta se preguntó si el enano aún podía ver.

—Será mejor encender los faroles — comentó Gotrek al mismo tiempo que sacudía la cabeza—. La luz ha sido saqueada. Malditos goblins... Esas gemas deberían haber relumbrado por toda la eternidad, pero ellos sencillamente no podían dejarlas donde

estaban. Ya no podrán ser reemplazadas jamás, dado que el arte se ha perdido.

Jules preparó un farol, y Zauberlich lo encendió con una palabra, mientras Félix los observaba con la sensación de no servir para nada. De repente, oyó que Gotrek gemía detrás de él y se volvió a mirar.

A lo lejos, en el fondo del corredor, había una silueta que relumbraba con débil luz verdosa. Se trataba de un enano anciano y barbudo; la luz emanaba de él y a través de él, y parecía transparente, tan tangible como una pompa de jabón. La fantasmal silueta

gimió con una voz alta y fina, y avanzó hacia Gotrek con los brazos extendidos. El Matatrolls se quedó atónito, y el terror invadió a Félix cuando reconoció la calidad de aquella luz. La había visto antes, en la ladera de la montaña y en la parte exterior de la ciudad.

—Que Sigmar nos proteja — murmuró Aldred, y el poeta oyó la musical nota de la espada del templario cuando éste la desenfundó.

Sintió que se le erizaba el cabello mientras el ancestral enano avanzaba hacia ellos. El aire parecía más frío y le produjo un estremecimiento en la piel. La figura movió los labios, y Félix creyó

percibir una lejana voz farfullante; en ese momento, Gotrek recobró la capacidad de movimiento y avanzó con el hacha en alto, como para parar un golpe.

El fantasma redobló sus frenéticos ruegos, y Gotrek sacudió la cabeza como si no entendiera lo que decía. Entonces la figura se apresuró para reunirse con él al mismo tiempo que miraba por encima del hombro, como si lo persiguiera un enemigo distante, invisible.

El horror invadió a Félix al ver que el fantasma comenzaba a deshacerse. Era como la niebla cuando sopla un



viento fuerte, ya que algunas partes simplemente se desprendían y desvanecían. Antes de que Gotrek pudiera Llegar hasta él, se esfumó por completo, y mientras esto sucedía, Félix oyó un desesperado y lejano lamento, como el alarido de un alma en pena arrastrada hacia el infierno.

Cuando Gotrek regresó junto a ellos, el poeta reparó en la expresión aturdida de su rostro. El Matatrolls parecía espantado y perplejo, y bajo su único ojo brillaba una lágrima.

Echaron a andar a buen paso corredor abajo, e incluso cuando llegaron a un área donde las gemas

volvían a brillar, nadie pareció tener prisa por apagar el farol. Muchas horas después de ese encuentro, el Matatrolls aún no había pronunciado una sola palabra.



Félix sintió la tentación de beber de una fuente que manaba dentro de un antiguo abrevadero tallado en la piedra, así que se inclinó sobre el agua, que desprendía reflejos verdosos; pero entonces sintió que una mano lo cogía

por el cabello y que tiraba de él hacia atrás.

—¿Estás loco, humano? ¿No te das cuenta de que el agua está corrompida?

Félix estaba a punto de objetar cuando Zauberlich se inclinó para mirar el agua e inspeccionar los puntitos verdes luminosos.

—¿Piedra de disformidad? —dijo con tono de sorpresa, y el poeta sintió que se le helaba la sangre. Lo único que había oído decir de aquella espantosa sustancia era que se trataba de la esencia pura del Caos, buscada por los malvados alquimistas de algunos relatos horrendos.

—¿Qué has dicho, mago? —inquirió Gotrek con sequedad.

—Creo que esto podría ser piedra de disformidad. Tiene la luminosidad verdosa que ciertos textos eruditos le atribuyen a esa desagradable sustancia. Si hay siquiera una pizca de piedra de disformidad en el agua, eso podría significar un elevado grado de mutaciones por esta zona.

—Hay viejas historias que hablan de que los skavens envenenaron los pozos —dijo Gotrek—. ¿Es posible que sean tan repugnantes, incluso ellos, para haberlo hecho con piedra de disformidad?

—He oído decir que los skavens se alimentan de piedra de disformidad. Tal vez esto sirva a un doble propósito, ya que les proporciona sustento y hace que los pozos sean inútiles para sus enemigos.

—Al parecer eres un buen conocedor de los métodos de Caos, *herr* Zauberlich —comentó Félix con suspicacia.

—El doctor y yo hemos perseguido a una buena cantidad de brujas —explicó *Espada Cruel*—. Es una tarea que te obliga a adquirir muchos conocimientos extraños. ¿Estás insinuando que alguno de mis

compañeros está tan corrompido por la inmundicia como para traficar con los Poderes Malignos?

Félix negó con la cabeza, pues no tenía deseo alguno de irritar a un guerrero tan mortal como el templario.

—Pido disculpas por mis injustas sospechas.

Gotrek profirió una sonora carcajada.

—No tienes necesidad de disculparte. Es precisa la vigilancia eterna porque en todas partes acechan los esbirros de la Oscuridad.

Aldred asintió para manifestar su acuerdo. Al parecer, el Matatrolls había

encontrado un espíritu afín.

—Será mejor que continuemos adelante —comentó Jules Gascoigne al mismo tiempo que se volvía para mirar con nerviosismo en la dirección por la que habían llegado.

—Será mejor que te limites a beber lo que hemos traído nosotros, humano —dijo Gotrek mientras se ponían en marcha.

\* \* \* \* \*

—¿Qué es esto? —inquirió Félix con

tono nervioso, y su voz se perdió en la distancia.

Jules dirigió la luz de su farol hacia la oscuridad, y vieron unos hongos gigantescos y deformes, que proyectaban largas sombras sobre las paredes blancas y cubiertas de moho. Las esporas flotaban en el rayo de luz.

—En otros tiempos cultivábamos champiñones para comer —murmuró Gotrek—. Ahora, al parecer, ellos también han sido víctimas de la mutación.

El Matatrolls entró en la sala, donde sus botas dejaron huellas en la empapada alfombra de moho. En algún



punto distante, Félix creyó oír agua que corría.

Astillas blancas de unos treinta centímetros de largo se desprendieron de las paredes, agrandándose a medida que se separaban, y se lanzaron hacia los sobresaltados aventureros. Gotrek cortó una de ellas con el hacha, y se produjo un sonido blando y pastoso. Más y más astillas abandonaron la pared como una nevisca de copos de nieve gigantes, y Félix se encontró rodeado de blandos cuerpos hinchados y alas que se agitaban.

—¡Mariposas nocturnas! —gritó Zauberlich—. ¡Son mariposas

nocturnas! Intentan llegar a la luz.  
Apagadla.

Los envolvió la oscuridad, y la última visión que tuvo Félix fue el cuerpo de Gotrek cubierto de gigantescos insectos. Luego se quedó quieto en la arremolinada tormenta de alas que se agitaban mientras el contacto de las mariposas nocturnas le hacía cosquillas en la piel. Al fin, todo quedó en silencio.

—Salgamos con lentitud —susurró Gotrek, cuya voz traslucía aversión—. Buscaremos otro camino.



El poeta se detuvo para mirar hacia atrás por el largo corredor, mientras deseaba que las gemas luminosas brillasen con más fuerza, pues estaba convencido de haber oído algo. Tendió una mano que posó sobre la suave piedra fría de la pared, y percibió una débil vibración. Tamborileo en las paredes.

Forzó la vista y, a lo lejos, pudo distinguir vagas siluetas. Una llevaba un enorme estandarte coronado con lo que parecía ser una cabeza humana.

Entonces, desenvainó la espada.

—Según parece, han vuelto a encontrarnos —dijo, pero no obtuvo respuesta.

Los demás habían desaparecido al girar en un recodo. Se dio cuenta de que habían continuado avanzando cuando él se detuvo, y echó a correr para darles alcance.

\* \* \* \* \*

Invadido por el pavor, Félix abrió los ojos, arrancado de su duermevela. Era

el turno de guardia de Gotrek, pero le parecía haber oído voces fantasmagóricas. Recorrió la pequeña cámara con la mirada, y se le erizó el cabello. El latido de su corazón resonaba con fuerza, acelerado, dentro de sus oídos, y pensó que iba a desmayarse en ese mismo instante. La fuerza había abandonado por completo sus extremidades.

El extraño resplandor verdoso alumbraba la sala, y bañaba el rostro macilento del Matatrolls, confiriéndole el aspecto de un horrible zombi. La sombra de Gotrek se encumbraba enorme y amenazadora contra la pared,

y la entidad de la que emanaba la luz se encontraba de rodillas ante él, con los brazos abiertos en actitud implorante. Se trataba del fantasma de alguna enana ancestral.

Era insustancial y, sin embargo, tenía la presencia de las edades, como si fuese una manifestación de tiempos remotos hecha realidad. Los atuendos eran regios, y su rostro había poseído autoridad en otra época. Las mejillas parecían hundidas; daba la impresión de que la carne se le había desprendido y estaba llena de agujeros, como cribada por gusanos. Los ojos, que se ocultaban bajo cejas muy arqueadas, eran charcos

umbríos, en los que ardía una luz de bruja. Félix tuvo la sensación de que al fantasma lo devoraba alguna enfermedad del otro mundo: un cáncer del espíritu.

La apariencia de aquel ser llenó de terror al poeta, y al experimentarlo aún se intensificó más su miedo; había cosas que aguardaban más allá de la tumba, de las que ni siquiera la muerte servía para escapar. Los poderes siniestros podían apoderarse de un alma y atormentarla. Félix siempre había temido a la muerte, pero en ese momento se daba cuenta de que había cosas peores. Se sentía al límite de la

cordura y deseaba la demencia como liberación de ese terrible conocimiento.

Cerca de él, Jules Gascoigne gimoteaba como un niño sumido en una pesadilla. El poeta intentó apartar los ojos de la escena que se representaba ante él, pero no pudo hacerlo; lo dominaba un impulso poderoso, pues se sentía horriblemente fascinado por el enfrentamiento.

Gotrek alzó el hacha y la situó entre sí mismo y el atormentado espíritu. ¿Era acaso producto de su imaginación, se preguntó el poeta, o las runas que había grabadas en la enorme hoja relumbraban con fuego interior?



—Aléjate, abominación —dijo el Matatrolls con voz áspera, apenas más audible que un susurro—. Márchate; yo aún estoy entre los vivos.

El fantasma se puso a reír, y Félix se dio cuenta de que no producía sonido ninguno, pero oyó su voz dentro de la mente.

—Socórrenos, Gotrek hijo de Gurni. Libéranos. Nuestras tumbas están profanadas, y un terrible poder disformador reside en nuestros salones.

El espíritu oscilaba y parecía a punto de disiparse como la niebla, pero mantenía la forma mediante un esfuerzo visible.

Aunque Gotrek intentó hablar, no pudo. Los grandes músculos de su cuello estaban abultados y una vena le latía en la sien.

—No hemos cometido ningún crimen —declaró el espíritu con una voz que transmitía eras de sufrimiento y soledad—. Habíamos partido para reunimos con nuestros espíritus ancestrales cuando fuimos traídos de vuelta por la profanación de nuestros lugares de descanso. Nos arrancaron de la paz eterna.

—¿Cómo puede ser? —preguntó Gotrek con una voz que contenía a la vez asombro y terror—. ¿Qué puede

arrancar a un enano del seno de sus ancestros?

—¿Qué otra cosa tiene la fuerza para alterar el orden del universo, Matatrolls? ¿Qué otra cosa que no sea Caos?

—No soy más que un guerrero. No puedo enfrentarme con los Poderes Siniestros.

—No es necesario que lo hagas. Purifica nuestras tumbas de lo que hay en ellas, y quedaremos libres. ¿Harás eso, hijo de Gurni? Si no lo haces, no podremos reunimos con nuestros parientes. Oscilaremos y nos apagaremos como llamas de vela en una

tormenta. Incluso ahora ya nos estamos desvaneciendo, y sólo quedamos unos pocos.

Gotrek miró al angustiado espíritu, y Félix vio en su rostro reverencia y compasión.

—Si está en mi poder hacerlo, os liberaré.

Al oír esto, una sonrisa pasó por el rostro estragado del espíritu.

—Se lo hemos pedido a otros, incluso a nuestro descendiente Belegar; pero tenían demasiado miedo para ayudarnos. En ti no encuentro tacha.

Gotrek le hizo una reverencia, y el espíritu tendió una mano relumbrante

para tocarle la frente. A Félix le pareció que una repentina perspicacia inundaba al Matatrolls. El fantasma menguó y se desvaneció como si se alejara hacia una vasta distancia, y poco después ya no había ni rastro de él.

El poeta miró a los demás. Estaban todos despiertos y contemplaban al enano con profundo asombro. Aldred miró al Matatrolls reverencialmente, y Gotrek sopesó su hacha.

—Tenemos trabajo que hacer — declaró con una voz que se parecía más al frote de dos piedras.



Como si estuviera en trance, Gotrek Gurnisson los condujo por largos corredores que descendían hacia las profundidades que había debajo de la antigua ciudad, y entraron en un área de anchos túneles bajos, flanqueados por estatuas con el rostro desfigurado.

—Los de la piel verde han estado por aquí —le comentó Félix a Jules Gascoigne, a quien tenía a su lado.

—Sí, pero no recientemente, amigo mío. Esas estatuas fueron rotas hace tiempo. Mira los líquenes que crecen en

las zonas partidas. No me gusta cómo relumbran.

—Hay algo maligno en este sitio; puedo percibirlo —manifestó Zauberlich al mismo tiempo que se tiraba de una manga de la túnica y observaba el entorno con nerviosismo —. Noto una presencia opresiva en el aire.

Félix se preguntó si él también podía percibirla, o su sensación se debía sólo a que era receptivo a los presagios de su compañero. Giraron en un recodo y avanzaron por un camino flanqueado por enormes arcos de piedra, entre los cuales habían sido tallados extraños

conjuntos de runas.

—Espero que tu amigo no nos esté conduciendo a una trampa preparada por los Poderes Siniestros —susurró el hechicero.

Félix negó con la cabeza, pues estaba convencido de la sinceridad del espíritu. «Aunque, pensándolo bien —pensó—, ¿qué sé yo de estas cosas?». Se encontraba tan lejos de los dominios de su experiencia, que lo único que podía hacer era confiarse al curso de los acontecimientos. Se encogió de hombros con aire fatalista, ya que la situación estaba fuera de su control.

—Detesto tener que molestaros,



pero nuestros perseguidores han vuelto —declaró Jules—. ¿Por qué no nos atacan? ¿Acaso tienen miedo de esta zona?

Félix se volvió para mirar los resplandecientes ojos rojizos de la compañía de pieles verdes, y distinguió el monstruoso estandarte.

—Con independencia de lo que les dé miedo, al parecer ahora han recuperado el valor.

—Tal vez han estado conduciéndonos hacia aquí para sacrificarnos —dijo Zauberlich.

—Sí, tú sigue buscando el lado positivo de las cosas —respondió Jules.



Atravesaron un puente tendido sobre un abismo y entraron en otros corredores flanqueados por arcos decorativos. Gotrek se detuvo ante una arcada abierta que era particularmente grande, y sacudió la cabeza como si despertara de un sueño.

Félix estudió la arcada y vio un canal enorme hecho para deslizar por él una puerta. Al reflexionar con más atención, pensó que si la entrada hubiese estado cerrada habría resultado invisible, camuflada entre todos los

arcos decorativos ante los que habían pasado. Luego, encendió su farol e iluminó las umbrías tinieblas.

Al otro lado de la abertura había una bóveda enorme, flanqueada a ambos lados por grandes sarcófagos tallados de modo que parecieran figuras de enanos durmientes de noble aspecto. A la derecha estaban los varones, y a la izquierda, las mujeres. Algunas tapas de los sarcófagos de piedra habían sido rotas, y en el centro de la cámara había una enorme pila de oro y viejos estandartes mezclados con huesos partidos y amarillentos. Del centro de la pila, se alzaba la empuñadura de una

espada tallada en forma de dragón.

A Félix le recordó el túmulo que habían alzado para sepultar a los seguidores de Aldred en el camino de la ciudad. El hedor espantoso que salía por la arcada le produjo náuseas.

—¡Mirad todo ese oro! —dijo el bretoniano—. ¿Por qué no se lo han llevado los pieles verdes?

—Porque algo lo protege —replicó Félix, y entonces le pasó por la cabeza una pregunta—. Gotrek, ¿ésta es una de las tumbas ocultas de tu pueblo de las que me hablaste, verdad?

El enano asintió con un gesto de cabeza.

—¿Y por qué está abierta? Sin duda debería estar sellada, ¿no?

Gotrek se rascó la cabeza y se sumió en profundos pensamientos durante un momento.

—Faragrim la abrió —respondió con enojo—. En otros tiempos fue ingeniero, y debía conocer el código rúnico. Los fantasmas sólo comenzaron a aparecer después de que él se marchara de la ciudad. Abandonó la tumba para que fuera expoliada, y sabía lo que iba a suceder.

Félix estaba de acuerdo. El explorador de terrenos era codicioso y, sin duda, habría saqueado la tumba de

haber podido hacerlo. Había encontrado el ancestral tesoro de Karak-Ocho-Picos. Si eso era verdad, ¿sería también cierta la otra parte de la historia? ¿Había huido del troll? ¿Había dejado al templario, Raphael, para que luchara solo contra el monstruo?

Mientras ellos hablaban, Aldred entró en la tumba y avanzó hasta el tesoro. Al volverse, Félix vio una expresión de triunfo en el delgado semblante fanático del templario. «¡No, sal de ahí!», quiso gritarle.

—La he encontrado —exclamó Aldred—. La espada perdida, *Karaghul*. ¡La he encontrado! ¡Alabado sea

Sigmar!

De detrás de la pila de oro, surgió la sombra de una cabeza cornuda, cuya estatura doblaba la de Aldred y era más ancha que alta. Antes de que el poeta tuviese tiempo de advertirlo, el troll le cercenó la cabeza con una sola pasada de su poderosa zarpa, y la sangre del templario se vertió sobre las ancestrales piedras. Luego, el monstruo saltó hacia adelante y atravesó el montón de tesoros con una fuerza irresistible.

Félix había oído historias de trolls, y tal vez aquella cosa lo había sido en otro tiempo, pero había sufrido un cambio monstruoso. Tenía la piel rugosa

cubierta de enormes tumores supurantes, y poseía tres brazos tremendamente musculosos, uno de los cuales acababa en una pinza. En el hombro izquierdo, como una fruta obscena, le crecía una cabeza pequeña, con aspecto de bebé, que los miraba con astutos ojos maliciosos, y parloteaba de modo horrible en un idioma que Félix no reconoció. De una boca de sanguijuela abierta por debajo del cuello, goteaba pus, que corría por el pecho del monstruo.

La cabeza bestial rugió, y los ecos reverberaron por el largo corredor. El poeta vio que de una cadena que



rodeaba el cuello de la criatura, pendía un amuleto de relumbrante piedra negra verdosa. «Piedra de disformidad», pensó; había sido colocada allí de modo deliberado.

No podía reprocharle a Faragrim que hubiese huido; ni a Belegar. Estaba paralizado por el miedo y la indecisión. Por un flanco le llegó el sonido de los vómitos de Zauberlich. Sabía que era la piedra de disformidad la que había creado aquella cosa, y pensó en lo que Gotrek había contado acerca de la guerra que se había librado bajo la montaña en épocas remotas.

Alguien había sido lo bastante

demente para colgar la piedra de disformidad alrededor del cuello del troll, con el fin de inducir deliberadamente la mutación. Tal vez habían sido los hombres rata, los skavens que había mencionado Gotrek. El troll había permanecido allí desde la época de la guerra, una abominación ulcerada que continuó cambiando y creciendo lejos de la luz del sol. ¿Era tal vez la profanación de las tumbas por parte de aquella monstruosidad engendrada por la piedra de disformidad lo que había hecho penar a los fantasmas? ¿O tal vez se debía a la sola presencia de aquella piedra, la pura

esencia del Caos?

Esos pensamientos reverberaban dentro de su mente como los rugidos de la bestia enloquecida resonaban en la bóveda. Era incapaz de moverse, lo paralizaba el horror, mientras el monstruo se acercaba cada vez más y su hedor le invadía la nariz. Oyó el horripilante sonido de succión de la espantosa boca de sanguijuela, y el troll mutante salió de la oscuridad. Su rostro devastado por el dolor estaba infernalmente iluminado desde abajo por el resplandor del amuleto.

Aquella abominación iba a llegar hasta él y lo mataría, y él no podría

hacer nada para salvarse. Recibiría la muerte como una bendición, tras haber sido testigo de aquella manifestación de la demencia del universo.

Gotrek dio un salto y se interpuso entre él y el monstruo, con las piernas flexionadas en posición de combate. La sombra del enano se proyectaba alargada a sus espaldas en la luz verde, de modo que se encontraba en el extremo de un charco de oscuridad, con el hacha en alto y las runas brillando con luz de bruja.

El troll del Caos se detuvo y bajó los ojos para mirarlo, como atónito ante la temeridad de aquella pequeña criatura.

Gotrek le devolvió una mirada feroz y escupió.

—Ha llegado tu hora de morir, inmundicia —dijo.

Le lanzó un golpe con el hacha que abrió una terrible herida en el pecho del monstruo. Éste continuó inmóvil, estudiándose la herida con fascinación, y Gotrek le propinó otro golpe en un tobillo con la intención de desjarretarlo. Una vez más, manó sangre verde, pero la criatura no cayó.

Con una velocidad cegadora, la enorme pinza descendió y se cerró, y le habría cortado la cabeza al Matatrolls si éste no se hubiera agachado. Entonces,

el troll profirió un bramido colérico y lo atacó con una mano provista de garras que Gotrek logró desviar con el hacha. A continuación, esquivó la lluvia de golpes que cayó sobre él.

El Matatrolls y el troll comenzaron a describir cautelosos círculos; ambos esperaban que se abriera una brecha en la guardia del otro. Félix advirtió con horror que las heridas que Gotrek le había infligido a su enemigo estaban cicatrizando y que, al hacerlo, producían el mismo sonido que una boca babeante al cerrarse.

Jules Gascoigne se precipitó hacia los contendientes y lanzó una estocada

contra el troll. La hoja se hundió en una pierna de la criatura y se atascó allí, y mientras el bretoniano intentaba arrancársela, el monstruo le propinó un revés que lo hizo volar por el aire. Félix oyó el crujido de las costillas al partirse y vio que la cabeza del explorador se estrellaba contra la pared de piedra con un estallido. Jules quedó tendido sobre un charco de sangre.

Mientras la criatura estaba distraída, Gotrek se le aproximó de un salto y le asestó un golpe oblicuo en el hombro, donde crecía la cabeza de bebé, que fue cercenada limpiamente. La cabeza rodó hasta detenerse cerca de los pies de

Félix, donde se quedó chillando. El poeta logró dejar el farol en el piso, desenvainar la espada y descargarla sobre la cabeza. Ésta quedó dividida en dos mitades que comenzaron a unirse otra vez. Continuó descargando golpes de espada sobre ella hasta que el arma se melló, se embotó y luego se partió a causa de las sacudidas contra el suelo; a pesar de todo, no pudo matar a aquella cosa.

—Apártate —oyó que le decía Zauberlich, y saltó a un lado.

De pronto, el aire ardió, se colmó de olor a azufre y metal quemado, y la diminuta cabeza quedó en silencio y no



se repuso.

Como si percibiera una nueva amenaza, el troll, de un salto, dejó a Gotrek atrás, y atrapó al hechicero con la pinza gigante. Félix vio la expresión de terror del rostro de Zauberlich mientras era alzado en el aire. El mago luchó para practicar un conjuro, y de pronto apareció una bola de fuego que disipó las sombras durante un momento. El monstruo gritó y cerró la pinza en un acto reflejo, lo que cortó al hechicero en dos.

Zauberlich cayó al suelo con la túnica encendida, y una negra desesperación se apoderó de Félix. El

mago podría haber herido a la criatura, haberla quemado con fuego purificador. En ese momento estaba muerto; Gotrek sólo podría abrirle fútiles tajos porque sus poderes de curación, reforzados por el Caos, lo hacían prácticamente invulnerable. Estaban condenados.

El poeta dejó caer los hombros. No había nada que él pudiese hacer. Los demás habían muerto en vano, y la misión había fracasado. Los fantasmas de los gobernantes enanos continuarían rondando como almas en pena. Todo había sido inútil.

Miró el rostro sudoroso de Gotrek.

Muy pronto, el Matatrolls se cansaría y sería incapaz de esquivar los golpes de la criatura. El enano lo sabía, pero no renunciaba a la lucha, y una renovada determinación se apoderó de Félix. Tampoco él renunciaría; en ese momento, desvió la mirada hacia el cadáver del hechicero.

El fuego se había hecho más intenso, mucho más que si sólo estuviese quemando las ropas de un hombre. Y entonces comprendió por qué: Zauberlich llevaba en su abrigo frascos de aceite para el farol. A toda velocidad, Félix se quitó la mochila de la espalda y buscó un frasco de aceite.

—¡Mantenlo ocupado! —le gritó a Gotrek mientras destapaba el frasco de cerámica, y Gotrek profería una espantosa imprecación enana.

Félix agitó el frasco hacia el monstruo para rociarlo con lustroso aceite, pero éste hizo caso omiso de él mientras intentaba inmovilizar a Gotrek. El enano había redoblado sus esfuerzos y lanzaba tajos como un demente. Entretanto, Félix le vació un segundo frasco encima, y luego un tercero, manteniéndose siempre donde el monstruo no podía verlo.

—¡No sé qué vas a hacer, humano, pero hazlo con rapidez! —le chilló el

Matatrolls.

Félix se alejó corriendo y recogió su farol. «Que Sigmar guíe mi mano», rogó. Lanzó el farol hacia la criatura, contra cuya espalda chocó. Tras hacerse añicos, esparció aceite encendido, que prendió el combustible con que lo había rociado anteriormente.

El troll profirió un alarido agudo y retrocedió con paso tambaleante. A partir de ese momento, cuando el hacha de Gotrek lo hería, los tajos no cicatrizaban. El enano hizo recular al troll hasta la pila de oro, donde éste tropezó y cayó, y entonces Gotrek alzó el hacha por encima de la cabeza.

—¡En nombre de mis ancestros! —  
bramó el Matatrolls—. ¡Muere!

El hacha descendió como un rayo y cercenó la repugnante cabeza de la criatura, que no volvió a levantarse.



Con mucho cuidado, Gotrek recogió el amuleto de piedra de disformidad con la hoja partida de la espada de Félix, y lo sacó del lugar manteniéndolo a la distancia del brazo extendido, para arrojarlo al abismo.

El poeta se sentó, vacío de toda emoción, encima de un sarcófago. «Una vez más, acaban así las cosas», pensó, sentado en medio de ruinas y cadáveres tras una lucha terrible.

Oyó las pisadas de Gotrek, que se aproximaba a la carrera, y el enano entró jadeando.

—Vienen los goblins, humano — anunció.

—¿Cuántos? —preguntó Félix.

Gotrek sacudió la cabeza con cansancio.

—Demasiados. Al menos ya me he librado de esa cosa corrupta. Puedo morir feliz, aquí, entre las tumbas de

mis antepasados.

El poeta se levantó y fue a coger la espada con empuñadura en forma de dragón.

—Me habría gustado devolverle esto a la gente de Aldred —dijo—; le habría dado sentido a tantas muertes.

Gotrek se encogió de hombros y echó una mirada hacia la puerta. La arcada estaba por completo ocupada por merodeadores de piel verde que avanzaban detrás del estandarte de la Luna Sonriente. El poeta desenvainó con facilidad la espada sigmarita, que emitió una nota musical emocionante. Las runas grabadas a lo largo de la hoja



relumbraron con luz brillante, y por un momento los goblins vacilaron.

Gotrek desvió la mirada hacia su compañero y sonrió, con lo que quedaron a la vista los espacios en que le faltaban dientes.

—Esta va a ser una muerte verdaderamente heroica, humano. Lo único que lamento es que mi pueblo nunca llegará a tener noticia de ella.

Félix volvió los ojos hacia la horda que se les echaba encima, y se situó de modo que su espalda quedase contra un sarcófago.

—No sabes lo mucho que lo lamento —respondió con aire ceñudo.

Blandió el arma unas cuantas veces a modo de ensayo. La manejaba bien, era ligera y estaba equilibrada, como si la hubiesen hecho especialmente para su mano. Le sorprendió descubrir que ya no tenía miedo, que estaba más allá de todo temor.

El portaestandarte se detuvo y giró para arengar a sus soldados, ya que ninguno parecía demasiado ansioso por enfrentarse al hacha del Matatrolls ni a la espada de brillantes runas.

—¡Venga de una vez! —bramó Gotrek—. Mi hacha tiene sed.

Los goblins rugieron, y el líder dio media vuelta y les hizo señal de

avanzar. Se lanzaron hacia ellos, tan irresistibles como las mareas. «Ya está», pensó el poeta mientras se preparaba para el ataque y se disponía a blandir la espada para llevarse consigo tantos enemigos como pudiese a las tierras de los difuntos.

—Adiós, Gotrek —dijo, pero se interrumpió.

Los goblins se habían detenido y los contemplaban sobrecogidos por el pánico. «¿Qué sucede?», se preguntó. Una fría luz verde se derramaba por encima de sus hombros; se volvió a mirar y vaciló. La cámara estaba llena de filas de regios espíritus enanos que

avanzaban con aspecto feroz y terrible.

El portaestandarte goblin intentó replegar a sus soldados, pero los fantasmales señores enanos llegaron hasta él y le tocaron el corazón. El color abandonó su rostro, y cayó al mismo tiempo que se aferraba el pecho y los espíritus se precipitaban hacia los goblins. Las espectrales hachas eran blandidas, y los guerreros de piel verde caían sin una sola marca en los cuerpos. Un agudo y monstruoso sonido llenó el aire, como una imitación aflautada de los gritos de guerra enanos. Los goblins restantes dieron media vuelta y huyeron, y los fantasmales guerreros

salieron tras ellos.



Félix y Gotrek se quedaron de pie en la cámara vacía, rodeados de enormes sarcófagos. En el espacio que tenían delante, lentamente, comenzaron a tomar forma unas siluetas. Halos de luz verdosa regresaron flotando a través de la entrada y adoptaron apariencia de enanos. Los espíritus tenían un aspecto diferente.

Allí se encontraba el fantasma que

había hablado antes con Gotrek. De alguna forma, había cambiado, como si le hubiesen quitado un peso terrible del etéreo corazón. Miró al Matatrolls.

—Los ancestrales enemigos han desaparecido. No podíamos dejarlos para que saquearan nuestras tumbas ahora que tú las has purificado. Estamos en deuda contigo.

—Me habéis arrebatado una muerte gloriosa —respondió Gotrek, casi de malhumor.

—No era tu destino caer aquí en este día. Tu final es mucho más grandioso y el momento se avecina.

Gotrek miró entonces a la ancestral

reina con aire de interrogación.

—Nada más puedo decirte. Adiós, Gotrek, hijo de Gurni. Nuestros mejores deseos te acompañan. Serás recordado.

Pareció que los fantasmas se concentraban en una sola llama fría, que relumbró como una estrella en la oscuridad. La luz cambió del verde al dorado cálido, y luego se hizo más brillante que el sol. Félix apartó los ojos, aunque continuó deslumbrado, y cuando recobró la capacidad de ver, miró las tumbas. El lugar estaba vacío, excepto por su presencia y la de Gotrek, que tenía el entrecejo fruncido con aire

meditabundo. Por un instante, una expresión extraña brilló en su único ojo; después, el enano se volvió para mirar el tesoro.

Félix casi podía leerle la mente. Estaba pensando en llevarse aquellas riquezas, en profanar él mismo la tumba. El poeta contuvo la respiración y, pasado un largo minuto, el Matatrolls se encogió de hombros y dio media vuelta.

—¿Qué me dices de los demás? ¿No deberíamos proporcionarles un lugar de descanso? —inquirió Félix.

—Déjalos —replicó Gotrek por encima del hombro mientras se alejaba



a grandes zancadas—. Yacen entre los poderosos. Sus cuerpos están a salvo.

Tras pasaron la arcada, y el Matatrolls se detuvo para tocar las runas, de acuerdo con la ancestral costumbre. La tumba quedó sellada, y a continuación echaron a andar a través de la oscuridad eterna hacia la luz del día.

# La Marca de Slaanesh

Puesto que andábamos escasos de dinero, decidimos volver al Imperio y buscar algún trabajo remunerado. El regreso desde

Karak-Ocho-Picos no había sido fácil. Hizo un tiempo atroz, el paisaje era inhóspito, y mi compañero estaba de un humor aún más irracional que de costumbre. Mientras que habíamos viajado hacia el sur con una comodidad y una seguridad relativas al formar parte de una caravana numerosa y protegida por hombres armados, en el retorno al norte no contamos con la ayuda de nadie ni con otro medio de transporte que no fuesen nuestras propias piernas. La gente de las pocas aldeas en las que entramos se mostraba desconfiada ante dos forasteros armados, y las provisiones que nos vendieron resultaron costosas y de calidad

escasa.

Tal vez fue poco razonable por mi parte esperar un respiro en la cadena de aventuras aparentemente infinita cuando regresamos a mi tierra natal, ya que el Matatrolls y yo parecíamos predestinados a encontrarnos permanentemente con enviados de los Poderes Siniestros. A pesar de ello, yo difícilmente habría dado crédito al alcance de su siniestra influencia de no haber sido testigo de la misma al contemplarla con mis propios ojos. Más aún, yo estaba destinado a luchar en solitario contra las fuerzas de la Oscuridad durante algún tiempo, ya que un extraño suceso le acaeció al Matatrolls...

**FÉLIX JAEGER,**  
***Mis viajes con Gotrek,***  
**vol. II,**  
**Impreso en Altdorf, 2505**

—¡Por Grungni! ¿Qué ha sido eso? —  
bramó Gotrek Gurnisson, al mismo  
tiempo que se volvía y enarbolaba el  
hacha con gesto desafiante.

Cuando la siguiente piedra lanzada  
con honda silbó al pasar cerca de su  
oído, Félix Jaeger se agachó por reflejo,  
y la afilada piedra se hizo astillas contra  
la roca más cercana, donde dejó una  
marca en los líquenes de color verde  
grisáceo que la cubrían. El poeta se

refugió rápidamente detrás de la roca y se asomó a mirar con asustados ojos azules en busca del punto de procedencia del ataque.

El valle que se extendía al pie del paso del Fuego Negro estaba en calma, y sólo podía ver colinas atestadas por árboles que ascendían hacia las enormes montañas del rondo. En silencio, maldijo las grandes rocas que sembraban el valle y le bloqueaban la línea de visión.

De pronto, un movimiento llamó la atención de Félix. Desde lo alto de la ladera, a su derecha, descendía una marea de cuerpos contrahechos que

provocaba una pequeña avalancha de guijarros y tierra suelta. Las bestiales figuras bajaban la colina hacia él, profiriendo gritos de maníacos y saltando con la agilidad de las cabras monteses, mientras la larga nota grave de un cuerno de caza hendía el aire.

—No, ahora no —oyó Félix que decía una voz y, para su sorpresa, reconoció que era la suya.

Se encontraba ya muy cerca de la civilización, pues la larga y dura senda desde Karak-Ocho-Picos a las fronteras meridionales del Imperio casi tocaba a su fin. Había luchado con los goblins en las colinas cercanas a la antigua ciudad

enana, y librado escaramuzas contra los bandidos que rondaban por las ruinas del fuerte von Diehl. Había soportado las gélidas alturas del Paso del Fuego Negro y había temblado de frío en los senderos cubiertos de nieve que conducían a las antiguas rutas de los enanos bajo los picos. Se estremecía al recordar a los seres umbríos que acechaban allí y huían corriendo con muchas patas por la oscuridad. Había llegado tan lejos y soportado tantas cosas..., y entonces se encontraba dentro de las fronteras de su tierra natal, y a pesar de ello, continuaba siendo objeto de ataques. Aquello no



era justo.

—Deja de encogerte, humano. ¡No son más que un puñado de malditos mutantes! —tronó Gotrek con profunda voz áspera.

Félix le echó al enano una mirada nerviosa, al mismo tiempo que deseaba compartir la confianza del Matatrolls. Gotrek, despreciando la cobertura que podían proporcionarle las rocas, se exponía osadamente en el terreno abierto del fondo del valle mientras balanceaba el hacha con gesto negligente mediante su poderoso puño. Parecía por completo despreocupado de la lluvia de piedras que levantaban

nubes de polvo en torno a sus pies, mientras una sonrisa demente le contorsionaba los brutales rasgos y un júbilo atroz ardía en su único ojo sano. Daba la impresión de que se divertía mucho.

Era algo típico del enano, que sólo parecía contento en medio de la refriega. Había sonreído cuando los goblins los emboscaron, pues se complacía con la perspectiva de la violencia. Había llegado a reír a carcajadas cuando las monstruosidades con alas de murciélago y rostros de niños hermosos, sedientas de sangre humana, descendieron sobre ellos en el

vado del Río del Trueno. Cuanto peor aspecto tenían las cosas, más feliz parecía el Matatrolls, pues contemplaba con placer la perspectiva de su propia muerte. En ese momento, Gotrek se golpeó el pecho con un puño.

—¡Vamos! —rugió—. Mi hacha tiene sed. Hace semanas que no bebe sangre.

Un proyectil de honda silbó al pasarle junto a la cabeza, pero Gotrek ni siquiera parpadeó.

El poeta pensó que el sólido cuerpo achaparrado del enano ofrecía un blanco mucho menos fácil que su propio cuerpo, alto y enjuto, y sacudió

la cabeza; su frenético camarada probablemente no tomaba en consideración ese tipo de cosas. Félix devolvió la atención a los atacantes.

Eran, en efecto, mutantes; humanos corrompidos y transformados por la extraña magia de Chaos. Algunos decían que eso era debido a que tenían un vestigio de piedra de disformidad en la sangre; otros afirmaban que habían sido seguidores secretos del Señor Oscuro, y que su apariencia se había alterado a lo largo del tiempo para reflejar la corrupción interior. Unos pocos sabios sostenían que eran víctimas inocentes de un proceso de cambio que abarcaba

a toda la humanidad. En aquel momento exacto, al poeta no le importaba en absoluto cuál de las explicaciones era la correcta. Sentía un horror secreto hacia las repugnantes criaturas que habían crecido aún más cada vez que se las encontraba, y ese miedo lo colmó y le proporcionó impulso para alimentar un furor asesino.

En ese momento ya se encontraban lo bastante cerca como para que el poeta pudiese distinguir a miembros individuales del grupo. El líder era un gigante enormemente gordo que llevaba un cinturón repleto de dagas en

torno a la abultada barriga. Era tan obeso que su cuerpo parecía hecho con masa de pan, y ondulantes pliegues de carne se bamboleaban de arriba abajo con cada paso que daba. A Félix le sorprendió que la tierra no se sacudiera con aquellos monstruosos andares. El rostro de bebé ceñudo del líder presentaba multitud de papadas y casi tantos dientes de menos como la mueca con la que le respondía Gotrek. Con una rechoncha mano blandía una enorme maza de cabeza de piedra.

Junto al líder, corría una criatura larguirucha, más alta que el poeta, y que tenía una oreja mellada

probablemente a causa de un terrible mordisco recibido durante una pelea en el seno del propio grupo. Una tira larga y fina de pelo le colgaba de la parte superior del cráneo, estrecho y casi completamente afeitado, y la criatura profirió un aullido de desafío mientras alzaba la cimitarra oxidada por encima de la cabeza puntiaguda. En ese momento, Félix pudo ver que sus incisivos eran como los colmillos de un lobo.

Un gigante con cabeza de alce se detuvo para llevarse a los labios un gran cuerno, retorcido. Otro cornetazo atronador resonó por el marchito

paisaje, y luego el mutante soltó el cuerno, que quedó colgado de una cadena que le rodeaba el cuello, y volvió a cargar con la cabeza gacha y las astas por delante.

Detrás de ellos, corría una horda de harapientos seguidores de rostro hosco; todos mostraban algún estigma del Caos. Muchos estaban marcados por llagas supurantes; otros tenían rostro de lobo, cabra o carnero; algunos presentaban garras, tentáculos o enormes cachiporras de hueso en lugar de manos. A uno la cabeza le salía del vientre, y el cuello era un simple muñón; otro tenía una joroba en la



espalda, en la que brillaba una boca enorme. Los mutantes blandían un variopinto surtido de armas toscas, como lanzas y porras, y cimitarras melladas, que habían recogido en campos de batalla olvidados. Félix estimó el número de atacantes entre más de diez y menos de veinte. No había manera de que pudiese regocijarse, aun a sabiendas de la pasmosa destreza física del Matatrolls.

El poeta maldijo en silencio. Habían estado muy cerca de escapar de las Montañas Negras y llegar a las tierras bajas de la provincia más meridional del Imperio. Desde el punto más alto del

paso, la noche anterior había distinguido las luces de una ciudad de hombres y había esperado que ese mismo anochecer podría disfrutar de una cama cálida y una jarra de cerveza fría. En ese momento, el miedo corría por sus venas como agua helada, y tendría que luchar una vez más por su vida. Involuntariamente, dejó escapar un leve gemido.

—Levántate, humano. Ha llegado la hora de derramar un poco de sangre — dijo Gotrek, tras lo cual esputó una enorme flema sobre la roca que tenía a los pies y se pasó la mano izquierda por la enorme cresta de cabello rojizo que

coronaba su cráneo rapado y cubierto de tatuajes. La cadena que le perforaba la nariz tintineó con suavidad, en extraño contrapunto con el demencial rugido de su risa.

Con un suspiro de resignación, el poeta se echó por encima del ancho hombro derecho la capa roja desteñida con el fin de dejar el brazo libre para la acción, y luego sacó la larga espada de su ornamentada vaina. Enrojecidos glifos enanos relumbraron a lo largo de la hoja.

Los mutantes se encontraban ya lo bastante cerca como para que se oyeran los suaves pasos de sus pies descalzos y

se escucharan claramente palabras pronunciadas por sus ásperas voces guturales. Félix podía ver venas verdosas en sus ojos amarillentos de aspecto ictérico, y contar los remaches de los bordes de sus escudos. Reacio, se levantó, salió de detrás de la roca que lo protegía y se dispuso a luchar.

Miró a Gotrek y, para su horror, vio que una piedra lanzada con una honda hacía impacto en la cabeza del enano. Oyó el chasquido, vio que el Matatrolls se balanceaba, y se sintió invadido por el terror. Si el enano caía, sabía que no tendría ninguna probabilidad de sobrevivir ante aquel grupo de

atacantes. Gotrek se tambaleó, pero se mantuvo en pie, y luego se llevó una mano a la cabeza para tocarse la herida. Una expresión de sorpresa le pasó por el rostro al ver sangre en la punta de sus dedos; sin embargo, al instante se transformó en terrible cólera. El Matatrolls profirió un tremendo rugido y cargó hacia los mutantes, que cacareaban con risas agudas.

El feroz ataque los pilló por sorpresa, y el gordo líder apenas logró echarse hacia atrás mientras el hacha silbaba al pasar junto a su cabeza. La agilidad de la criatura sorprendió a Félix. Con un terrible chasquido, el

arma del Matatrolls se clavó en el pecho del delgado lugarteniente, y luego cercenó la cabeza de un segundo atacante. El golpe de retorno atravesó el escudo de cuero del líder y le cortó el tentáculo con que lo sujetaba.

Sin darles tiempo para recuperarse, Gotrek se lanzó entre ellos como un torbellino mortal. El líder corrió hasta quedar fuera del alcance de la letal arma mientras farfullaba órdenes a sus seguidores. Los mutantes comenzaron a rodear a Gotrek, y sólo los mantenía a distancia el enorme ocho que describía en el aire el hacha de guerra del enano.

Félix se lanzó, entonces, a la

refriega. La espada mágica que había tomado del templario Aldred cuando éste murió parecía tan ligera en sus manos como una vara de sauce, y casi cantó cuando hendió con ella la cabeza de un mutante por detrás. Las runas brillaron al rebanar la parte superior del cráneo del mutante con la misma facilidad con que la cuchilla del carnicero corta un trozo de carne. Los sesos de la criatura saltaron como una asquerosa fuente, y Félix hizo una mueca cuando aquella sustancia gelatinosa le salpicó la cara. Se obligó a hacer caso omiso del asco que aquello le causaba, y asestó una estocada a otro

mutante. Una sacudida le ascendió por el brazo; la espada se clavó, por debajo de la jaspeada caja torácica, en el corazón putrefacto de la criatura. Vio que los ojos del mutante se abrían de par en par a causa del miedo y el dolor, y que su rostro cubierto de verrugas tenía una expresión de horror; en el momento de morir, el monstruo gimoteó lo que podía ser una plegaria o una maldición dirigida a su dios oscuro.

La mano del poeta estaba mojada y pegajosa, así que cogió mejor el puño de la espada para evitar que le resbalara, pues le atacaban por ambos flancos al mismo tiempo. Esquivó el



golpe de una maza con cabeza provista de púas, y lanzó una estocada a la derecha que cortó la mejilla de un mutante parecido a un barril y le cercenó la orejera del gorro de cuero. El gorro se deslizó hacia adelante sobre el rostro de la criatura, le cubrió los ojos y la dejó sin visión por un instante. El poeta le asestó una patada con la punta de su pesada bota de cuero Reikland, y el mutante se dobló por la mitad; estúpidamente, dejó al descubierto el cuello para el golpe que lo decapitó.

Él dolor recorrió un hombro de Félix cuando una maza le acertó un golpe de soslayo. Gruñó y se volvió

impulsado por la furia que le causaba el sufrimiento. El corrupto vio la expresión del rostro del poeta y se quedó petrificado por un instante; luego alzó su arma, un gesto que tal vez podía interpretarse como una rendición. Félix negó con la cabeza y le cercenó una muñeca. La sangre salpicó al humano, mientras el mutante gritaba y se retorció al mismo tiempo que se apretaba el muñón del brazo con la intención de detener la hemorragia.

Entonces, todo pareció suceder a cámara lenta. Félix giró sobre sí y vio que Gotrek se balanceaba como si estuviera borracho. A sus pies había

una pila de cuerpos mutilados, y el poeta siguió con los ojos el arco que describía la inmensa hacha que cogió de pleno a otra víctima, cuyo cuerpo destrozado lanzó contra dos enemigos que se agachaban. Los tres cayeron en un enredo, y el hacha comenzó a ascender y descender mientras Gotrek los cortaba en pedazos.

Todo vestigio de humanidad y contención abandonó a Félix en una ola de sed de sangre, miedo y odio, y saltó entre los supervivientes. Veloz como la lengua de una víbora, la espada encantada iba de un lado a otro; las runas brillaban con mayor intensidad a

medida que bebía más sangre. El poeta apenas sentía los impactos ni oía los aullidos de dolor y angustia. En ese momento, era una máquina destinada únicamente a matar, y no dedicaba ni un solo pensamiento a la preservación de su propia vida, sino sólo a la aniquilación de los enemigos.

Tan rápidamente como había comenzado, la batalla acabó, y los mutantes, con el líder en cabeza, se batieron en veloz retirada; corrieron tanto como les permitieron sus piernas. Félix los observó mientras huían, y cuando el último de ellos quedó fuera del alcance de su vista se volvió

bramando a causa de una frustrada sed de sangre y se puso a cortar en pedazos los cadáveres.

Pasado un rato comenzó a temblar, pues advirtió, por primera vez, la terrible carnicería que habían hecho él y el Matatrolls. Entonces se dobló por la mitad y vomitó.

\* \* \* \* \*

Las transparentes aguas del arroyuelo corrían teñidas de sangre, y Félix las observó mientras se maravillaba ante lo

mucho que se había insensibilizado. Era como si las gélidas aguas se hubiesen filtrado hasta llegar al interior de las venas. Se dio cuenta de lo mucho que había cambiado desde que viajaba en compañía de Gotrek, y no estaba muy seguro de que eso le gustase.

Recordó cómo se había sentido después de matar al estudiante, Krassner, el primer ser vivo que había caído bajo su espada. Fue un accidente acaecido durante lo que se suponía que era un duelo entre muchachos celebrado en el terreno que había detrás de la Universidad de Altdorf. La espada resbaló, y el joven había muerto.

El poeta podía recordar la expresión de incredulidad del rostro del muchacho, y su propia sensación de horror, desolación y remordimiento. Había acabado con una vida y se sentía culpable.

Pero ese hecho le había sucedido a algún otro hacía muchísimo tiempo. Desde entonces, desde que había jurado seguir al Matatrolls en su condenada búsqueda de una muerte heroica, había matado y vuelto a matar. Con cada muerte había sentido un poco menos de remordimiento y, con cada muerte, acometer la siguiente le había resultado algo más fácil. Las pesadillas

que en otra época lo afligían habían dejado de atormentarlo, y lo había abandonado la sensación de repulsión ante el hecho de acabar con una vida. Era como si la locura de Gotrek se le hubiera contagiado y ya no le importara matar.

Una vez, en su época universitaria, había estudiado la obra del gran filósofo Neustadt. En *De Re Munde*, el filósofo argumentaba que todas las criaturas vivientes tenían alma y que incluso los mutantes eran seres sensibles, capaces de amar y llevar vidas dignas. No obstante, Félix sabía que los había aniquilado sin pensárselo dos veces; al



fin y al cabo, eran enemigos que intentaban matarlo y no podía experimentar ningún auténtico remordimiento por sus muertes, sino sólo maravillarse ante su propia ausencia de sentimientos. Se preguntó en qué punto se había producido aquel cambio y no pudo hallar respuesta.

¿Era por eso por lo que abominaba tanto de los mutantes? ¿Era porque podía ver los cambios que le acaecían a él mismo y temía que pudieran tener una manifestación externa? Su nueva frialdad le resultaba lo bastante monstruosa como para ser justificada. ¿Cómo podía haber sucedido, y

cuándo?

¿Fue después de que Kirsten, su primer gran amor, murió a manos de Manfred von Diehl? No lo creía. El proceso era más sutil; una extraña alquimia lo había transmutado durante las largas leguas de su deambular. Un nuevo Félix había nacido allí, en las tierras inhóspitas del fin del mundo, un producto de la aridez del lugar, la dureza de su vida y del número excesivo de muertes presenciadas desde demasiado cerca.

Volvió los ojos hacia Gotrek, y vio que el Matatrolls se encontraba sentado sobre una losa que sobresalía del

arroyuelo; tenía la espalda encorvada. Le rodeaba la cabeza una tira de tela arrancada de la capa de Félix, cuya lana roja mostraba una mancha oscura de la sangre seca del enano.

«¿Acabaré, finalmente, por volverme como él? —se preguntó Félix—. ¿Desesperanzado, loco, condenado, muriendo con lentitud a causa de un centenar de heridas menores, en busca de una muerte magnífica con el solo objeto de redimirme?». El pensamiento no lo angustió, y eso, en sí mismo, resultaba inquietante.

«¿Qué he perdido y dónde lo he perdido?», se preguntó mientras

escuchaba el murmullo del agua como si pudiese transmitirle una respuesta codificada. Gotrek alzó la cabeza, y su mirada recorrió la escena con lentitud. Félix advirtió entonces que el parche que le cubría el lado derecho se le había caído, dejando al descubierto la cuenca vacía marcada por una cicatriz.

El poeta miró la maraña de árboles desnudos y matas espinosas que los rodeaba, y el gris frío de la roca. Se sintió empequeñecido por la lúgubre sombra titánica de las enormes montañas coronadas de nieve, y se preguntó cómo habían llegado a aquel sitio dejado de la mano de dios y

situado a tantos kilómetros de su hogar. Por un momento, le pareció que estaba perdido en la interminable inmensidad del Viejo Mundo, que no tenía ningún punto de referencia temporal ni espacial, que él y el Matatrolls estaban solos en un paraje muerto, como fantasmas que flotaran en la eternidad sujetos por una cadena de circunstancias forjada en el infierno.

Gotrek alzó la mirada hacia él; Félix se la devolvió con una sensación que era casi de odio, y aguardó a que el enano comenzara a jactarse de su fútil victoria sin sentido.

—¿Qué ha sucedido aquí? —

preguntó el Matatrolls, y Félix se quedó boquiabierto.



El territorio era más verde desde que habían salido de las montañas. El tibio sol dorado bañaba las extensas pasturas de los llanos con una luz suave de última hora de la tarde. Aquí y allá florecían macizos de brezo color púrpura, y entre la grama se veían florecillas rojas. Ante ellos, tal vez a una legua de distancia, un enorme castillo

gris se alzaba por encima de las llanuras, posado sobre la escarpada cúspide de una colina. Bajo el mismo, Félix podía ver las murallas de una ciudad y el humo que se elevaba, perezoso, de numerosas chimeneas.

Se sentía más relajado y calculaba que llegarían a la ciudad antes de que cayera la noche. Se le llenó la boca de saliva al pensar en carne de vaca cocida y pan recién hecho. Estaba realmente asqueado de las raciones de campaña de los enanos que habían recogido en los Reinos Fronterizos: galletas duras y tiras de carne seca. Esa noche, por primera vez en semanas, podría

descansar tranquilo bajo un techo seguro y disfrutar de la compañía de sus congéneres humanos; incluso tendría la posibilidad de beber un poco de cerveza antes de retirarse a la cama. La tensión comenzó a abandonarlo, sintió que se le relajaban los hombros y se dio cuenta de lo nervioso y alerta que había estado durante el viaje, ya que se esforzaba constantemente para descubrir cualquier amenaza oculta que pudieran cobijar las peligrosas montañas.

Volvió los ojos con preocupación hacia Gotrek. El semblante del enano estaba pálido y a menudo se detenía para mirar a su alrededor con aire de



absoluta confusión, como si no pudiese recordar del todo por qué se encontraban allí ni qué estaban haciendo. Al parecer, el golpe en la cabeza lo había afectado mucho, aunque Félix no sabía por qué, ya que había visto al Matatrolls recibir golpes mucho peores que aquél.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó, casi con la esperanza de que el enano le respondiera con un gruñido.

—Sí, sí, estoy bien —respondió Gotrek, pero su voz era suave y a Félix le recordó la de un viejo.



Después del aire frío y limpio de las montañas, y el perfume fresco de los llanos, la ciudad de Fredericksburgo fue una conmoción para los sentidos. Desde lejos, las casas altas y estrechas, con sus tejas rojas y sus paredes blanqueadas, parecían limpias y ordenadas, pero ni siquiera la luz mortecina del sol poniente lograba ocultar las grietas de los ladrillos ni los agujeros de los terrados de tejas.

En las estrechas calles laberínticas se amontonaban altas pilas de basura, y los

perros, famélicos, iban de un montón de vegetación podrida a otro de inmundicia, y defecaban por todas partes. Las calles empedradas olían a orines, moho y grasa, que goteaba en el fuego donde se asaba carne. Félix se cubrió la boca con una mano y sufrió una arcada, al mismo tiempo que advertía la mancha roja de una picadura reciente de pulga encima de los nudillos. «Por fin la civilización», pensó con ironía.

Los vendedores habían colocado faroles para iluminar la plaza del mercado, y las prostitutas se exhibían de pie bajo luces rojas cerca de la puerta

de muchas casas. El trabajo del día había concluido, y la atmósfera del lugar cambiaba a medida que la gente acudía a comer y divertirse. Los cuentacuentos reunían pequeños círculos de gente en torno a sus braseros de carbón y competían con los prestidigitadores, que hacían aparecer pequeños dragones en medio de nubes de humo. Un supuesto profeta se encontraba sobre un taburete debajo de la estatua del fundador de la ciudad, el héroe Frederick, y exhortaba a la multitud a volver a las virtudes de tiempos anteriores más sencillos.

La gente estaba por todas partes, y

sus vivaces movimientos deslumbraban los ojos de Félix. Los vendedores ambulantes le tironeaban de las mangas para ofrecerle amuletos de la suerte y bandejas de pastelillos con canela. En la entrada de un estrecho callejón, unos niños daban patadas a una vejiga de cerdo inflada y desoían los gritos de sus madres, que les ordenaban entrar en casa porque ya había oscurecido. Por encima de sus cabezas, pendían coladas andrajosas sujetas a cuerdas que iban de una a otra ventana de las estrechas callejuelas. Los carros, en ese momento vacíos de carga, se bamboleaban hacia los patios de los carreteros,

traqueteando sobre las raíces que afloraban y haciendo saltar los guijarros sueltos.

Félix se detuvo en el tenderete de comida de una anciana y compró un trozo de pollo fibroso que ésta había asado sobre un brasero de carbón. Mientras lo engullía, los tibios jugos le llenaron la boca. Luego permaneció quieto durante un momento en un intento de situarse en aquella algarabía de colores, olores y ruidos.

Al contemplar la multitud, se sintió descolocado. Había soldados vestidos con el tabardo de los burgomaestres locales, y jóvenes ricamente vestidos

miraban a las muchachas de la calle e intercambiaban agudezas con sus guardias. En el exterior del templo de Shallya, los mendigos alzaban horribles muñones hacia los mercaderes que pasaban y mantenían los ojos cuidadosamente fijos a media distancia y las manos sobre la bolsa. Campesinos de rostro rubicundo deambulaban borrachos por las calles y contemplaban maravillados los edificios de más de un piso de altura. En los escalones de entrada de las casas se veían mujeres viejas, con la cabeza cubierta por andrajosos pañuelos, que chismorreaban con sus vecinas, y cuyos

rostros apergaminados le recordaron manzanas secadas al sol.

«Fredericksburgo, en comparación con Altdorf, es una aldea», se dijo; no había por qué acobardarse. Había pasado la mayor parte de su vida en la capital del Imperio, y allí jamás se había sentido fuera de lugar. Lo único que sucedía era que se había habituado a la quietud y la soledad de las montañas y había perdido la costumbre de sentirse encerrado en una ciudad. No obstante, deberían haber bastado unas horas para adaptarse nuevamente a estar entre los hombres.

De pie entre la multitud, se sintió



solo; no era más que otro rostro entre un mar de rostros. Al escuchar la algarabía de voces, no oyó ninguna palabra cordial, sino sólo regateos sobre los precios y chistes groseros. En aquel lugar, había energía, la vitalidad de una comunidad floreciente, pero él no formaba parte del trasiego. Era un extraño, un nómada procedente de tierras salvajes, y tenía poco que ver con aquellas personas que probablemente jamás se habían aventurado más allá de una legua del hogar en que vivían. Se sintió conmocionado por lo extraña que se había vuelto su propia vida, y de pronto experimentó un tremendo

anhelo de estar de vuelta en casa, en los cómodos salones recubiertos de madera de la mansión de su padre. Se frotó la vieja cicatriz —un recuerdo del duelo— que tenía en la mejilla derecha y maldijo el día en que lo expulsaron de la universidad para lanzarlo a una vida de delitos insignificantes y de activismo político.

Gotrek deambulaba lentamente por el mercado y contemplaba con aire estúpido los tenderetes que vendían ropa, amuletos y comida, como si no acabase de entender qué estaba sucediendo. El único ojo del Matatrolls estaba muy abierto, y él parecía

aturdido. Inquieto por el comportamiento de su compañero, Félix lo cogió por un hombro y lo condujo hacia la puerta de una taberna, sobre la cual había un letrero con un dragón pintado; tenía aspecto perezoso y les gruñó desde arriba.

—Vamos —dijo Félix—. Tomemos una cerveza.

\* \* \* \* \*

Wolfgang Lammel apartó de un empujón a la camarera que tenía sobre

la rodilla. En el intento de resistirse al beso que él pretendía darle, la muchacha le había manchado el alto cuello de terciopelo del justillo con el rojo de labios.

—Lárgate, zorra —le dijo él con su tono más imperioso.

La joven rubia lo miró colérica, con su bonito rostro de campesina arrebolado bajo la máscara de polvos y pintura torpemente aplicados, y distorsionado por la irritación.

—Me llamo Greta —respondió—. Llámame por mi nombre.

—Yo te llamo como me apetece, guarra. Mi padre es el dueño de esta

taberna, y si quieres conservar el trabajo que conseguiste hace tan poco tiempo, hablarás con educación.

La muchacha se tragó la contestación que iba a darle y se apresuró a ponerse fuera del alcance del joven.

Wolfgang sonrió afectadamente. Sabía que la joven regresaría; siempre regresaban. El oro de papá se encargaba de que así fuese.

Con una mano bien manicurada, se quitó el rojo de labios del cuello, y luego observó sus aguileñas facciones barbudas en un pequeño espejo de plata para asegurarse de que su suave

piel blanca no estaba manchada por el maquillaje de la muchacha. Hizo caso omiso de las risas disimuladas de sus adúladores y de las miradas divertidas de los matones que empleaba como guardaespaldas. Podía permitírselo. Gracias a la riqueza de su padre, era el líder indiscutible de la pandilla de los elegantes jóvenes petimetres clientes de aquella taberna. Por el rabillo del ojo vio que Ivan, el encargado de la taberna, regañaba a la joven. El hombre sabía que no podía ofender al hijo y heredero del dueño. Vio que la muchacha se tragaba una réplica iracunda y luego emprendía el

recorrido de regreso.

—Lamento haber ensuciado tu atuendo —dijo con voz suave, y Wolfgang reparó en los dos puntos de color de sus mejillas por lo demás pálidas—. Por favor, acepta mis más humildes disculpas.

—Por supuesto —replicó Wolfgang—. Dado que tu torpeza sólo se ve superada por tu estupidez, y tu estupidez sólo se ve superada por tu falta de atractivo, debo compadecerte. Acepto tus disculpas. Le diré a Ivan que te descuente de la paga el precio de un justillo nuevo para reemplazar el que me has estropeado.

La boca de la muchacha se abrió, pero no dijo nada. Wolfgang sabía que el justillo valía más de lo que ella podía ganar en un mes. Aunque la joven tenía ganas de discutir, sabía que era inútil, porque Ivan tendría que ponerse de parte del petimetre; finalmente, dejó caer los hombros. Wolfgang reparó entonces en la forma en que quedaban a la vista sus pechos a través del escote bajo el corpiño, y se le ocurrió una idea.

—A menos, por supuesto, que desees pagar la deuda de otra manera. Digamos... visitando mis aposentos hoy a medianoche.

Al principio pensó que ella iba a



negarse, pues era joven, hacía poco que había llegado del campo y aún tenía pintorescas ideas acerca de la virtud. Pero era una esclava; pertenecía a la clase de campesinos más baja que poseían los señores feudales, y había huido a la ciudad para escapar de la servidumbre. Perder el empleo en la taberna significaba tener que elegir entre morir de hambre en la ciudad o regresar a su aldea donde la aguardaba la cólera de su amo. Si perdía el trabajo allí, Wolfgang podía encargarse de que no consiguiera otro. Cuando la realidad de esa situación penetró en la mente de la muchacha, bajó la cabeza para asentir

una sola vez; el movimiento fue tan mínimo que apenas resultó perceptible.

—En ese caso, quítate de mi vista hasta entonces —dijo Wolfgang.

La muchacha huyó mientras las lágrimas corrían por su rostro, perseguida por burlas zafias.

Wolfgang se permitió un suspiro de satisfacción, y luego vació otra copa de vino. El dulce líquido perfumado con clavo le escoció garganta abajo y prendió fuego a su estómago. Miró a Heinrich Kasterman, sentado al otro lado, y el joven noble, gordo y con cara de cerdo, dejó de atracarse el tiempo suficiente como para dirigirle una

sonrisa insinuante.

—Bien hecho, Wolfgang. Antes de que acabe esta noche, habrás iniciado a Greta en los secretos misterios de nuestro Señor Oscuro. ¿Puedo reunirme contigo más tarde? Pido turno.

Wolfgang frunció el entrecejo cuando Heinrich hizo el signo secreto de Slaanesh. Ni siquiera la fortuna de su padre podría protegerlo si llegara a saberse que él y varios de sus camaradas de confianza eran seguidores del Señor del Vicio. Miró a su alrededor para ver si alguien había prestado atención a lo dicho por el gordo estúpido, pero nadie

parecía haber reparado en ellos. Se relajó mientras se decía que estaba injustificadamente inquieto. La verdad era que estaba un poco nervioso desde que le había aparecido el estigma en el pecho. Los libros le aseguraban que era un signo de especial favor de su poderoso Señor, una marca que demostraba que era uno de los Elegidos. Aun así, si un cazador de brujas descubría alguna vez...

Quizá lo más sensato fuera acabar con la muchacha después de que él hubiese conseguido lo que quería esa noche.

—Tal vez. Bueno, ésa es la diversión

de esta noche... Pero ¿qué haremos hasta entonces para entretener las largas y tediosas horas en este aburrido sitio?

No veía a nadie a quien mereciese la pena atormentar. La mayoría de los parroquianos era de una condición social similar a la suya, e iban acompañados de sus propios guardaespaldas. En un rincón había sentado un anciano, sin duda un hechicero, reclinado sobre un báculo. Los dos reservados de las esquinas estaban llenos de alegres peregrinos sigmaritas. Sólo un estúpido haría enfadar a un hechicero, y los peregrinos

eran demasiado numerosos como para que resultaran presa fácil. Las antorchas oscilaron a causa de la corriente de aire que produjo la puerta exterior al abrirse.

—Tal vez acaba de llegar la diversión para esta velada.

Una pareja extrañamente dispar entró en El Dragón Dormido. Uno era un hombre alto y flaco, de cabello rubio, cuyo rostro bronceado y apuesto estaba marcado por una larga cicatriz. Resultaba obvio que en otros tiempos las ropas que llevaba habían sido elegantes, pero entonces estaban manchadas, remendadas y maltratadas

por el largo viaje. Por los atuendos, podría haberse tratado de un mendigo, pero había algo en su porte, un aplomo nervioso, que sugería que no estaba tan de capa caída como parecía.

El otro era un enano al que el hombre le sacaba una cabeza de estatura, a pesar de la cresta de pelo rojo que coronaba la cabeza del primero. No obstante, sin duda debía pesar considerablemente más que el humano, habida cuenta de los músculos que recubrían su esqueleto de huesos grandes; llevaba en una mano un hacha que un herrero podría haber tenido dificultades para levantar con

dos. Su cuerpo lucía extraños tatuajes, y un rústico parche de cuero le cubría un ojo. Wolfgang nunca había visto a nadie como él. El enano parecía herido, se movía con lentitud, y su mirada era inexpresiva, estúpida y confusa.

Avanzaron hasta la barra, y el hombre pidió dos jarras de cerveza. Su acento y el Alto Reikspiel bien modulado que hablaba sugerían que era un hombre culto. El enano dejó el hacha junto al fuego, y el hombre pareció, de algún modo, conmovido, como si fuese la primera vez que lo veía haciendo algo semejante.



La taberna había quedado en silencio, a la espera de lo que dirían Wolfgang y sus compinches. Éste sabía que ya lo habían visto antes atormentar a otros recién llegados, así que suspiró; suponía que tenía que mantener su reputación.

—Bueno, bueno. ¿Ha llegado un circo a la ciudad? —comentó en voz alta, pero, para su irritación, los dos que estaban en la barra hicieron caso omiso de él—. ¡Oye, zoquete! ¡He preguntado si había llegado un circo a la ciudad!

El hombre ataviado con la capa roja desteñida se volvió a mirarlo.

—¿Estás hablando conmigo? —

inquirió con voz suave y cortés aunque desmentida por la mirada fría y firme que dirigió a Wolfgang.

—Sí, contigo y con el imbécil de tu amigo. ¿Sois tal vez unos payasos que viajan con una compañía itinerante?

El nombre rubio le echó un vistazo al enano, que continuó mirando a su alrededor con aire aturdido.

—No —respondió, y se volvió hacia su jarra de cerveza.

El hombre pareció confundido, como si esperase una reacción por parte del enano, una reacción que no se produjo.

Nada enfurecía más a Wolfgang que

el hecho de que alguien demostrara su desprecio obviándolo.

—Me pareces hosco y grosero. Si no te disculpas, haré que mis hombres te den una lección de buenos modales.

El hombre de la barra apenas movió la cabeza.

—Creo que si alguno de los presentes necesita una lección de cortesía, ése eres tú —replicó con voz calma.

La risa nerviosa de los otros parroquianos de la taberna avivó las chispas del enojo de Wolfgang. Heinrich se lamió los labios y se golpeó una rechoncha palma con un puño

cerrado. Ante tal gesto, Wolfgang asintió con la cabeza.

—Otto, Herman, Werner, ya no puedo soportar el olor de este vagabundo. Expulsadlo de la taberna.

Herman se acercó a Wolfgang y se pasó los nudillos del puño cerrado por la descuidada barba.

—No sé si eso será prudente, mi señor. Esos dos parecen duros de pelar —susurró.

Otto se frotó la cabeza afeitada mientras miraba al enano.

—Ese lleva los tatuajes de los Matatrolls. Se supone que son peligrosos.

—También lo eres tú, Otto. No te mantengo cerca por tu ingenio y tu encanto, ya lo sabes. Ajustadles las cuentas.

—No sé... —refunfuñó Werner—. Podría ser un error.

—¿Cuánto te paga mi padre, Herman?

El hombretón se encogió de hombros con aire resignado y les hizo un gesto a los otros matones para que lo siguieran. Wolfgang vio que se calzaba algo duro y metálico en el puño, y se repantigó para disfrutar del espectáculo.

El nombre del cabello rubio observó a los guardaespaldas que se

aproximaban.

—No queremos problemas con vosotros, caballeros.

—Demasiado tarde —respondió Herman, y le lanzó un puñetazo. Para sorpresa de Wolfgang, el desconocido paró el golpe de Herman con el antebrazo, y luego hizo que el hombretón se doblara en dos con un puñetazo asestado en su amplia barriga. El enano no se movió.

—¡Gotrek, ayúdame! —gritó el hombre cuando los guardaespaldas se precipitaron sobre él.

El enano se limitó a mirar a su alrededor con aire aturdido y retrocedió

cuando Werner y Otto aferraron al hombre joven por los brazos. Éste luchó con bravura e hizo saltar a Otto mediante una patada en la espinilla; luego golpeó a Werner en la cara, que retrocedió tambaleándose al mismo tiempo que se aferraba la nariz, que sangraba profusamente.

Karl y Pierre, dos de los patanes a sueldo de Heinrich, se unieron a la refriega. Karl le asestó al hombre rubio un golpe con una silla en la parte trasera de la cabeza, y lo tumbó. Los otros lo levantaron y lo pusieron contra la barra; entonces Werner y Otto lo sujetaron, y Herman procedió a

descargar su enojo sobre el indefenso desconocido.

Heinrich hacía una mueca cada vez que un puño se estrellaba contra el cuerpo del forastero, y Wolfgang sintió que sus propios labios se separaban con un gruñido. Se encontró jadeando a causa de la sed de sangre, y notó una verdadera tentación de dejar que Herman continuara golpeando hasta matar al hombre. Entonces, sus pensamientos se desviaron hacia Greta, y se excitó. Había algo en el dolor, particularmente el de otras personas, que lo atraía. Tal vez más tarde, él y la muchacha seguirían esa línea de



pensamiento hasta su conclusión lógica.

Finalmente, Wolfgang salió de aquella ensoñación. El joven de Reikland estaba amoratado y ensangrentado cuando él hizo una señal para indicar que ya era suficiente; después ordenó que lo arrojaran a la calle. El enano continuaba sin darse cuenta de nada.

\* \* \* \* \*

Félix se encontraba tendido sobre una pila de basura y le dolía todo el cuerpo.

Tenía floja una muela, y algo mojado le corría por la nuca; esperaba que no fuese su propia sangre. Una rechoncha rata negra se detuvo sobre un montón de comida mohosa y lo contempló. La luz de Mannslieb hacía que sus ojos rojos brillasen como estrellas malévolas.

Intentó mover una mano, y cuando lo logró la puso en el suelo para apoyarse en la tierra y preparar la monumental tarea de levantarse. Algo blando se aplastó bajo su palma. Sacudió la cabeza, y unas lucecillas plateadas pasaron a toda velocidad ante su campo visual. El esfuerzo del movimiento era excesivo para él, así que

se tumbó de espaldas, en medio de la pila de basura, que le pareció una cama blanda y cálida.

Volvió a abrir los ojos y pensó que debía de haber perdido el conocimiento, aunque no tenía ni idea de cuánto tiempo había transcurrido. La luna de mayor tamaño estaba más alta que antes. Morrslieb, el satélite menor, se había reunido con ella en el cielo. Su inquietante luz iluminaba la calle de modo irregular. La niebla había comenzado a levantarse, y a lo lejos la lámpara del sereno nocturno proyectaba un círculo de luz sulfurosa. Félix oyó los lentos y penosos pasos de

un anciano.

Alguien lo ayudó a ponerse de pie, y un mechón de largo cabello ondulado le hizo cosquillas en la cara. El olor a perfume barato rivalizaba con el de la basura dentro de sus fosas nasales. Con lentitud, se filtró en el cerebro de Félix la idea de que su benefactor era una mujer, y entonces comenzó a deslizarse, y ella luchó para sostener el peso del poeta.

—*Herr* Wolfgang no es un hombre agradable.

«Es la voz de una campesina», decidió Félix. Las palabras sonaban agradablemente ligadas entre sí, y la voz

tenía una calidad profunda, como de tierra. Alzó la vista hacia un ancho rostro de luna, y unos grandes ojos azules lo miraron por encima de unos pómulos altos.

—Jamás lo habría adivinado — replicó Félix. El dolor le invadió un flanco cuando la punta de la vaina se atascó en la basura y el puño de la espada entró en contacto con una zona delicada que tenía debajo de las costillas—. Me llamo..., ¡ay!..., Félix, por cierto. Gracias por tu ayuda.

—Soy Greta. Trabajo en El Dragón Dormido. No podía dejarte tirado en la calle.

—Creo que deberías buscarte un lugar que tuviese mejores parroquianos, Greta.

—Eso empiezo a pensar. —Su boca, algo más ancha de lo normal, le sonrió con nerviosismo.

La luz de las lunas se reflejaba en su rostro empolvado y le confería un aspecto pálido y enfermizo; «si no fuese por el maquillaje, sería una muchacha hermosa», pensó el poeta.

—No puedo creer que nadie haya salido para ver cómo estabas —decía ella en ese momento.

La puerta de la taberna se abrió, y de modo automático Félix se llevó la

mano derecha al puño de la espada, un movimiento que hizo que profiriera un grito ahogado de dolor. Sabía que estaría indefenso si los matones volvían a echársele encima.

Gotrek apareció en la puerta con las manos vacías. Tenía la ropa mojada de cerveza y la cresta aplastada y sucia, como si alguien hubiese metido al enano en un barril de cerveza. Félix le echó una mirada feroz.

—Gracias por ayudarme, Gotrek.

—¿Quién es Gotrek? —preguntó el Matatrolls—. ¿Me hablas a mí?

—Vamos —intervino Greta—. Será mejor que os lleve a los dos al sanador

ahora mismo. Él es un poco extraño, pero a mí me cae muy bien.

\* \* \* \* \*

El consultorio del alquimista Lothar Kryptmann olía a formol, incienso y raíz de bruja. Las paredes estaban cubiertas por estantes, sobre los que descansaban frascos con productos químicos: cuerno de unicornio en polvo, mercurio, cal viva y hierbas secas. Sobre un pedestal situado en un rincón, había un buitre sarnoso de brillantes ojos; tenía parches



pelados y una de las alas carecía de plumas. Félix necesitó algo de tiempo para darse cuenta de que estaba embalsamado. Sobre un sólido escritorio, en medio de una pila de papeles garabateados con una letra infernalmente ilegible, había un frasco enorme que contenía la cabeza en formol de un hombre bestia con testa de carnero. Una mano, que servía de pisapapeles improvisado, impedía que las hojas salieran volando a causa de la corriente que entraba por las ventanas mal cerradas.

La oscilante llama de las antorchas situadas en sus nichos humeaba y

proyectaba sombras huidizas en la fría habitación. Se veían libros encuadernados en cuero con desteñidas letras doradas que lucían el nombre de los grandes filósofos de las ciencias naturales; estaban metidos de modo desordenado en librerías que se curvaban peligrosamente bajo su peso. La cera de un cirio pegado a un platillo de porcelana goteaba sobre el volumen superior de una pila de libros, y en la parrilla del hogar crepitaba una pila pequeña de carbón encendido. Félix vio algunas hojas de papel medio consumido que sobresalían de la chimenea y decidió que aquel sitio sería

un verdadero peligro en caso de declararse un incendio.

Kryptmann cogió otra pizca de hierbas, la esnifó y se limpió la nariz con la manga de la mugrienta túnica, con lo que añadió una marca más a las runas cosidas en ella. Arrojó una pequeñísima medida de carbón al fuego con una palita de latón, y luego se volvió para mirar a los pacientes.

Félix pensó que el alquimista se parecía desmesuradamente al buitre embalsamado del rincón. Su cabeza calva estaba enmarcada por alas de ingobernable cabello gris, la enorme nariz aguileña sobresalía por encima de

unos labios finos y fruncidos con remilgo, y los pálidos ojos grises destellaban detrás de unos quevedos. Félix reparó en que las pupilas eran muy grandes, dilatadas, signo inconfundible de que Kryptmann era adicto a la raíz de bruja, una hierba alucinógena. Cuando el alquimista se movía, la voluminosa túnica se agitaba en torno a su fina constitución y le confería el aspecto de un pájaro que, pese a no ser capaz de volar, intenta despegar del suelo.

Kryptmann se acercó a ellos y se sentó a medias en el borde del escritorio; luego señaló a Félix con un

largo dedo huesudo. Félix advirtió que la uña estaba mordida y que debajo había un bonito sedimento de suciedad. Cuando Kryptmann habló, lo hizo con una voz rasposa y aguda, tan irritante como un director de escuela que pasara las uñas por la pizarra.

—¿Te sientes mejor, joven amigo mío?

Félix tuvo que admitir que así era. Por poco agradable que fuese el aspecto de Lothar Kryptmann, éste conocía su profesión. Los ungüentos que le había aplicado ya habían reducido la hinchazón de las contusiones, y el brebaje de sabor repulsivo que le había

obligado a beber había hecho que el dolor se evaporase como la bruma al sol de la mañana.

—¿Dices que los guardaespaldas de Wolfgang Lammel hicieron esto, Greta?

La muchacha asintió con la cabeza, y el alquimista chasqueó varias veces la lengua en señal de desaprobación.

—El joven Wolfgang es un mal elemento. Sin embargo, «malum se delet» como dice el *De Re Munde*.

—Tal vez en el caso del joven Wolfgang es posible que el mal se destruya a sí mismo, en efecto, pero yo estoy dispuesto a echarle una mano —respondió Félix.

—¡Entiendes la lengua clásica! ¡Ah!, eso es excelente. Pensaba que todo el respeto por el aprendizaje había muerto en esta época ignorante —declaró Kryptmann, feliz—. Fantástico. Me alegra sobremanera haber podido ayudar a un colega erudito. ¡Ojalá fuese tan simple curar a tu amigo!, pero me temo que será casi imposible. —Sonrió con aire soñador, y Gotrek, desde el rincón donde se encontraba sentado, lo miró con expresión tan vacía como un pozo.

—¿Y eso por qué? —quiso saber Greta—. ¿Qué le sucede?

—Al parecer, su mente ha sido

perturbada por un golpe que recibió en la cabeza. Sus lóbulos mnemónicos se han visto violentamente conmocionados, y muchos recuerdos han volado. Ya no sabe muy bien quién es, y su capacidad de razonar está menoscabada.

«Y no es que haya tenido nunca demasiada», pensó Félix.

—Además, los estados anímicos que gobiernan su personalidad han adoptado una configuración diferente. Supongo que últimamente no ha estado comportándose del todo de acuerdo con lo habitual, ¿verdad, joven amigo mío? Por su apariencia veo que



pertenece al culto de los Matatrolls, que no son precisamente famosos ni por su tolerancia ni por ser pacíficos.

—Cierto —reconoció Félix—. En condiciones normales, les habría arrancado los pulmones a esos hombres por haberlo insultado.

Advirtió que el bonito rostro de Greta se animaba ante la mención de que aquellos hombres podrían haber sido tratados de manera violenta, y se preguntó qué resentimiento abrigaba contra ellos. Félix se vio forzado a admitir que él tenía un motivo aún más innoble para querer que el enano se curase: quería vengarse de los hombres

que lo habían golpeado, y sabía que era improbable que pudiese llevarlo a cabo en solitario.

—¿No se puede hacer nada por él?  
—inquirió al mismo tiempo que sacaba su bolsa, dispuesto a pagar por el tratamiento; pero Kryptmann sacudió la cabeza.

—Aunque... tal vez otro golpe en la cabeza sería la solución.

—¿Se refiere a darle un golpe sin más?

—¡No! Tendría que ser un golpe fuerte, asestado de la manera correcta. A veces, funciona, pero las probabilidades son, sin duda, una entre

mil. Cabe la posibilidad de que una solución semejante no haga más que empeorar las cosas, y tal vez incluso mate al paciente.

Félix negó con la cabeza, pues no quería arriesgarse a matar a Gotrek. Se le cayó el corazón a los pies, y lo colmó una compleja mezcla de emociones. Le debía muchas veces la vida al Matatrolls, y estaba preocupado por el estado de confusión en que se hallaba y por la incapacidad para recordar cualquier cosa, incluido su propio nombre. Le parecía incorrecto dejar al enano en semejante estado, y sentía la necesidad de hacer algo al respecto.

Por otro lado, desde aquella noche de borrachera en que había jurado acompañar a Gotrek en su suicida empresa y dejar constancia de su final en un poema épico para que fuese recordado por la posteridad, no había tenido más que problemas. La enfermedad de Gotrek constituía una oportunidad para no cumplir aquel juramento, ya que en ese estado parecía que Gotrek había olvidado todo lo relativo a la búsqueda de su propia muerte. Félix podría regresar a casa y continuar con una vida normal, y tal vez sería más benevolente dejar al enano tal y como estaba, desconocedor

de los crímenes que había cometido y del lóbrego destino que lo impulsaba hacia su fin.

No obstante, ¿podía realmente abandonar a Gotrek a su suerte dado el estado de disminución de las facultades que lo aquejaba? ¿Y cómo llegaría él hasta Altdorf a través de incontables leguas de desiertos y bosques infestados de peligros sin ayuda de la poderosa hacha del Matatrolls?

—¿No hay nada más que pueda hacerse?

—Nada. A menos que...

—¿A menos que qué?

—No... En cualquier caso,

probablemente tampoco funcionaría.

—¿Qué no funcionaría?

—Tengo la fórmula de un elixir que normalmente usan los magos cuando se encuentran al borde de la senectud. Entre otras cosas, contiene seis partes de raíz de bruja y una parte de girasol de montaña. Se dice que es muy bueno para devolver los fluidos a su configuración correcta.

—Tal vez deberías intentarlo.

—¡Ojalá pudiera, amigo mío!, pero el girasol de montaña es raro y para que tenga el máximo poder debe ser recogido al morir el día en las laderas más altas del Monte Fuego Negro.

Félix suspiró.

—No me importa cuánto cueste.

Kryptmann se quitó los quevedos y comenzó a lustrarlos contra una manga de la túnica.

—¡Ay!, me has interpretado mal, joven. Yo no busco un insignificante beneficio pecuniario; sólo digo que no tengo girasol de montaña.

—Bueno, pues entonces no hay nada que hacer.

—Espera —dijo Greta—. El Monte Fuego Negro no está lejos de aquí. El paso que lleva su nombre corre cerca de la cúspide... ¿No podrías ir a recoger algunas de esas flores, Félix?

—¿Regresar a las montañas en esta época del año yo solo? Allí arriba hay bandas de mutantes enloquecidos.

—No dije en ningún momento que fuese una solución fácil —replicó Kryptmann, y entonces Félix gimió, aunque esa vez no fue simplemente por dolor.

—Mañana. Ya pensaré en el asunto mañana.

Kryptmann asintió con aire sabio.

—No creo recomendable que regreses a la posada esta noche. El templo de Shallya tiene un albergue para indigentes, y es probable que si os dais prisa consigáis una cama para pasar



la noche. Y ahora, por lo que respecta a mis honorarios, dada tu obvia pobreza renunciaré a ellos si me traes una buena cantidad de girasoles de montaña.

Félix echó una mirada a su bolsa casi vacía y dejó caer los hombros con gesto de derrota.

—De acuerdo, iré a buscarlos.

Gotrek permanecía sentado con la vista inexpresiva fija en la distancia, y Félix se preguntó qué sucedía tras aquel único ojo demente y vacuo.

\* \* \* \* \*

Wolfgang Lammel yacía, borracho, sobre la cama. Desde El Dragón Dormido, situado en la planta baja, le llegaban los sonidos amortiguados del jolgorio. Ni siquiera las espesas alfombras bretonianas que cubrían el piso ni los gruesos cristales emplomados de Tilea de las ventanas podían aislarlo del todo. Vació de un trago la copa de jerez de Estalia y se desperezó, disfrutando de la caricia de las sábanas de satén en su piel. Con un suspiro nostálgico cerró el viejo volumen de Catay, su libro de cabecera, el primero que había adquirido en aquella extraña librería de Nuln. A decir verdad, la

caligrafía le resultaba ya bastante simplista y las posiciones de las parejas que lo ilustraban le resultaban tediosas y poco experimentadoras. Sólo una de ellas podría haber sido vagamente interesante, pero ¿dónde podía conseguirse una pitón-diablo de Lustria en Fredericksburgo en esa época del año?

Se levantó de la cama y se envolvió bien en la bata de seda para ocultar el estigma que tenía en el pecho. Sonrió; la prenda había sido regalo del fascinante viajero Dieng Ching, huésped de la condesa Emmanuelle, otro cliente de la librería Libros Exóticos

y Emporio del Coleccionista de Van Niek. Él y Wolfgang habían pasado una interesante velada juntos en El Amado de Verena, un burdel famoso, situado en el complejo universitario de Nuln. El Celestial, como se llamaba a sí mismo, había demostrado tener conocimientos de muchas filosofías esotéricas y misterios ocultos de numerosos cultos secretos. A despecho de su falta de interés en los puntos más refinados del culto a Slaanesh, había resultado un compañero de lo más estimulante..., uno de los muchos a quienes había conocido Wolfgang durante el tiempo que pasó en Nuln.

En ese momento echaba de menos la época universitaria. Deploraba aquella ciudad atrasada, con sus muchachas campesinas de cara de luna y sus cortesanas de tercera categoría, que no tenían la más mínima imaginación. A menudo consideraba los tiempos pasados en Nuln como una época dorada de su vida a la que jamás podría regresar. No había recibido precisamente el tipo de educación que su padre imaginó al enviarlo a la mejor universidad del Imperio, aunque sí una en la que Wolfgang había sido un alumno destacado. Sus profesores se contaban entre los donjuanes y

calaveras más libertinos de sus tiempos. Era una lástima que no le hubiese ido tan bien en sus estudios más convencionales, y que los tutores acabaran por escribirle a su padre para ponerlo al corriente de lo que consideraban la verdad acerca de él.

Wolfgang profirió una sonora carcajada. ¡La verdad! Si aquellos apergaminados ancianos hubiesen tenido la más remota idea de cuál era la realidad de sus actividades, habrían mandado llamar a los cazadores de brujas. Si su padre tuviese la más ligera sospecha de la verdad, no se limitaría a amenazar con desheredarlo; lo haría

desterrar a los bosques para que se reuniera con el hinchado primo de Heinrich, Dolphus, el que había continuado comiendo hasta parecer una bola de masa. Corrían rumores de que lo habían sorprendido intentando tostar una oreja de su propia madre.

Las historias como ésta demostraban la escasez de imaginación de los habitantes de la ciudad.

¿Qué podía saber una gente tan poco imaginativa acerca del culto al Señor Slaanesh, el auténtico dios del dolor y el placer? Cogió una estatuilla que tenía junto a la cama y la estudió. El tallado del jade era casi perfecto, y

representaba un ser hermafrodita desnudo, excepto por una capa abierta que dejaba a la vista su único pecho de mujer. Un brazo llamaba tentadoramente a quien lo miraba y una leve sonrisa de lascivia, y quizá de desprecio, animaba su hermoso rostro. Wolfgang la contempló de un modo parecido al amor. No, ¿qué podían saber esos estúpidos avaros despreciables acerca del culto a un dios auténtico?

Sus mentes se habrían derrumbado bajo el impacto enloquecedor de los secretos que Wolfgang había aprendido en las catacumbas de Nuln. Sus almas



débiles habrían quedado anuladas por las extrañas reuniones que tenían lugar en las casas de asesinato de la Kommerzplatz. Ni siquiera en sus más disparatadas fantasías podrían haber visualizado lo que él había visto en el cementerio-burdel de la periferia de la ciudad, donde las prostitutas mutantes ofrecían sus servicios a los depravados nobles en el llamado Circo Nocturno.

Wolfgang había visto la verdad: que el mundo estaba acabado; que los Poderes Siniestros aumentaban su fuerza; que el ser humano era algo depravado y enfermo, que ocultaba sus lujurias tras una máscara de decoro. No

quería tener nada que ver con una hipocresía semejante. Había recurrido a un dios que ofrecía éxtasis en la tierra en lugar de una incierta vida en el más allá. Conocería los últimos instantes de la vida humana antes del fin de todas las cosas. Sonrió ante las verdades que el vino le había revelado, y que eran una prueba más de la superioridad de Slaanesh.

Volvió a dejar el libro de cabecera y la estatuilla junto al ejemplar de *Los Secretos del Harén*, de Al-Hazim; luego cogió una varita de raíz de bruja especial del frasco donde la guardaba, y a continuación deslizó el panel que

cerraba el nicho secreto. No le interesaba que papá le hiciese una visita sorpresa y encontrara aquellas cosas. Sólo la esperanza de casar a su único hijo con la porcina hermana de Heinrich, Inge, impedía que el anciano echara a Wolfgang de su casa sin un céntimo. No obstante, su padre sí que tenía una gran virtud: podría ser un viejo aburrido, severo y avaro, pero era un esnob incurable.

Constituía la única razón por la que había enviado a Wolfgang a la universidad, la única por la que le daba dinero suficiente como para vivir como un cortesano imperial. Quería que los

Lammel se unieran a la nobleza, y la familia de Heinrich, aunque endogámica y pobre, pertenecía sin duda a aquella clase social. Sí, el padre soñaba con que un día su nieto contaría con el favor del Emperador. «¡Piensa en lo bueno que sería eso para los negocios!», solía exclamar con frecuencia.

La raíz de bruja le produjo comezón en la lengua, y se preguntó si Kryptmann le habría añadido más piedra de disformidad como él le había ordenado. Eso le daba mayor sabor a la droga. Incluso entonces podía recordar el semblante pálido y nervioso del

alquimista mientras le advertía de los peligros de la exposición a la piedra de disformidad. No obstante, sus contactos de Nuln le habían proporcionado información importante acerca del alquimista, y mientras guardara el pequeño secreto de Kryptmann, éste haría lo que le ordenara. A Wolfgang le divertía ver cómo el miedo y el odio batallaban en el rostro del anciano. Tal vez había llegado el momento de hacerle preparar aquel veneno... «Papá está poniéndose bastante fastidioso, últimamente».

El reloj tocó las doce, y Wolfgang se estremeció porque la raíz de bruja hizo

que el sonido se pareciera al doblar de las campanas del templo de Altdorf. Lo miró. Tenía la misma forma que el de Sigmar, construido para que se pareciese a un templo alto y con tejado a dos aguas. El efecto de la raíz de bruja difuminó los contornos y confirió una extraña calidad animada a las diminutas figuras de enanos que emergieron del interior del mecanismo para golpear el gong que tenía bajo la esfera.

Wolfgang se dio cuenta de que la muchacha se retrasaba, aunque tal vez era algo excusable, ya que pocas personas tenían acceso a un reloj tan

preciso como el suyo. Era una obra de arte, un trabajo de precisión, hecho por el mejor artesano enano de Karak Kadrin. No obstante, la zorra llegaba tarde. Ya la haría pagar después por su retraso. En el armario guardaba algunos de los mejores látigos de piel de orco, así como algunos utensilios de placer más sofisticados.

Se acercó al fuego dando traspiés, pues el vino y la raíz de bruja lo habían entorpecido, y comprobó de nuevo que la posición de la alfombra de piel de oso era la correcta. No sabía por qué se tomaba tantas molestias por una campesina, aunque adivinaba que no lo

hacía por ella, sino por sí mismo y por su dios. Cuanto más placer se concediera, más complacido estaría el Señor del Hedonismo.

Se encaminó hacia la ventana, retiró las cortinas de brocado y miró al exterior a través del cristal texturado. Ni rastro de la muchacha. Un momento... ¿Qué era eso? Parecía ella que avanzaba calle abajo hacia la taberna. ¿No debería haber estado sirviendo en la planta baja? ¿Qué estaba haciendo en el exterior a esas horas de la noche? La niebla era muy espesa, y tal vez no se trataba de ella.

En cualquier caso, ¿qué importaba,



siempre y cuando acudiera a su habitación? Wolfgang oyó que la escalera crujió bajo un peso ligero, y se alegró de haber importunado a papá para que le permitiera tener aquellos aposentos de la planta superior de El Dragón Dormido. Él suponía que su padre había cedido a sus ruegos porque, a pesar de sus afirmaciones, no quería realmente saber en qué andaba metido su heredero.

Avanzó con paso tambaleante hasta la puerta, y sintió que se excitaba a pesar del alcohol y las drogas. La raíz de bruja lo hizo estremecer de la cabeza a los pies. Debía admitir que la muchacha

tenía una cierta belleza campesina que podría describírsele como atractiva en aquella luz suave. Pronto la iniciaría en los misterios de Slaanesh de la forma adecuada y prescrita.

Se oyó un golpe suave e inseguro en la puerta, y Wolfgang la abrió de par en par. Entraron unos jirones de niebla, y vio a Greta ante sí, envuelta en una capa barata.

—Bienvenida —dijo Wolfgang con torpeza de borracho, al mismo tiempo que permitía que la bata se deslizara de sus hombros para dejar a la vista su cuerpo desnudo.

Se sintió gratificado cuando los ojos

de la muchacha se abrieron de par en par, aunque la sensación duró muy poco porque ella abrió la boca y comenzó a gritar.

\* \* \* \* \*

Félix despertó rodeado por el olor de la col hervida y el hedor de los cuerpos sucios. La frialdad de las losas de piedra del suelo se le había filtrado hasta los huesos, y se sentía viejo. Al sentarse descubrió que habían vuelto los dolores de la paliza que había recibido la noche

anterior. Luchó por contener las lágrimas que le producía el sufrimiento y buscó a tientas los analgésicos que le había dado el alquimista.

La luz se filtraba a través del techo abovedado y permitía ver los cuerpos que abarrotaban el vestíbulo del templo. Los pobres desventurados de toda la ciudad habían acudido allí en busca de cobijo para pasar la fría noche, y los habían encerrado a todos juntos. Las grandes puertas dobles estaban aseguradas con una tranca, aunque las personas que se encontraban allí no tenían nada que robar, y Félix se admiró ante aquellas precauciones. Las

puertas del otro lado de la habitación, donde las sacerdotisas estaban poniendo una mesa de mimbre, también habían sido atrancadas. La noche anterior había oído cómo se deslizaban los pesados cerrojos, después de haber sido cerrada la puerta principal. Entonces se preguntó si realmente podía existir gente capaz de robar a los más pobres entre los pobres. Por lo que había visto hasta ese momento en Fredericksburgo, pensaba que sí.

Los iconos de los mártires miraban desde lo alto con melancólicos ojos de madera a la harapienta multitud. A

pesar de su factura tosca y de bajo coste, los habían colocado a demasiada altura para que alguien del vestíbulo pudiese alcanzarlos sin usar una escalera de mano. «¡Qué poca confianza hay en el mundo! —pensó—. Es realmente triste que los servidores de Shallya tengan que protegerse de aquellos a quienes prestan auxilio». Al mirar a la gente que lo rodeaba, pensó que era triste de verdad..., pero prudente. Aquellas personas parecían duras.

Un anciano yacía llorando en el suelo. Durante la noche, la pierna de madera se le había soltado del muñón

de la rodilla, y alguien se la había robado o escondido. Se arrastraba, frenético, de un lado a otro, preguntándoles a los demás si la habían visto. Una anciana, con el rostro destrozado por la sífilis, se encontraba sentada y tosía tapándose la boca con un pañuelo manchado de sangre. Dos jovencitos que apenas habían llegado a la adolescencia yacían abrazados en el suelo para darse calor. ¿Dónde estaban sus padres? ¿Habrían huido de su casa o eran huérfanos? Uno de ellos se sentó, bostezó y sonrió. Era una muchacha de enmarañado cabello rubio con la expresión esperanzada de

la juventud, y Félix se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que se la hicieran perder a golpes.

El anciano demente que se había pasado toda la noche bramando que se avecinaba el fin del mundo se había dormido al fin. Sus desvaríos sobre cánceres que aquejaban el mundo y ratas que roían los fundamentos de las montañas se habían filtrado en los sueños de Félix para provocarle pesadillas que giraban en torno a las cosas que había visto debajo de Karak-Ocho-Picos. El poeta se arropó bien con la capa e intentó hacer caso omiso de los lacerantes dolores que le recorrían



los omóplatos.

A su alrededor, los mendigos comenzaban a levantarse trabajosamente de lechos de paja y, mientras se rascaban las picaduras de pulga, arrastraban los pies hacia la improvisada mesa colocada al otro extremo del vestíbulo del templo. Las sacerdotisas de la diosa, vestidas de blanco, servían en cuencos de madera sopa de col, que sacaban de una enorme sopera de latón.

—Será mejor que te des prisa si quieres desayunar —dijo un mugriento y viejo guerrero, cuya oreja se veía inflamada a causa de repetidos golpes.

El olor a alcohol barato de su aliento era casi abrumador—. Aquí, el primero que llega es el primero al que sirven. La munificencia de la compasiva diosa no es ilimitada.

Félix se tumbó de espaldas y observó el resquebrajado enlucido del techo. Un mural de la diosa curando a los quinientos en el río de Nuln comenzaba a descascarillarse a causa de la humedad, y los palomos posados sobre su hombro eran casi borrones informes. Aquella visión le trajo al poeta recuerdos de infancia.

Evocó la última larga enfermedad de su madre, quien iba con frecuencia a

orar al templo. Por entonces, él tenía nueve años, y no podía comprender, ni tampoco sus hermanos, por qué la madre tosía tanto y pasaba tanto tiempo en el templo. Les aburría estar allí; deseaban salir a jugar al exterior, y no quedarse encerrados con aquellas serenas ancianas ataviadas de blanco y sus interminables plegarias. Mientras lo recordaba, comprendía por qué su madre tenía el semblante tan pálido y entonaba con voz queda la letanía del penitente. Lo sorprendió la fuerza de aquel recuerdo y el dolor que conllevaba, a pesar de que habían pasado casi trece años. Se obligó a

sentarse y a reprimir las ganas que tenía de salir de allí.

Gotrek yacía en un lecho de paja enfrente de él, y roncaba sonoramente. Dormido, su rostro tenía una inocencia peculiar, al desaparecer las profundas líneas que erosionaban el semblante de facciones duras, y devolverle un aspecto casi juvenil. Por primera vez, Félix se preguntó qué edad tendría el Matatrolls. Al igual que todos los enanos, lo rodeaba un aire de seguridad que sugería larga experiencia, y sin duda todo en Gotrek apuntaba a que había soportado sufrimientos más que suficientes para la vida de cualquier ser.

Félix pensó en la esperanza vital de los enanos. Sabía que no eran ni con mucho inmortales, como se decía de los elfos, pero sí que tenían vidas largas. ¿Qué edad tendría el Matatrolls? Sacudió la cabeza, pues aquél era otro misterio. Resultaba sorprendente lo poco que sabía acerca de su compañero, habida cuenta del tiempo que llevaban viajando juntos. Desde luego, en la presente situación, Gotrek era incapaz de dar respuestas a esas cuestiones.

Tocó al Matatrolls con la punta de una bota, al mismo tiempo que reparaba en lo estropeado que estaba aquel cuero que en otra época había

sido de lo mejor. Echó una mirada a su alrededor para observar a la veintena de vagabundos y mendigos que hacía cola ante las sacerdotisas y llenaba el aire de carraspeos, toses y sonidos de escupitajos. Contempló lo raído del entorno y sus atuendos, y para su horror se dio cuenta de que no desentonaba en lo más mínimo. Las sacerdotisas no los miraron dos veces, porque él y el enano parecían hallarse en su elemento entre los mendigos.

Pensó en el deseo de Gotrek de ser recordado como un héroe épico. «¿Querrá acaso que mencione esto en el poema? —se preguntó Félix—. ¿Sigmar

o alguno de los otros grandes héroes debieron soportar esto?».

Desde luego, los trovadores no lo mencionaban. En todos esos relatos, las cosas siempre parecían limpias y bien definidas. La única ocasión en que Sigmar había visitado un albergue para mendigos, lo hizo disfrazado y para cumplir con una parte de un astuto plan. «Bueno, tal vez cuando componga este episodio dentro de la obra, lo presentaré de ese modo». Sonrió irónicamente al pensar en todas las historias de héroes errantes que había leído durante los primeros años de su juventud. Tal vez los otros narradores

habían hecho concesiones semejantes, y era posible que siempre hubiese sucedido así.

La anciana se puso a toser sonora y largamente. Parecía una tos interminable y le resonaba dentro del pecho como si tuviera los huesos sueltos. Estaba delgada, pálida, y era evidente que se moría, y por un breve instante, al mirarla, Félix vio el rostro de su madre..., aunque Renata Jaeger iba elegantemente vestida y estaba casada con un rico comerciante.

Alzó una vez más los ojos hacia el mural de la diosa que había en el techo, y le ofreció una plegaria silenciosa por



la curación del Matatrolls y por el alma de su madre; pero si Shallya lo oyó, no dio ninguna señal. Félix volvió a tocar a Gotrek con el pie.

—¡Vamos, héroe! Es hora de que nos pongamos en marcha. Debemos salir de aquí. Tenemos que subir montañas y nos queda un largo camino por delante.

\* \* \* \* \*

La taberna estaba casi vacía, excepto por el posadero y un borracho

profundamente dormido en un rincón, enroscado muy cerca de las cenizas del fuego. Había también una vieja que se encontraba a gatas limpiando el piso de madera y cuyo rostro quedaba oculto tras el cabello gris que le caía por delante. La inmensa hacha de Gotrek aún se hallaba apoyada junto a la chimenea, donde la había dejado.

A la luz del día que se filtraba a través de los cristales texturados, el lugar presentaba un aspecto por completo diferente del de la noche anterior. La docena de mesas que en principio habían parecido tan acogedoras, en realidad, estaban

destartaladas. La cruel luz solar hacía visible cada raya y marca de la parte superior de la barra y permitía comprobar el polvo que cubría las vacilantes botellas de arcilla situadas detrás. Félix creyó ver insectos muertos flotando en la superficie del barril de cerveza. «Tal vez sean mariposas nocturnas», decidió.

Entonces que ya no estaba llena de gente, la taberna parecía más grande y cavernosa. El empalagoso aroma de las velas de sebo y de la carne que se asaba en los espetones colmaba el aire. El lugar apestaba a tabaco rancio y vino agriado, y la ausencia de voces de

borrachos balbuceantes provocaba que todo resonase cuando alguien hablaba.

—¿Qué queréis vosotros dos? — preguntó el posadero con frialdad.

Era un hombre corpulento, más bien tirando a gordo, que se echaba el cabello de lado sobre la cabeza para cubrir la zona calva de la parte superior. Tenía una cara rubicunda y sobre la nariz y las mejillas presentaba venitas rotas, por lo que Félix dedujo que catava sus mercancías con demasiada asiduidad. Haciendo caso omiso tanto del tabernero como de sus músculos doloridos, Félix avanzó hasta el hacha y la recogió. Gotrek se quedó donde lo

había dejado y miró a su alrededor con aire inexpresivo.

El peso del arma lo sorprendió, ya que apenas si podía moverla con una sola mano, así que la desplazó para cogerla con las dos y levantarla, mientras imaginaba lo que costaría blandirla. A él le sería imposible, porque la inercia de la enorme cabeza del hacha le haría perder el equilibrio. Al recordar cómo Gotrek podía manejarla con movimientos cortos y cambiar la dirección del barrido en un instante, el respeto que Félix sentía por la fuerza del enano aumentó de modo considerable.

La movió delicadamente con ambas manos y estudió la hoja. Estaba hecha de metal estelar, un material que no se parecía a ningún acero de esa tierra; era de color plata azulado y estaba cubierto de runas. Su borde era tan cortante como el de una navaja, aunque Félix no recordaba haber visto nunca a Gotrek afilarla. Tras satisfacer su curiosidad, le entregó el hacha al enano, que la cogió con facilidad con una mano y la hizo girar como para inspeccionarla y averiguar su utilidad. Parecía haber olvidado por completo cómo se usaba, y eso no era buena señal.

—¿He preguntado qué queréis?

El posadero los miraba con fijeza, y Félix se dio cuenta de que debajo de aquel aire fanfarrón, el hombre estaba nervioso. Tenía el rostro arrebolado y un fino bigote de sudor le brillaba sobre el labio superior; además se apreciaba un levísimo temblor en su voz.

—Aquí no necesitamos a los de vuestra clase. No queremos que vengáis a causar problemas a nuestros clientes habituales.

Félix se encaminó hacia él y se inclinó sobre la barra, donde se apoyó sobre los brazos cruzados.

—Yo no di comienzo a los problemas —replicó en voz baja y con

un tono de amenaza en la voz—; pero estoy pensando en hacerlo ahora.

El hombre tragó con dificultad. Sus ojos se desviaron y miraron por encima de la cabeza de Félix, pero su voz pareció cobrar algo de firmeza.

—¡Bah!... Vagabundos sin dinero, que vienen de las montañas y siempre crean problemas.

—¿Por qué le tienes tanto miedo al joven Wolfgang? —preguntó de pronto el poeta. Sentía que comenzaba a encolerizarse porque no estaba errado. Resultaba obvio que Wolfgang tenía alguna influencia en aquella ciudad, y que el posadero se ponía de su parte



por interés personal. Ya había visto cosas parecidas en Altdorf, y tampoco entonces le habían gustado—. ¿Por qué mientes?

El posadero dejó el vaso que estaba lustrando y se volvió para mirar al poeta.

—No entres en mi taberna a llamarme mentiroso. Haré que te echen a la calle.

Félix sintió en el estómago la palpitación nerviosa que siempre experimentaba cuando veía acercarse la violencia y se le prevenía de ello. Se llevó la mano al puño de la espada. No tenía realmente miedo del posadero,

pero en el estado en que se encontraba no estaba seguro de ser capaz de enfrentarse al corpulento individuo. Sin embargo, su orgullo aún estaba herido a causa de la paliza que le habían propinado la noche anterior, y quería que alguien pagase por ello.

—¿Por qué no lo haces?

Sintió que alguien le tironeaba del brazo, y al bajar los ojos vio que se trataba de Gotrek.

—Vamos, Félix. No queremos problemas, y tenemos que ponernos en camino hacia las montañas.

—Sí. ¿Por qué no escuchas a tu amiguito y te largas antes de que te dé

una lección de buenos modales?

Sintió que sus pies resbalaban y perdían tracción cuando Gotrek lo arrastró con fuerza irresistible hacia la puerta.

—¿Por qué toda la gente que me encuentro por aquí quiere darme lecciones de buenos modales? — preguntó mientras su compañero lo sacaba al exterior.

\* \* \* \* \*

Greta estaba esperándolos en una

esquina, cerca de la puerta de la ciudad. Se hallaba junto a un tenderete de lona a rayas que un pastelero montaba para recibir a los clientes del día. Tenía los ojos hinchados como si hubiese estado llorando, y Félix reparó en un morado que se veía en su cuello, como si alguien la hubiese aferrado con mucha fuerza. También presentaba marcas de arañazos, tenía el pelo revuelto y se le veía el vestido rasgado, como si alguien hubiese intentado arrancárselo con prisa.

—¿Qué sucede? —preguntó el poeta, que aún estaba enfadado con el posadero y pronunció la frase en tono

brusco.

Ella lo miró como si estuviera a punto de llorar, pero su expresión se volvió decidida y dura.

—Nada —respondió.

Las calles comenzaban a llenarse de granjeros libres, que acudían a vender huevos y otros productos agrícolas; aquellos madrugadores miraban fijamente al joven vapuleado y a la muchacha de taberna con aspecto afligido. Pasó traqueteando el carro de un colector nocturno de excrementos, y Félix se cubrió la boca para protegerse del hedor. Gotrek se limitó a contemplar con fascinación las ruedas

del vehículo.

—¿Te ha atacado alguien? — preguntó el poeta, que intentó hablar con un tono más amable al ver lo trastornada que estaba la moza.

—No, nadie me ha atacado — replicó ella con voz carente de inflexión. Él había visto expresiones similares en los supervivientes de la masacre de fuerte von Diehl, y pensó que quizá la muchacha sufría los efectos de un *shock*.

—¿Qué sucedió anoche?

—¡Nada!

El enojo que ardía dentro de Félix comenzó a concentrarse en Greta, pues

su deliberada negativa a comunicarse la convertía en un blanco para la furia apenas contenida del poeta. En ese momento, se dio cuenta de lo trastornado que estaba por la paliza recibida. No sólo lo irritaba el dolor, sino también su propia sensación de impotencia. Luchó para no descargar su enojo sobre ella.

—Entonces, ¿qué quieres de mí, Greta? —Su voz tenía un leve tono de amargo enojo. Deseaba ocuparse de sus asuntos y no tener nada que ver con los problemas de otra persona. El dolor, el cansancio y la ira habían anulado su capacidad de compasión.

—Os marcháis de la ciudad, ¿no es cierto? Llevadme con vosotros. —Era casi un ruego, lo que más se había aproximado a una expresión emocional desde que había comenzado la conversación.

—Voy hacia las montañas para coger girasoles para Kryptmann. Será peligroso. La última vez que estuvimos allí nos encontramos con una horda de mutantes. Ahora no puedes acompañarme, pero regresaré para que Gotrek se cure, y después nos dirigiremos al norte. Entonces, si quieres, podrás acompañarnos.

La verdad era que no le gustaba



mucho la idea de llevar a la muchacha con ellos por la larga y peligrosa ruta hacia Nuln. Tampoco le gustaba el riesgo ni la idea de tener que cuidarla por el camino, pero sentía que le debía algo y pensaba que al menos tenía que hacerle esa oferta, a pesar de que sería una carga para ellos.

—Quiero acompañaros ahora — insistió Greta, al borde de las lágrimas —. No puedo quedarme más aquí.

Félix volvió a sentir el lento ardor del enojo y se sorprendió ante su propia insensibilidad.

—No. Espera aquí. Sólo iremos hasta las montañas. Apenas estaremos

fuera un día. Volveremos a buscarte. Tener que cuidar de Gotrek ya va a ser bastante complicado, y la verdad es que ahora no puedo llevarte conmigo. Es demasiado peligroso.

—No puedes dejarme aquí, no con Wolfgang —dijo ella, de pronto—. Es un monstruo...

—Ve a casa de Kryptmann. Es un amigo, y cuidará de ti hasta nuestro regreso.

Dio la impresión de que la muchacha deseaba decir algo más, pero al ver la expresión inflexible del rostro del poeta, dio media vuelta y huyó. La visión de la joven que desaparecía calle

abajo hizo que Félix se sintiera culpable. Deseó llamarla, decirle que regresara, pero cuando tomó esa decisión, Greta ya no estaba. Entonces, el poeta se encogió de hombros y se encaminó hacia la puerta de la ciudad.

\* \* \* \* \*

Se alegró de dejar atrás la población. Una vez que se encontró de nuevo en las ondulantes llanuras, con Gotrek arrastrando los pies a su lado con aire ausente, saboreó el aire limpio y se

sintió libre de la corrupción y la pobreza de Fredericksburgo. Al mirar a los campesinos que trabajaban en los campos, se alegró de no ser como ellos, encadenados a la tierra y a toda una vida de labor demoledora.

Eran familias enteras las que trabajaban en las largas y curvas parcelas. Había mujeres encorvadas con los bebés sujetos a la espalda, que se inclinaban para recoger la cosecha. Mientras observaba, vio que un hombre se enderezaba para frotarse la espalda; parecía tener la columna completamente curvada, como si los años de trabajo en los campos le

hubiesen afectado la postura de modo permanente. Un porquero conducía a sus cerdos cubiertos de grueso pelo por la carretera, en dirección a la ciudad, ya distante. De los campos donde nadie trabajaba le llegó el olor a excrementos; se fertilizaban con lo que recogían en la ciudad durante la noche.

Alzó la vista de los campos para dirigirla hacia el lejano horizonte. Más allá de las tierras labradas podía ver los bosques que se extendían hasta las montañas, que, a la luz del día, parecían hermosas y poderosas torres, que se alzaban con orgullo sobre la llanura, como una muralla construida

por los dioses para mantener a los seres humanos fuera del reino divino y encerrados en unas tierras más adecuadas para ellos.

Los picos albergaban una promesa de silencio y frío, de huida... hacia la paz. En lo alto ascendía un halcón con las alas abiertas para aprovechar las corrientes térmicas; parecía una mota brillante, libre de preocupaciones mortales. Planeó por debajo de las nubes, y Félix lo vio como un mensajero de las montañas, como parte del espíritu de las mismas, y deseó tener la posibilidad de encontrarse en las alturas con el ave, por encima del

mundo de los hombres, apartado y libre.

No obstante, mientras lo observaba, el halcón se lanzó en picado. Impelido por el hambre o quizá por simple ansia de matar, caló desde el cielo. Un conejo salió con precipitación de la maleza y echó a correr alocadamente hacia el poeta, pero el halcón lo atrapó. Félix oyó el chasquido del lomo del animal al partirse y vio que el ave, posada sobre su presa, miraba a su alrededor con brillantes ojos feroces antes de comenzar a desgarrar la carne.

Entonces, reparó en los jinetes que, sin prestar atención al daño que

causaban los cascos de sus caballos al remover la tierra, atravesaban al galope los campos vacíos hacia el sitio en que había aterrizado el halcón. Se había equivocado. El ave no era un mensajero de las montañas, sino que formaba parte de la corrupción que lo rodeaba, un animal salvaje entrenado para matar por deponer.

Con un estremecimiento, Félix vio que Wolfgang estaba entre los jinetes, y que los demás eran los aduladores de la noche anterior.

\* \* \* \* \*



El agitado paso del caballo era casi excesivo para Wolfgang, que se sentía mareado y no sólo a causa de la resaca producida por el exceso de alcohol o raíz de bruja. Estaba casi enfermo de miedo. ¿Qué había visto la muchacha cuando él se quitó la bata? ¿Habría visto la Marca de Slaanesh? Por todos los dioses, si la había visto y se lo contaba a alguien, las consecuencias podían ser simplemente espantosas.

¡Ojalá pudiera recordar más detalles! ¡Ojalá no se hubiera regalado con una mezcla tan potente de alcohol y drogas narcóticas! Sentía la cabeza

como si fuera un huevo y algún polluelo demoníaco intentara abrirse camino hacia el exterior a fuerza de picotazos. Esperaba que Otto y Werner —¡que Slaanesh se los llevara a ambos! — regresasen pronto con noticias sobre la muchacha. ¡Ojalá pudiera olvidar el terrible momento en que despertó del desvanecimiento producido por el alcohol y descubrió que ella no estaba!

¿Adónde había ido cuando se zafó del torpe primer intento de abrazo y lo dejó tumbado en la cama? Aún le dolía la entrepierna a causa del rodillazo bien dado de Greta, y el movimiento del caballo empeoraba las cosas. La haría

pagar mil veces por esa lesión.

¿Dónde podría estar escondida? No se encontraba en la habitación comunal de la taberna, ni en la habitación privada que compartía con otras tres camareras. ¿Habría acudido a los templos para buscar un sacerdote y denunciarlo? Ese pensamiento lo hizo temblar. «Domínate —se dijo—. Piensa».

¡Condenado Heinrich! ¿Cuándo dejaría de parlotear aquel gordo estúpido? ¿Sólo cerraba la boca cuando masticaba? Había sido un terrible error salir de cacería aquella mañana, ya que no lo había distraído de sus

preocupaciones, como había esperado, sino que sólo lo obligaba a soportar la tortura de la compañía de Heinrich.

El gordo se había presentado al alba con la oferta deportiva. En realidad, esperaba olfatear a la campesina, pero, por supuesto, ella ya no se encontraba en la habitación. Entonces pensaba que Wolfgang quería reservarla sólo para sí y la había escondido en alguna parte. Wolfgang había tenido que soportar durante toda la mañana sus necias insinuaciones y chistes de escolar. El orgullo le impedía solicitar la colaboración de su cómplice para buscar a Greta, pues no soportaba perder

prestigio ante un sapo asqueroso como Heinrich.

—Mira, Wolfgang, ahí están esos dos vagabundos que hiciste expulsar de la taberna. ¿No tenía el enano un aspecto estúpido cuando Otto y Werner lo tiraron dentro del barril de cerveza? Ven, vamos a practicar otro deporte.

Heinrich condujo la procesión de jinetes hacia los dos forasteros. Por casualidad, el halcón, llamado *Tama*, había aterrizado cerca de ellos y estaba posado sobre la presa, a la que arrancaba trozos de carne. «Típico de las aves del gordo, eso de estar comiendo», pensó Wolfgang. Si toda la

condenada familia tenía problemas con el apetito, ¿por qué no iban a tenerlos también sus pájaros?

Hizo que el corcel se detuviera tan cerca del hombre rubio como le fue posible, y le proporcionó cierta satisfacción ver cómo intentaba no retroceder ante la enorme bestia que se encumbraba por encima de él. El enano dio un paso atrás, obviamente intimidado por el voluminoso caballo.

—Buenos días —dijo Wolfgang en el tono más alegre que pudo mientras el estómago se le contraía espasmódicamente—. Veo que te has recuperado. Tienes que haber vivido

noches tan duras como la pasada. Confío en que esta mañana no estés tan insociable como ayer.

Wolfgang miró a los guardaespaldas de Heinrich, que se hallaban a derecha e izquierda, sólo para hacerles saber a aquellos gusanos quién tenía el control. La cólera luchaba con el sentido común en el rostro de Félix.

—Estoy bien —respondió al fin.

Wolfgang percibió en la voz del hombre el esfuerzo que necesitaba para controlarse. Resultaba obvio que no le caía bien.

—Tampoco es necesario que te preocupes por la chica. Wolfgang cuida

bien de ella.

«¡Por Slaanesh! Heinrich es repulsivo cuando se siente triunfador», pensó Wolfgang. Y, entonces, lo que el otro acababa de decir penetró en su cerebro. Sí, Greta había salido de la taberna justo después de que expulsaran al forastero, y no había vuelto a verla hasta que se presentó ante su puerta. Tal vez Heinrich no era tan estúpido, después de todo.

—¿A qué chica te refieres? —El joven de cabello rubio parecía genuinamente desconcertado, y se frotó la vieja cicatriz que le había dejado el duelo universitario al mismo tiempo



que se le fruncía el entrecejo.

—La adorable Greta —alardeó Heinrich—. Debiste pensar que le gustabas cuando te siguió a la calle. A lo mejor creíste que su tierno corazón de campesina se había compadecido de tu apurada situación. Bueno, pues anoche estuvo calentando el lecho de Wolfgang.

Wolfgang hizo una mueca. ¡Ojalá hubiese sido verdad! La mano del vagabundo se posó sobre el puño de la espada, y allí se quedó a pesar de que los hombres de Heinrich habían desenvainado las armas. El enano había dejado de observar al halcón, y

entonces dirigía una mirada ausente hacia los jinetes. Tenía el hacha sujeta con descuido en una mano, como si no supiese qué hacer con ella.

—No queremos problemas —dijo el hombre, cuya mano se apartó de la espada.

Los guardaespaldas soltaron risotadas, y Wolfgang deseó que la cabeza no le doliera tanto, pues no podía pensar con claridad. Anhelaba con toda su alma preguntarle al joven si había visto a la muchacha, pero el orgullo le impidió hacerlo delante de sus adúladores. Intentó buscar una salida para el dilema; sin embargo, no

se le ocurrió ninguna solución. «La vida puede ser muy dura, a veces», pensó.

Se consoló con el pensamiento de que la campesina no podía haber ido muy lejos. Si aún se encontraba en la ciudad, Werner y Otto acabarían por encontrarla, y si había decidido arriesgarse a sufrir la cólera de su señor feudal y había huido a su comunidad rural, tendría que atravesar esas tierras. Así pues, una exploración de la zona que rodeaba la ciudad les daría a conocer muy pronto su paradero. Y esa partida de caza le proporcionaba una excusa particularmente buena para ello.

«Además —razonó—, no han

venido a buscarme, así que Greta no se lo habrá dicho a nadie todavía». Y aun en el caso de que lo hubiese hecho, ¿la creería alguien? ¿A una ramera campesina que acusa al hijo del comerciante más influyente de la ciudad? Se permitió una sonrisa. Era agradable saber que su pensamiento podía ser brillante, incluso cuando estaba aquejado de una resaca sencillamente espantosa.

—Vamos, Heinrich —dijo con aire magistral—. Dejemos que estos dos payasos vuelvan a su circo. Hace una mañana demasiado bonita para desperdiciar tiempo en conversaciones

con patanes.

Tocó suavemente los flancos de la montura con las espuelas, y luchó contra las mermantes olas de náusea que aún le acometían al moverse. Después de haberse tranquilizado, parecía estar casi a gusto con el mundo. Se prometió que cuando encontraran a la muchacha, le haría pagar por someterlo a un tormento tan atroz y, lo que era aún peor, tan aburrido.

\* \* \* \* \*

Las colinas se elevaban para encontrarse con los picos, y la prominencia de sus largas curvas recordaba las olas del mar. Las montañas se encumbraban por encima de ellos como gigantescas gradas sucesivas, hasta bloquear el horizonte con su dentada masa.

Félix había temido que tendría dificultades para localizar el sendero que iba a Monte Fuego Negro, pero era bien visible. Se trataba de un simple desvío del que él y Gotrek habían seguido el día anterior, cuando descendieron por la parte inferior de la cadena.

Empezó a notar el esfuerzo en la

espalda, los muslos y las pantorrillas a medida que el sendero ascendía más y más. Había sido abierto en el flanco de la montaña por el paso de incontables pies, y Félix se preguntó si el alquimista habría recorrido alguna vez aquella ruta o si se trataría de una senda dejada por el tránsito de pies menos humanos. Algunos de los signos que había tallados en las rocas tenían la forma de toscos ojos, pero no pudo saber si se trataba de señales destinadas a advertir al viajero de la presencia de goblins en la zona, o de marcas territoriales, hechas por los propios pieles verdes.

Según parecía, Gotrek estaba

disfrutando del paseo, pues torpemente tarareaba para sí una canción y emprendió el ascenso sin ningún esfuerzo aparente. Avanzaba por la resbaladiza senda sin dificultad alguna y hallaba puntos de apoyo para los pies donde Félix no lograba verlos. Poco tiempo después, al hombre le resultó más fácil seguir los pasos del enano, ya que Gotrek se encontraba en un entorno al que estaba adaptado y parecía más prudente dejar que fuese él quien abriera la marcha.

El sudor corría por la espalda del poeta, y su respiración era agitada. Había pensado que estaba endurecido a



causa del largo viaje de regreso de Karak-Ocho-Picos, pero el esfuerzo de ascender aquella colina era penoso. La paliza que había recibido y el tratamiento del alquimista lo habían agotado, y estaba preocupado por su capacidad para coronar el duro recorrido hasta la cima, que sería aún peor si las nubes decidían cumplir su amenaza de lluvia.

Lo escabroso del paisaje, lleno de afloramientos rocosos y tierras barridas por el viento, concordaba con su humor tormentoso. Félix ardía de odio hacia Wolfgang Lammel, detestaba la crueldad fácil del adinerado hijo del

comerciante y su arrogancia de niño mimado. Cuando vivía en Altdorf, había conocido a una docena como él, pero nunca había tenido que enfrentarse con la situación de ser él el objeto de la crueldad, ya que la fortuna y condición social de su padre lo habían protegido de algo semejante. En los momentos de mayor sinceridad, se veía forzado a admitir que tal vez también él se había comportado en una ocasión de un modo algo parecido al de Wolfgang. Pero entonces había visto la injusticia desde el punto de vista del desvalido, y no le gustaba.

Comprendía por qué Greta se había

mostrado tan alterada. Intentaba no pensar en lo que había sucedido entre ella y Wolfgang, pero los pensamientos de que Lammel había forzado a la muchacha no dejaban de acudir a su mente y lo volvían medio loco de furia. Se juró a sí mismo que le procuraría la curación a Gotrek y que haría que ese mocoso pagara por su vileza. Continuó caminando al mismo tiempo que imprecaba para sí y luchaba contra el impulso de gritarle al Matatrolls que suspendiera aquel tarareo infernal.

Gotrek desapareció al otro lado de la cumbre de una elevación, y Félix maldijo cuando sus pies resbalaron con

las piedrecillas sueltas; durante la caída se hirió las manos con los cantos de los afilados fragmentos de roca, que se le clavaron como agujas. Se arrastró hasta el otro lado de la cumbre y se halló tumbado cuan largo era sobre la blanda turba.

Se preguntó por qué el girasol de montaña tenía que crecer en las vertientes más elevadas, justo por debajo de la zona de nieves. ¿Por qué no podía crecer al pie de las montañas como todas las otras flores? Pasado un momento, se encogió de hombros porque en su vida había descubierto que pocas cosas eran fáciles. Tal vez los

alquimistas utilizaban los ingredientes que utilizaban únicamente porque resultaba difícil conseguirlos, con el solo fin de aumentar la mística que rodeaba su arte. No le habría sorprendido en lo más mínimo que fuese así.

Se sentó y tomó otro analgésico para amortecer el dolor que le palpitaba dentro de la cabeza. Aquél iba a ser un largo día.

\* \* \* \* \*

Robustos árboles de hoja perenne

flanqueaban las abruptas laderas del estrecho valle como cerdosos pelos de barba en el rostro de un gigante vuelto hacia el cielo. A la derecha, en lo alto, una cascada formaba una serie de saltos espectaculares sobre caídas de treinta metros, hasta precipitarse a un pequeño lago situado en el centro del valle. Las montañas enmarcaban la hondonada, y Félix tuvo que echar el cuello muy atrás para ver los picos. Mirar hacia el fondo del valle era como mirar a lo largo de la mira de una ballesta; el ojo enfocaba la línea de picos grises que se alejaban en la distancia.

Allí, el penetrante aroma de las

rosas se mezclaba con el de la madreSelva y el del escaramujo. Los enmarañados arbustos luchaban los unos con los otros para ganar espacio, y sus flores eran como cascos de coloridos ejércitos en plena batalla. Se preguntó si por allí habría algún girasol, pero luego recordó dónde le había dicho Kryptmann que debía recogerse el mágico ingrediente.

Un movimiento súbito atrajo su mirada cuando la cabeza de un enorme alce, casi tan alto como un hombre, salió de los arbustos que dominaban un saliente de roca situado a unos cincuenta metros por encima de él.

Observó con cautela desde lo alto, como si estuviese determinando si se podía bajar a beber agua sin correr peligro, y Félix contempló con respeto la poderosa curvatura de sus astas.

Al separarse las nubes, unos haces de sol iluminaron la hondonada, y el piar de los pájaros llegó hasta los oídos del poeta y se mezcló con el quedo rugido de la cascada. Se inclinó para recoger una piña, pues le gustaba el tacto en los dedos de la escamosa aspereza de sus bordes dentados.

Durante un momento, la belleza de la escena lo retuvo en un estado de embeleso, e incluso se evaporaron sus



pensamientos de venganza contra el hijo del comerciante. Se sentía relajado y en paz, y el dolor del cuerpo se desvaneció temporalmente. Se alegraba de haber visto aquel sitio, de que todos los pasos de su largo viaje lo hubiesen conducido hasta allí, pues sabía que era uno de los pocos hombres que verían este valle, y el pensamiento le produjo complacencia.

El detalle del alce hacía que la escena pareciese un paisaje pintado y de composición perfecta. No obstante, luego pensó que quizás era bastante extraño que un alce estuviera llevándose a la boca un cuerno con una

mano de apariencia sospechosamente humana, y a continuación oyó un cornetazo que resonó por todo el valle; antes de que el sonido se hubiera extinguido, en el cerebro de Félix se formó la certera idea de que no había visto la cabeza de un alce, sino la de un mutante.

Arrojó la piña en dirección al lago y, tras envolverse con la capa para protegerse del frío que iba en aumento, se apresuró a continuar ascendiendo tras Gotrek. Miró a su alrededor por si veía signos de que alguien los perseguía, pero no detectó ninguno, y ni siquiera pudo ver por parte alguna la cabeza de

alce del mutante.

\* \* \* \* \*

A poco, Félix ya sabía con seguridad que los estaban siguiendo, pues al volver la vista para mirar hacia abajo por el tortuoso sendero vio que los perseguía una banda de mutantes. A lo largo de toda esa tarde, mientras él y Gotrek ascendían por el flanco de la montaña, los seres corruptos habían ido reuniéndose detrás de ellos. El camino de regreso hacia Fredericksburgo estaba

bloqueado.

Se detuvo para dejar que la respiración y los latidos del corazón volvieran a la normalidad, e intentó contar cuántos eran los perseguidores, pero resultaba difícil porque la poca luz del final de la tarde hacía que las criaturas se fundieran con el gris de la pared rocosa. El poeta trazó sobre su pecho la Señal del Martillo y encomendó su alma a Sigmar.

Desde que involucró su vida con la del enano supo que moriría en algún lugar apartado, pero no había imaginado que sería tan pronto. La situación resultaba demasiado estúpida.

Gotrek jamás lograría tener el heroico final que pretendía. El Matatrolls estaba demasiado ocupado en mirar hacia la nada con ojos fijos para darse cuenta del peligro que los acechaba.

Al principio, había resultado fácil fingir que no sucedía nada, que la bestia que hizo sonar el cuerno no era más que una criatura solitaria, demasiado asustada para cargar contra dos viajeros bien armados. Pero a medida que pasaba el día, se acumularon pruebas de que no era así.

Cuando el poeta había visto las huellas de pezuñas mezcladas con las de unos pies humanos con garras en el

fango que rodeaba un vado, había preferido pensar que se trataba de un rastro antiguo, algo a lo que no era necesario prestar demasiada atención. No obstante, había quitado la trabilla que sujetaba la espada dentro de la vaina.

Un rato después, mientras Félix ascendía gateando la empinada ladera tras la despreocupada espalda de Gotrek, había percibido los movimientos furtivos de unas siluetas que avanzaban a la misma velocidad que ellos y se escabullían de un árbol a otro a ambos lados de la senda. Había intentado verlas con mayor claridad,

pero las sombras de los pinos desafiaban incluso una vista tan aguda como la suya, y lo único que pudo obtener fue la impresión de que se trataba de unas figuras con tentáculos que ponían buen cuidado en mantenerse fuera de su campo visual.

Empezaba a tener los nervios a flor de piel y sentía deseos de cargar bajo el ramaje de los árboles en busca de los enemigos. Pero ¿y si perdía la senda? ¿Y si había más de uno o dos de ellos? La vaga sospecha lo mantuvo inactivo; apartó a un lado los temores y continuó el ascenso.

La situación se había vuelto casi

insoportable cuando oyó el sonido de un cuerno en un punto lejano a su derecha, al que respondió una llamada similar procedente del otro lado del sendero. En ese momento, supo que los malditos los estaban rodeando, que se reunían para el festín, y sintió la tentación de plantarles cara y resistir, de acabar de una vez por todas con aquello... Pero un impulso lo hizo continuar adelante, hacia la zona de nieve.

Se dijo que aquello que lo hacía avanzar era el impulso de seguir intentándolo, de no renunciar ante la perspectiva de una muerte segura,



aunque era lo bastante honrado consigo mismo como para saber que sólo lo impelía el miedo. No quería encontrarse con los mutantes; deseaba posponer todo lo posible aquel final inevitable.

Se hallaban sobre un saliente cerca de la zona de nieves, y al volver la vista para mirar sendero abajo supo que estaban acabados. Allí, en aquel lugar gélido, árido y barrido por el viento, su vida acabaría junto con el día y no habría venganza contra Wolfgang, ni retorno a Altdorf, ni poema épico para Gotrek.

Miró al Matatrolls que se

encontraba cerca de él cogiendo el hacha descuidadamente, y contempló a los mutantes que se aproximaban. Félix contó diez de ellos; vio que el que iba en cabeza era el ya conocido gigante gordo, y se le cayó el alma a los pies. Había concebido la posibilidad de que tal vez podría suplicar misericordia u ofrecerles la posibilidad de un rescate, cualquier cosa que pudiese prolongar su vida.

No obstante, el obeso gigante querría sin duda vengarse por la carnicería de la jornada anterior.

«Espera...». ¿Qué planta era la que tenía a los pies? Unas pequeñas flores

amarillas crecían en zonas de tierra poco profundas, situadas al abrigo del saliente, y mientras el sol comenzaba a ponerse en el horizonte se dio cuenta de que eran las que había ido a buscar. Parecía una probabilidad muy remota, pero... Arrancó a toda prisa algunas flores y se las dio a Gotrek.

—Cómetelas —le ordenó.

El Matatrolls lo miró como si estuviera verdaderamente loco, y una expresión ceñuda pasó por su rostro.

—No quiero comer flores —replicó con aire aturdido.

—¡Tú cómetelas! —le rugió Félix, y el Matatrolls, como un niño

avergonzado, se las metió en la boca y comenzó a masticarlas.

El poeta observó con atención a su compañero. Tenía la esperanza de ver signos de algún cambio en él, un repentino, milagroso retorno de su antigua ferocidad, estimulada por las cualidades supuestamente mágicas de las flores; pero no ocurrió nada. «Bueno, de todas formas era una esperanza muy remota», se dijo.

Los mutantes ya se encontraban cerca y pudo ver que, en efecto, se trataba de los supervivientes de la banda que los había atacado la vez anterior. Gotrek escupió una bola

amarilla después de haberla masticado y se situó detrás de Félix.

El poeta decidió que sería mejor recibir la muerte con una espada en la mano, ya que así al menos podría llevarse al infierno a uno o dos engendros de disformidad. Al desenvainar el arma, la mortecina luz solar se reflejó en la hoja e hizo relumbrar las runas, y él las observó como si las viese por primera vez. La proximidad de la muerte había agudizado todos sus sentidos, y entonces apreciaba el arte de aquellos antiguos artesanos enanos como nunca antes lo había hecho. Se preguntó qué

significaban las runas, qué mensaje contenía el intrincado simbolismo de aquellos caracteres. ¡Había tantas cosas que ya jamás sabría, y tantas que deseaba con toda su alma averiguar!

Los mutantes se habían detenido a menos de cincuenta pasos de distancia, y el gigantesco líder observaba a Félix con ojos miopes. Tras una pausa, golpeó al mutante de cabeza de alce en una oreja, y avanzó.

El poeta se preguntó si debía cargar contra aquel ser repugnante; si lo mataba, tal vez minaría la moral de sus cómplices. Enfrentarse con una espada a una porra de piedra era una batalla

que estaba seguro de ganar, siempre que los demás no interviniesen; con ese pensamiento, recobró un poco de su valentía. Aún tenía alguna esperanza, y a su rostro asomó una sonrisa salvaje, pues el miedo lo había abandonado y casi comenzaba a disfrutar de la situación.

El líder, un enorme montón de grasa oscilante ceñida por cuero tachonado y muchas armas, se detuvo a diez pasos de Félix. Olas de grasa caían en cascada desde su mentón, como el sebo derretido de una vela, y la enorme cabeza calva era como una bola de carne con diminutos agujeros

practicados en los ojos, la nariz y la boca. Para sorpresa del poeta, la criatura parecía bastante nerviosa.

—No soy estúpido, ¿sabes? —dijo el mutante al fin, y su voz sonó como el doblar de una gran campana que repicara dentro de su enorme pecho.

Estaba tan cerca que Félix podía oír su respiración sibilante, cargada de flema.

—¿Qué? —inquirió el poeta, desconcertado. ¿Se trataba de un truco?

—Que puedo ver cuál es vuestro plan. Intentas atraernos a fin de que nos pongamos al alcance del hacha de tu amigo, para luego matarnos.



—Pero... —La injusticia de aquella acusación mortificaba a Félix. Allí estaba él, aguardando con valentía la muerte, y su repugnante enemigo afirmaba que las cosas eran al revés.

—Debes pensar que somos idiotas de remate. Bueno, pues la piedra de disformidad no nos deshizo los sesos junto con el cuerpo. ¿Te crees que somos tan estúpidos? Tu amigo finge tenernos miedo, pero nosotros lo hemos reconocido. Es el que mató a Hans, Peter y Gretchen, y a todos los otros. Lo conocemos y conocemos su hacha, y no tienes medio de atraernos para que nos pongamos a su alcance.

—Pero... —Después de haberse armado de valor para presentar una valiente resistencia final, Félix se sentía defraudado y tenía ganas de pedirles que atacaran de una vez.

—Ya le dije a Gorm Cabeza de Alce que pensaba que erais vosotros, pero él no me creyó. Bueno, pues yo tenía razón y él estaba equivocado, y no he reunido el clan sólo para que tú y tu terrible amigo recojáis un botín de cabezas de mutante.

—Pero... —Con lentitud, el poeta comenzaba a comprender qué estaba sucediendo. Su pena de muerte había sido aplazada, y se obligó a cerrar bien

la boca antes de ponerse en evidencia.

—¡No! Quizá penséis que sois muy listos, pero no lo sois lo bastante. Esta es una trampa en la que no vamos a caer. Somos demasiado inteligentes para eso; sólo quería que lo supierais.

Dicho eso, el líder mutante retrocedió con lentitud y se alejó cautelosamente. Félix contempló cómo la repulsiva banda se fundía entre las tinieblas, y sólo entonces dejó escapar la respiración que había contenido. Por un momento, se quedó como hipnotizado, pues la luz crepuscular en los picos cercanos era lo más hermoso que había visto en toda su vida. Incluso se regocijó

con el gélido frío y el dolor que palpitaba en su mano, pues eran señales de que estaba vivo.

—¡Gracias, Sigmar, gracias! —gritó, incapaz de contener el júbilo.

—¿Qué estás gritando? —preguntó Gotrek, exaltado.

Félix resistió el repentino impulso cegador de atravesarlo con la espada, y en cambio le dio al enano una palmada en la espalda. Iras un momento, advirtió que se encontrarían inmovilizados en la montaña hasta la mañana siguiente, pero incluso ese pensamiento le resultó soportable.

—Rápido, tenemos que recoger

flores —dijo el poeta—. ¡El sol no se ha puesto aún!

\* \* \* \* \*

—¿Quién es? —preguntó Lothar Kryptmann, cauteloso, desde el interior, cuando Félix aporreó la puerta—. ¿Qué quieres?

Estaba cayendo la tarde, y al poeta le sorprendieron las elaboradas precauciones con que los recibía el alquimista.

—Soy yo, Félix Jaeger. He

regresado. ¡Abre!

¿Era producto de su imaginación, o la voz de Kryptmann parecía más nerviosa de lo normal? Félix se volvió para mirar calle abajo. A través de las grietas de los postigos de las ventanas se filtraba luz al exterior, y de lejos le llegaba el sonido de cascos de caballos que avanzaban al paso y de las ruedas recubiertas de metal de un carruaje sobre el empedrado, el cual se dirigía hacia las tabernas de la plaza de la ciudad. «Un rico que sale a jugar», supuso.

—¡Espera! ¡Espera! Voy.

El poeta dejó de golpear la puerta y

tosió. Muy propio de su suerte eso de haberse enfriado en la pestilente cumbre de aquella montaña. Se enjugó de la frente el sudor debido a la fiebre, y se envolvió mejor en la capa para protegerse de la helada niebla. Le echó una mirada feroz a Gotrek, que, con aire estúpido, se encontraba de pie en la parte superior de la escalera que conducía a la vivienda del sótano; sostenía las flores que habían recogido en una mano. Como siempre, el Matatrolls no mostraba signo alguno de enfermedad.

Descorrieron los cerrojos y soltaron las cadenas de la puerta, y finalmente

ésta cedió un poco. A través del resquicio, la luz se filtró al exterior, junto con el penetrante olor de las sustancias químicas. Félix empujó la puerta, a pesar de la resistencia del alquimista, y se abrió camino hacia el interior, donde le sorprendió encontrar a Greta de pie ante la otra salida de la habitación. Era obvio que se había ocultado en las dependencias adyacentes.

—Adelante, *herr* Jaeger —dijo el alquimista con tono quisquilloso mientras se apartaba a un lado para dejar que entrara Gotrek.

—Wolfgang está buscándote —le



comentó el poeta a la muchacha, que parecía demasiado asustada para hablar —. ¿Por qué?

—Déjala en paz, *herr* Jaeger — intervino Kryptmann—. ¿No te das cuenta de que está aterrorizada? Sufrió una conmoción bastante horrible a manos de tu amigo Lammel.

Con rapidez, Kryptmann lo puso al corriente de lo que había visto Greta cuando se aventuró en las dependencias del hijo del comerciante la noche anterior, y aunque se mostró discreto respecto al porqué de que hubiese acudido allí, mencionó el estigma de Caos en el que había

reparado.

—Ya me lo temía. Debería haberlo sabido cuando me pidió que añadiera piedra de disformidad a su raíz de bruja. Supongo que fue entonces cuando comenzó a desarrollar la Marca del Demonio.

—¿Añadiste piedra de disformidad a su raíz de bruja? ¿Piedra de disformidad?

—No hay necesidad de poner tanta cara de asombro, joven amigo mío. Su uso no es tan insólito en determinadas operaciones alquímicas, y muchos respetables solicitantes de mi arte hacen uso de ella en pequeñas dosis. Mi

antiguo tutor de la Universidad de Middenheim, el mismísimo gran Litzenreich, solía decir que...

—Oí decir que Litzenreich fue expulsado de la universidad a causa de sus experimentos, y que el Gremio de Alquimistas le retiró la licencia. Fue un escándalo bastante sonado. De hecho, lo último que oí de él es que se había convertido en un proscrito.

—Siempre hay malicia entre los académicos. Litzenreich no es más que un hombre que va por delante de sus tiempos. Quiero decir que... Fíjate en el tiempo que hizo falta para que fuese aceptada la teoría de Eisenstern de que

el sol gira alrededor de la tierra. Cuando la hizo pública, lo quemaron en la hoguera.

—A despecho de los méritos filosóficos de tu argumento, *herr* Kryptmann, la piedra de disformidad es una sustancia por completo ilegal y muy peligrosa. Si un cazador de brujas llega a enterarse alguna vez...

Al oír esto último, Kryptmann se encogió antes de interrumpirlo.

—Es exactamente lo que me dijo Wolfgang Lammel..., aunque no sé cómo llegó a enterarse de mis experimentos. Adquiero la... sustancia en un emporio muy pequeño y discreto

de Nuln, en la librería de Van Niek. Yo le dije que no pretendía hacer nada ilegal con la sustancia, que lo único que quería era aprender a transmutar plomo en oro..., y la piedra de disformidad es la esencia misma de la transmutación.

—Eso está a punto de descubrir Wolfgang, al parecer.

Por mucho que lo intentó, Félix no pudo evitar que una indecorosa nota de deleite aflorara a su voz. Era perfecto, ya que podría desenmascarar como mutante a aquel cerdo decadente ante toda la población. Así pagaría por la paliza que había recibido, y también por lo que le había hecho a Greta, por

supuesto.

—No me denunciarás ante las autoridades, ¿verdad, joven amigo mío? A fin de cuentas, yo traté tus heridas. Te prometo que si no me denuncias, nunca más haré nada con la piedra de disformidad.

Félix miró al asustado alquimista; no tenía nada contra él, y era muy probable que Kryptmann hubiese aprendido una lección sobre el uso de sustancias ilegales. Aunque aún quedaba el problema de qué hacer con los guardaespaldas del adinerado joven, tenía la respuesta para Kryptmann.

—*Herr* Kryptmann, si puedes curar

a mi compañero, te aseguro que olvidaré todo lo que has hecho.

\* \* \* \* \*

Félix jugaba ociosamente con el mortero y su mano correspondiente, mientras Kryptmann continuaba con el trabajo. El laboratorio estaba lleno de emanaciones que se elevaban del pote en que el alquimista había reducido a pasta amarilla los girasoles.

La fría piedra del mortero tenía algo de tranquilizador, y le llegaba el

perfume de las flores a pesar de tener la nariz tapada. Había tomado otras dos pastillas de las que le había dado Kryptmann, y se sentía un poco distanciado de todo lo que sucedía a su alrededor. Deseaba que se le aclarara la cabeza y le desaparecieran todos los dolores.

—¿Félix? —dijo una voz suave que lo devolvió a la realidad.

—¿Qué, Greta?

Aún estaba irritable. El contacto humano acortaba la distancia entre él y el mundo, derribaba las barreras con que lo había rodeado la medicina de Kryptmann para protegerlo del dolor, y



hacía que regresase el enojo.

—¿Qué harán los hombres de Wolfgang si me encuentran aquí?

—No te preocupes por eso, que pronto *herr* Wolfgang tendrá preocupaciones propias más que suficientes.

—Eso espero. Lothar ha sido muy bueno al ocultarme aquí. Corre un riesgo terrible. Ya sabes cómo pueden ser los guardaespaldas de Wolfgang.

En el fondo, Félix pensaba que el alquimista había escondido a la muchacha con el solo objeto de mortificar a Wolfgang, pues no tenía ninguna razón para sentir apego hacia

él. O tal vez era a causa de la culpabilidad por haberle proporcionado la piedra de disformidad que había provocado el cambio. «¿Habrá sido siempre un monstruo sádico —se preguntó Félix—, o esa transformación sólo se ha producido recientemente, tras la aparición de la Marca del Caos?».

Otras preguntas pasaban por su mente embotada. ¿Por qué, para empezar, su enemigo había sentido la necesidad de consumir piedra de disformidad? ¿Y qué había de los siniestros rumores que Greta afirmaba haber oído acerca de él? Apartó a un lado esos temas, ya que probablemente

nunca conocería las respuestas. Sin embargo, una cosa estaba clara: eliminando a aquel tipo le haría un tremendo favor a todos los habitantes de la ciudad.

—¡No! Deja eso. ¡Es ácido! —le gritó, de pronto, Kryptmann a Gotrek.

El Matatrolls dejó de curiosear entre los frascos y las probetas que había sobre el banco de trabajo del alquimista. Daba la impresión de que había estado a punto de beber algo de un gran frasco plateado, pero arrastró los pies y lo devolvió a su sitio.

Félix recorrió el laboratorio con la mirada. Nunca antes había estado en

un lugar así, y todo le parecía muy arcano e incomprensible. Los bancos de trabajo estaban cargados de intrincadas estructuras, hechas de tubos y probetas. Un equipo de destilación cubría casi la mitad de una mesa, y contra una pared había varias hileras de tubos de ensayo tapados; contenían líquidos de color azul cobalto, verde lima o rojo sangre, y en algunos había varias capas de sedimento multicolor. Reconoció la divisa de la Universidad de Middenheim, famosa en todo el Imperio por sus facultades de magia y alquimia.

Había mecheros de carbón que

calentaban frascos y potes que contenían diversas sustancias, y Kryptmann se movía enérgicamente de uno a otro para remover el contenido, ajustar la temperatura y, ocasionalmente, probar lo que había dentro con una larga cuchara de vidrio. Abrió un gran armario y sacó un enorme guante blanco acolchado y lleno de quemaduras, y deslizó la mano derecha.

—Ya no falta mucho —anunció al mismo tiempo que cogía uno de los frascos que estaban calentándose y vertía el contenido en el pote central.

La mezcla burbujeó y siseó mientras

el alquimista le ponía un tapón al segundo frasco y lo sacudía antes de verterlo en la mezcla. Una gran nube de acre humo verde se propagó por toda la habitación, y Félix tosió, y oyó que Greta hacía lo mismo.

Al disiparse el humo, vio que Kryptmann vaciaba cuidadosamente el contenido del tercer alambique en la mezcla, y que con cada gota se elevaba una diminuta nube de humo de diferente color. La primera fue roja, la segunda azul, la tercera amarilla. Cada una ascendía como un diminuto champiñón de vapor, que se expandieron hasta llegar al techo.

El alquimista dejó el alambique y reguló la llama que calentaba el pote; después cogió un pequeño reloj de arena y lo invirtió.

—Dos minutos —dijo.

Félix se sintió invadido por una sensación de triunfo, ya que muy pronto Gotrek estaría curado y juntos harían una visita a El Dragón Dormido, donde descargaría sobre Wolfgang Lammel las numerosas tribulaciones que había sufrido.

En cuanto el último grano de arena resbaló por el cuello del reloj, Kryptmann retiró el pote del fuego.

—¡Ya está!

Llamó a Gotrek con un gesto para que se acercara, y luego vertió una porción en un pequeño cuenco de cerámica, que, según pudo ver el poeta, tenía el borde interior decorado con círculos rojos que se correspondían con signos astrológicos. Suponía que los mismos señalaban las diferentes dosis, y se tranquilizó al ver que el alquimista lo llenaba hasta la marca superior antes de entregárselo a Gotrek.

—Bébetelo todo, ahora.

El Matatrolls se lo tragó de un solo sorbo.

—¡Puaj! —dijo. Se quedaron allí y esperaron. Y esperaron. Y esperaron.





—¿Cuánto tarda en hacer efecto? — preguntó Félix al fin.

—¡Eh..., no mucho más!

—Eso ya lo dijiste hace una hora, Kryptmann. ¿Cuánto, exactamente? — Los nudillos de la mano del poeta se pusieron blancos al aferrar la mano de mortero con mucha fuerza.

—Ya te dije que el proceso era, bueno, incierto; que había algunos riesgos implicados en el mismo. Tal vez el girasol de montaña no estaba en las mejores condiciones. ¿Estás seguro de

haberlo recogido exactamente al morir el día?

—¿Cuánto tiempo? —Félix pronunció ambas palabras con claridad y lentitud al mismo tiempo que dejaba que se manifestase en su voz la irritación que sentía.

—Bueno, yo... La verdad es que debería haber funcionado casi al instante, en el momento en que los nódulos mnemónicos y los humores corporales hubiesen vuelto a su configuración anterior.

Félix observó al Matatrolls, que tenía exactamente el mismo aspecto que cuando entraron en el laboratorio de

Kryptmann.

—¿Cómo te encuentras? ¿Preparado para ir al encuentro de tu destino? —le preguntó con voz muy suave.

—¿Y qué destino es ése? —respondió Gotrek.

—¿Tal vez deberíamos intentarlo con otra dosis, *herr* Jaeger?

Félix profirió un inarticulado bramido de cólera. Aquello no pensaba tolerarlo. Había soportado una severa paliza de los hombres de Wolfgang. Había ascendido aquella montaña por senderos indeciblemente difíciles. Había escapado por los pelos de morir a manos de una horda de mutantes

sedientos de sangre. Estaba cansado, lastimado, contuso y hambriento. Y lo que era peor aún, estaba a punto de caer enfermo de algún mal pestilente. Sus ropas aparecían rasgadas y necesitaba desesperadamente un baño. Y todo eso era culpa del alquimista.

—Cálmate, *herr* Jaeger. No es necesario que brames de esa manera.

—¡Ah!, no lo es, ¿verdad? —gruñó Félix.

Kryptmann lo había enviado a buscar las flores. Kryptmann había prometido curar a Gotrek. Kryptmann había estropeado sus gloriosos planes de venganza. ¡Él había pasado un infierno

para nada siguiendo las estúpidas instrucciones de un viejo estúpido que no conocía su estúpida profesión!

—Tal vez podría prepararte una buena poción soporífera para calmar los nervios. Las cosas tendrán mucho mejor aspecto después de una buena noche de sueño.

—Podría haber muerto por recoger esas flores.

—Estás trastornado; es muy comprensible, todo hay que decirlo... pero la violencia no resolverá nada.

—A mí me haría sentir muchísimo mejor, y tú te sentirás muchísimo peor.

Félix le lanzó al alquimista la mano

de mortero, pero Kryptmann saltó a un lado, y el utensilio se estrelló contra la cabeza de Gotrek con un enorme chasquido. El Matatrolls se desplomó.

—¡Rápido, Greta! ¡Manda traer a la guardia! —farfulló el alquimista—. ¡*Herr* Jaeger se ha vuelto loco! ¡Auxilio! ¡Auxilio!

Félix corrió tras Kryptmann alrededor del banco de trabajo, y lo derribó tras lanzarse sobre él. Poner los dedos en torno al cuello del alquimista le proporcionó una gran satisfacción, y comenzó a apretarle la garganta al mismo tiempo que sonreía. Sintió que Greta intentaba apartarlo de

Kryptmann, que los dedos de la muchacha lo aferraban por el cabello, y trató de sacudírsela de encima mientras el rostro del alquimista comenzaba a adquirir un interesante tono purpúreo.

—No es que yo tenga nada en contra de la violencia sin sentido, humano, pero ¿por qué estás estrangulando a ese viejo?

La voz, dura como el granito, era áspera, cascada y contenía una nota callada de pura amenaza fría; Félix necesitó un segundo para darse plena cuenta de quién había hablado. Entonces, soltó el cuello de Kryptmann.

—¿Y quién es ése? ¿Y dónde

estamos? ¿Y por qué me duele la cabeza, por Grimnir?

—El golpe de la mano de mortero debe de haberle devuelto la razón — comentó Greta con voz queda.

—Yo..., eh..., prefiero pensar que fue el efecto retardado de mi poción — jadeó Kryptmann—. Ya te dije que funcionaría.

—¿Qué razón? ¿Qué poción? ¿De qué estás hablando, viejo lunático?

Félix se levantó del suelo y se sacudió la ropa. Después ayudó a Kryptmann a ponerse en pie, recogió los quevedos del alquimista y se los entregó. Por último, se volvió, para



mirar a Gotrek.

—¿Qué es lo último que recuerdas?

—El ataque de los mutantes, por supuesto, humano. Algún comemocos de éstos me dio en la cabeza con una piedra. Dime, ¿cómo he llegado hasta aquí? ¿Qué magia es ésta? —Gotrek lo miraba con mayestático aire ceñudo.

—Todo eso requerirá muchas explicaciones —respondió su compañero—; así que primero vayamos a buscar una cerveza. Conozco una tabernita de lo más acogedora que está a la vuelta de la esquina.

Félix Jaeger sonrió con malevolencia para sí, y los dos se encaminaron hacia

El Dragón Dormido.

# Sangre y tinieblas

Después de poner al descubierto a los adoradores de Slaanesh e incapacitar a varios de sus satélites, volvimos por el camino de Nuln y dejamos a nuestros antiguos torturadores a merced de

sus no muy benévolo  
conciudadanos. No sé por qué nos  
decidimos por aquella poderosa  
ciudad como destino de nuestro  
viaje; tal vez fuera porque mi  
familia tenía allí intereses  
comerciales.

Durante un alto que hicimos en  
una taberna del camino, Gotrek y  
yo decidimos que debíamos evitar  
la ruta principal, lo que tal vez fue  
una decisión estúpida considerada  
desde el presente. De modo  
inevitable, y tal vez predecible,  
nuestra decisión de borrachos de  
dar un rodeo a través del bosque  
nos condujo al desastre.

En nuestro deseo de evitar  
cualquier posible encuentro con

los agentes de la ley, nos alejamos mucho de los lugares frecuentados por los hombres, y acabamos en lo profundo del bosque, en un área que desde hacía tiempo se creía que era el emplazamiento del Altar Negro del Caos. Poco sospechábamos, al ponernos en marcha, que pronto nos tropezaríamos con una asombrosa prueba de la existencia de ese horrendo santuario, o que batallaríamos con el más poderoso de todos los seguidores de la Oscuridad que habíamos encontrado hasta el momento...

**FÉLIX JAEGER,**

***Mis viajes con Gotrek,***  
**vol. II,**

Cuando oyó unos pasos que se aproximaban, Kat se concentró en hacerse más pequeña. Se apretujó aún más dentro del diminuto espacio que había entre los bloques de piedra del edificio derrumbado, con la esperanza de que no hubiesen regresado las bestias. Sabía que si habían vuelto y la encontraban, esta vez la matarían.

Se contorsionó para meterse más adentro del sombrío hueco, hasta que su espalda quedó contra la piedra. La roca aún estaba tibia del fuego que había consumido la posada, y se sentía

un poco segura porque ningún adulto podría deslizarse en un escondite tan pequeño, y ciertamente tampoco podría hacerlo algo tan grande como las bestias. Pero siempre podían meter las lanzas y las espadas, y se estremeció al recordar a la que tenía tentáculos en lugar de brazos, y al imaginarse aquellos apéndices cubiertos por bocas de sanguijuela tanteando como serpientes para buscarla en la oscuridad.

Aferró el amuleto en forma de martillo que le había regalado el anciano padre Tempelman y le rogó a Sigmar que la librara de todas las cosas con brazos de serpiente. Intentó con

toda su alma apartar de sí el último recuerdo que tenía de él, cuando huía por el camino con la pequeña Lotte Bernhoff en brazos. Un gigante con cabeza cornuda lo había ensartado en una lanza que había atravesado tanto al hombre como a la niña de cinco años, para luego levantarlos en el aire como si no pesaran nada.

—Aquí ha sucedido algo terrible, humano —dijo una voz profunda, ronca y áspera, pero que no se parecía al feroz gruñido de las bestias. El acento era extranjero, como si el Reikspiel no fuese el idioma nativo de quien hablaba, y a Kat le recordó a unos



forasteros a los que una vez había servido en la posada.

«Enanos», los había llamado el viejo Igmarr, que presumía de ser un viajero porque una vez había estado en Nuln. Eran bajos de estatura, no mucho más altos que ella misma, pero muchísimo más anchos y pesados que cualquier hombre. Iban vestidos con capas de color gris pizarra y, a pesar de haber dicho que eran comerciantes, llevaban hachas y escudos. Hablaban con tono triste y voces graves y musicales, y cuando estaban borrachos cantaban junto con los aldeanos. Uno de ellos le había enseñado un pájaro de relojería

que batía maravillosamente las alas de metal y hablaba con voz metálica. Ella le había implorado al calvo Karl, el posadero, que se lo comprara, pero aunque la quería como si fuese su propia hija, se había limitado a negar con la cabeza y continuar frotando los vasos mientras decía que no podía pagar una obra de arte semejante.

Se estremeció al pensar en lo que les había sucedido a Karl, a la gorda Heide y a los otros de la posada a quienes había llamado familia. Había oído gritos cuando la horda de bestias asolaba la ciudad, liderada por un extraño guerrero de armadura negra, y había

visto las filas de aldeanos, a los que conducían a la gran hoguera que ardía en la plaza.

—Tal vez deberíamos marcharnos, Gotrek. Por el aspecto de esto, no parece un lugar saludable para entretenerse —comentó otra voz, cerca de ella, que pertenecía sin duda a un ser humano. Era de hablar suave y amable, con un acento cultivado, parecido al del viejo doctor Gebhardt. Una breve chispa de esperanza destelló en la mente de Kat, pues estaba realmente segura de que esa voz no pertenecía a una bestia.

«¿O sí?», se preguntó. Al igual que

muchos otros aldeanos que habían crecido en las profundidades de los bosques, Kat estaba familiarizada con las historias que se contaban: lobos que tenían aspecto de hombres hasta que algún aldeano desprevenido los dejaba entrar en su casa; niños que parecían normales hasta que crecían para transformarse en monstruosos mutantes, que asesinaban a sus propias familias; leñadores que habían oído el llanto de un niño en las profundidades del bosque a la hora del crepúsculo y que fueron a investigar y jamás regresaron. Los servidores de los Poderes Siniestros eran diabólicos y

astutos, y hallaban muchas formas de atraer a los incautos hacia la muerte.

—No, hasta que averigüemos qué ha sucedido aquí. ¡Por Grungni, este sitio es un matadero! —dijo la primera voz, con un tono que sonaba antinatural en medio del silencio.

—Cualquier ejército que haya podido hacerle algo así a una aldea amurallada, sin duda podría aplastarnos como a chinches. ¡Mira los agujeros de la pared de la torre! Marchémonos. — En la voz cultivada había un tono callado de miedo que hizo vibrar el terror que abrigaba Kat en su propio pecho.

Una vez más, el recuerdo de la noche anterior surgió ante sus ojos. Había comenzado con un enorme trueno, a pesar de que el cielo estaba despejado. Recordó el repiquetear de la campana de alarma y el estruendo que hizo la puerta de la ciudad al partirse. Había corrido hacia la puerta de la posada y había visto a los hombres bestia moviéndose por las calles mientras le prendían fuego a la aldea y pasaban a todo el mundo por la espada.

Un ser enorme con cabeza de cabra había levantado al molinero Johan en peso por encima de la cabeza y lo había arrojado dentro de una casa en llamas.

El pequeño Gustav, el hijo de Johan, le había clavado una horca en el pecho a la bestia antes de ser hecho pedazos por dos criaturas deformadas, vestidas con ropas de mendigo, que tenían en la cabeza crestas dentadas y piel de lagarto. Deseaba olvidar la forma en que habían arrancado los trozos de carne del cadáver y se los habían metido ávidamente en las bocas provistas de colmillos.

Recordaba haberse preguntado por qué el conde Klein y sus soldados no habían acudido a defenderlos, pero al mirar hacia el castillo supo la respuesta. Las torres estaban en llamas y,

silueteados contra el fuego, se veían cuerpos que pendían del cadalso del señor feudal. Entonces, supuso que eran los hombres de Klein.

Karl la había obligado a entrar y había atrancado la puerta antes de apilar las mesas contra la entrada. Karl y Ulf, el lavaplatos, e incluso Heide, la esposa de Karl, habían cogido cuchillos y otros utensilios de cocina, una defensa insignificante contra la repugnante chusma que chillaba y bramaba en las calles de la aldea.

Se habían quedado de pie en el interior, pálidos y sudorosos bajo la oscilante luz de las antorchas, mientras



en el exterior continuaban los asesinatos y la destrucción. Parecía que todos sus miedos más tenebrosos se habían hecho realidad; que finalmente los monstruos, poderes mitológicos que acechaban en el corazón del bosque, habían irrumpido en el pueblo para reclamar lo que les pertenecía.

Durante un rato dio la impresión de que iban a dejar intacta la posada, pero luego la puerta saltó de los goznes a causa de un poderoso golpe, y varios hombres bestia lograron apartar a un lado la pila de mesas. Kat recordaba de un modo muy vivido el olor del aire cargado de humo que acompañó a la

apertura de la puerta.

Con gritos gimoteantes, Ulf había cargado contra el monstruo que iba en la delantera; éste le asestó en la cabeza un golpe con una porra enorme, que le partió el cráneo y esparció sus sesos por toda la habitación. Kat había chillado cuando aquella sustancia gelatinosa le golpeó el rostro y resbaló por una mejilla.

Al abrir los ojos, se encontró mirando el rostro de la muerte. Sobre ella se encumbraba una criatura descomunal, con cuerpo de hombre, pero con cabeza de cabra, cuyos retorcidos cuernos se parecían a una

extraña runa en forma de X. Un pelaje rojizo le cubría el poderoso cuerpo, y los sesos de Ulf cubrían su gigantesca porra.

El hombre bestia había inclinado el rostro hacia ella, y entonces vio que no tenía ojos, sino sólo una blanca extensión de carne donde deberían haber estado las cuencas. A pesar de ello, la niña supo que podía verla como cualquier ser vidente. Tal vez el collar de globos oculares disecados que le rodeaba el cuello le permitía ver. La había inspeccionado con expresión perpleja, y luego había tendido una mano para tocar su largo cabello negro

y pasar los dedos entre la lista de pelo blanco que lo dividía desde la frente hasta la nuca. Luego, había sacudido la cabeza y retrocedido casi con miedo.

Cerca de ella, Karl se desangraba y gemía lastimosamente. La sangre salía a borbotones de su cuerpo a través del muñón que quedaba donde antes había tenido la mano izquierda. Kat no podía ver qué estaba sucediendo detrás de la mesa derribada, donde dos bestias tenían a Heide sujeta contra el suelo, pero podía oír cómo gritaba, y huyó hacia la noche.

Y allí se había encontrado con una hermosa mujer de rostro blanco que era

la señora de las bestias. Montaba un corcel de pelaje tan negro como la ornamentada armadura que la cubría a ella. La mujer contemplaba la destrucción, y la sonrisa de su rostro dejaba al descubierto unos incisivos largos como colmillos sobre unos labios de color rojo rubí. Su cabello era largo y negro, y tenía una lista de pelo blanco que lo recorría por la parte central, y Kat se preguntó si sería la Marca del Caos, y si sería la razón por la que los hombres bestia no la habían matado a ella.

La mujer sujetaba una espada negra, en cuya hoja relumbraban runas

del color de la sangre. Advirtió la presencia de Kat y, por segunda vez aquella noche, la niña se creyó muerta. La mujer había levantado la espada como para herirla, y Kat, inmovilizada por el terror, se quedó allí de pie, mirándola fijamente a los ojos.

La guerrera se detuvo cuando se cruzaron sus miradas, y Kat creyó ver en ella un ligero destello de compasión. La amazona formó con los labios la palabra *no*, puso en movimiento la montura con un toque de las espuelas, y cabalgó calle abajo sin volver la vista atrás. Kat vio la hoguera y los apaleados aldeanos que eran conducidos hacia la

misma, y se escabulló para esconderse.

A poco, el sonido de los cantos bestiales se alzó sobre el pueblo, y el olor de la carne asada, tan tentador como repulsivo, colmó el aire mientras los espantosos alaridos de los aldeanos agonizantes resonaban en la noche.

Kat se había ocultado hasta la mañana y rogado por las almas de sus amigos y por que no la encontraran. Al salir el sol, las bestias habían desaparecido como si jamás hubiesen estado allí, pero las humeantes ruinas del pueblo y las pilas de calaveras chamuscadas y huesos partidos sobre las brasas que aún ardían en la hoguera

demostraban que no había sido una pesadilla.

De pronto, todo aquello fue demasiado para Kat, y comenzó a llorar con tremendos sollozos que la ahogaban, mientras las lágrimas resbalaban por su rostro sucio de hollín.

—¿Qué ha sido eso, humano? — preguntó la voz áspera desde algún punto cercano.

Kat contuvo los sollozos en tanto se aproximaban unos pasos sigilosos. Algo eclipsó la luz del sol que entraba en su escondite, y ella alzó la vista hacia el rostro de un hombre enmarcado por largo cabello dorado, que le devolvía la



mirada con ojos asustados, cansados y decepcionados. Una larga cicatriz recorría una mejilla del hombre. Kat se encontró mirando la afilada punta de una larga espada, cuya hoja tenía grabadas débiles marcas.

—Sal con lentitud —dijo él, cuya voz suave y culta resultó entonces fría y sin rastro de misericordia.

Kat salió gateando a la luz del día, y se dio cuenta de que en ese momento se encontraba cerca de la muerte, porque el miedo a lo desconocido había convertido al hombre en un desesperado.

Se puso de pie y vio que el hombre

era mucho más alto que ella e iba vestido como un bandido. Una deslucida capa de lana roja se encontraba echada hacia atrás para dejar libre el hombro y el brazo derecho, con que manejaba el arma. Sus ropas estaban manchadas, remendadas y muy gastadas por los viajes, y las altas botas de cuero se veían resquebrajadas y raspadas. El hombre miró a su alrededor con una nerviosa cautela, que parecía habitual en él.

—Es sólo una niña —gritó por encima del hombro—. Tal vez una superviviente.

La figura que apareció a la vista más

allá de la panadería de *frau* Hof andando pesadamente era, a su manera, tan terrible como lo habían sido las bestias. Se trataba de un enano, pero de uno que guardaba poco parecido con los comerciantes que había conocido en la posada.

Su estatura se hallaba a medio camino entre las de Kat y el bandido, pero era muy pesado, tal vez tanto como lo había sido Jan, el herrero, y desde luego más musculoso. Su cuerpo estaba cubierto por un entramado de intrincados tatuajes, y una enorme cresta de pelo teñido de rojo se alzaba desde su cabeza afeitada. Un tosco

parche de cuero le cubría el ojo izquierdo, y una cadena de oro pendía entre su nariz y la oreja izquierda. Con una mano grande como un jamón, sostenía el hacha más enorme que Kat había visto jamás.

El enano le dirigió una feroz mirada beligerante. Su persona estaba rodeada de un aire de cólera apenas contenida, que resultaba desesperantemente atemorizadora, y no manifestaba el miedo que era evidente en su compañero.

—¿Qué ha sucedido aquí, niña? —exigió con brusquedad, y su voz sonó como si dos piedras hubiesen sido

frotadas la una contra la otra.

Al mirar aquel único ojo demente, inhumano, a Kat no se le ocurrió qué responder, y el hombre le tocó un hombro con suavidad.

—Dinos cuál es tu nombre —  
inquirió en un tono más amable.

—Kat. Katerina. Fueron las bestias. Salieron del bosque y los mataron a todos. Yo me escondí, y me dejaron en paz.

Kat se encontró balbuceando la historia de su encuentro con los hombres bestia y con la mujer de la armadura negra para profundo asombro de los dos aventureros. En el

momento en que acabó, el enano le dirigió una mirada de fatiga. Su expresión feroz se había suavizado un poco.

—No te preocupes, niña. Ahora estás a salvo.



—Odio los árboles. Son como los elfos, humano —dijo Gotrek—. Hacen que me entren ganas de emprenderla a hachazos con ellos.

Nervioso, Félix Jaeger miró hacia el

interior del umbrío bosque. Por todas partes, los rodeaban enormes árboles melancólicos, presencias ominosas, cuyas ramas se unían en lo alto del sendero, entrelazadas como los dedos de un gigante sumido en oración; tapaban el sol hasta el punto de que sólo algún solitario haz de luz iluminaba el camino ante ellos. El musgo cubría las ramas, y la escamosa corteza de los troncos recordaba las pieles secas de serpientes muertas. Reinaba una quietud tan antigua como el primitivo bosque que los rodeaba, interrumpida sólo por algún movimiento esporádico entre los

matorrales. El sonido se propagaba por el silencio hasta desvanecerse de modo tan misterioso como las ondulaciones en la superficie de un lago, y allí, en el ancestral y maligno corazón forestal, ni un pájaro se atrevía a cantar.

Félix se vio obligado a reconocer que estaba de acuerdo con Gotrek, que los bosques nunca le habían gustado realmente, que siempre había preferido que lo dejaran solo en casa, acompañado por sus libros; que esas tierras forestales eran para él lugares atemorizadores, morada de hombres bestia, trolls y criaturas de pesadilla de las leyendas más tétricas, además del



lugar al que se desterraba a aquellos que tenían el estigma del Caos. En lo más profundo de su interior, él siempre había imaginado que moraban hombres lobo y brujas, y que se producían feroces luchas entre mutantes y otros seguidores de los Poderes Malignos.

Más adelante, Gotrek saltó por encima de un tronco que había caído de través sobre el sendero, y a continuación se volvió para ayudar a Kat a trepar por encima y levantó a la niña fácilmente con una sola mano. Félix se detuvo ante el obstáculo al ver que estaba podrido y manchado por un extraño hongo. Unos insectos

segmentados corrían por la superficie y se enterraban ciegamente en el moho maloliente. El poeta se estremeció al sentir la madera húmeda cuando apoyó la mano sobre el tronco para saltar. Como sus botas casi resbalaron en el musgo húmedo del otro lado, tuvo que extender los brazos para conservar el equilibrio y, al hacerlo, tocó con los dedos una telaraña que se extendía entre las ramas más bajas; retiró la mano a toda prisa e intentó sacudirse aquella sustancia pegajosa de la piel.

No, a Félix nunca le habían gustado los bosques. Había odiado los veranos en que la familia se retiraba a la finca

solariega que su padre tenía en el bosque, y había detestado la casa de paredes de pino rodeada por las tierras forestales de donde se sacaba la materia prima para los negocios de fabricación de carros y barcos que tenía Gustav Jaeger. Durante el día no era demasiado terrible si no se alejaba mucho de los edificios, pero por las noches su mente, siempre hiperactiva, poblaba de monstruosos habitantes incluso las abiertas tierras forestales de explotación; los goblins y demonios de sus creaciones mentales hallaban un hogar perfecto bajo las oscilantes ramas de los árboles.

Envidiaba y compadecía a la vez a los leñadores ataviados con pieles que cuidaban la finca de su padre. Envidiaba su valentía porque los veía casi como a héroes que se enfrentaban con los terrores de una tierra indómita, y los compadecía por tener que vivir constantemente en guardia. Siempre le había parecido que cualquiera que tuviese que morar en un asentamiento situado dentro del bosque vivía en el entorno más precario que pudiera imaginarse.

Recordaba que solía acercarse a la ventana de su habitación y contemplar la verdura que imaginaba extensa hasta

el mismísimo fin del mundo, hasta aquellos terrenos yermos por los que vagaban los repugnantes satélites del Caos. Los extraños ruidos y las nubes de aleteantes mariposas nocturnas atraídas por las luces de la casa no contribuían a disminuir su inquietud. Era un niño de ciudad, un vástago urbano de Altdorf para quien perderse en el bosque constituía una pesadilla, una muy recurrente en aquellas largas noches de estío.

Por supuesto, aquello era risible: la finca Jaeger se encontraba a diez leguas de Altdorf, situada en el área más despejada del Imperio. El bosque era

muy abierto a causa de la descuidada explotación forestal, una tierra domada y cultivada, que no guardaba ninguna semejanza con la densa y enmarañada zona de Drakwald en la que en ese momento se hallaba.

Gotrek se detuvo en seco y olfateó el aire, para luego volver la vista hacia Félix, que ladeó la cabeza con aire de interrogación. El Matatrolls le indicó con un gesto que guardara silencio y frunció el entrecejo como si se estuviera concentrando para percibir mejor un sonido lejano. El poeta sabía que los sentidos auditivo y olfativo del enano eran mejores que los suyos, y aguardó

con expectación, pero el Matatrolls sacudió la cabeza y se puso otra vez en marcha. ¿Acaso la maligna presencia del bosque estaba atacando incluso los nervios de acero del enano?

Lo que habían visto esa mañana justificaba que cualquiera tuviese miedo, ya que indicaba que aquellos bosques cobijaban fuerzas enemigas de la humanidad, y el relato de Kat lo confirmaba. Se miró las manos y vio que le temblaban. Félix Jaeger se consideraba un hombre duro, pero lo que había presenciado en la ciudad derruida bastaba para que el más endurecido temblara.

Algo había asolado Kleinsdorf como un iracundo gigante lo haría con el montículo de un hormiguero, y la pequeña población había sido arrasada con una malevolencia y minuciosidad aterradoras. Los atacantes no habían dejado intacto ni un solo edificio, y no había sobrevivido ninguno de los habitantes, excepto Kat. Aquella pura brutalidad sin sentido lo había dejado atónito.

En aquel lugar había visto cosas que sabía que volvería a ver en sus pesadillas. Una hoguera levantada en la plaza del pueblo, sobre la que se apilaban calaveras; costillas quemadas,



que asomaban de la ceniza caliente como ramas sin consumir. Un repugnante olor a carne quemada le había inundado la nariz, y había intentado no lamerse los labios por miedo a que pudiesen contener las cenizas arrastradas por el viento.

Se había quedado aturdido en medio del silencio y la desolación de la ciudad en ruinas, donde todo lo que lo rodeaba era color gris ceniza o negro hollín, si se exceptuaban los pocos fuegos que aún ardían aquí y allá. Había dado un respingo de alarma cuando se desplomó el tejado sobre la devastada muralla del pueblo, algo que

le había parecido un tétrico presagio. Se sentía como un diminuto átomo de vida en un interminable desierto. Con lentitud, en pequeñas fracciones, el recuerdo de aquel momento se le había grabado en la memoria.

En lo alto de la colina, se alzaba el castillo con las murallas ennegrecidas por el fuego, como una araña pétrea que se aferrase a la cumbre con marchitos pies de roca. Ante la abertura que dejaba la puerta destrozada, colgaban hombres que se balanceaban en el extremo de unas cuerdas como moscas atrapadas en una telaraña de un solo hilo. El poblado que había abajo

parecía el terreno de juegos de niños demoníacos, gigantes idiotas que se habían aburrido de su pueblo de juguete y lo habían reducido a astillas.

La calle estaba sembrada de objetos pequeños, como una horca rota cuyos dientes se veían manchados de sangre seca; una campana que estaba medio fundida entre las ruinas de un templo desmoronado; una matraca de un niño y una cuna destrozada; algunas páginas impresas del Libro Inacabado, el testamento sigmarita, flotando en la brisa; rastros de cuerpos arrastrados por la tierra de las calles que conducían a la hoguera central; un hermoso vestido

teñido, que ya nadie se pondría, tirado en la calle; un fémur humano que alguien había partido para sorber el tuétano.

El poeta había visto antes los efectos de la violencia, pero jamás en una escala tan descomunal y nunca de una estupidez tan sin sentido. Incluso la carnicería del fuerte von Diehl había sido debida a una batalla librada por fuerzas que tenían razones concretas. Sin embargo, lo que contemplaba ante sí era una masacre; había oído hablar de cosas semejantes, pero enfrentarse con la desnuda realidad era una cosa muy diferente. Cerciorarse de que cosas

semejantes sucedían de verdad, lo había asustado. ¿Cómo podía Sigmar, cómo podía cualquiera de los dioses, permitir algo así?

También lo inquietaba el hecho de que Kat hubiese sobrevivido. Al mirar a la niña que caminaba ante él con los hombros caídos, el pelo mugriento y la ropa manchada de hollín, se preguntó cómo era posible que le hubieran perdonado la vida. Tampoco eso tenía sentido alguno; ¿por qué sólo ella entre todos los habitantes de aquella soñolienta comunidad había salvado la vida?

¿Sería ella un retoño corrupto, una

esclava de la Oscuridad que los conducía a la muerte? ¿Acaso él y el Matatrolls estaban escoltando a un ser maligno hacia el siguiente grupo de víctimas? En una situación normal, habría descartado semejante pensamiento por absolutamente ridículo; resultaba obvio que ella no era más que una niña asustada, que había tenido la buena suerte de sobrevivir cuando otros habían muerto. Sin embargo, allí, en la lóbreguez del profundo bosque, resultaba fácil concebir ese tipo de sospechas. La quietud y silencio del entorno afectaban los nervios, y engendraban la

desconfianza hacia los desconocidos.

Sólo el Matatrolls parecía imperturbable; marchaba con osadía al mismo tiempo que evitaba las raíces con que se aferraban los árboles y que afloraban amenazando con hacer que tropezara, mientras sus andares cómodos devoraban kilómetros. El enano se movía con extraordinario sigilo para alguien tan ancho y pesado; de alguna forma, daba la impresión de que se encontraba en su elemento entre las sombras del bosque, pues parecía más alto y más avispado. Había perdido la habitual postura encorvada, tal vez porque su pueblo, que moraba bajo las

montañas, estaba adaptado a la oscuridad y los espacios cerrados. En ningún caso se detenía; en cambio, Félix se paraba para observar el sotobosque cada vez que oía algún movimiento. Gotrek parecía bastante seguro de su capacidad para advertir cualquier amenaza.

El joven humano suspiró al recordar los argumentos que había tenido que emplear para impedir que el enano investigara más a fondo los restos de la ciudad. Al menos, la niña había constituido una excusa útil para continuar adelante y buscar un lugar seguro donde hallar refugio para ella.



Había sido eso y la posibilidad de que las criaturas estuvieran de camino hacia la población siguiente lo que había convencido al Matatrolls de seguir el sendero de Flensburgo.

Félix se detuvo, obedeciendo a algún recóndito instinto, y totalmente inmóvil, aguzó el oído para percibir cualquier cosa que estuviese fuera de lo normal. Tal vez no era más que su imaginación, pero le parecía que la mismísima quietud del bosque constituía una amenaza. Insinuaba la presencia de ancestrales seres malignos que aguardaban el momento oportuno, que esperaban a sus víctimas. Entre

aquellas largas sombras podía acechar cualquier cosa, y sabía que algo los observaba.

Comenzaba a refrescar. Un leve oscurecimiento del lóbrego entorno indicaba que caía la noche sobre el lecho de hojas, y el poeta se volvió para mirar por encima del hombro, temeroso del silencio, pero más aún de sonidos que indicaran persecución. Cuando miró de nuevo hacia adelante, Gotrek y Kat habían desaparecido en un recodo del sendero. En algún lugar distante aulló un lobo, y él apresuró el paso para darles alcance.



El poeta alzó la mirada hacia Gotrek, que se encontraba frente a él, sentado contra el tronco de un árbol caído y con los ojos fijos en las profundidades del fuego; observaba las oscilantes llamas como si en ellas pudiese adivinar alguna misteriosa verdad. Sus manos jugaban ociosamente con los pedernales que usaba para encender el fuego; iluminados desde abajo, los severos ángulos de su rostro parecían tallados de un modo tan tosco como la pared de granito de un acantilado. Las

oscilaciones del fuego hacían que las sombras se persiguieran unas a otras por sus mejillas, y sus tatuajes formaban manchas umbrías como los signos de alguna enfermedad terminal. La luz se reflejaba en la pupila de su único ojo sano, que brillaba con destellos inhumanos como una estrella espejada en las profundidades de un charco somero. Junto a él yacía Kat, inmóvil y respirando con regularidad, al parecer dormida. Gotrek sintió que Félix lo observaba, y alzó la mirada hacia él.

—¿Qué te inquieta, humano?

El poeta apartó los ojos del fuego. La brillante imagen residual de las

llamas anuló su visión nocturna, pero a pesar de ello escudriñó las sombras que se extendían bajo los árboles en busca de alguna señal que le indicara que había observadores escondidos. La imagen de los desprevenidos habitantes de Kleinsdorf metiéndose en la cama con las fuerzas del Caos acercándose con sigilo hacia ellos se formó en su mente sin previo aviso. Buscó algo con que responderle, y se decidió por la verdad.

—De hecho estoy..., estoy un poco preocupado, Gotrek. Por alguna extraña razón, lo que vimos en ese pueblo me ha asustado; saben los dioses por qué.

—El miedo es para los elfos y los niños, humano.

—No crees realmente eso que acabas de decir, ¿verdad?

Gotrek sonrió, y a la luz del fuego los pocos dientes que le quedaban parecieron aún más amarillos de lo que eran.

—Sí.

—No esperarás que crea de verdad que los enanos nunca tenéis miedo, ¿no? ¿O sois los Matatrolls quienes no conocéis el miedo?

—Cree lo que quieras, humano. De todas formas, yo no he dicho eso. Sólo un estúpido o un maníaco desconoce el

miedo; sólo un niño o un cobarde permite que su miedo lo domine. Un guerrero se distingue por dominar el miedo que siente.

—¿La destrucción del poblado no te ha asustado? ¿No tienes miedo, ahora? Ahí fuera hay algo, Gotrek; algo maligno.

El Matatrolls se echó a reír.

—No. Yo soy un Matatrolls, humano. Nací para morir en el combate. No hay lugar para el miedo en mi vida.

Félix sacudió la cabeza, pues no sabía si Gotrek se burlaba de él. Estaba habituándose a los erráticos cambios

anímicos del enano y comenzaba a sospechar que había momentos en los que el Matatrolls mostraba algo parecido al sentido del humor. Gotrek guardó los pedernales en su zurrón y aferró el mango del hacha.

—Descansa tranquilo, humano. Nada puedes hacer por los muertos, y si lo que los ha matado está predestinado a encontrarnos, tampoco puedes hacer nada para impedirlo.

—¿Y se supone que eso tiene que tranquilizarme?

De modo repentino, la atmósfera de camaradería se evaporó con la misma presteza con que se había formado, y el



enojo ardió en la voz del enano cuando volvió a hablar.

—No, humano, no tiene que hacerlo; pero créeme lo que voy a decirte: si yo encuentro a los asesinos, lo pagarán con sangre. Una maldad semejante a la que hemos presenciado en el día de hoy no quedará impune.

En ese momento, no había ni rastro de sentimientos humanos en la voz de Gotrek, y al mirar el extraño ojo del enano Félix vio la locura, la ardiente violencia inhumana que aguardaba el momento de hacer erupción. Apenas durante un segundo creyó las palabras del enano y compartió su demente

convicción de que podía enfrentarse a los Poderes Siniestros que habían destruido la aldea. Luego recordó la descomunal magnitud de los estragos causados, y el momento pasó. Ningún guerrero, ni siquiera uno tan poderoso como Gotrek, podría resistir algo así. Se estremeció y se arropó más con la capa.

Para ocultar la ansiedad que sentía, se inclinó y echó más leña al fuego. Los tallos finos se marchitaron y prendieron, y las chispas comenzaron a ascender con lentitud. Un humo acre le provocó escozor en los ojos cuando comenzaron a quemarse las ramas recubiertas de líquenes. Se enjugó las

lágrimas vertidas a causa del humo y habló para llenar el silencio.

—¿Qué sabes acerca de los hombres bestia? ¿Crees la historia que cuenta la niña sobre el ataque al pueblo?

—¿Por qué no? Las bestias han morado en estos bosques desde que mi pueblo expulsó a los elfos hace casi tres mil años. Muchas veces a lo largo de la historia, sus hordas han atacado las ciudades de enanos y hombres.

Félix experimentó un cierto asombro ante la forma tan despreocupada con que el enano se refería a acontecimientos que habían tenido lugar hacía tres mil años. La

guerra a la que había hecho referencia era anterior a la fundación del Imperio y contenía información de muchos siglos de historia humana. ¿Por qué los eruditos no les prestaban más atención a los enanos cuando compilaban sus registros? La parte de Félix que había sido estudiante consideraba al enano como un repositorio de información arcana de primera mano, y lo escuchaba con atención mientras intentaba memorizar todo lo que Gotrek decía.

—Yo pensaba que las bestias eran simples mutantes, humanos exiliados que habían involucionado hasta convertirse en hombres bestia, alterados

por el poder de la piedra de disformidad. Algunos de nuestros doctos profesores afirman eso.

Gotrek sacudió la cabeza como si desesperara a causa de la estupidez de la humanidad.

—Esos mutantes siguen a las hordas como lacayos o adeptos, pero los hombres bestia propiamente dichos son una raza independiente, cuyos orígenes se remontan a la Era de la Aflicción. Proceden de la época de las primeras incursiones de Caos en este mundo, de los tiempos en que los Poderes Siniestros se aventuraron por primera vez a atravesar los Portales Polares para

afligir a este triste planeta. Bien podrían ser los primogénitos del Caos.

—He oído historias sobre ellos según las cuales auxiliaban a los paladines del Caos. Se dice que conformaban el grueso de las tropas que atacaron Praag hace dos siglos y que eran parte del numeroso ejército rechazado por Magnus el Piadoso. — Félix se acordó de hacer la Señal del Martillo al mencionar el nombre del Santificado.

—No me resulta sorprendente, humano. Los hombres bestia rinden culto a la fuerza casi tanto como al Caos. ¡Los paladines de los Poderes

Malignos están entre los guerreros más grandiosos que recorren este mundo! ¡Que Grimnir los maldiga! Espero que la historia de la niña humana sea verdad y que pronto pueda enfrentarme con esos diablos de armadura negra. Sería un combate digno y, si se tercia, una muerte digna.

—Es seguro que lo sería —respondió Félix, que deseaba fervientemente que esa situación no se produjera. Cualquiera circunstancia que pudiese imaginar que implicara la muerte de Gotrek a manos de un guerrero del Caos conllevaría, sin duda, su propio fin poco después.

»¿Y qué me dices de la niña? — susurró luego—. ¿Crees que es lo que afirma ser? ¿No podría estar confabulada con los atacantes?

—Es sólo una niña, humano. No tiene el hedor de los Oscuros. Si lo tuviera, ya la habría matado.

Para su horror, Félix advirtió que los ojos de Kat estaban abiertos de par en par, y que los observaba a ambos con expresión atemorizada. Sus miradas se encontraron, y el poeta se avergonzó al ver un miedo tan enorme en los ojos de alguien que ya había sufrido tanto como ella. Se levantó, rodeó el fuego, la cubrió con su gastada capa y la arropó.



—Duérmete —le dijo—. Estás a salvo.

El mismo deseaba creerlo. Vio que el ojo de Gotrek estaba cerrado, pero la mano aferraba con firmeza el mango del hacha, así que se tendió sobre las hojas que había apilado para formar su lecho y, durante largo rato, contempló las estrellas que destellaban fríamente a través de las ramas. Cuando se durmió, su sueño fue inquieto y lo acecharon antiguas pesadillas.

\* \* \* \* \*

—Has fracasado, amada mía —dijo el Kazakital, el Príncipe Demoníaco, con calma. La miró a través de sus ojos usurpados, y Justine sintió que un estremecimiento la recorría hasta el núcleo de su ser.

Retrocedió, pues conocía bien los castigos que podía infligir su patrón cuando estaba disgustado. Instintivamente, sus dedos se cerraron sobre el puño de rubí de su negra espada de guerra. Sacudió la cabeza y la gran melena de cabello negro listado de blanco se agitó. Se sentía indefensa. A pesar de que tenía un pequeño ejército de hombres bestia a su servicio, sabía

que no podrían hacer nada por ayudarla. En presencia del patrón nadie podría auxiliarla, nadie. Se alegraba de que el viejo chamán de los hombres bestia, Grind, y sus acólitos, se hubiesen retirado más allá del Altar Negro cuando concluyó la invocación, pues no deseaba tener testigos de su derrota.

—Todos los de la aldea están muertos, como decidimos ambos — mintió, a sabiendas de que era inútil.

La negra armadura ya comenzaba a apretarla como una prensa, y en las terminaciones nerviosas comenzaba a sentir ligeras punzadas de dolor. Si el demonio así lo deseaba, sabía que muy

pronto se encontraría sumergida en un océano de agonía.

—La niña vive. —La hermosa voz del demonio continuaba siendo inexpresiva, indiferente, carente de emoción.

Justine intentó evitar su mirada, pues conocía los efectos que su vista tendría sobre ella. Sabía que ya habría comenzado a cambiar el cuerpo de la víctima propiciatoria por una forma que se pareciese más a la suya verdadera.

Miró a su alrededor. En lo alto, las dos lunas brillaban en maligna conjunción; Morrslieb, la luna del Caos, estaba en fase llena, y Mannslieb, en

fase nueva. Durante esa noche y las dos siguientes, el poder del Caos sería fuerte en la tierra, lo bastante fuerte como para invocar al patrón demoníaco y hacer que saliera de su hogar infernal, situado más allá de la realidad; lo bastante fuerte como para que poseyera el cuerpo del hombre que le habían ofrecido en aquel altar de las profundidades del bosque.

A través de la espesa nube roja que rodeaba el altar, ella podía ver los fuegos de campamento de sus seguidores; las llamas quedaban desdibujadas por las dulces brumas rojas que teñían la noche. No eran más

que diminutas estrellas comparadas con el brillante sol del aura del demonio. Oyó que se movía y reconoció el crujido correoso de las alas al emerger de la espalda del cadáver. Centró su atención en las cabezas empaladas que rodeaban el altar, y los pálidos semblantes del conde Klein y su hijo, Hugo, le devolvieron la mirada y trajeron a su mente los recuerdos de la noche anterior.

El anciano conde se había comportado como un luchador; había salido a su encuentro con una maza de pinchos, vestido a medias con una cota de malla echada precipitadamente

sobre su cuerpo. La había maldecido llamándola «condenada cachorra infernal de las tinieblas», y Justine vio el miedo escrito en su rostro cuando detrás de ella apareció la horda de gors y ungors que entraba precipitadamente a través de la destrozada puerta del castillo. Casi había sentido lástima por el estúpido viejo bigotudo, porque siempre le había caído bien. Había sido digno de la muerte de un guerrero, y ella se la había otorgado con rapidez.

El joven se encontraba de pie detrás de su padre, con el semblante pálido de terror, y había dado media vuelta y echado a correr a través del patio

empapado de sangre, donde los seguidores de ella asesinaban a los soldados medio dormidos. Lo había seguido con facilidad, de manera implacable, con la negra armadura fundida con su piel para garantizarle mayor resistencia y fuerza.

La persecución por el castillo a oscuras había acabado en el dormitorio de Hugo, donde ella supo en todo momento que debía concluir. Ése, al fin de cuentas, era el sitio en el que todo había comenzado. El joven se encerró dentro y bramó a los dioses para que lo salvaran, pero ella había destrozado la puerta de una patada con su pie



acorazado y había entrado como un demonio vengador.

El lugar tenía casi idéntico aspecto al que ella recordaba. Lo dominaba el mismo lecho enorme; las mismas finas alfombras de Bretonia cubrían el piso; las mismas cabezas de venado y trofeos de caza adornaban las paredes junto a las mismas banderolas y armas. Sólo Hugo había cambiado, pues el muchacho de fino rostro apasionado se había convertido en un hombre rechoncho. El sudor le corría por las mofletudas mejillas, y su rostro tenía el aspecto del de un bebé, incluso con los ojos bizcos de terror. Sí, había

cambiado. Podía ser que otro no lo hubiese reconocido después del tiempo pasado, pero Justine sí. Jamás olvidaría sus ojos, esos ojos vidriosos que la habían seguido desde el momento en que entró en el castillo, más de siete años antes.

Con una mano rechoncha aferraba torpemente una espada larga, que levantó con debilidad, y ella apartó a un lado sin esfuerzo. El arma salió girando por el aire y cayó en el rincón más alejado. A continuación, apoyó la punta de su espada en el pecho de Hugo y presionó ligeramente, con lo que él se vio obligado a retroceder, hasta que

tropezó a los pies de la cama y quedó tendido sobre las sábanas. El olor a excrementos colmó el aire, y el abotagado gusano rosáceo se humedeció los labios.

—Vas a morir —le dijo ella.

—¿Por qué? —logró jadear él.

Entonces ella se quitó el casco, y él profirió un sonoro gemido al reconocer, al fin, su rostro y su largo cabello característico.

—Porque hace siete años te dije que morirías, ¿lo recuerdas? Entonces te echaste a reír. ¿Por qué no ríes ahora?

Presionó un poco más con la punta de la espada, y la sangre comenzó a

formar una flor roja en la seda blanca de la camisa de él, que extendió las manos en un gesto suplicante.

Por primera vez en años, asomaron a los ojos de Justine lágrimas de pasión, y volvió a experimentar la ardiente ola de cólera y odio que le recorrió las venas a toda velocidad y transformó su rostro en una máscara. Empujó el arma con fuerza mientras se regodeaba con el estremecimiento de la penetración y el limpio deslizamiento del metal infernal a través de la carne. Se inclinó y lo clavó en la cama sobre la que la había forzado siete años antes, y una vez más las sábanas se mancharon de sangre.

Se había sorprendido de sí misma. Tras largos años de planificar tantas torturas lentas, deliberadas, deliciosas, lo había despachado de una sola estocada. De algún modo, la venganza parecía menos importante. Había dado media vuelta y abandonado el dormitorio para ir a supervisar el saqueo del pueblo. Había hecho caso omiso de las súplicas de los dos hombres a quienes las bestias estaban subiendo a la horca mientras referían uno de sus incomprensibles chistes macabros. Había sido allá abajo, en el pueblo, donde se había encontrado con la niña. En ese momento, luchaba para

olvidarla.

—No deberías haberle perdonado la vida a la niña, amada mía. —El demonio permitió que un rastro de enojo le asomara a la voz, y la promesa de eternidades de dolor se reforzó con cada palabra pronunciada.

—Yo no le perdoné la vida a la niña; la dejé para las bestias. No tengo la responsabilidad de matar a cada triste golfillo de una aldea.

Entonces la azotó un latigazo de palabras del demonio.

—No mientas, amada mía. Le perdonaste la vida porque eres demasiado blanda. Por un instante

permitiste que la mera debilidad humana detuviese tu mano y te apartara del camino elegido. Eso no puedo permitirlo, ni tú tampoco, porque si ahora cambias de rumbo lo habrás perdido todo. Créeme, si dejas que la niña continúe con vida, tendrás motivos para lamentarlo.

En ese momento, Justine alzó los ojos hacia el demonio y, como siempre, la impresionó la pulida belleza quitinosa de aquel ser. Vio su forma negra acorazada, el brutal rostro hermoso que la miraba desde debajo del casco grabado con runas, y al contemplar los resplandecientes ojos rojos percibió su

fuerza. Era un ser que no conocía la debilidad ni la compasión; era perfecto. Algún día, ella podría ser así. Apartó el pensamiento de su mente y sonrió con aparente placer.

—Tú lo comprendes, amada mía; conoces la naturaleza de nuestro pacto. La senda del guerrero del Caos no es más que una prueba. Síguela hasta el final y hallarás poder e inmortalidad. Desvíate del camino y sólo encontrarás condenación eterna. El Gran Khorne recompensa a los fuertes, pero aborrece a los débiles. Las batallas que libramos, las guerras que emprendemos, no son más que pruebas, crisoles destinados a



consumir nuestra debilidad y refinar nuestra fortaleza. Debes ser fuerte, amada mía.

Ella asintió, hipnotizada por la belleza de aquella voz líquida y seducida por la promesa de no conocer ni el dolor ni la debilidad, de ser perfecta, de no permitir que por ningún resquicio de su armadura penetrase el horror del mundo. El demonio tendió una mano provista de garras, y ella la tocó.

—Se avecina una era de sangre y oscuridad, una época de terror y cólera. Muy pronto, los ejércitos de los cuatro Grandes Poderes avanzarán desde los

desiertos polares, y el destino de este mundo será decidido mediante acero y hechicería oscura. El bando ganador quedará en posesión de este mundo, amada mía, que será dominio eterno de los vencedores. Este planeta será limpiado de asquerosa humanidad, pues tendremos que remodelarlo todo a nuestra imagen. Tú puedes estar en el bando victorioso, amada mía, ser uno de sus privilegiados paladines. Lo único que tienes que hacer es ser fuerte y consagrarle tu fuerza a nuestro Señor. ¿Deseas eso?

En ese momento, mientras miraba los ardientes ojos de la criatura y oía la

sedosa calidad persuasiva de su voz, sintió que no le cabía duda alguna.

—¿Quieres unirte a nosotros, amada mía?

—Sí —jadeó ella—. Sí.

—En ese caso, la niña debe morir.

\* \* \* \* \*

Justine atravesó la multitud de sus seguidores para ocupar su sitio en el trono de madera tallada, y una vez en él apoyó la espada desnuda de través sobre sus piernas y se encaró con los

más poderosos de la horda, los gors. La espada era para todos los presentes un recordatorio de cómo gobernaba ella, un símbolo desnudo de su poder. Contaba con el favor del dios demonio, y la expresión de ese favor era el poder que ejercía. Era probable que a los hombres bestia no les gustase, pero tendrían que tolerarla hasta que uno de ellos, de acuerdo con su primitivo código, pudiera vencerla en combate singular. Y ninguno la desafiaría si tenía un poco de sensatez, pues todos conocían la profecía de Kazakital, hecha cuando ella fue ascendida a las filas de guerreros del Caos. Todos sabían lo que

había dicho el demonio: que ningún guerrero la vencería jamás en combate. Todos habían sido testigos de esa verdad, aunque, de todas formas, eran hombres bestia y desafiar a su líder constituía para ellos un propósito instintivo.

Esa noche ella casi deseaba que uno se atreviera a intentarlo, pues su sed de sangre era enorme, como sucedía siempre que hablaba con su patrón. Miró la tela sobre la que descansaban los hombres bestia: un enorme tapiz que ella recordaba haber visto anteriormente cubriendo toda una pared. En él se veían escenas de batalla

y cacería pertenecientes al pasado de la familia Klein; entonces estaba cubierto por el fango y las hojas de árboles que había en el suelo del calvero, y sucio por los excrementos de los propios hombres bestia. Ordenaría que la quemaran, pues no quería que quedase nada que pudiera recordarle a alguien la existencia de la familia Klein.

El hecho de ver las cabezas de animales de sus seguidores apoyadas con indolencia sobre la posesión favorita del conde Klein le recordó lo mucho que había cambiado el mundo desde aquella mañana funesta en que huyó del dormitorio de Hugo hacia las

profundidades del bosque.

La escena que entonces tenía ante los ojos era como algo salido de los grabados de pesadilla del artista demente, Teugen: enormes animales astados y ataviados con armadura caminaban entre los retorcidos árboles del oscuro bosque. Parecían una maligna parodia del ideal caballeresco, un trastorno del orden natural de las cosas, como si las bestias del bosque se hubiesen alzado para desposeer a los advenedizos humanos, como acabarían por hacer. Los servidores del Caos derrocarían todos los reinos de los hombres, y ella ya había comenzado. A

medida que se propagara la noticia de sus victorias, serían cada vez más los servidores del Caos que acudirían a reunirse bajo su estandarte, y pronto tendría un ejército enorme, y todo el poder del Imperio temblaría. Por algún motivo, aquella perspectiva ya no la emocionaba como lo habría hecho en otra época. Descontenta, apartó a un lado el pensamiento.

Miró a los capitanes de su futuro ejército y se preguntó qué órdenes debía darles. Los recorrió con ojos calculadores mientras se preguntaba cuándo y de dónde surgiría el primer desafío a su liderazgo. Podría proceder



de cualquiera de ellos, puesto que eran todos gors, el tipo de hombres bestia más grandes y poderosos, y los más violentamente ambiciosos.

Vio la actitud afectada que adoptaba Hagal, cuyos cuernos de macho cabrío brillaban recubiertos de oro y su reluciente pelaje rubio relumbraba a la luz del fuego. De todas las bestias que la seguían, pensaba que él era el que con más probabilidad la desafiaría; instigaría el Choque de Cuernos. Sus espías le habían dicho que era el que más ruidosamente se quejaba cuando se reunían en torno a los fuegos de campamento; opinaba que era

antinatural que los liderase una hembra. Era el más hosco, el que siempre cuestionaba sus órdenes, aunque nunca hasta el punto de que ella se viese obligada a retarlo. No obstante, él aguardaba el momento adecuado, quizá con la esperanza de que ella se debilitaría, pues si se enfrentaban en combate entonces, sabía que ganaría Justine.

Contra Lurgar, Justine estaba menos segura de la victoria, pese a la profecía; el enorme ser de pelaje rojo y cabeza de toro era el más salvaje de sus guerreros a la hora de la batalla, un frenético bebedor de sangre, cuya ansia

de matar se veía sólo superada por su hambre de carne humana. Era una figura mortal cuando se apoderaba de él la locura de la lucha, y Justine casi temía un desafío, pero pensaba que era improbable que la retara, a menos que alguien le metiera la idea en la cabeza. El hombre toro era demasiado estúpido como para tener excesivas ambiciones, y se contentaba con seguir a cualquier líder que prometiese enemigos con los que luchar y comida para alimentarse. De todas formas, aunque no era un líder natural, constituía una herramienta perfecta para que cualquier otro decidiese gobernar por medio de

él.

Y, a su lado, se encontraba alguien que obviamente pensaba eso mismo: el viejo chamán, Grind. Para ser un hombre bestia, Grind era inteligente y poseía cierta astucia, lo que entre los corruptos pasaba por ser erudición. Podía tirar los huesos y leer presagios, hablar con espíritus e interceder ante los Poderes Malignos. En los tiempos precedentes al ascenso de Justine al poder, era él quien hacía el sacrificio para Kazakital, el Príncipe Demoníaco. Pero el gordo toro de blancas melenas estaba demasiado viejo para engendrar muchos hijos en el Gran Celo, y por

tanto, no podía convertirse en líder de la partida de guerra. Justine sabía que eso no le impedía estar resentido con ella por imponerse a la condición de él como autoridad de la tribu, ni simplemente odiarla por ser hembra, y no ignoraba tampoco que no podía permitirse el lujo de subestimarle; de eso, no le cabía duda. El chamán estaba lleno de rencor y malicia, y sus palabras influían en muchos de los soldados rasos del ejército de bestias.

Tryell el Sin Ojos no era ninguna amenaza real; el gran guerrero de dignidad heroica estaba marcado por la piedra de disformidad. No tenía ojos,

pero podía ver tan bien como cualquier otro, y, como alguien marcado por el Caos, sentía un miedo tremendo ante Justine por considerar que contaba con el favor especial del dios. Sólo vivía para matar y añadir ojos nuevos a su colección.

Luego estaba Malor Melena Gris, a cuyo padre había matado Justine para asumir el liderazgo de la horda. Si el joven sentía algún resentimiento, lo ocultaba bien. Seguía las instrucciones de ella al pie de la letra, luchaba bien y demostraba tener una sensata capacidad de juicio. A menudo sus planes eran mejores que los de caudillos

que le doblaban la edad, y ya era un gran guerrero, aunque aún no tenía la fuerza plena de la flor de la vida. Que los otros refunfuñaran y dijeran que él era miembro del consejo sólo debido a la amistad que le profesaba a ella. Justine sabía que algunos incluso murmuraban una abominable mentira: aseguraban que, secretamente, era su pareja. La mujer sabía que él se había ganado el puesto por méritos propios y que el lugar que ocupaba estaba plenamente justificado por sus hazañas.

De todos aquellos que comandaba, pensaba que sólo podía depositar cierta confianza en los guerreros del Caos de

negra armadura que había reclutado en las Tierras Desoladas, mucho antes de regresar al bosque. Habían hecho juramento de servirla, y, de alguna forma, ella deseaba que estuviesen allí en ese momento para proporcionarle algo de apoyo; pero se encontraban ausentes. Esa noche se hallaban en las profundidades del bosque, donde llevaban a cabo sus propios ritos, destinados a propiciar el ingenio demoníaco, al que dotaban de sangre y almas en preparación de las duras batallas que se avecinaban.

Los hombres bestia alzaban ojos expectantes hacia ella, un semicírculo



de rostros animales, cuyos ojos mostraban tanto inteligencia humana como lujuria inhumana, y de pronto se alegró de tener la espada tan a mano. Se sentía aislada y fuera de lugar en aquel sitio y, como siempre antes de que diera comienzo la reunión del consejo, experimentó un estremecimiento de expectación. ¿Sucedería entonces? ¿Alguien la retaría?

Se preguntó qué órdenes les daría. Nunca había pensado en lo que iba a hacer más allá de ese punto, y las dudas que hasta ese momento la habían acometido, se redoblaron. Había vivido

para la venganza, y después de haberla llevado a cabo, se sentía vacía. Cuando hablaba con Kazakital resultaba fácil ser firme en el propósito, sentir lealtad hacia su causa, pues el Príncipe Demoníaco tenía un efecto casi hipnótico sobre ella; pero cuando él desaparecía, las dudas regresaban. Se preguntó si realmente quería lo mismo que quería él, ya que había logrado su principal propósito con la muerte de Hugo.

Se dijo que era sólo el cumplimiento de un deseo abrigado durante largo tiempo lo que hacía que se sintiese así. Durante siete años la había impulsado

la venganza, y entonces ese ímpetu la había abandonado tras la muerte de su torturador. No obstante, era natural que se sintiese vacía después de tantos años, así que se obligó a concentrarse y a sentir el deseo de poder e inmortalidad que experimentaba con tanta facilidad en presencia de su demoníaco amo. Se asomó ligeramente a ese sentimiento, y eso le bastó.

—Hemos acabado con nuestras primeras víctimas —les dijo con voz poderosa—, pero queda una superviviente. Según las órdenes recibidas, debe morir. Lo exige nuestro Señor.

—Debemos buscar más sitios de hombres; matar más —declaró Hagal al mismo tiempo que miraba a su alrededor con sus ojos dorados—. ¿Por qué preocuparnos por una sola superviviente?

Grind dio unos golpecitos en las losas del suelo con un báculo tallado en un fémur humano.

—Dejadlos que vivan, que hagan correr el rumor. Con el rumor llegará el miedo, y el miedo es nuestro amigo.

«Siempre este constante ponerme a prueba —pensó ella—. Siempre este constante rondar en busca de alguna debilidad». Incluso las cuestiones

sencillas se transformaban en pequeñas escaramuzas, ya que los hombres bestia intentaban aumentar su propia dignidad a costa de los otros. Su sociedad se basaba en la jerarquía de la fuerza; demostrar debilidad, cualquier clase de debilidad, era una merma para el prestigio.

—Porque lo exige nuestro Señor; porque el rojo Kazakital, el Elegido de Khorne, dice que debemos hacerlo.

Malor volvió su mirada gris hacia Grind y Hagal.

—¿Y por qué lo exige nuestra líder, Justine?

—¿Quién eres tú para cuestionar las

exigencias de nuestra líder? —le preguntó Tryell directamente a Hagal. «Así que el rumor sobre la hostilidad que había entre ellos es cierto», pensó Justine. Perfecto; eso reforzaba su propia posición.

—Yo no cuestiono a nuestra líder, sino la necesidad de buscar a un solo humano cuando podríamos encontrar docenas de ellos. ¿Estás tan ansioso por encontrar a la niña porque le perdonaste la vida anoche?

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó Tryell, con una precipitación excesiva—. ¿Quieres que nos batamos?

Justine tuvo la sensación de que

Tryell intentaba encubrir aquel asunto, aunque no le importaba porque también ella le había perdonado la vida a la niña. ¿O era a eso a lo que pretendía llegar Hagal? ¿Era aquello una crítica sutil, dirigida contra ella? No le convenía permitir que la pelea continuara. Si Tryell mataba a Hagal, perfecto, pero si las cosas salían al revés, perdería un auténtico aliado entre los caudillos de los hombres bestia, y dudaba de que pudiera encontrar un sustituto.

—No habrá ningún reto —declaró con voz suave, pero lo bastante fuerte como para que la oyeran todos los

presentes—. ¡A menos que sea conmigo!

La reunión guardó silencio en espera de ver si alguien la emplazaría para el Choque de Cuernos, y Justine vio que Grind se lamía los labios con expectación. Miró a Hagal a los ojos y se dio cuenta de que, por un momento, él se sintió tentado de aceptar el desafío. Por un instante, sostuvo la mirada de ella, y a los ojos del hombre bestia asomó la sed de sangre al mismo tiempo que su mano se desplazaba para descansar sobre el puño de su arma. Ella sonrió con la esperanza de provocarlo para que la retara, pero al



final él pareció pensárselo mejor, y bajó la cabeza.

—Muy bien —declaró ella en tono terminante—. Tryell, llévate a tus guerreros y encuentra a la niña que tiene el pelo como el mío. Se la ofreceré yo misma a Kazakital. El resto de vosotros, reunid a vuestros soldados, porque vamos a marchar hacia la siguiente ciudad humana, donde hallaremos dignidad matando más hombres.

Todos asintieron en señal de aprobación y se marcharon. Justine se quedó a solas con sus pensamientos en el gélido calvero, mientras se

preguntaba qué haría cuando le trajesen a la niña.



—¡Despierta, humano! ¡Algo se acerca!

Félix salió del sopor con la mente aún envuelta en restos de sueños inquietantes, sacudió la cabeza para despejársela y sintió dolor en el cuello y la espalda a causa de haberse acostado sobre el frío suelo del bosque. El helor había atravesado el aislamiento que le proporcionaban las hojas de los árboles

y había drenado la fortaleza de su cuerpo. Se puso de pie con lentitud, se frotó los ojos soñolientos y, con tanto sigilo como pudo, desenvainó la espada y miró a su alrededor.

Gotrek se encontraba de pie cerca de él, como una sólida estatua que estuviera congelada ante la mortecina luz del fuego que se extinguía. El resplandor rojo de las brasas se reflejaba en la hoja del hacha, y parecía que el enano tenía entre las manos un arma pintada de sangre.

Félix alzó los ojos hacia el cielo, y vio que las lunas ya casi se habían puesto. Afortunadamente, el alba no

estaba lejos.

—¿De qué se trata? —preguntó, pero la voz se le atascó en la garganta y salió como un susurro rasposo. No necesitaba ver la postura de alerta del enano para saber que algo iba mal, pues en el bosque había un aire de callada amenaza que hasta él podía percibir.

—¡Escucha!

Félix obedeció, y forzó el oído para captar cualquier sonido insólito. Al principio, sólo pudo oír los fuertes latidos de su propio corazón. No percibía nada fuera de lo normal, sólo los zumbidos y cantos de los insectos nocturnos y el susurrar de la brisa en las

hojas de los árboles. Pero luego, desde algún lugar distante, le llegó el murmullo de unas voces tan quedas que podrían haber sido un simple producto de su imaginación. Miró al Matatrolls en ese momento, y el otro asintió.

Félix volvió la cabeza para ver qué había sucedido con Kat, y vio que también ella estaba despierta y se encontraba sentada y encorvada junto a la hoguera. Sus ojos se abrían de par en par y parecían asustados a la luz del fuego. El poeta rogó que el sol saliera pronto; apartó la mirada del fuego y la volvió hacia las sombras, decidido a no

volver a menoscabar su visión nocturna.

—Kat, echa más leña al fuego —dijo en voz baja, y experimentó una tentación casi abrumadora de volverse para ver si lo había obedecido, pero luchó contra la misma y se sintió aliviado al oír movimiento tras de sí y el crepitar de la madera que prendía. Las sombras se retiraron con rapidez y la isla de luz en que se encontraban se extendió hasta abarcar la zona más cercana del bosque, donde los árboles parecían titanes monocromáticos en la mortecina iluminación.

El poeta permanecía completamente inmóvil. A despecho del helor de la

noche, el sudor le corría por la espalda y humedecía sus ropas; tenía las palmas de las manos resbaladizas, sentía que la fuerza abandonaba su cuerpo, y experimentó el impulso de huir de lo que fuese que se aproximara, que, sin duda, no hacía ningún intento de avanzar con sigilo.

A lo lejos, pudo oír pesados pasos, y en un momento le llegó un quejido. Los músculos del estómago se le habían puesto tensos y en el vientre tenía una sensación de estremecimiento, de conmoción. La incauta aproximación de los enemigos delataba una confianza abrumadora. ¿Estaría a punto de

conocer a los destructores de Kleinsdorf?

Lo más extraño fue que comenzó a experimentar el impulso de avanzar en dirección al ruido, de investigar, de no limitarse a permanecer junto al fuego como un carnero que aguarda su sacrificio. Para calmarse, blandió unas cuantas veces la espada a modo de experimento. El arma silbó al hender el aire, y las runas de la hoja relumbraron con mayor brillantez, como expectantes ante el conflicto que se avecinaba. El ejercicio de los músculos y la alacridad de la espada encantada con empuñadura en forma de dragón



tuvieron la virtud de relajarlo un poco, y en sus labios se dibujó una sonrisa. Si moría allí, no moriría solo.

Su confianza se desvaneció cuando entre los árboles resonó un coro de aullidos procedente de media docena de triunfantes gargantas bestiales. En la oscuridad que precede al alba, eran como ecos de sus pesadillas, de cosas que había allí afuera, cosas con las que no deseaba enfrentarse. Los perseguidores sabían que estaban cerca, y se preparaban para irrumpir y matar. Félix tuvo ganas de lanzar el arma y echar a correr; las fuerzas salieron de él como el vino de un vaso volcado. A sus

espaldas, Kat gimoteó, y él oyó ruido de un movimiento sigiloso, como si la niña se arrastrara para ponerse a cubierto.

—Calma, humano. Hacen eso para asustar a sus enemigos, para debilitarlos antes de la matanza. No permitas que te domine el miedo.

La tronante y serena voz de Gotrek era casi tranquilizadora, pero Félix no pudo evitar el pensamiento de que, con independencia de lo que sucediera, el resultado sería aceptable para el Matatrolls. O bien vencería a los atacantes o, más probablemente, hallaría una muerte heroica. El poeta se preguntó si aquél no sería un momento

adecuado para señalar que, si él no sobrevivía, no quedaría nadie que pudiese dejar constancia del glorioso fin de Gotrek. Su sentido del humor lo hizo reír quedamente, y oyó que el Matatrolls se le aproximaba.

Tenían a los enemigos prácticamente encima, pues entonces oía el arenoso raspar de sus pies sobre el sendero. No podían encontrarse a más de cien pasos de distancia, y Félix miró a su alrededor para buscar un sitio donde ponerse a cubierto. Debajo del árbol más grande había una zona de arbustos, y se preguntó hasta qué punto sería recomendable ocultarse entre ellos

y salir luego para tomar por sorpresa a los que se acercaban, o no salir para nada con la simple esperanza de que los engendros del Caos no lo encontrasen; pero se dio cuenta de que para él era una esperanza muy tenue.

—Kat —susurró al mismo tiempo que señalaba con la punta de la espada hacia los escaramujos—. Ocúltate allí. ¡Si algo nos sucede a Gotrek y a mí, quédate escondida!

Se sintió gratificado cuando vio que la pequeña silueta se precipitaba hacia los matorrales, se tendía sobre el vientre y reptaba hasta perderse en el sotobosque. De ese modo, tal vez

tuviese alguna posibilidad de sobrevivir si ellos perecían.

«¿Cómo nos habrán encontrado?», se preguntó. ¿Era simple mala suerte? ¿Serían una partida de exploradores que había tropezado con ellos? ¿Habría quizás en juego algún tipo de hechicería malévola? Cuando el Caos estaba involucrado, nunca podía saberse. Por un momento, se permitió la fantasía de que no era más que un error, que se trataba de un grupo de comerciantes que les darían cobijo; pero sabía que sólo los muertos o sus asesinos marcharían de noche por el camino de Kleinsdorf, y ese pensamiento hizo que

se estremeciera.

El sonido de los pasos estaba entonces tan cerca que tuvo la sensación de que los perseguidores aparecerían ante su vista de un momento a otro, y deseó que las lunas ponientes se librasen de las nubes que las cubrían y le proporcionaran más luz. Como si Sigmar hubiese atendido a su plegaria, se abrió una brecha en el dosel de nubes, y entonces deseó que eso no hubiese sucedido.

La misteriosa luz plateada de Mannslieb se mezclaba con el resplandor de tono sangre de la luna de la brujería, Morrslieb, y luego se filtraba

a través de las copas de los árboles para caer sobre el rostro de quienes los acechaban: aberraciones procedentes de los más disparatados confines de sus pesadillas.

En cabeza iba un mutante sujeto con una trailla, que avanzaba agachado muy cerca del suelo, olfateando el sendero; era el autor del sonido resollante que Félix había oído. Tenía un rostro perruno sin pelo y una nariz enorme, y el collar de púas que le rodeaba el cuello estaba unido a una pesada cadena de acero, cuyo otro extremo sujetaba un poderoso hombre bestia con cabeza de macho cabrío.

Poseía una musculatura descomunal; sobre los hombros llevaba una capa de cuero, y le rodeaba el cuello un collar que parecía compuesto por ojos desecados. No tenía ojos propios, sino sólo una extensión de carne blanca en las cuencas. No obstante, caminaba como si fuese capaz de ver, y Félix se preguntó qué hechizo de Caos permitía algo semejante. En la otra mano llevaba una enorme porra con la punta provista de púas; el extremo se veía rodeado por coaguladas sustancias, en cuya naturaleza Félix prefería no pensar.

Detrás de él, avanzaban sus secuaces: pequeñas versiones hechas



según el mismo monstruoso patrón, musculosos gigantes encorvados que llevaban lanzas y espadas herrumbrosas. Unos ojos bestiales, que el fuego tornaba rojos, los miraban con ferocidad desde cabezas de macho cabrío y venado. Aparte del líder, ninguno presentaba estigma obvio alguno de futura mutación. La visión de aquello le puso a Félix la carne de gallina, y el pensamiento de lo que habían hecho en el poblado la noche anterior lo inundó a la vez de miedo y cólera.

El líder sin ojos se detuvo para hacer a sus seguidores un gesto con una

inmensa mano de prominentes nudillos, y éstos entraron en el claro y formaron un semicírculo ante el hombre y el enano. Félix se colocó en posición de ataque, y obligó a sus músculos a relajarse como le había enseñado su profesor de esgrima. Intentó aquietar la mente, calmarse, pero ante aquellos enormes monstruos le resultó imposible.

Durante un largo rato, el hombre y la bestia se miraron con ferocidad a través del umbrío calvero, y Félix se obligó a fijar la vista en los ojos del cabeza de cabra más cercano. «Voy a matarte», pensó con la esperanza de

intimidar a la criatura, pero la boca de animal se abrió y le sacó la lengua mientras en los labios aparecían pequeñas motas de espuma. Daba la impresión de estar burlándose del poeta. «Bueno, entonces tal vez no lo haga», pensó Félix, y sonrió.

Tenía ganas de mirar a Gotrek para ver qué iba a hacer el Matatrolls, pero no se atrevía a apartar la vista de sus oponentes porque temía que pudiesen atacar con celeridad sobrenatural si miraba para otro lado. Eso era lo peor de enfrentarse a enemigos de naturaleza desconocida: ¿quién sabía de qué podían ser capaces?

Los nombres bestia mantenían posiciones como si no supieran muy bien qué hacer ante dos oponentes impertérritos, y se miraban unos a otros entre divertidos e indecisos. «Tal vez estén decidiendo quién tendrá prioridad sobre la carne de las presas», pensó Félix. De pronto, se le ocurrió que era extraño que unos seres con una reputación tan horrenda como comedores de carne humana tuvieran cabezas de herbívoro, y se le ocurrió que quizá se trataba de una broma de los Poderes Malignos.

—¿Preparado, humano? —La voz de Gotrek parecía notablemente lúcida

para pertenecer a un loco frenético que estaba a punto de entrar en combate. El tono era profundo y sereno, equilibrado, y no transmitía ni una pizca de emoción.

—Tanto como podré estarlo jamás.

Félix apretó el puño de la espada hasta el punto de sentir dolor, y los músculos de los antebrazos se le pusieron tan rígidos como bandas de acero. Cuando oyó la salvaje risotada del Matatrolls, también él cargó para enfrentarse al enemigo.

\* \* \* \* \*

Kat se desplazó bajo los matorrales. No quería hacerlo, pero la fascinación del horror la impulsó a mirar otra vez hacia el exterior. Sabía que las bestias se acercaban, podía sentirlo, pues el aire transportaba la misma sensación que había percibido la noche anterior. Miró a sus dos benefactores y sintió pena por ellos, porque iban a morir. Pese a que su aspecto era atemorizador, habían intentado ayudarla y no merecían la muerte que les darían las bestias.

Miró a Félix y vio que sus hermosas facciones se debatían entre el miedo desesperanzado y la exultación salvaje.

Comprendía cómo podía suceder eso, porque ella se había sentido igual cuando Karl conducía su carro a una velocidad excesiva por el camino lleno de raíces que afloraban; era una especie de comezón, de estar entusiasmada, asustada y feliz al mismo tiempo. Sin embargo, Félix no parecía muy feliz, y ésa era la diferencia.

El enano sí que lo parecía, pues una sonrisa contorsionaba sus rasgos brutales y dejaba a la vista los espacios vacíos de los dientes que le faltaban. Kat estaba segura de que se había dado cuenta de que lo miraba, porque se volvió hacia ella y le guiñó el ojo sano,

lo que hizo que la niña pensara que, o bien no tenía miedo, o bien era un actor excelente.

Los dos parecían valientes a su manera, y al mirar las muy usadas armas que blandían supo que tenían que ser ambos grandes guerreros. Las runas de la espada de Félix relumbraban con un fuego interior, como el arma encantada de un cuento. El hacha de Gotrek parecía capaz de derribar un árbol de un solo golpe, pero ella sabía que, al final, eso carecería de importancia, porque ambos estaban condenados. Las bestias se encargarían de que así fuese.



Poniendo en peligro su seguridad, profirió un grito ahogado cuando entraron en el claro. El líder, el que sujetaba al mutante con una cadena, era el mismo que le había perdonado la vida la noche anterior en la posada. Sabía que había ido hasta allí a buscarla a ella, sólo a ella, para enmendar el error cometido. Sus seguidores eran algunos de los que habían asolado el pueblo de Kat, todos muy grandes, más altos que Félix y más pesados que Gotrek. Al ver a los dos guerreros que se encontraban de pie junto al fuego, se dio cuenta de lo desigual que sería aquel combate de hombres contra

monstruos; superados en número y fuerza física, no tendrían la más mínima posibilidad de vencer.

Durante un segundo permanecieron inmóviles los unos frente a los otros y, atrapada en lo trágico de la situación, Kat olvidó sus temores y contuvo el aliento. Gotrek tenía las piernas flexionadas como una enorme gárgola y sujetaba el hacha sin esfuerzo aparente. Félix había adoptado la postura clásica del esgrimidor que una vez le había visto adoptar al noble Hugo mientras practicaba. Ante ellos se encontraban reunidas las bestias con desgarrado aire de seguridad, mientras

sujetaban las armas descuidadamente.

—¿Preparado, humano? —oyó que tronaba la voz de Gotrek.

—Tanto como podré estarlo jamás —respondió Félix.

Vio que el Matatrolls pasaba un dedo pulgar por el filo del hacha, hasta que en el mismo apareció una gota de sangre; oyó su risa demente y lo vio cargar. Félix lo siguió, y ella, viéndose incapaz de soportar cómo los hacían pedazos, cerró los ojos.

Oyó un sonoro crujido y un alarido de dolor, y supo que era el enano. Era el primero en morir. Luego le llegó el tintineo del acero contra el acero y unos

roncos gruñidos de esfuerzo, seguidos de otros gritos de dolor. Félix también había caído. Pero los sonidos de lucha continuaron durante más tiempo del que ella habría creído posible, aunque por último se apagaron, tal y como sabía que iba a suceder. Completamente poseída por el terror, abrió los ojos para enfrentarse con su fin.

\* \* \* \* \*

Félix cargó, y ante sí vio que el Matatrolls saltaba a un lado para

esquivar una lanza dirigida contra él. Gotrek cogió el asta de la lanza con la mano izquierda, la deslizó por el arma y la mantuvo inmóvil al mismo tiempo que avanzaba. Una vez que tuvo al hombre bestia al alcance de su hacha, le lanzó un golpe que le partió la cabeza como si fuera un melón. Se oyó un crujido y un estrangulado grito de dolor. «Bien —pensó Félix—, uno menos del que preocuparse».

Se trabó en combate con una monstruosidad que esgrimía una cimitarra contra la que tintineó su espada y melló el acero oxidado de la misma. La criatura era fuerte, pero

carecía de destreza, y la espada encantada de Félix, con vida propia, penetró la guardia del hombre bestia, que, en cuestión de segundos, ya sangraba por varios tajos menores. Profirió un bramido furioso y le lanzó a Félix un tajo que podría haberlo cortado en dos, pero él saltó hacia atrás y lo desvió, desesperado. Cuando entraron en contacto las armas, saltaron chispas, y el brazo del poeta quedó entumecido a causa del impacto.

Alzó la vista hacia el rostro de la bestia y vio que tenía los labios moteados de espuma y que en sus ojos danzaba la demencia. Volvió a atacar al

hombre, trazando con la cimitarra un arco borroso en el aire. Por reflejo, Félix se agachó y avanzó al mismo tiempo que impulsaba su espada hacia lo alto. Las tibias entrañas de la bestia se derramaron sobre sus manos, y ésta retrocedió con paso tambaleante mientras intentaba sujetarse los intestinos con una mano y gimoteaba como un cerdo degollado. El otro hombre bestia se había recobrado de la sorpresa de ser atacado, y saltó a la refriega.

Cargó, entonces, con la cabeza gacha y dirigió la lanza a un punto situado a unos quince centímetros

detrás de la espalda de Félix, pero resbaló con las entrañas de su compañero y cayó a los pies del poeta. El joven dirigió al cielo una plegaria de agradecimiento a Sigmar y lo decapitó de un solo tajo; luego se volvió barriendo el aire con la espada, y acabó con la agonía del otro.

Gotrek ya había puesto fin a la vida de sus dos enemigos menores y se encontraba trabado en duelo con el hombre bestia que lideraba el grupo. El rastreador mutante había desaparecido de la vista, y el poeta dedujo que habría huido. Al contemplar la escena de la carnicería, reconstruyó lo que debía



haber pasado. La sorpresiva carga del Matatrolls había consistido en dos tremendos tajos certeros: el primero había partido un cráneo, y el segundo había hendido un costillar. Pero la bestia sin ojos estaba hecha de un material más recio.

El hacha y la porra se movían de un lado a otro con una velocidad que las hacía borrosas, y volaban chispas al golpear el metal estelar contra las púas de acero del extremo de la porra. La bestia era más grande, pero también más lenta, y el impacto del hacha del Matatrolls la hacía retroceder con cada golpe. Félix se preguntó si debía ayudar

a Gotrek, pero decidió que no. Gotrek no se lo agradecería, y la posibilidad de recibir accidentalmente un tajo de aquella hacha resultaba demasiado atemorizadora.

La bestia lanzó un tremendo golpe desesperado a la cabeza del Matatrolls, pero Gotrek retrocedió de un salto y atrapó la cabeza de la porra con la curva de la hoja de su hacha, para luego, con un tirón velocísimo, arrancar el arma de las manos del hombre bestia y dejarlo indefenso.

En el rostro del enano había una expresión de fría furia que Félix jamás le había visto antes. En ella no quedaba

ni rastro de misericordia; sólo cólera e inflexible determinación. Gotrek le asestó un tajo en una pierna que lo derribó, mientras la sangre manaba por la herida que le había cercenado los tendones. La criatura profirió un agudo chillido de dolor y rodó sobre sí misma. Mientras lo hacía, el hacha ancestral descendió como la de un verdugo y la cabeza del hombre bestia sin ojos se separó del cuello, al mismo tiempo que el monstruo se estremecía y se desplomaba sin vida.

El Matatrolls escupió sobre el cadáver, y luego sacudió la cabeza como si sintiera asco.

—Demasiado fácil —sentenció—.

Espero que la guerrera de Chaos sea más dura.

Secretamente, el poeta abrigaba la esperanza de que nunca llegara el momento de descubrirlo.

\* \* \* \* \*

Félix marchaba con paso alegre. No se encontraba cansado a pesar de la falta de sueño de la noche anterior, y el terreno difícil que atravesaban no lo acobardaba. Respiraba profundamente

y disfrutaba, incluso, del aire estancado y de los aromas del húmedo bosque. Al menos, aún era capaz de respirar.

¡Todavía estaba vivo! El sol se filtraba a través de las hojas de los árboles y atrapaba diminutas motas de polvo, a las que hacía danzar como luces encantadas. Tenía ganas de tender una mano y recoger un puñado de ellas, como si fuesen un polvillo mágico. Por un momento, el bosque se vio transformado y atravesaron un soto encantado donde crecían setas de unos treinta centímetros de alto a la sombra de los enormes árboles. En ese instante, no tenían aspecto siniestro, sino que

eran una promesa de la continuidad de la vida.

Todavía estaba vivo. Repetía esa frase para sí como un mantra. Había atravesado el terror y salido por el otro lado, y sus enemigos, los monstruos que habían querido matarlo, estaban muertos. Y él aún se encontraba ahí para sentir el sol, llenarse los pulmones de aire y mirar a Gotrek y Kat, que avanzaban colina abajo con precaución, poniendo los pies sobre las piedras que sobresalían del fango de la senda empinada y resbaladiza.

Sus sentidos se habían agudizado y se sentía más vivo y lleno de energía

que nunca. Era simplemente un deleite estar allí.

Las telarañas destellaban con las gotas del rocío de primeras horas de la mañana, los pájaros cantaban y, por todas partes, la agitación de la vida colmaba el bosque. Los animales pequeños se movían a través de la maleza, y Félix se detuvo para dejar que una serpiente atravesara el sendero sin hacer intento alguno de matarla. Esa mañana tenía una noción clara de lo preciosa y frágil que era la vida.

La lucha con los hombres bestia le había hecho entender con qué precariedad se aferraba a la vida, qué

fácil era cortar la cuerda que lo mantenía sujeto a la existencia. Podía haber sido él quien yaciera en una tumba fría sin marcas o, más probablemente, llenara el estómago de un hombre bestia. La diferencia la habían marcado un poco de suerte, un algo de destreza y el correcto uso de la espada, ya que todo habría podido salir de modo muy diferente. De haber cometido un solo error, tal vez ya no se encontraría allí para disfrutar de aquella gloriosa mañana. Podría estar deambulando por el gris reino neblinoso de Morr, o sumido en la inconsciencia, que, según algunos



eruditos, era lo único que había tras la muerte.

Sabía que ese pensamiento debería haberle causado temor, pero no lo hizo. En ese preciso momento y lugar, era demasiado feliz. Repasaba mentalmente cada golpe de la lucha y recordaba los movimientos casi con amor. Se sentía exultante; se había medido con enemigos poderosos y había logrado vencer, así que ese día el bosque no podía asustarlo.

Comprendía que aquella sensación era artificial, pues había sentido algo parecido en muchas ocasiones después de la lucha, y sabía que se desvanecería

para ser reemplazada por el horror y la culpabilidad ante lo que había hecho; pero de momento podía evitarlo. Se veía obligado a reconocer que, de un modo extraño, había disfrutado con la batalla. La violencia le había resultado atractiva a una parte oscura de su personalidad, una parte que, por lo general, mantenía oculta, incluso ante sí mismo. Por un momento, pensó que casi podía entender a los seguidores del dios de la Sangre, Khorne, que eran adictos al derramamiento de sangre, el combate y la emoción. Era imposible que existiera emoción más grande que la de jugarse la vida. No había apuesta

más alta, excepto, quizá, la de jugarse el alma.

Aquella idea lo hizo reflexionar, pues se dio cuenta de que sus pensamientos habían estado conduciéndolo por el camino del pecado. Tal vez todos aquellos que se habían vendido a los Poderes Malignos habían comenzado de esa misma forma, complaciéndose en su propia faceta oscura. Ya había visto adónde conducía esa senda, así que dejó que su mente cambiara de rumbo.

Más adelante, Gotrek se detuvo para inspeccionar unas huellas que había en el fango. Félix especuló que,

tal vez, su compañero era demasiado adicto a la batalla y quizá, por eso, tenía aquella peculiar vocación: posiblemente lo hiciese tanto para su propia gratificación como por la expiación de los pecados que había cometido. ¿Por qué otro motivo podía alguien seguir un camino tan extraño y que conducía por senderos tan oscuros? Quizá los motivos del Matatrolls eran menos nobles y trágicos de lo que él pretendía.

El poeta suspiró al pensar que jamás lo sabría. El enano era un extraño para él, producto de una sociedad diferente, con un código ético distinto al suyo, quizás incluso con imágenes diferentes

del mundo vistas a través de sentidos distintos. Dudaba de que lograra comprender alguna vez a Gotrek, ya que, en cada ocasión que sentía que estaba cerca de conseguirlo, la comprensión se le escapaba. El enano era diferente, fuerte en sentidos que Félix nunca podría agudizar, valiente más allá de la cordura y, aparentemente, inconsciente del dolor y la fatiga.

¿Acaso, por eso, lo seguía Félix? ¿Porque lo admiraba y deseaba ser como él? ¿Para tener su certidumbre y su fuerza? Desde luego, su vida habría sido muy diferente si aquella noche de

borrachera en Altdorf no hubiese hecho el juramento de seguir al enano. Tal vez habría sido más feliz, aunque, por otro lado, no habría visto ni la mitad de las cosas que había visto, para bien o para mal. En algunas ocasiones, el Matatrolls parecía su propio demonio personal, enviado para trastornar su vida y conducirlo hacia las tinieblas.

Descendía con cautela por la pendiente y miraba dónde ponía los pies; sentía las duras rocas a través de las finas suelas de cuero de las botas. Al llegar al pie de la colina, vio qué estaban mirando Gotrek y Kat. El sendero se bifurcaba en dos ramales y

en el de la derecha había un mojón leguario; no era la habitual losa de piedra colocada para marcar los caminos del Imperio, sino un simple trozo de un tronco de árbol. Félix leyó lo que había escrito en él.

—Así que dentro de un par de horas estaremos en Flensburgo — comentó.

—Si aún está de pie, humano — respondió Gotrek, y escupió.

\* \* \* \* \*

—¡Ojalá fuese tan valiente como tú, Félix! —dijo Kat.

El poeta observó el despejado claro. Allí el bosque era menos espeso y se veían signos de deforestación, pues el suelo estaba sembrado de tocones de árboles a cuyo alrededor crecía una enmarañada vegetación. Aquí y allá había arbolillos jóvenes, y en el aire flotaba un ligero aroma a madera recién cortada. A lo lejos creyó oír el rugido de un río, y en lo alto, a través de las aberturas entre los árboles, se veía el cielo brillante, limpio y azul. No obstante, todos podían ver en la lejanía, por el este, estaban formándose grandes



nubes de tormenta. Los nubarrones se apilaban unos sobre otros como enormes montañas insustanciales que avanzaban cada vez más hacia ellos. Se trataba de otro mal presagio.

Bajó los ojos hacia la niña y vio que su rostro manchado de hollín tenía una expresión seria.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que me gustaría ser tan valiente como tú.

Al oír aquello, él se echó a reír. Algo de su franqueza y evidente deseo de gustar lo conmovió.

—Yo no soy valiente.

—Sí que lo eres. Fuiste valiente al

luchar contra aquellas bestias... Fue algo como lo que haría el héroe de un cuento.

Intentó imaginarse a sí mismo como el héroe de una de las sagas a las que había sido aficionado en su infancia, como un Sigmar o un Oswald. Por algún motivo, no acabó de lograrlo, pues se conocía demasiado bien. Aquellos hombres habían sido como dioses, sin tacha. De hecho, Sigmar se había convertido en dios, el dios patrón del Imperio que había fundado. La gente como él jamás conocía el miedo, la duda ni la venalidad.

—Estaba asustado; sólo intentaba

conservar la vida. No soy valiente...  
Gotrek sí que lo es. —Pero ella sacudió  
la cabeza con determinación.

—Sí que lo es, pero también tú lo  
eres. Tenías miedo y, a pesar de eso,  
luchaste. Creo que es tu manera de ser  
valiente.

La niña hablaba con absoluta  
seriedad, y a Félix le resultó divertido y  
no poco halagador.

—Nunca nadie me había acusado  
de eso antes.

Kat se volvió e hizo un puchero,  
pues pensaba que el poeta estaba  
riéndose de ella.

—Bueno, pues yo de todas maneras

pienso que eres valiente, y no me importa lo que digan los demás.

Félix se irguió y se arropó más con la capa. Era extraño... Se había habituado a considerar a Gotrek como el héroe de un relato épico sobre cuya muerte se suponía que él debía escribir. Hasta el momento, jamás se había imaginado a sí mismo como parte de esa narración. Siempre se había visto más como un observador invisible, un cronista de las hazañas del enano, al que no se mencionaba en el texto. Tal vez la niña tenía razón; tal vez también debería dedicar algo de espacio a sus propias aventuras.

*La saga de Gotrek y Félix.* No... *Mis Viajes con Gotrek*, por herr Félix Jaeger. Podía imaginarse el libro encuadernado en cuero, impreso en immaculados tipos góticos en una de las imprentas de su padre. Por supuesto, la obra estaría escrita en Reikspiel, pues sería un volumen popular. La lengua clásica era demasiado remilgada, el idioma de los eruditos, abogados y sacerdotes. Tal vez sería leído en todo el mundo conocido, y él se haría tan famoso como Detlef Sierk o el mismísimo Tarradasch.

Incluiría todas sus diversas aventuras, como la destrucción del aquelarre durante la Noche de Difuntos

y sus escaramuzas con los jinetes de lobo en las tierras de los Reinos Fronterizos. Todos los acontecimientos que condujeron a la destrucción del fuerte von Diehl. También narraría sus aventuras en la oscuridad de debajo del mundo, sus batallas con el hombre astado y su viaje por los pozos de plaga situados debajo de Altdorf.

Intentó imaginarse cómo se presentaría a sí mismo en la historia... Por supuesto, sería valiente, leal y modesto; pero la realidad comenzó a interferir su ensueño de modo casi inmediato. ¿Valiente? Tal vez. Había hecho frente a algunas situaciones

aterrorizadoras, sin deshonor. ¿Leal? Si permanecía con el Matatrolls hasta el final, ciertamente lo sería. ¿Modesto? Improbable ya que ¿hasta qué punto era modesto eso de introducirse uno mismo en el relato épico de las aventuras de otra persona? Tal vez no era una idea tan buena, a fin de cuentas. Tendría que esperar a ver qué pasaba.

—Si tú no eres el héroe y lo es Gotrek, ¿por qué viajas con él?

—¿Por qué haces unas preguntas tan difíciles de responder, pequeña? —inquirió Félix con la esperanza de que el Matatrolls no pudiese oírlo, ya que se

había adelantado avanzando por el calvero, sumido en sus propios severos pensamientos.

«Es una pregunta difícil», pensó Félix. ¿Por qué seguía al Matatrolls? La respuesta más sencilla era que había hecho un juramento. Se había comprometido aquella noche de borrachera después de que el Matatrolls lo sacara de debajo de los cascos de la caballería del Emperador, y estaba obligado por su honor a cumplir dicho juramento, ya que le debía la vida al enano.

Al principio había pensado que era ése el motivo por el que permanecía



junto a Gotrek, pero entonces tenía otra teoría. El enano le había ofrecido la excusa perfecta para correr aventuras, ver lugares remotos y cosas oscuras que le interesaban y lo emocionaban. Podría haberse quedado en casa para convertirse en un aburrido comerciante como su hermano mayor, Otro, pero nunca había querido eso y se rebelaba contra la idea. La empresa del Matatrolls le proporcionó un motivo para abandonar Altdorf, y que él había usado para racionalizar su deseo de marcharse. Desde entonces, había llevado una vida extraordinaria, que no se diferenciaba mucho de la existencia

del héroe de una saga. Ya no sabía qué iba a hacer si dejaba de viajar con Gotrek, pues no podía imaginarse el regreso a su anterior estilo de vida.

—Que me condenen si lo sé —  
respondió finalmente.

\* \* \* \* \*

La flecha se clavó en el tronco del árbol que estaba junto a Gotrek, y allí se quedó vibrando. El Matatrolls miró el entorno con ojos feroces, olfateó el aire y sondeó las altas pasturas. ¿Acaso las

bestias habían vuelto para darles alcance? ¿Por qué no se habían limitado a matarlos?

Félix miró las plumas negras de la cola de la flecha, y pensó que el venablo no podía pertenecer a un hombre bestia, ya que no parecía el tipo de armas que emplearía uno de ellos, y Kat no había mencionado que hubiese visto alguno armado con arco. Se le puso la carne de gallina ante la amenaza de peligro, y aguzó los sentidos por si podía oír algo; pero lo único que percibió fue el viento en las ramas de los árboles, el canto de los pájaros y el ruido del río lejano.

—Ése ha sido un disparo de advertencia —les gritó una voz áspera e inculta—. No os acerquéis más.

«A sotavento —pensó Félix—; el arquero está a sotavento. Muy profesional». El mismo pensamiento, sin duda, acababa de ocurrírsele a Gotrek cuando lanzó una mirada feroz hacia el punto del que procedían las palabras.

—También yo te daré un disparo de advertencia, ya lo creo que sí. Sal y enfréntate con mi hacha —dijo—. ¿Sois guerreros o cobardes?

—No habla como un hombre bestia —comentó otra voz situada más a la

izquierda. Se trataba de una voz cordial, que contenía un rastro de alegría que no podía controlar, por sería que fuese la situación.

—¿Quién puede saberlo...? Éstos son tiempos extraños. Ciertamente, no se parece a un hombre. —Eso fue dicho por una mujer situada en algún punto detrás de ellos, y Félix se volvió para mirar, pero no logró ver nada. La zona que mediaba entre sus omóplatos se contrajo; esperaba que allí se le clavara una flecha en cualquier momento.

—¿Estás insinuando que yo podría pertenecer a tu débil raza? —inquirió Gotrek con voz cargada de cólera—. Te

haré tragar esas palabras, humano. ¡Soy un maldito enano!

—Tal vez deberías dominarte hasta que podamos verlos —susurró Félix. Luego gritó—: Perdonad a mi amigo. Es un gran enemigo de los Poderes Malignos y se ofende con facilidad. No somos ni hombres bestia ni mutantes, como podéis ver con facilidad, sino guerreros a sueldo camino de Nuln para buscar trabajo. No tenemos intención de causaros ningún mal, quienesquiera que seáis.

—Sin duda, habla muy bien —declaró la primera voz—. No disparéis, muchachos... hasta que yo lo diga.

—Podría ser un hechicero... Dicen que son hombres educados —sugirió la voz de la mujer—. Tal vez la niña es familiar suya.

—¡Naaah! Ésa es Kat, de la posada de Kleinsdorf. Me ha servido muchas veces, y reconocería ese pelo en cualquier parte. —La voz jovial pareció reflexiva durante un momento—. Tal vez la han secuestrado. He oído decir que en Nuln hay un buen mercado de vírgenes para fines sacrificiales.

Félix pensó que las cosas, con toda facilidad, podían ponerse feas. Aquella gente parecía asustada y se comportaba de manera suspicaz, y no haría falta

mucho para convencerlos de que lo llenaran de flechas e interrogaran a la niña después. Se estrujó el cerebro en busca de una salida mientras abrigaba la esperanza de que Gotrek pudiese dominar su natural inclinación a lanzarse de cabeza hacia los problemas, o ambos estarían acabados.

—¿Eres tú, *herr* Messner? — preguntó Kat, de pronto.

«Que Sigmar bendiga a la niña — pensó Félix—. Que sigan hablando; cada palabra que se diga aumentará el contacto y hará que les resulte más difícil pensar en nosotros como enemigos anónimos».



—No los matéis. Me han protegido de las bestias. No son brujos ni adoradores del Caos. —Miró a Félix con ojos brillantes—. Es *herr* Messner, uno de los guardabosques del anciano duque. Solía cantarme canciones y contarme chistes cuando iba a la posada. Es un hombre bueno.

«Probablemente ese hombre bueno está a punto de clavarme una flecha entre los ojos», pensó Félix.

—Kat dice la verdad. Matamos a unos hombres bestia, y puede ser que tengamos que matar a muchos más. Destruyeron Kleinsdorf... Podrían estar de camino ahora mismo. Los lidera una

guerrera de Khorne.

Un hombre corpulento y barrigón salió de los árboles situados a la derecha de Félix. Iba ataviado con pieles y una abigarrada capa de colores verde y marrón. Félix se sorprendió, porque podría haber mirado al hombre varias veces sin darse cuenta de que estaba allí. En una de sus grandes manos llevaba un arco, pero no apuntaba ni a Gotrek ni a Félix, y sus movimientos eran extraordinariamente sigilosos para alguien de su corpulencia.

Se detuvo a diez pasos del borde del camino y los contempló como si estuviese midiéndolos. Tenía el rostro

maltratado y los grises cabellos ralos; la nariz parecía rota y aplastada, y las orejas, infladas a causa de repetidos golpes como las de un boxeador veterano. Sus ojos eran grises y fríos como el acero.

—¡Naaaah!... No tenéis pinta de engendros del infierno, eso seguro. Pero si no lo sois habéis escogido un buen momento para anclar vagando por el bosque... cuando todas las almas corruptas desde aquí hasta Kislev se han puesto en movimiento.

—Y, entonces, ¿por qué estáis vosotros aquí? —preguntó Gotrek con una expresión siniestra. Era obvio que

apenas podía controlar la ira.

—No es que tenga que responder a esa pregunta, quede claro, pero es mi trabajo. Yo y los muchachos vigilamos estos bosques por orden del anciano duque, y te aseguro que no me gusta lo que he estado viendo hasta ahora.

Se frotó la nariz con los nudillos de una mano y se quedó mirándolos. Félix intentó calibrar al hombre, que parecía un campesino, pero la agudeza de los ojos y el humor que se adivinaba en la forma que tenía de arrastrar perezosamente las palabras sugerían que se encontraban delante de un hombre inteligente astutamente

camuflado. Parecía que le era difícil enfadarse, pero el poeta supuso que, una vez despertada su cólera, sería un enemigo formidable. Resultaba atemorizador dentro de su estilo calmo, y la despreocupación con que se erguía ante el Matatrolls daba a entender que era alguien que estaba seguro de la autoridad que ejercía. Félix había visto hombres como él con anterioridad, criados fiables que contaban con la confianza de sus señores y, a menudo, dispensaban una justicia instantánea dentro de sus dominios.

—No somos vuestros enemigos —le aseguró el poeta—. Sólo viajamos por el

Camino del Emperador, y no queremos problemas.

El hombre se echó a reír, como si Félix hubiese dicho algo gracioso.

—En ese caso, estás en el lugar equivocado, muchacho. Algo ha alborotado a los hombres bestia de una manera que no había visto en veinte años. Han dejado un rastro de destrucción desde los bosques hasta la montaña, y por lo que decís vosotros también han acabado con Kleinsdorf. Lástima..., siempre me había gustado ese pueblo. ¿Qué hay de Klein y sus soldados? Es seguro que tienen que haber hecho algo.

—Han muerto —respondió Gotrek, y profirió una cáustica carcajada.

El guardabosque lo miró con una expresión de enfado en los ojos.

—¡Naaaah!... Está el castillo. Ha estado allí durante casi seiscientos años. Los hombres bestia nunca atacan las fortificaciones. No tienen la capacidad estratégica necesaria para hacerlo. Es lo que nos ha mantenido vivos en estas tierras condenadas.

—Es verdad; lo que dice Gotrek es verdad —intervino Kat, que hablaba como si estuviese a punto de llorar.

—Yo que tú, me andaría con ojo con la aldea siguiente —le advirtió

Gotrek. Y luego añadió con tono sardónico—: Eso seguro.

Messner se volvió entonces hacia el bosque.

—Rolf... Vete al oeste a ver qué puedes ver —dijo—. Freda... Reúne al resto de los muchachos y nos encontraremos en Flensburgo. Llevaré a nuestros amigos allí. Al parecer las cosas están a punto de ponerse feas.

Los otros no respondieron, y Félix ni siquiera oyó rumor entre los arbustos, pero comprendió que los observadores se habían marchado. Había estado muy cerca de la muerte y, en ningún momento, llegó a ver a sus



posibles verdugos. Sintió que volvía a invadirlo el desagrado que le inspiraban los bosques; prefería los sitios donde un hombre podía ver aproximarse el peligro. Messner les hizo un gesto para indicarles que lo siguieran.

—Vamos. Por el camino podréis contarme lo que sabéis. Para cuando lleguemos a Flensburgo, quiero saber lo que sucedió con exactitud.

\* \* \* \* \*

Un anciano se encontraba sentado con

las piernas cruzadas sobre una esterilla de juncos, cerca de la puerta de una cabaña de troncos, fumando en una larga pipa curva. Él y un niño jugaban a damas con guijarros sobre un tablero dibujado en la tierra. Alzó los ojos del juego y contempló a Félix con la muy agudizada suspicacia del habitante de los bosques hacia los desconocidos, antes de expulsar varias columnas de anillos de humo al aire. Messner lo saludó con un gesto, y el anciano le respondió con un elaborado movimiento de la mano izquierda. «¿Estará ahuyentando el mal de ojo — se preguntó Félix—, o comunicándole

algo al otro mediante lenguaje gestual?»

Observó la pequeña ciudad con interés y prestó una atención especial a los fornidos hombres que llevaban grandes hachas a dos manos. Tenían el rostro cubierto de tatuajes multicolores, y sus ojos eran estrechos y de mirada vigilante. Pisaban fuerte por las enfangadas calles con sus altas botas ribeteadas en piel; tenían la arrogante seguridad de un templario de Middenheim. A veces se detenían a intercambiar chismorreos con los gordos comerciantes que se cubrían la cabeza con sombreros de piel, o para lanzarle impúdicas miradas de soslayo a

una bonita muchacha que acarreaba cubos del río para llenar los barriles de agua potable.

Un hombre de abultada barriga llamó a Messner para que inspeccionara las pieles que tenía extendidas sobre esteras de mimbre ante sí, y que obviamente eran la selección del botín de un cazador. Messner sacudió la cabeza con gesto cordial y continuó avanzando. Sólo se detuvo para dejar que pasaran unos risueños niños descalzos, que perseguían un cerdo.

Pasaron frente a un local de ahumados, ante el cual pendían grandes jamones y mitades de jabalí, y a

Félix se le hizo la boca agua al percibir el olor de la carne. Había pollos colgados de los aleros por el cuello, y esa escena le trajo al poeta el desagradable recuerdo de los hombres colgados de la horca del exterior de Kleinsdorf, así que apartó la vista.

Messner avanzó hasta la casa de un escriba y, tras una breve consulta, cogió pincel y tinta, y escribió algo en un trozo pequeño de papel. Luego salieron y se encaminaron hacia una jaula situada en el exterior de otra cabaña de madera, en cuyo interior había cinco gordas palomas grises; el guardabosque sacó uno de los pájaros, le sujetó el

papel al anillo de una pata, lo soltó y contempló con cierta satisfacción cómo el ave se encumbraba hacia el cielo.

—Bueno, he cumplido con mi deber, y el anciano duque recibirá aviso —dijo—. Tal vez Flensburgo todavía pueda salvarse.

Félix pensó que quizá sí; ciertamente era bastante defendible y debía contar con unas setecientas personas. Flensburgo se hallaba situada cerca de un meandro del río y parecía un enorme campamento de explotación forestal más que un pueblo o ciudad. Estaba amurallada por dos lados con un foso y una empalizada de troncos, y la

curva del río protegía los otros dos flancos. Desde unos terraplenes, empujaban al agua balsas con grandes pilas de troncos, que la corriente arrastraba hasta vaya a saberse qué mercado... «Probablemente el de Nuln», pensó Félix.

Al aproximarse, habían visto docenas de cuadradas cabañas de troncos dentro de las gruesas murallas de madera de la población, cada una construida como un fuerte en miniatura, con robustas paredes de troncos y planos tejados de turba. En aquel lugar, dominaba la funcionalidad, y supuso que algunos de los edificios

serían almacenes y factorías. Uno de ellos tenía una tosca forma de martillo hecha con dos maderos y colocada en el tejado: un templo dedicado a Sigmar.

Una vez que traspasaron la puerta, bien fortificada, comprobó que la gente de Flensburgo era como en su ciudad: severa, austera, funcional. La mayoría de los hombres iban ataviados con pieles, tenían rostros duros y hoscos, y ojos de mirada igualmente dura. Contemplaban a los dos desconocidos con desconfianza, y su estado vigilante parecía innato. Casi todos llevaban hachas de leñador, y algunos, los que iban vestidos con funcionales ropas de



guardabosques, usaban arcos. Las mujeres vestían prendas más alegres: faldas de muchas capas, justillos acolchados, y llevaban el cabello envuelto en pañuelos rojos y con lunares. Las matronas marchaban por las calles fangosas con cestas llenas de productos agrícolas, seguidas por procesiones de niños, como las patas que conducen a sus polluelos en fila.

La gente de esa zona cercana a la linde meridional de las tierras forestales era de estatura más baja que los habitantes de las ciudades del Imperio. Su cabello era predominantemente de color arena, y su complejión, más

morena y bronceada. Félix sabía que se les conocía por ser gente pesimista, temerosa de lo divino, supersticiosa, pobre y carente de educación. Al mirar a aquellas personas podía creer todo eso, pero se dio cuenta de que los prejuicios de las ciudades contaban sólo la mitad de la historia.

No estaba preparado para encontrar una actitud orgullosa e intrépida, sino que había esperado hallar a los siervos oprimidos de un señorío; en cambio, aquellas personas lo miraban sin temor a los ojos y caminaban erguidas entre las atemorizadoras sombras del gran bosque. En un principio, había pensado

que Messner era un hombre excepcional, pero en ese momento veía que era un ejemplo típico de su pueblo. El poeta había esperado hallar siervos y encontró hombres libres, y eso por alguna razón, lo complació.

Gotrek miró las murallas y las casas de troncos, y se volvió hacia Messner.

—Será mejor que llames a tu gente y le digas qué deben esperar. No será bueno.

\* \* \* \* \*

Félix miraba fijamente desde la torre de observación hacia el bosque que se extendía más allá del área despejada que rodeaba el pueblo. Pese a no encontrarse ya bajo la sombra de los árboles, éstos le parecían igualmente amenazadores: seres gigantescos, extraños, vivos, cuya sombra daba cobijo a algo hostil. Observó cómo los últimos rezagados del día traspasaban las puertas. Junto a él, Messner mantenía la vigilancia con sus fríos ojos grises.

—La cosa tiene mala pinta; eso seguro —comentó el guardabosque.

—Yo pensaba que a menudo teníais

que enfrentaros a las bestias al vivir en el bosque.

—Luchamos con ellos con bastante frecuencia, y con los proscritos y otras cosas de vez en cuando; pero siempre han sido escaramuzas, y nada más. Nos secuestran un niño, y matamos a unos cuantos. Nos roban los cerdos, y los perseguimos. A veces tenemos que pedirle soldados al anciano duque para montar una expedición cuando las correrías se hacen demasiado feroces, pero nunca antes había visto nada parecido a lo de ahora. Algo los ha alborotado mucho sin duda.

—¿No podría ser esa mujer, la

guerrera del Caos?

—Parece más que probable. Uno oye hablar de ellos en las historias antiguas, los Oscuros, los paladines del Caos, pero nunca espera encontrárselos.

—Ha habido momentos en los que he pensado que esas historias antiguas encierran muchas verdades —comentó Félix—. He visto algunas cosas extrañas en mis viajes, y ahora ya no dudo con tanta facilidad.

—Es la pura verdad, *herr* Jaeger, y me alegro de oír que un hombre educado como tú admite algo así. También yo he visto algunas cosas extrañas en los bosques, y hay más de

un cuento de mi padre del que no dudo. Dicen que en alguna parte de esos bosques está situado un Altar Negro, una cosa dedicada a los Oscuros, donde son sacrificados seres humanos. Dicen que los hombres bestia y... otras cosas... rinden culto allí.

Guardaron un inquieto silencio, y Félix sintió que el pesimismo se posaba sobre él. Toda aquella charla sobre los Oscuros lo había trastornado y dejado inquieto. Volvió a dirigir la vista hacia el claro.

Las mujeres y los niños habían dejado de trabajar en los campos y regresaban hacia la seguridad de las

murallas; llevaban las cestas llenas de patatas y nabos en dirección a los almacenes. El pueblo estaba preparándose para el asedio. Otras mujeres que habían estado recogiendo nueces y hierbas en el bosque habían regresado horas antes, cuando sonó la gran trompa de alarma.

Los guardabosques y los leñadores estaban dentro comprobando que los barriles de agua estuviesen llenos, haciendo estacas y poniéndoles puntas metálicas a las lanzas. Se podía oír el constante silbido y el golpe sordo de las flechas que hacían impacto en los blancos, lo que indicaba que los



arqueros seguían practicando.

Se preguntó si era más sensato que él se quedara o que se escabullera dentro del bosque. Tal vez podría coger una balsa y dejarse ir río abajo. No sabía qué era peor, si el pensamiento de estar a solas en el bosque o el de encontrarse atrapado allí cuando los rodearan las fuerzas del Caos. Intentó descartar esos pensamientos como indignos y recordar las palabras de Gotrek acerca del dominio del miedo, pero el terror de quedar atrapado en el laberinto de árboles lo importunaba de modo constante desde el fondo de la mente.

Al mirar hacia el exterior, vio que un grupo de guardabosques atravesaba a toda prisa los campos, y que traían a alguien herido. Uno de ellos no dejaba de mirar hacia atrás por encima del hombro, como si esperase que los persiguieran, y dos de las mujeres rezagadas se acercaron para ayudarlos.

—Allí están Mikal y Dani — comentó Messner—. Al parecer, han tenido problemas. Será mejor que vaya a averiguar qué ha sucedido. Quédate aquí y mantén los ojos abiertos; si pasa algo, haz sonar la trompa.

Puso el gran instrumento en la mano de Félix y, antes de que éste

pudiese objetar, Messner se había descolgado a través de la trampilla del suelo y estaba a medio camino de la escalerilla. El poeta se encogió de hombros y acarició el suave metal de la trompa con los dedos; el contacto fresco y el peso le resultaban tranquilizadores, aunque tuviese dudas sobre su capacidad para hacerla sonar. Bajó los ojos para mirar la parte superior de la cabeza del guardabosque, y por primera vez reparó en una zona calva que tenía en la coronilla. Luego, devolvió su atención a los campos.

Los hombres avanzaban con paso tambaleante a consecuencia de tener

que sujetar a su compañero. Las puertas del poblado crujieron al abrirse, los habitantes salieron a ayudarlos, con Messner a la cabeza, y Félix vio cómo obedecían de inmediato las órdenes del hombre del duque. El hecho de que Messner era uno de los líderes de la comunidad había quedado claro durante la gran reunión pública celebrada en la plaza aquella tarde. Fornidos leñadores y ancianos, robustas amas de casa y delgadas mozuelas habían escuchado con igual atención la jovial voz que describía el peligro que se avecinaba.

Nadie había discutido con él, ni

dudado de sus palabras, y dado que Messner respondía de ellos, nadie había puesto en tela de juicio la historia contada por Gotrek y Félix. También habían escuchado con actitud respetuosa a Kat, a pesar de que era una niña. Incluso en ese momento podía recordar todo lo que habían dicho y hecho cuando ellos acabaron de hablar; el silencio, las severas expresiones fatalistas de los rostros, el cálido sol de la tarde en su propia nuca. Recordaba cómo las mujeres que tenían bebés habían dado media vuelta con el fin de llevar a sus hijos a la cabaña central, el templo de Sigmar, y cómo la

multitud se había apartado sin decir una sola palabra para dejar que pasaran.

De modo igualmente silencioso, los hombres se habían dividido en escuadrones de arqueros y hacheros, y a Félix le resultó evidente que estaba siendo testigo de una rutina muy practicada, que se había establecido precisamente para un caso como éste. Messner había dado las órdenes con su habitual voz serena; no se había proferido un solo grito, ni había necesidad de hacerlo, pues esas gentes tenían la disciplina de aquellos para quienes la disciplina representaba el

único medio de supervivencia en una tierra dura.

En cierto modo, les había envidiado su sentido comunitario; confiaban de modo implícito los unos en los otros y, hasta donde podía ver, nadie dudaba de la capacidad ni la lealtad de los otros. Comprendió que debía ser la otra cara de la moneda de la vida en una comunidad aislada: todos los que estaban allí conocían a los demás de toda la vida, y sus lazos de confianza tenían que ser resistentes y fuertes.

Durante un rato, Félix había tenido la sensación de ser el único que se encontraba fuera de lugar en aquel

pueblo; pero luego reparó en Kat. También ella se mantenía algo apartada de la multitud, diferenciada de los niños que allí había tanto por su extraño cabello como por su ropa mugrienta. Entonces, había experimentado un fuerte sentimiento de compasión por la niña, y se preguntó qué sería de ella. Por lo que Messner y Kat habían comentado por el camino, dedujo que era huérfana y, dado que la madre de Félix había fallecido cuando él era aún niño, eso reforzó el sentimiento de empatía que la chiquilla le inspiraba.

«¿Acaso Kat es importante para la



guerrera de la Oscuridad?»), se preguntó Félix. Los hombres bestia con los que había luchado, ¿eran simples exploradores o habían ido a buscar a Kat? No por primera vez en su vida, se encontró pensando que ojalá supiese más cosas acerca de las costumbres de los Oscuros, pero, puesto que sabía que ésa era una idea pecaminosa, la apartó a un lado mientras oía los lamentos del herido mientras lo entraban a través de las puertas.

Kat avanzó apresuradamente hacia la base de la torre de vigilancia porque sentía la necesidad de estar a solas. Se había cansado de permanecer sentada

junto a la gran hoguera central, y ni siquiera la presencia de Gotrek la tranquilizaba. Se sentía muy sola en medio de todos aquellos adultos atareados; en realidad, no había nadie con quien pudiera hablar, y por primera vez se dio cuenta de que ya no conocía a nadie en ese mundo y que no tenía sitio en él. Las llamas le recordaban demasiado los incendios de Kleinsdorf. La escalera apenas crujió bajo sus pies desnudos mientras ascendía hacia la trampilla con la agilidad de un mono.

Félix se encontraba sentado y a solas, y miraba hacia la oscuridad. Hacía ya rato que se había puesto el sol

como una mancha de sangre en el horizonte; la luna mayor había ascendido por el cielo, y su luz plateada bañaba el entorno. Una brisa suave refrescó las mejillas de Kat e hizo que el bosque susurrara y murmurara de modo amenazador. Félix lo contemplaba como hipnotizado, perdido en sus propios pensamientos, y ella atravesó con rapidez la torre y se sentó a su lado, con las piernas cruzadas.

—Félix, estoy asustada —dijo, y él bajó los ojos para mirarla y le sonrió.

—También yo, pequeña.

—¡Deja de hacer eso!

—¿Hacer qué?

—Llamarme *pequeña*. Lo mismo que hace Gotrek. Nunca llama a nadie por su nombre, ¿verdad? Me llamo Kat, y deberías llamarme así.

Félix sonrió de nuevo.

—De acuerdo, Kat. ¿Podrías hacer algo por mí? Quizá sea importante para todos nosotros.

—Si puedo, sí.

—Háblame de tus padres.

—No tengo padres.

—Todo el mundo tiene una madre y un padre, Kat.

—Yo, no. Me encontró Heide, la esposa de Karl, dentro de un cesto que

estaba donde siempre recogía las bayas.

Félix se echó a reír.

—¿Te encontraron debajo de un arbusto de bayas?

—No tiene gracia, Félix. Dicen que por los alrededores había un monstruo que mataron los del pueblo. Querían matarme a mí también, pero Heide no lo permitió.

Félix luchaba para mantener una expresión impasible, aunque se le pasaron las ganas de reír al ver lo seria que estaba la niña.

—No, es verdad: no tiene gracia.

—Ellos me acogieron y me cuidaron, y ahora están muertos.

—¿Tenían Karl y Heide alguna idea de quiénes eran tus padres? ¿Alguna idea, por remota que fuera?

—¿Por qué me preguntas todo eso, Félix? ¿Es importante de verdad?

—Podría serlo.

Kat evocó aquella noche del pasado en que el viejo Karl se había emborrachado, cuando él y Heide pensaron que ella dormía. Se había escabullido hasta la cocina de la posada para beber un vaso de agua, y había oído por casualidad lo que decían. Cuando se dio cuenta de que hablaban de ella, se quedó inmóvil al otro lado de la puerta. Entonces, el recuerdo de

aquella noche volvió como un torrente a su memoria. Había deseado preguntarles más cosas, preguntarles qué querían decir; pero tuvo demasiado miedo, y entonces se daba cuenta de que ya nunca tendría oportunidad de hacerlo.

—Una vez los oí hablar de una muchacha que estaba en el castillo y tenía el pelo como el mío —comenzó con voz queda mientras luchaba por recordarlo todo—. Se llamaba Justine, y era una prima lejana del conde Klein, o algo así; una parienta pobre que había ido a vivir con la familia. Desapareció un año antes de que yo naciera, y nadie

supo nunca qué le había sucedido.

—Creo que yo sí lo sé —comentó Félix en voz baja.

Unas pisadas se aproximaron a la base de la torre, la escalerilla se estremeció, y Messner asomó la cabeza a través de la trampilla.

—Ya veo que sigues aquí, *herr* Jaeger. He venido a relevarte. Baja a comer algo, y tú también, niña. ¿No hay señales de Rolf? Continúa sin aparecer.

—Yo no he visto nada —respondió Félix.

—Me pregunto qué puede haberle sucedido.





—¿Cómo te llamas? —preguntó Justine, y el hombre al que habían capturado sus exploradores, le escupió.

Ella le hizo un gesto de asentimiento a Malor, y el hombre bestia le asestó un puñetazo. Se oyó un crujido cuando se le rompieron las costillas, y el hombre se desplomó. De no haber sido por las bestias que lo sujetaban, habría caído al suelo.

—¿Cómo te llamas?

El nombre abrió la boca, y por su barbilla resbaló sangre que le goteó en

el justillo de cuero. Justine tendió una mano y humedeció en ella las puntas de los dedos, que luego se lamió. La sangre era tibia y salada, y la mujer sintió que la fuerza la inundaba.

—Rolf —respondió él al fin.

Entonces Justine supo que respondería a cualquier pregunta que le formulase. Sabía que no habían sido los leñadores quienes mataron al grupo de Tryell, ya que el rastreador que sobrevivió al ataque al campamento le había hablado acerca de los guardianes de la niña.

—Hay un enano y un hombre de pelo rubio que viajan con una niña.

Háblame de ellos.

—Vete al infierno que te engendró.

—Eso haré... llegado el momento

—replicó Justine—, pero tú estarás allí para recibirme.

El hombre profirió un alarido cuando uno de los hombres bestia le dislocó un hombro, y todo el cuerpo se le tensó de dolor. Los músculos del cuello sobresalían como alambres tirantes. Finalmente, la historia de cómo se había encontrado con el enano, el hombre y la niña en el bosque salió por los labios partidos. Por último, el hombre dejó de hablar y quedó ante ella, agotado por su propia confesión.

—¡Llévadlo al altar! —ordenó

Justine.

El hombre intentó luchar mientras lo llevaban hacia el túmulo de piedras dedicado a Kazakital, pero sus esfuerzos por escapar resultaron inútiles. Las bestias eran demasiado fuertes y numerosas, y el desdichado lloró de terror al ver lo que lo aguardaba. Estaba más acobardado ante la visión del gran túmulo de piedras y el altar que descansaba sobre él que cuando lo capturaron las bestias. «Debe saber lo que va a sucederle», pensó Justine. La visión de las cabezas del conde Klein y Hugo parecían aterrorizarlo más que

cualquier otra cosa.

—¡No! ¡Eso no! —chilló.

Ella misma se encargó de atarlo y lo transportó con facilidad hasta el altar, mientras el ejército se reunía en espera de lo que iba a ocurrir. Cuando la luna salió de detrás de las nubes, ella les hizo un gesto a los tamborileros para que comenzaran a tocar, y pronto el gran tambor sonó rítmicamente, con tanta lentitud como los latidos del corazón.

Se situó sobre el túmulo de piedras y sintió cómo la fuerza se reunía lentamente. Bajó la mirada hacia el mar de rostros animales vueltos hacia arriba, cuyos ojos aparecían brillantes de

expectación, y entonces desenvainó la espada y la blandió por encima de la cabeza.

—¡Sangre para el dios de la Sangre!  
—gritó—. ¡Cráneos para el Trono de Cráneos!

El grito de respuesta salió de un centenar de gargantas.

—¡Sangre para el dios de la Sangre!  
—¡Cráneos para el Trono de Cráneos!

La respuesta fue aún más potente esa vez, y resonó como un trueno en el bosque.

—¡Sangre para el dios de la Sangre!  
—¡Cráneos para el Trono de

# Cráneos!

La espada descendió y separó las costillas del hombre. Ella tendió una mano enfundada en el guantelete de la armadura, la metió dentro de las entrañas del hombre, y se produjo un horrible sonido de ventosa cuando le arrancó el corazón, que luego alzó por encima de la cabeza.

En alguna parte, en un espacio más allá del espacio, en un tiempo más allá del tiempo, algo despertó y acudió para responder a su llamada. Algo flotó hacia el presente y llegó como un espiral desde el más allá. En el espacio que quedaba encima del altar se

concentró una roja oscuridad palpitante, que fluyó hacia el corazón que ella sujetaba en alto y que comenzó a latir otra vez; entonces, Justine volvió a meter el corazón dentro del pecho de la víctima.

Durante un momento no sucedió nada, y todo permaneció en silencio, pero luego surgió un tremendo grito de la garganta del cuerpo inerte que había sido Rolf. La carne del pecho del cadáver volvió a unirse y comenzó a humear, y el cadáver se sentó sobre el altar. Sus ojos se abrieron, y Justine reconoció a la inteligencia que miraba desde el interior. El cuerpo estaba



transitoriamente poseído por la mente de su demoníaco patrón, Kazakital.

Del cadáver se alzaba humo mientras la carne se desplazaba por debajo de la piel, y un olor entre podrido y quemado invadió las fosas nasales de la mujer. La mente y el poder contenidos dentro de la estructura inmortal estaban moldeándola para que adquiriese una nueva forma, una que guardase algún parecido con la forma inhumanamente hermosa del Príncipe Demoníaco. Justine sabía que el cuerpo quedaría consumido en cuestión de minutos, incapaz de contener el poder que latía

en su interior; pero eso carecía de importancia. Sólo necesitaba unos minutos para comunicarse con su señor y solicitar su consejo, así que resumió con rapidez lo que Rolf le había dicho.

—Voy a ir a ese sitio y los mataré a todos.

—Hazlo, amada mía —respondió la bella voz del Príncipe Demoníaco, como el tañido de una campana, desde dentro del cuerpo en proceso de corrupción. Una vez más, ella notó la sensación de seguridad y adoración que experimentaba siempre en su presencia.

—Mataré a la niña y te ofreceré los corazones del enano y el hombre si

intentan protegerla.

—Será mejor que los mates con rapidez. Son una pareja feroz, implacable y mortal. El enano lleva un arma que fue forjada en los tiempos antiguos para azote de los dioses. Ambos son asesinos despiadados.

—Puedes contar con que ya están muertos. Yo aparezco revestida de armadura en tu profecía. Ningún guerrero me superará jamás en la batalla si lo que dices es verdad.

—Mira dentro de tu corazón, amada mía. Sabes bien que jamás te he dicho nada más que la verdad... y has de saber también esto: si cumples lo que

dices, la inmortalidad y un lugar entre los Elegidos serán tuyos sin ninguna duda.

—Así se hará.

—Entonces, ve con mi bendición.

Propaga el caos y el terror, y no dejes a ninguna de tus víctimas entre los vivos.

La presencia se esfumó, y el cuerpo cayó de cabeza al suelo mientras se deshacía en polvo. Justine se volvió hacia sus soldados y les hizo una señal para que se pusieran en marcha.

\* \* \* \* \*

Félix alzó los ojos hacia el ornado martillo dorado que brillaba a la luz de los primeros rayos de la mañana que entraban a través de la puerta abierta del templo. Las runas grabadas en la cabeza del Martillo le recordaron a las que adornaban la hoja de su propia espada, pero eso no le sorprendió demasiado. Su espada había sido la más preciada posesión de la Orden del Corazón Llameante, un grupo de templarios sigmaritas, y parecía lógico que la espada estuviese grabada con signos sagrados.

Había pocas personas presentes; sólo algunas ancianas que se

encontraban sentadas en el suelo con las piernas cruzadas y oraban. Los bebés con sus madres estaban en el exterior, tomando el fresco mientras pudieran, y Félix supuso que el aire podría resultar irrespirable allí dentro y con las puertas cerradas.

El templo era un santuario sencillo y con un altar desnudo, a excepción de la presencia del Martillo, que se usaba para bendecir matrimonios y contratos. Sigmar no era una deidad demasiado popular allí, ya que la mayoría de los leñadores recurrían a Taal, Señor de los Bosques, en busca de protección, pero suponía que el culto a Sigmar contaría

con un cierto favor. Pocos eran los que querían ofender voluntariamente a los dioses, y el templo les proporcionaba un nexo con la lejana capital. Constituía el símbolo de que existía un Imperio con leyes y gente que las hacía cumplir, y el culto oficial del Estado era un vínculo que unía entre sí a los dispares pueblos remotos del Imperio.

En las paredes no había ni los frisos ni los tapices tan populares en las zonas ricas, y el altar mismo estaba tallado en un bloque de madera, no de piedra. Sintió la tentación de tocar el Martillo para averiguar si estaba bañado en oro o simplemente pintado. Sin embargo, el

labrado del altar no era de calidad ordinaria, y Félix admiró las espirales del canto y una representación de la cabeza del Primer Emperador que no habría quedado fuera de lugar entre los iconos de la catedral de Altdorf. Se preguntó quién sería el autor de aquella talla, y si ésta se quemaría cuando atacasen los hombres bestia.

Félix inclinó la cabeza, hizo la Señal del Martillo y se puso a orar. Rogó que la población fuese librada de todo mal y que se salvaran su vida y la vida de sus amigos. Tocó el Martillo y luego se tocó la frente para que le diese buena suerte. Después se levantó y salió al exterior,



donde se desperezó y sintió que sus articulaciones chasqueaban. Había pasado la noche anterior en la cabaña de Fritz Messner y su familia, en la que el suelo había sido sólo ligeramente mejor que un montón de hojas. Tuvo que admitir que había momentos en los que echaba de menos su mullida cama de Altdorf; en ocasiones, el hecho de ser el hijo de un rico comerciante no había estado del todo mal. Entonces, por ejemplo, podría encontrarse durmiendo la mona en sus dependencias, en lugar de esperando un ataque del Caos en una aldea de la que nadie había oído hablar nunca.

—Félix... —Era la niña, pálida y seria—. *Herr* Messner me dijo que te encontraría aquí.

—Y tenía razón, Kat. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Anoche tuve una pesadilla, Félix. Soñé que algo salía del bosque y se me llevaba. Soñé que estaba perdida en la oscuridad y que había cosas que me perseguían. —Félix podía identificarse con aquello, ya que en muchas ocasiones había tenido sueños similares.

—No pienses en ello, pequeña. Los sueños no son reales y no pueden hacerte daño.

—No creo que eso sea verdad, Félix.

Tuve el mismo sueño la noche antes de que las bestias atacaran mi casa.

De pronto, Félix sintió que un frío helado le calaba los huesos, y se imaginó que las fuerzas del Caos se aproximaban para traerles la muerte inevitable.

\* \* \* \* \*

Justine iba erguida en la silla del lomo de su inmenso caballo de guerra, negro como la medianoche. En lo alto se reunían las nubes de tormenta, unos

nubarrones enormes y oscuros, que parecían reflejar el estado de violenta cólera que hervía dentro de ella. Ese sendero, parte del Camino del Emperador, estaba despejado. Había sido construido a lo largo de los años para permitir que los mensajeros imperiales viajaran con rapidez.

Pensó que era una ironía que un camino semejante fuese a acelerar la inevitable destrucción del Imperio por parte del Caos. Los invasores procedentes de las Tierras Desoladas podrían usar esas vías para avanzar con celeridad hacia el oeste, y comparó esta circunstancia con el proceso mediante

el cual las enfermedades usaban la circulación sanguínea para propagarse por el cuerpo. «Sí —pensó—, el Imperio está agonizando, y el Caos es la enfermedad que lo matará». Secretos grupos de adoradores propagaban la corrupción por las ciudades; bandas de hombres bestia y mutantes llevaban el terror a los bosques; paladines de los Poderes Malignos atravesaban la frontera desde Kislev y las Tierras Desoladas de más allá. Sabía que éstos no eran sucesos aislados, sino síntomas de una misma plaga, de la que serían víctimas primero el Imperio y luego todos los reinos humanos. No..., no

debía pensar en ello como una enfermedad; era una cruzada destinada a flagelar la tierra.

Volvió los ojos hacia el pequeño ejército que la seguía. Primero venían los escuadrones de hombres bestia, enormes, deformes y poderosos; cada uno de los cuales lideraba a sus propios paladines. Detrás de ellos avanzaba, con gran estrépito, el bulto negro que era su arma secreta, el Atronador, el demoníaco cañón largo que había destruido las puertas del castillo Klein y le permitiría tomar otras ciudades fortificadas. Lo arrastraban grupos de esclavos capturados en sus correrías,

conducidos por los artificieros de negra armadura que lo harían funcionar. Cerrando la retaguardia avanzaban los carroñeros, la mal organizada chusma que los seguía como lo harían los chacales con un grupo de orgullosos leones: mutantes, deformes y dementes, expulsados de sus poblaciones y hogares a causa de la aversión de los de su propia especie. Los impulsaba el odio y estaban dispuestos a vengarse contra la humanidad entera.

Allí estaban todos los elementos de su propia vida. Ese camino, la ruta hacia la muerte y la destrucción, no era más que una extensión de la senda que

había seguido durante toda su vida, y ese pensamiento la entristeció. Ese día más que nunca, se sentía dividida, como si tuviese dos almas que habitaran un mismo cuerpo. Una era oscura, decidida, y se alimentaba del asesinato y la carnicería; se gloriaba de su propia fuerza y detestaba a los otros por sus debilidades. Despreciaba la propia debilidad de ella, y sabía que era la parte que Kazakital cultivaba con mayor atención, como un jardinero de Parravon nutría sus flores infernales. Contenía las semillas de la condición de demonio y de la inmortalidad; era un ser puramente odioso, decidido,



determinado y fuerte.

La otra alma era débil, y ella la detestaba. Era la parte que estaba asqueada de la interminable violencia de su vida y quería que acabara. Era la que sufría y tenía la necesidad de ceder para que el dolor no cayera sobre otros. Había permanecido sumergida durante mucho tiempo y había sido retorcida hasta casi resultar irreconocible a causa de los acontecimientos de su vida. Hasta la muerte de Hugo, ella ni siquiera se había permitido saber que existía, ya que el pensamiento era demasiado horrible y su necesidad de venganza excesivamente fuerte y

urgente. Había hecho el pacto con el demonio siete años antes, y necesitó mantenerlo con el fin de llevar a cabo su venganza. Pero en ese momento su propósito se había realizado, y ella tenía dudas una vez más.

Esas dudas se centraban en la niña; podía recordar la época en que la llevaba dentro de sí, cómo crecía y daba pataditas. Había nacido durante el largo, terrible período de su deambular por los bosques, cuando había tenido que escarbar para buscar raíces y gusanos con los que alimentarse, beber de los arroyuelos y dormir en los huecos que encontraba bajo los árboles.

Fue su única compañía durante los días terribles que pasó después de huir, asustada y horrorizada. Era una presencia que crecía en su interior mientras el hambre, las penurias y el espanto la volvían loca poco a poco.

Dudaba de que ella o la criatura pudiesen haber sobrevivido si no hubiese encontrado a las mujeres bestia en el bosque; si ellas no la hubieran acogido, protegido y alimentado. Las recordaba como seres extrañamente dulces y tímidos en comparación con los gors y los ungors. Habían actuado según las instrucciones de su patrón demoníaco, eso había quedado claro

después, pero de todas formas les estaba agradecida por lo que habían hecho. Le habían quitado la niña el mismo día del nacimiento y desde entonces hasta ese momento no había vuelto a verla. Se había ganado el derecho de saber que los largos años de pruebas y batallas habían formado parte del plan de su patrón, una estrategia demoníaca, destinada a permitirle trascender su mera condición humana y unirse a las filas de los Elegidos. Sabía que era su último vínculo con la humanidad y la despreciaba..., y también se maravillaba ante ella.

Recordaba cómo había comenzado

todo. Las bestias la habían arrastrado hasta el gran Altar Negro del bosque y la habían hecho inclinarse ante la piedra negra que tenía grabadas runas aterradoras. La habían tendido sobre la roca, y Grind le había cortado la garganta y las muñecas con su cuchillo de obsidiana afilado como una navaja mientras sus acólitos cantaban alabanzas al dios de la Sangre.

Entonces ella había esperado morir, y habría recibido la muerte de buena gana como fin de su sufrimiento. En lugar de eso, había hallado la más oscura de las nuevas vidas posibles. Su sangre había manado como una fuente

para reunirse en la depresión que había en la superficie del altar. De alguna forma, había logrado levantarse; la cólera y la terquedad la habían mantenido de pie, al igual que un odio extrañamente sereno que floreció en su interior. Fue entonces cuando sintió la presencia, cuando contempló su rostro.

En el charco de su propia sangre vio cómo el rostro del demonio adquiría forma, y unos labios carmesí emergían del líquido rojo para formular preguntas, dar respuestas y hacer promesas. Le preguntó si quería vengarse de aquellos que la habían empujado a esa situación. Le aseguró

que el mundo era tan corrupto y malvado como ella creía. Le prometió poder y vida eternos. Entonces hizo la profecía. Durante aquella rigurosa prueba, ella había logrado mantenerse de pie, aunque oscilante y presa del dolor. Creía recordar que, después, su propia sangre, ennegrecida y humeante, había fluido desde el altar y regresado a sus venas. Las heridas se le habían cerrado con un sonido de succión, mientras el veneno y el poder ardían dentro de ella.

Durante días había permanecido en cama con sueños febriles mientras su cuerpo cambiaba, tocado por la esencia

demoníaca llevada a su interior junto con su propia sangre corrupta. La Oscuridad la contorsionó y la hizo fuerte; le crecieron los colmillos, sus ojos se transformaron para ser capaces de ver en la oscuridad, y sus músculos se hicieron mucho más fuertes que los de cualquier hombre mortal. Había salido del trance con el conocimiento de que no había sido ninguna casualidad lo que la llevó hasta aquel altar oculto en las profundidades del bosque, sino un destino tenebroso y el capricho maligno de la voluntad de un demonio.

De alguna parte, los hombres bestia



sacaron una armadura cubierta de runas, y durante la siguiente fase plena de Morrslieb repitieron el ritual. Una vez más le habían cortado las muñecas y una vez más apareció la presencia demoníaca, y en esa ocasión le fijó la armadura al cuerpo. La sangre había fluido y se había coagulado entre las placas, formando una red de músculos, venas y almohadillas carnosas, que convertía la armadura en una segunda piel metálica. El proceso la había debilitado. De nuevo tuvo sueños, y en esos sueños vio lo que debía hacer.

Había dejado a las bestias para deambular durante largos años, y su

recorrido la llevó hacia el norte, a través de Kislev y del Territorio Troll hasta el Desierto del Caos y la eterna guerra librada entre los seguidores de la Oscuridad. Allí batalló y luchó en favor de los Dioses Oscuros, y en cada combate resultó cierta la profecía de Kazakital. Venció a Helmar Puño de Hierro, el paladín de Khorne con cuernos de toro. Sacrificó a Marlene Marassa, la sacerdotisa de corazón llameante de Tzeentch, sobre su propio altar. Despedazó a Zakariah Kaen, el lustroso paladín obeso de Slaanesh, arrancándole uno por uno sus perfumados miembros. Luchó en

batallas menores y grandes asedios; acechó a sus presas humanoides en las minas abandonadas que había debajo de la perdida ciudadela enana de Karag Dum, y allí había reclutado a los operadores del Atronador.

Cada escaramuza le había brindado nuevos regalos de poder. Ganó su corcel, *Sombra*, desafiando a su dueño, Sethram Schreiber, a un combate singular, en el que le arrancó el corazón como ofrenda a Khorne. Le había quitado la espada infernal al cadáver destrozado de Leander Kjan, líder de una compañía de nueve, tras una gran batalla librada en Puerta del Infierno.

Había vencido a bestias mutantes y monstruos, y había aumentado su destreza y poder hasta que su patrón le dijo que había llegado el momento de regresar y llevar a cabo la venganza. Y durante todo ese tiempo, mientras sentía cantar en su sangre corrompida la emoción del triunfo, la exultación de la victoria y el absoluto júbilo de la batalla, se preguntaba a veces qué habría sido de la criatura que dio a luz y si las bestias le habrían permitido vivir.

Sabía que entonces no significaba nada para ella, que no había ninguna conexión, que sólo era un trozo más de carne al que habían dejado suelto para

que viviera y muriese en medio de los pecios de aquel mundo terrible. Tal vez el demonio, por alguna perversa razón, abrigaba la esperanza de poner en evidencia algún defecto definitivo que hubiera dentro de ella, pero, en ese caso, estaba condenado a la decepción. Al final ella demostraría ser más dura que la piedra, y que los Dioses Oscuros se llevaran a cualquiera que pensara interponerse en su camino.

\* \* \* \* \*

Félix observaba las nubes que había en lo alto, y que corrían por el cielo como una masa que giraba y se ondulaba impulsada por un intenso viento. El color del bosque había cambiado de un verde claro a un tono más oscuro y ominoso; daba la sensación de que los árboles, al igual que todo lo demás, estaban esperando.

Se encontraba de pie en el parapeto de lo alto de la muralla de madera, y miraba hacia el otro lado de los campos, esforzándose por captar cualquier señal de movimiento que pudiera producirse en el sotobosque. Según sus cálculos, era el final de la tarde. Junto a él se

encontraba Gotrek, que observaba su hacha con desinterés. Cada diez pasos a lo largo de la muralla había un arquero, uno de los leñadores, hombres que podían acertarle al ojo de un buey desde doscientos pasos, y, al medir la distancia que mediaba entre ellos y la línea de árboles, Félix se dio cuenta de que aquello era un matadero. Cualquiera atacante se quedaría empantanado en los campos labrados y sería blanco fácil para los arqueros.

Intentó dejar que ese pensamiento lo tranquilizara, pero le resultó imposible. La noche en los bosques no era como la noche en las bien

iluminadas vías públicas de Altdorf, y un hombre a seis pasos de distancia se transformaba en un contorno borroso. Después de oscurecer, sólo las lunas proporcionaban alguna luz, y las nubes las mantendrían ocultas.

En un momento más temprano del día, los leñadores habían colocado una línea de trampas en la linde del bosque: ramas afiladas, dobladas hacia atrás y atadas, que se dispararían cuando alguien tropezara con el alambre tenso que había cerca del suelo; agujeros destinados a que se hundieran en ellos hasta el tobillo los pies de los incautos, algunos llenos de afiladas estacas



cubiertas de turba; también había trampas para osos y para hombres, como mandíbulas de acero que se activaban al pisarlas, dispuestas a morder a cualquier intruso. Si los habitantes del poblado sobrevivían al ataque, tendrían trabajo de sobra para desarmar sus propios dispositivos. Félix pensó que tal vez la minuciosidad con que habían saturado el bosque de trampas reflejaba la creencia de que no sobrevivirían.

Tamborileó con los dedos sobre la muralla y sintió el tacto áspero de la madera cubierta de líquenes contra las yemas. Gotrek tarareaba para sí y hacía

caso omiso de las miradas de irritación que le lanzaban los leñadores. La espera siempre era lo peor, ya que ninguna lucha en la que el poeta se hubiese visto envuelto había sido más terrible que sus premoniciones. Una vez que comenzara la acción, estaría bien; tendría miedo, pero la simple preocupación de mantenerse con vida le ocuparía la mente. De momento, sin embargo, no tenía nada que hacer, excepto quedarse allí y esperar, mientras se enfrentaba con los espectros conjurados por su imaginación.

Se imaginó herido, con un enorme hombre bestia de pie sobre él. Se

imaginó enfrascado con la mujer de negra armadura y se estremeció. Recordó la carnicería de Kleinsdorf, y el terror luchó contra el freno de su autocontrol. Para tranquilizarse, intentó recordar cómo se sentía después de haber sobrevivido a la batalla con los hombres bestia; pero el recuerdo era tenue. Trató de representarse la escena posterior a la batalla con él y el Matatrolls como los héroes que habían infundido valor a los soldados y hecho retroceder a las bestias; sin embargo, le pareció poco convincente.

—Muy pronto estarán aquí, humano —dijo Gotrek en un tono que

parecía feliz.

—Eso es lo que me preocupa.

\* \* \* \* \*

Unas siluetas de pesadilla aparecieron en la linde del bosque, y pese a la pálida luz Félix pudo distinguir una enorme figura astada que se encontraba entre los árboles. Una flecha salió volando desde el parapeto y cayó antes de dar en el blanco. «Sí, ahí está». Más siluetas bestiales se hicieron visibles, y algo hizo que temblara el suelo. Susurraba como

agua desplazada por enormes hipopótamos que se movieran bajo la superficie, y en ese momento se abrió una brecha en las nubes, y las lunas los miraron con sonrisa burlona mientras su resplandor iluminaba una escena de pesadilla.

—¡Por los huesos de Grungni! —  
imprecó Gotrek—. ¡Mira eso!

—¿Qué?

—¡Allí, humano! ¡Mira! ¡Tienen una máquina de asedio! No me extraña que cayera Kleinsdorf.

Félix vio las siluetas ataviadas con armadura negra que rodeaban una gran máquina de morro largo parecida a un

cañón de asedio de muchas bocas. Mediante latigazos, hicieron retroceder a una multitud de gruñentes mutantes, y mientras observaba, vio que el contorsionado líder subía para instalarse en un asiento situado en la parte posterior de la máquina. Otros guerreros de la Oscuridad se apresuraron a rodear la máquina y desplegarle unas patas destinadas a fijarla en el suelo. Entonces el líder giró una enorme manivela, y la máquina pivotó para apuntar al poblado. El cañón estaba moldeado según la cabeza de un dragón, e incluso desde aquella distancia podía oír el rechinar de la

montura. Otras flechas salieron volando hacia la máquina, pero también cayeron antes de dar en el blanco, y en el bosque resonaron gritos de escarnio.

—¿Qué es eso, Gotrek? ¿Qué efecto tendrá?

—¡Malditos sean! ¡Es una especie de cañón! Ahora sabemos lo que sucedió con la fortificación de Kleinsdorf.

—¿Qué podemos hacer?

—¡Nada! Cuando haya oscurecido, abrirán brechas en las murallas y cargarán contra nosotros. Los hombres bestia pueden ver de noche; los humanos, no.

—Eso parece demasiado sofisticado para las bestias.

—No estamos luchando sólo contra bestias, humano, sino contra la guerrera del Caos y todo su séquito. Ellos no carecen de inteligencia, créeme, ya he luchado antes con los de su clase.

Félix intentó calcular el número de hombres bestia que había en el bosque, pero no pudo. Procuraban mantenerse fuera de la vista, pues sabían que el desconocimiento de cuántos eran atemorizaría aún más a los defensores de la fortificación. El miedo a lo desconocido era otra arma a su favor. A Félix se le cayó el alma a los pies.



—Tal vez deberíamos hacer una salida e inutilizar el cañón —sugirió el poeta.

—Eso es precisamente lo que ellos esperan. Ese terreno de ahí afuera sería para ellos tan bueno como para nosotros.

—¿Es que poseen arcos, aunque... sean bestias?

—Eso no tiene importancia. Ahí afuera hay demasiadas trampas para sentirse seguro, y por fuerza alguien caerá en una de ellas.

—Pensaba que querías tener una muerte heroica.

—Humano, si me limito a

quedarme quieto aquí, ella vendrá a buscarme. ¡Mira!

Félix dirigió la vista hacia donde señalaba el rechoncho dedo del enano, y vio a la guerrera del Caos, de armadura negra, que llegaba a caballo y se detenía justo al lado del enorme cañón. También vio que una horda de rostros bestiales miraba desde debajo de los árboles y, mientras observaba, una verdadera ola de criaturas cornudas salió del dosel del bosque y comenzaba a formar unidades, justo fuera del alcance de las flechas. En alguna parte dentro del bosque, un tambor enorme empezó a sonar, y le respondieron un

toque de cuerno y otro tambor situado en algún punto hacia el sur. Un coro de gritos y bramidos llenó la noche y, de alguna forma, dentro de la rítmica cadencia de las extrañas palabras el poeta comenzó a percibir el significado. Era como si la comprensión hubiese sido grabada en sus ancestros en tiempos remotos, y sólo hubiese hecho falta ese acontecimiento para que despertase. «Sangre para el dios de la Sangre. Cráneos para el Trono de Cráneos». Sacudió la cabeza para librarse de la alucinación auditiva, pero no sirvió de nada. Con independencia de lo que hiciese, daba la impresión de

que ese atisbo de comprensión regresaba.

El ruido se elevó, el silencio reinó durante un momento, y luego el estruendo volvió a comenzar. A Félix le irritaba los nervios y se le contraía el estómago. Al mirar hacia donde estaban los enemigos, pudo ver que el canto servía a dos propósitos: por un lado, contribuía a minar la moral de los enemigos de los hombres bestia, y por otro hacía que los seguidores del Caos fuesen presas del frenesí. Podía verlos golpear las armas contra los escudos, morder los bordes de sus cimitarras y hacerse cortes ellos mismos. Danzaban

como dementes, alzando las piernas y luego descargando los pies contra la tierra, como si estuviesen machacando los cráneos de sus enemigos bajo las pezuñas.

—¡Ojalá se limitasen a cargar y acabar de una vez con esto! —exclamó Félix.

—Estás a punto de ver cumplido tu deseo —respondió Gotrek.

La guerrera del Caos alzó la espada, y la horda guardó silencio de modo repentino. Ella se volvió para hablarles en su idioma bestial, y ellos respondieron con vítores y gruñidos. A continuación, giró para mirar a las

figuras ataviadas con armadura que se encontraban sobre la máquina de asedio, y les dedicó un gesto con la espada. Una de ellas hizo una cabriola, y luego encendió una mecha. Pasados cinco largos latidos de corazón, la poderosa máquina de guerra habló con voz de trueno. Se oyó un silbido sonoro, y después una sección de la muralla explotó cerca de Félix e hizo saltar por los aires fragmentos de madera, torrentes de tierra y trozos de carne. Los hombres bestia bramaron vítores y aullaron como las hordas de los infiernos liberadas del tormento.

Félix dio un respingo cuando el

cañón comenzó a girar sobre su montura. Se daba cuenta de que no había forma de que aquellas murallas de madera pudiesen resistir el poder de hechicería de aquella arma espantosa. No habían sido construidas para soportar nada parecido a ese tipo de ataque, y tal vez lo mejor que podía hacer era simplemente saltar de la muralla y buscar refugio en las profundidades del poblado. Gotrek pareció leerle el pensamiento.

—Quédate donde estás, humano. Lo siguiente que atacarán será la torre de vigilancia.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—En mis buenos tiempos trabajé con cañones, y éste no se diferencia en nada de cualquier otro. Puedo decirte la trayectoria de los disparos que hacen.

Félix se obligó a permanecer en el mismo sitio, a pesar de los escalofríos que le recorrían la espalda; tenía la seguridad de estar mirando directamente en el interior del cañón del arma. La máquina habló una vez más, y por su boca salieron despedidos llamas y humo. Se oyó de nuevo el silbido, y una de las patas de la enorme torre de vigilancia desapareció cuando el disparo abrió un agujero en la empalizada que tenía delante. La torre



se inclinó hacia atrás y cayó, mientras uno de los centinelas salía volando de su puesto al mismo tiempo que agitaba los brazos antes de estrellarse contra el suelo. El largo grito desesperado, audible incluso por encima de los alaridos de las bestias, fue interrumpido en seco por el impacto.

Félix percibió el humo y oyó el crepitar de un incendio detrás de él, y al volver la cabeza por encima del hombro vio que uno de los edificios y los restos de la torre habían comenzado a arder, aunque no sabía si era o no resultado de la explosión. En algún lugar alejado alguien comenzó a

gritarles a otros que trajeran agua. Entonces echó una mirada a lo largo de la muralla, donde lo que parecía una cantidad lastimosamente escasa de defensores aguardaba con los arcos aferrados en la mano, e intercambió miradas con el más cercano, un muchacho de no más de dieciséis años, cuyo semblante estaba blanco de terror.

Félix dirigió una mirada de desesperación hacia la oscuridad, mientras se preguntaba durante cuánto tiempo continuaría aquello antes de que la moral de los defensores quedase destrozada o la población reducida a ruinas.



Justine observó mientras el gran cañón abría la tercera brecha en la muralla de la ciudad, y entonces decidió que ya era suficiente. Debían ahorrar pólvora para la siguiente fortificación a la que llegaran, y las brechas eran lo bastante grandes como para que sus soldados se colaran por ellas. Los defensores estaban cansados y desconcertados, así que había llegado el momento. Le hizo una señal al de la corneta, y éste hizo sonar el toque de avance. Marchando al paso de los tambores de piel humana,

los hombres bestia se pusieron en movimiento.

Justine sintió que la sed de sangre aumentaba en su interior, y, con ella, su deseo de ofrecerle almas al dios de la Sangre. Ésa noche le haría una grandiosa ofrenda.

\* \* \* \* \*

Félix observó mientras la marea de hombres bestia avanzaba por el terreno, y los arqueros comenzaban a disparar desde las murallas. Escogían sus blancos

de forma serena, metódica y eficiente, y disparaban. Las flechas hendían la oscuridad y se clavaban en pechos, gargantas y ojos bestiales. Mientras los tambores infernales batían, los implacables adoradores del Caos, sedientos de sangre, continuaban avanzando y entonaban la invocación de su repugnante dios al ritmo de aquella música. Una vez más, Félix creyó reconocer aquellas palabras: «Sangre para el dios de la Sangre. ¡Cráneos para el Trono de Cráneos!»

Su mano asía con destreza el puño de la espada, y se sentía inútil agachado allí, tras el parapeto, mientras otros se

ocupaban de luchar y matar a los enemigos que avanzaban. El corazón le latía con más rapidez en el pecho, la respiración le salía en cortos jadeos como si hubiese corrido dos kilómetros, y tuvo que luchar contra la sensación de pánico. Sabía que muy pronto llegaría el momento de descender para entrar en combate, pero por el momento tenía un punto aventajado desde donde observar la lucha.

A lo lejos vio que la diablesa de negra armadura los instaba a avanzar. Parecía una diosa demoníaca de la aurora de los tiempos que hubiese llegado para cobrar un tributo en sangre

y almas.

Vio caer a un hombre bestia con cabeza de macho cabrío, cuyas piernas quedaron atrapadas en las fauces de una trampa para osos, y observó que sus compañeros ni siquiera aminoraban la marcha, sino que continuaban avanzando y lo pisoteaban, hasta que se convirtió en una pulpa sanguinolenta bajo las pezuñas calzadas con hierro. Las bajas parecían no afectarlos y no mostraban signo alguno de miedo. Tal vez era cierto que se trataba de demonios sin alma, inmunes a toda emoción normal, o quizá simplemente sabían que pronto llegaría su

oportunidad de venganza.

\* \* \* \* \*

Las bestias ya estaban casi encima de ellos, y el poeta veía el reflejo de las llamas en los fieros ojos y la espuma sanguinolenta de los labios donde parecían haberse mordido sus propias mejillas y lenguas a causa del frenesí. Podía percibir el hedor a humedad y pelaje sucio que despedían aquellos seres; casi podía distinguir las toscas runas grabadas en sus diferentes armas.



En la muralla, los arqueros estaban lanzando sus últimas flechas para coger las espadas y las hachas, y algunos ya descendían por las escalerillas para reunirse con las unidades de hacheros que se encontraban en el suelo, entre los edificios.

Algunos bajaban de las plataformas en que estaban subidos, colgándose de los brazos y dejándose caer desde la poca distancia que los separaba de la tierra.

—Vamos, humano —dijo Gotrek—. Es hora de que corra la sangre.

Félix obligó a moverse a sus agarrotadas piernas y, al parecer,

necesitó algo de tiempo para lograr que lo obedecieran.

\* \* \* \* \*

Justine sonrió cuando los hombres bestia aceleraron el paso y entraron a través de las brechas abiertas por el gran cañón. Oyó el sonido de las armas que chocaban contra las armas, del acero contra el acero, cuando sus soldados trabaron combate con los defensores de la fortificación, y tocó con las rodillas los flancos de su corcel, que respondió

al instante, y la condujo hacia la refriega.

\* \* \* \* \*

Félix paró el hachazo del hombre bestia, y tuvo la impresión de que el impacto iba a dislocarle el brazo. Cayó sobre una rodilla y lanzó una estocada ascendente, que cogió al atacante por sorpresa, se le clavó por debajo de las costillas y la hoja de la ancestral arma templaría penetró en su corazón. Tras liberar la espada, retrocedió de un salto,

justo a tiempo para evitar que lo derribaran un guardabosque y un hombre bestia trabados en un mortal combate cuerpo a cuerpo. Los dos cayeron al suelo delante de él, gruñendo a causa del esfuerzo de la lucha.

Al poeta le resultaba obvio que, con el tiempo, la superior fortaleza del hombre bestia se impondría a la del hombre, y por un momento observó, espantado, sin saber qué debía hacer, pues no quería limitarse a asestar estocadas en medio de los combatientes. Al fin, tomó una decisión: desenfundó la daga con la

mano izquierda, cayó de rodillas y apuñaló la ancha espalda del hombre bestia. Éste se levantó y abandonó la lucha al mismo tiempo que aullaba de dolor, y al hacerlo Félix le cortó la cabeza con la espada.

El oponente humano se puso de pie y le dio las gracias a Félix con un asentimiento de la cabeza. Era el muchacho de pálido semblante al que el poeta había visto en el parapeto, y apenas tuvo tiempo de responderle con un encogimiento de hombros porque otra ola de hombres bestia se lanzó sobre ellos. En algún lugar distante, creyó oír el atronador sonido de los

cascos de un caballo.

\* \* \* \* \*

Justine cargó contra la masa de cuerpos que se encontraba alrededor de la entrada central, a la vez que asestaba golpes con su espada infernal, que mataba un nombre con cada estocada. El caballo pisoteaba a los heridos, que caían bajo sus cascos, y profería triunfantes relinchos cuando llegaba a sus fosas nasales el olor de la sangre. Justine cabalgaba cómoda sobre la silla,

pues sabía que nada podía resistírsele.

—¡A mí! —gritó.

Los hombres bestia se replegaron a su alrededor y formaron una cuña que hizo retroceder a los oponentes humanos hacia las calles del poblado. Detrás, entraron los refuerzos, que comenzaron a inundar calles y callejones. Justine se sentía triunfal, ya que le serían ofrecidas muchas almas, entre alaridos, al Señor de las Batallas.

La sensación de triunfo disminuyó ligeramente cuando su caballo lanzó un bramido bestial, y al bajar los ojos vio que una flecha le sobresalía de un ojo. Incluso agonizante, el animal, con

extraordinaria disciplina, no se encabritó ni intentó tirarla, sino que se echó sobre las ancas para permitir que ella saltara de la silla.

Una cólera abrasadora se apoderó de Justine, ya que *Sombra* la había llevado a lo largo de todo el camino desde el Desierto del Caos, y no le resultaría fácil hallar otro corcel. Juró que quienquiera que lo hubiese matado pagaría con su vida, aunque tuviese que acabar personalmente con todas las cosas vivas de aquel montón de estiércol. Y entonces apareció en sus labios una sonrisa que dejó al descubierto los colmillos malignamente



afilados y, a continuación, una risa demente salió a borbotones de su garganta. Sólo estaba jurando que haría lo que ya había decidido mucho antes de que comenzara la batalla.

\* \* \* \* \*

Félix se detuvo a la sombra de un edificio y miró a su alrededor, desesperado. Su respiración se había convertido en un áspero jadeo, tenía las ropas empapadas en sangre y sudor, y se le había entumecido el brazo con que

blandía la espada. ¿Dónde estaba Gotrek? Se habían separado momentos antes de la batalla, cuando la furia de la acción le había impedido darse cuenta de nada más.

En ese instante, tenía un momento de respiro, pero no veía al Matatrolls por ninguna parte. Sabía que era importante encontrar al enano, que sus propias posibilidades de supervivencia aumentarían de modo espectacular en presencia de la poderosa hacha de Gotrek y, si todo lo demás fallaba, se sentía obligado a estar presente cuando el enano librara su último combate; debía desempeñar el papel que había

jurado que representaría, el de testigo de su final, aunque él mismo muriese poco después.

A su alrededor, todos los edificios estaban en llamas, y éstas le conferían una iluminación infernal a la escena. La batalla continuaba entre nubes de ondulante humo maloliente, y Félix vio sombras de hombres bestia que luchaban con los fantasmas de guerreros humanos en medio de la niebla. Podía oír los bramidos de los monstruos, los gritos de los agonizantes y el entrec chocar de las armas. Todo rastro de formación se había perdido en medio de la refriega, y sólo se trataba

de matar o de morir.

Desde algún lugar distante creyó oír el grito de guerra del Matatrolls, y reunió fuerzas y valor para obligar a sus piernas a moverse en la dirección adecuada. Le ofreció una corta y desesperanzada plegaria a Sigmar, en la que le pidió al Señor del Martillo que los protegiera a él, al Matatrolls, a Kat y a todos los demás, y entonces, de repente, se preguntó dónde estaría la niña.

\* \* \* \* \*

Perdida en la aullante locura de la batalla, Kat no veía ninguna escapatoria. No había querido permanecer dentro del templo porque sabía que hacerlo era una condena a muerte. Necesitaba un lugar donde ocultarse de las bestias, pero aún no lo había hallado.

Se apartó a un lado y se acuclilló detrás de un barril de agua de lluvia, cerca del cual dos hombres jóvenes luchaban cuerpo a cuerpo con una bestia. Uno le sujetaba las piernas mientras el otro le desparramaba los sesos, golpeándole el cráneo con una piedra grande. Kat nunca había

presenciado nada parecido, y la absoluta ferocidad de aquello le resultó espantosa. Todos los contendientes parecían estar poseídos por una especie de demencia que los impulsaba a realizar actos de monstruosa crueldad y lunática valentía. No se daba ni se pedía cuartel.

Una gran marea de guerreros bajó por la calle principal, arrastrados por su propia furia y su sed de sangre, y los gritos de hombres y bestias agonizantes llenaron el aire. El fragor del acero al chocar contra el acero resonó en la incendiada noche, y la fangosa tierra, revuelta por los pies y las pezuñas de los

combatientes, se volvió resbaladiza a causa de la sangre.

Una bestia profirió un aullido de triunfo al ensartar a un hombre con su lanza, y el aullido se transformó en un bramido de miedo y cólera cuando el amigo del hombre hizo pedazos a la bestia. Un círculo de hombres rodeó a un gigante con cabeza de toro y, cuando éste tendía una mano hacia uno de ellos, otro saltó por el lado por el que no tenía visibilidad y le clavó una estocada. A poco, sangraba por una docena de cortes menores y, con un furioso bramido, cargó contra el guerrero más cercano, al que derribó

con su tremendo peso; de esta forma, rompió el círculo y escapó hacia la refriega.

Kat estuvo a punto de gritar cuando vio que la mujer de armadura negra salía caminando de la multitud, porque temía que la guerrera del Caos hubiese acudido en busca de ella. Pero, entonces, Gotrek apareció por un lado y se interpuso. La mujer gruñó, enseñando colmillos manchados de sangre, y le asestó al Matatrolls un golpe de espada que convirtió el arma en un borrón demasiado rápido como para que el ojo pudiera seguirlo. Kat no sabía cómo Gotrek había conseguido



interponer su hacha en la trayectoria de la hoja, pero así lo hizo, y el negro acero se estrelló contra el azulado metal estelar, lo que hizo saltar chispas en medio del humo que colmaba el aire.

El Matatrolls respondió al ataque de la mujer, y el hacha salió disparada hacia ella con la irresistible fuerza del rayo. La mujer se agachó y lanzó una estocada, pero de alguna forma el arma del Matatrolls apareció donde debía. Ambos permanecieron allí, luchando el uno contra el otro, arma contra arma, fuerza inhumana contra poder demoníaco.

Ninguno de los dos cedía.

Descomunales cuerdas de músculos sobresalían de los brazos y los hombros de Gotrek, a quien el sudor le corría por el rostro y se le abultaban las venas del cuello y la frente. La mujer permanecía tan inmóvil como una estatua de ébano. Parecía que la armadura estaba pegada a su cuerpo; el pálido semblante era una máscara blanca de hueso, imagen congelada de la sed de sangre, y le había desaparecido la zona blanca de los ojos, que entonces brillaban como rojas bolas de fuego.

Los segundos pasaban a toda velocidad y los dos permanecían trabados en titánica resistencia; ambos

eran incapaces de mover al otro. Por el rabillo del ojo, Kat vio que se aproximaba una hueste de hombres bestia que corrían hacia la batalla con la clara intención de asesinar al enano. Sin pensarlo, la niña gritó una advertencia, y Gotrek desvió la vista a un lado en el momento en que los hombres bestia llegaban hasta él. En el último instante, el enano retrocedió un paso y paró un golpe que, sin duda, lo habría partido por la mitad. Kat temió que la mujer de armadura negra aprovechara la oportunidad para clavarle la espada, pero no tenía por qué preocuparse. La marca de la batalla se arremolinó en

torno a los combatientes, y la guerrera del Caos y el Matatrolls fueron arrastrados por la refriega y quedaron separados; en ese momento, Kat dejó escapar un suspiro de alivio.

Entonces advirtió que la mujer la observaba fijamente. Alzó los ojos para fijarlos en aquella mirada roja, y el corazón estuvo a punto de detenerse. Quiso gritar, pero al abrir la boca no salió por ella sonido alguno, y la mujer comenzó a avanzar.

\* \* \* \* \*

El deseo de matar retronaba en el cerebro de Justine, y la oscuridad arraigada en su alma amenazaba con apoderarse por completo de ella. La locura burbujeaba en sus venas, y la sed de sangre la inundaba como si fuese una droga; la carnicería le producía un extático placer. Quería encontrar al enano y matarlo, ya que, de todos los enemigos con los que se había enfrentado, él era el más poderoso: una ofrenda en verdad digna del dios de la Sangre. En el último segundo, cuando estaba a punto de apartar a un lado el hacha de él y matarlo, el destino, en la forma de sus propios seguidores idiotas,

había intervenido para separarlos. Quería encontrarlo de nuevo y concluir la lucha.

Y entonces vio a la niña. Como en contra de su voluntad, contempló el pequeño rostro asustado que se asomaba desde el lugar en que estaba oculta. Sabía qué tenía que hacer, pues ya era hora de acabar con aquello de una vez y para siempre, de dar el primer paso por el camino que terminaría en la vida eterna, de aprovechar la oportunidad que se le ofrecía de un destino glorioso al lado de Khorne. La presencia oscura que había estado creciendo en su interior bramó

triunfante; sabía que, por fin, había llegado el momento y, olvidando todo lo relativo al enano, marchó hacia su destino.

\* \* \* \* \*

Félix giró en la esquina y se vio instantáneamente lanzado a la batalla una vez más. Sentía el calor de los edificios en llamas, y el olor acre del humo colmaba sus fosas nasales. El estruendo de la batalla resonaba en sus oídos, y oía los gritos que profería

Gotrek mientras segaba a sus enemigos como trigo maduro; pero sus ojos se vieron arrastrados con instintivo, irreflexivo horror, hacia la guerrera de Caos..., y la niña que se encontraba encogida en la oscuridad ante ella.

En ese momento, pudo ver el parecido que había entre ambas; lo vio con tanta claridad como la luz del día. Era algo que iba más allá de la lista de cabello blanco, pues tenían facciones similares: los mismos ojos grandes, la misma mandíbula estrecha. Al ver que la guerrera enarbolaba la espada para golpear, el poeta echó a correr al mismo tiempo que bramaba, aunque en el



fondo sabía que iba a llegar demasiado tarde.

\* \* \* \* \*

Justine observó cómo su propia sombra se proyectaba sobre la niña que tenía delante. Vio la expresión de miedo en sus ojos, la palidez del rostro, el parecido que guardaba con ella misma, y se preguntó cómo era posible que después de todos los años pasados no sintiese realmente nada.

—¿Cómo te llamas, niña? —le

preguntó con voz queda.

—Kat. Katerina.

Justine asintió con la cabeza, sorprendida de no sentir absolutamente nada ante aquella información.

En un destello de perspicacia, comprendió al final cómo hacían las cosas los demonios. Vio todas las pruebas, todos los rituales y todos los sacrificios como lo que en realidad eran: la preparación para ese momento crucial. Entonces sabía que todos los asesinatos y todos los derramamientos de sangre habían tenido un propósito, habían constituido un proceso que la había transformado en una cosa

diferente del ser humano que había sido en otra época. Y ese proceso la había templado como el maestro herrero temple una espada. Finalmente comprendía, después de toda aquella violencia y de todas las masacres, que un ser humano puede habituarse a cualquier cosa, incluso al destino que lo convertía en guerrero del Caos. Supo que en ese momento podría volverle la espalda a la niña, que eso no cambiaría nada, que por fin se había confirmado de verdad en la senda de la condenación. Matar a la niña ya no cambiaría nada. Podía hacerlo si quería, pero carecía de significado; sólo sería

una cifra y nada más. Había traspasado el punto sin retorno cuando, momentos antes, había decidido matarla. No obstante, pensó que siempre era mejor dejar las cosas bien acabadas. Sin más sentimiento que si estuviese a punto de cortar un tronco para leña, alzó la espada, y entonces sintió dolor en un flanco a consecuencia de que algo se estrelló contra ella.

\* \* \* \* \*

Félix se lanzó al aire y cubrió de un solo

salto la distancia que lo separaba de la guerrera del Caos. Se estrelló contra la mujer en el momento justo en que ésta enarbolaba la espada; el impacto le hizo perder el equilibrio, y ambos se fueron al suelo. Puesto que sabía que no volvería a tener otra oportunidad, el poeta lanzó una estocada que se clavó en un flanco de la mujer, que no mostró más signo de dolor que un pequeño gruñido.

Mientras rodaban sobre la tierra pisoteada, trabados en un abrazo mortal, Félix supo que lo superaba en fuerza. La mujer tendió hacia lo alto las manos cubiertas de malla metálica y lo

aferró por el cuello, y él se puso a forcejear en un intento de soltarse, agradecido de que al fin ella hubiese soltado la espada; pero de inmediato se dio cuenta de que había cometido un error. La guerrera del Caos era mucho más fuerte, poseía una fortaleza sobrenatural que era tan superior a la de él como la suya propia lo era a la de un niño. Luchó para aflojar la presión de las manos de ella, pero era como intentar soltarse de los dedos de un troll.

En ese momento la tenía encima, y el peso de la armadura no lo dejaba respirar. Rodó al mismo tiempo que

intentaba levantar el torso del suelo, y quitársela de encima, pero todo era inútil, ya que ella parecía prever sin problema alguno cada uno de los movimientos de Félix. Entonces supo que iba a morir; se enfrentaba a una oponente que era sencillamente demasiado fuerte, y Gotrek no se encontraba presente para salvarlo.

Las tinieblas comenzaron a descender sobre el poeta, ante cuyos ojos destellaban chispas. Desde algún lugar lejano le llegó el grito de guerra de Gotrek, y una parte de él, infinitamente remota y despegada pensó que era una ironía que fuese el

Matatrolls quien fuera a presenciar su muerte, y no al revés.

—Ahora, mortal, morirás —dijo la mujer con calma, y las manos comenzaron a retorcerle el cuello.

Félix luchó con toda su alma mientras la terrible presión aumentaba, pues sabía que si cedía iba a partírsele el cuello como una rama seca, y su muerte sobrevendría de modo instantáneo. Sintió que las venas se le hinchaban y los músculos comenzaban a desgarrársele a causa de la resistencia que oponía, a sabiendas de que era algo inútil; en un momento, todo habría acabado. La oscuridad se hizo más



honda; lo veía todo como sombras y reinaba el silencio, excepto por el sordo tronar de su propia respiración dentro del pecho y por el distante latir de su corazón. Sabía que estaba derrotado, que no podía soportarlo más, y sus músculos comenzaron por fin a relajarse, vencidos.

\* \* \* \* \*

Kat miró hacia donde continuaba la terrible batalla. Sabía que la guerrera del Caos había estado a punto de

matarla, y que Félix había intentado salvarle la vida. Sabía también que la mujer de armadura negra iba a matar al poeta, y que ella tenía que hacer algo.

Un objeto destelló en el suelo, cerca de ella, y vio que se trataba de la espada negra que había dejado caer la guerrera del Caos. Su filo destellaba con brillantez a la luz del fuego, y pensó que tal vez podía intervenir. Tendió una mano para recoger el arma, pero era demasiado pesada. Tal vez si se valía de ambas manos... Con lentitud, la espada comenzó a levantarse. El arma se retorció en sus manos, las runas de la hoja relumbraron con luz brillante, y la

niña sintió el poder terrible que albergaba.

Si ahora tan sólo pudiera...

\* \* \* \* \*

De pronto, Félix sintió que la insoportable presión cedía. La guerrera del Caos primero lo miró y luego bajó los ojos hasta su propio pecho. Félix siguió la dirección de la ardiente mirada y vio que la punta de la espada de metal negro sobresalía del cuerpo de la mujer. Las rojas runas relumbraban, y de la

herida goteaba sangre hirviendo, que se evaporaba en humo venenoso al tocar el suelo. La guerrera del Caos se puso de pie, tambaleante, y se volvió para mirar en la dirección de la que había procedido la estocada.

Desesperado, Félix se obligó a moverse, y sus extremidades respondieron con la pesadez del plomo. Miró a su alrededor en busca de su espada, tendió una mano para cogerla, sus dedos se cerraron sobre el puño e intentó levantarla. Tuvo la impresión de que trataba de levantar el peso de aquel gran cañón situado fuera de la ciudad, pero se obligó a hacerlo. Se puso

trabajosamente de pie y vio que por los alrededores no había nadie más, sólo la guerrera del Caos, él mismo y Kat. Los ojos de la mujer estaban fijos en la niña, y sus labios se contorsionaron en una terrible sonrisa irónica, para luego abrirse más y dejar que una borboteante carcajada demente escapara. Dio un paso hacia adelante — la punta de la espada aún le sobresalía del pecho—, y Kat retrocedió otro con los ojos muy abiertos a causa del horror y el miedo.

Muy poco a poco, Félix se formó una idea de lo que debía de haber sucedido. Kat había levantado la pesada

arma y la había clavado en la espalda de la mujer mientras ellos luchaban. Le había salvado la vida, y en ese instante le tocaba a él salvar la de la niña. Con lentitud, obligó a su vapuleado cuerpo a ponerse en movimiento y arrastró los pies por el suelo tras la guerrera del Caos. Los pasos de la mujer vacilaron, y ésta cayó lentamente al suelo.

\* \* \* \* \*

Justine reía para sí incluso mientras el dolor la despojaba de la conciencia.

Aquél era un terrible chiste final, pues había encontrado la muerte a manos de la persona a quien había ido a matar. Una niña había vencido donde poderosos guerreros habían fracasado.

Era verdad, como siempre había dicho el demonio. No la había matado un guerrero, sino su propia hija. Cayó hacia adelante y se sumió en las tinieblas que la aguardaban.

\* \* \* \* \*

Félix observó mientras la vil guerrera

del Caos se desplomaba, y la carne se deshacía y descomponía con espantosa rapidez para dejar sólo un esqueleto maloliente dentro de la armadura negra. De algún modo, sin que nadie se lo dijese, supo que estaba mirando el cuerpo de alguien que estaba muerto hacía mucho tiempo, y ante aquella visión tuvo ganas de vomitar.

Algo mojado le cayó sobre el rostro. Por fin, se había desatado la tormenta y comenzaba a llover. El sonido siseante que le llegó de algún lugar cercano le dijo que las gotas de lluvia batallaban contra el incendio. Era una buena noticia; tal vez la población no se



consumiría hasta los cimientos, después de todo. De pronto, Kat estaba allí, acurrucada detrás de él.

—¿Ya se ha acabado? —preguntó.

Félix escuchó los sonidos de matanza que los rodeaban, y asintió con la cabeza.

—Pronto acabará —respondió con voz queda—, de un modo o de otro.

\* \* \* \* \*

Félix se dejó caer sobre un tocón de árbol y volvió los ojos hacia el poblado,

mientras Messner y Kat lo contemplaban con aire de reprobación porque pensaban que no debería andar caminando por ahí. Su cuello aún presentaba contusiones y tenía problemas para hablar y comer, pero daba la impresión de que se recuperaría. Simplemente sentía agradecimiento por estar aún vivo.

También lo sentían los cerca de doscientos habitantes del poblado que habían sobrevivido a la batalla y sus consecuencias posteriores. Aún podía oírlos entonando plegarias de acción de gracias por su salvación en el templo de Sigmar.

Junto a ellos pasó un caballero, uno que formaba parte de las poderosas fuerzas despachadas por el duque en respuesta al mensaje de Messner, que llevaba la cabeza de un hombre bestia ensartada en la lanza. Félix y Messner lo observaron mientras pasaba, y el poeta se dio cuenta de que el hombre estaba pensando lo mismo que él cuando en el rostro del guardabosque apareció una ligera expresión de desprecio. Era muy bonito por parte del caballero posar entonces con el trofeo, pero... ¿dónde estaba cuando se libraba la auténtica batalla? Los héroes conquistadores habían llegado a la

mañana siguiente a la lucha.

—Así que habéis encontrado el cañón —preguntó, con una voz que parecía un susurro graznante.

—Sí —respondió Messner—. Es una cosa extraordinaria. Dicen que cuando lo tocas está tan tibio como un cuerpo vivo. Allí hay hechicería oscura, eso seguro, así que hemos mandado llamar a un sacerdote para que lo exorcice. Si eso no funciona, el anciano duque enviará un hechicero.

—Pero las bestias están todas muertas.

—Sí, hemos dado caza hasta al último de ellos. Gotrek no regresó hasta

el alba, y dijo que todo había acabado.

Los dos estaban hablando para mantener callada a Kat, y ambos lo sabían. Ninguno quería que la niña pudiese decir una sola palabra. Sin embargo, aquellas noticias alegraron a Félix, pues al parecer las bestias habían perdido el valor y habían huido cuando se propagó la noticia de la muerte de su repugnante líder. Y la fuga se transformó en una masacre cuando los leñadores los persiguieron, y daba la impresión de que Kat había salvado a todo el poblado con sus actos. Era una heroína y todos se lo decían, pero no habló como si lo fuese.

—Todavía quiero ir con vosotros — declaró la niña que, tras dos días de discusión, aún no había cedido.

—No puedes, Kat. Gotrek y yo nos encaminamos a lugares peligrosos y no podemos llevarte. Quédate con Messner. —No quería decirle que las cabezas de ambos tenían precio, no en presencia del guardabosque.

—Eso debes hacer, niña —asintió Messner—. Tienes un lugar aquí, conmigo, con Magda y los niños. Y harás amigos entre los otros pequeños; eso seguro.

Kat le dirigió a Félix una mirada implorante, pero él sacudió la cabeza y

se obligó a permanecer serio y sereno. No estaba seguro de cuánto tiempo podría mantener ese semblante cuando oyó el pesado andar del Matatrolls que se aproximaba. Gotrek sonreía con malevolencia, y por la expresión de su rostro Félix supuso que había aumentado la enorme cuenta de muertes infligidas durante la batalla.

—Estamos perdiendo el tiempo, humano. Será mejor que nos marchemos.

Félix se levantó con lentitud, y Messner avanzó para estrecharles la mano. Kat abrazó primero a Félix y luego al Matatrolls, y al final Messner

tuvo que separarla de sus amigos.

—Adiós —se despidió, llorosa—.

Siempre os recordaré.

—Hazlo, pequeña —respondió Gotrek con suavidad.

Dieron media vuelta y se alejaron de Flensburgo. El sendero era abrupto y rocoso, y ante ellos aguardaban Nuln y un futuro incierto. Al llegar a lo alto de la ladera, Félix se volvió para mirar hacia atrás. Allá abajo, Messner y Kat eran dos pequeñas figuras que los saludaban con la mano.



# El Señor de los Mutantes

A los lectores de estas páginas debe ocurrírseles de vez en cuando la idea de que mi compañero y yo nos

encontrábamos bajo los efectos de alguna maldición. Sin necesidad de ningún esfuerzo por nuestra parte, y sin deseo alguno por la mía, nos las arreglábamos para encontrarnos con toda clase de adoradores de los Oscuros. A menudo yo mismo sospechaba que realmente estábamos condenados a oponernos a sus planes sin entender nunca por qué; pero ese tipo de especulaciones jamás inquietaron al Matatrolls. Se tomaba todos esos acontecimientos tal y como venían, con un gruñido y un resignado encogimiento de hombros, y descartaba cualquier especulación de esa clase como propia de un filosofar inútil y vano.

No obstante, yo he pensado intensa y largamente en el asunto, y tengo la sensación de que si en este mundo hay un poder que se opone a los servidores del Caos, tal vez era quien a veces guiaba nuestros pasos e incluso nos protegía. De lo que no cabe duda es de que a menudo nos tropezábamos con algunos de los más indignantes y malévolos planes perpetrados por los más insólitos malhechores...

**FÉLIX JAEGER,**

***Mis viajes con Gotrek,***

**vol. II,**

**Impreso en Altdorf, 2505**

Cuando oyó el crujido de la rama al partirse, Félix Jaeger se quedó petrificado en el sitio y buscó a tientas el puño de la espada, mientras sus agudos ojos sondeaban los alrededores y no descubrían nada. El poeta sabía que era inútil: la luz del sol poniente apenas si atravesaba el grueso de hojas que había en lo alto, y el denso sotobosque podría haber ocultado el avance de un pequeño ejército. Hizo una mueca y se pasó los dedos por el rubio cabello, en tanto todas las advertencias del buhonero volvían como un destello a su memoria.

El anciano había afirmado que en el

camino que tenían ante sí había  
mutantes, manadas de ellos que  
atacaban a todos los que viajaban por  
esa ruta entre Nuln y Fredericksburgo.  
En aquel momento, Félix no le había  
prestado la más mínima atención  
porque el buhonero estaba intentando  
venderle un amuleto de pacotilla  
supuestamente bendecido por el  
mismísimo Gran Teogonista, una  
protección infalible para peregrinos y  
errabundos..., o al menos eso afirmaba  
él. Ya le había comprado una pequeña  
daga arrojadiza con una vaina que  
podía llevarse oculta en torno a la  
muñeca, y no se sentía inclinado a

gastar más dinero. Se frotó el antebrazo donde le rozaba la funda para asegurarse de que no se había soltado.

En ese momento, deseaba haber comprado el amuleto, ya que, aunque resultaba muy probable que fuese falso, en circunstancias como ésta cualquier viajero prudente que se hallara en los oscuros caminos del Imperio sentina la necesidad de un poco de protección adicional.

—Date prisa, humano —dijo Gotrek Gurnisson—. Hay una posada en Blutdorf, y tengo la garganta tan seca como el desierto.

Félix miró a su compañero, y pensó

que por muchas veces que mirase al Matatrolls, su achaparrada fealdad nunca dejaría de asombrarlo. No se debía a los dientes que le faltaban, ni al ojo perdido, ni a la larga barba llena de partículas de comida, ni siquiera era por su olor corporal; no, lo que lo asombraba era la combinación de todas esas cosas.

A pesar de ello, no podía negarse que el Matatrolls tenía una apariencia formidable. Aunque Gotrek sólo le llegaba al pecho y una buena parte de esa estatura la constituía la enorme cresta de pelo teñido de rojo que adornaba la cabeza afeitada y tatuada

del enano, era más ancho de hombros que un herrero. En una de las enormes manazas sujetaba un hacha de hoja ancha que la mayoría de los hombres habría tenido problemas para levantar con las dos manos. Cuando movía la voluminosa cabeza, la cadena que colgaba entre su nariz y la oreja izquierda tintineaba.

—Creí haber oído algo —explicó Félix.

—Estos bosques están llenos de ruidos, humano. Pájaros que gorjean, árboles que crujen y animales que corretean por todas partes. —Gotrek escupió un enorme esputo al suelo—.



Yo odio los bosques; siempre los he odiado porque me recuerdan a los elfos.

—Creí haber oído a los mutantes, como nos dijo el buhonero.

—¿Ah, sí?

Gotrek le enseñó los ennegrecidos dientes, lo que podía tratarse de una mueca feroz o de una sonrisa, y luego se metió el dedo pulgar debajo del parche del ojo para frotarse la cuenca vacía con el porque le picaba. Dado que aquél era un espectáculo profundamente asqueroso, Félix apartó la mirada.

—Sí —respondió con voz queda, y Gotrek se volvió de cara a los árboles.

—¿Hay algún mutante por ahí? —  
bramó—. Que salga a enfrentarse con  
mi hacha.

Félix se encogió. Era muy propio del Matatrolls eso de tentar a la suerte de aquella manera. Había jurado buscar la muerte en combate con monstruos letales para expiar algún indecible pecado enano, y no desperdiciaba ninguna oportunidad de cumplir con su propósito. El poeta maldijo la noche de borrachera en que había jurado seguir al Matatrolls y dejar constancia de su fin en un poema épico.

Casi como respuesta al grito de Gotrek, se produjo otro movimiento en

el sotobosque, como si un viento fuerte hubiese agitado los arbustos..., salvo que no había viento. Félix mantuvo la mano cerrada sobre el puño de la espada, ya que estaba claro que ahí dentro había algo y que se les aproximaba.

—Creo que podrías tener razón, humano.

En los labios de Gotrek apareció una sonrisa terrible, y a Félix se le ocurrió que el enano sabía desde el principio que allí había algo.

En el camino irrumpió una horda de mutantes que gritaba juramentos, maldiciones y las obscenidades más

viles. El puro horror de su presencia amenazaba con apoderarse de la mente del poeta, que vio una repulsiva criatura de piel viscosa que saltaba como un sapo, algo vagamente femenino que corría sobre ocho patas, y un ser con cabeza de cuervo y plumas grises que lo desafiaba. Algunos de los mutantes tenían la piel transparente y a través de ella eran visibles los órganos que latían. Blandían lanzas, dagas y lo que parecían oxidados utensilios de cocina, y uno de ellos se lanzó hacia Félix para atacarlo con una cuchilla de carnicero, mellada y sin filo.

El poeta alzó una mano y cogió la

muñeca de la criatura, con lo que detuvo el arma un momento antes de que se estrellase contra su cráneo. Le asestó un rodillazo en la entrepierna al monstruo, que se dobló por la mitad, y entonces le pateó la cabeza y lo derribó. Un vómito verde se derramó sobre las botas del poeta antes de que el derrotado cayera de espaldas al suelo.

Durante el breve respiro, Félix desenvainó la espada dispuesto a asestar golpes a diestro y siniestro, pero no era necesario que se molestara.

La poderosa hacha de Gotrek ya había abierto un sendero sangriento a través del grupo de atacantes, y de un

solo hachazo acabó con otros tres, cuyos huesos se astillaron bajo el impacto, y cuya carne fue hendida por el filo de navaja del arma. El hacha del Matatrolls volvió a salir disparada y cayeron dos mitades de un torso seccionado, que por un breve instante, no dándose cuenta de que ya estaba muerto, animó a ambas partes a arrastrarse lejos la una de la otra; mientras tanto, el hacha de Gotrek completaba la curva ascendente y cercenaba la cabeza de otro mutante.

Espantados por la repentina carnicería, los mutantes huyeron. Algunos pasaron a toda velocidad junto

a Félix para lanzarse hacia el bosque que se extendía en el lado contrario del camino, mientras otros daban media vuelta y regresaban a los arbustos de donde habían salido.

Félix le dirigió a Gotrek una mirada especulativa, en espera de lo que el Matatrolls haría a continuación. Lo último que quería era que se separaran para perseguir a las criaturas hacia el interior del bosque, que iba oscureciéndose, ya que la victoria había sido demasiado fácil y aquello tenía aspecto de ser una trampa.

—Deben haber enviado a los enanos de esta basura tras nosotros —

observó Gotrek al mismo tiempo que escupía sobre el cadáver de un mutante. Félix bajó la mirada y vio que el Matatrolls tenía razón. La mayoría de los muertos eran tan pequeños que no habrían llegado al pecho de Gotrek, y ninguno parecía más alto que él.

—Salgamos de aquí —decidió Félix—. Estas cosas huelen fatal.

—Apenas merecía la pena matarlos —respondió Gotrek, refunfuñando. Daba la impresión de que estaba profundamente decepcionado.

\* \* \* \* \*



El Ahorcado era una de las más deprimentes posadas que Félix hubiese visitado. Un diminuto fuego, carente de alegría, ardía en la chimenea, el salón olía a humedad, unos perros sarnosos roían huesos que tenían aspecto de haber permanecido durante generaciones perdidos en la mugrienta alfombra de paja, y el tabernero era un individuo de aspecto ruin con la cara llena de viejas cicatrices y un enorme gancho que ocupaba el lugar de la mano derecha. El mozo era un jorobado de ojos descoloridos que tenía la desafortunada costumbre de babear

en la cerveza mientras la servía. El local presentaba un aspecto por completo miserable, y todos los presentes miraban a Félix como si quisieran clavarle un cuchillo en la espalda, pero simplemente parecían demasiado deprimidos a fin de reunir las fuerzas necesarias para hacerlo.

Félix tuvo que reconocer que la posada era adecuada para el pueblo al que servía, ya que Blutdorf era el lugar más sombrío que había visto en toda su vida. Las chozas de barro daban la impresión de estar mal cuidadas y a punto de desmoronarse; las calles parecían vacías y amenazadoras, y

cuando por fin lograron intimidar al borracho guardián de la puerta del poblado para que los dejara entrar, las viejas los habían observado desde las puertas de todas las casas. Era como si la totalidad del pueblo estuviese poseído por el pesar y la letargia.

Incluso el castillo que se alzaba sobre los riscos que dominaban el pueblo parecía descuidado. Las murallas estaban desmoronándose y daba la impresión de que podía ser asaltado por un grupo de mocosos armados con palos, lo cual era insólito en un pueblo que parecía rodeado por una horda de mutantes amenazadores.

«Por otra parte —pensó Félix—, ni siquiera los mutantes de la zona parecen ser particularmente atemorizadores», a juzgar por el ataque que habían intentado antes contra ellos.

Bebió otro sorbo de cerveza, que era la peor que había probado nunca, la bebida más repulsiva que jamás hubiese atravesado sus labios. Gotrek echó hacia atrás la cabeza y apuró el contenido de la jarra, que desapareció con la misma rapidez que un bolso de oro arrojado en una calle de mendigos.

—¡Otra jarra de Vómito de Perro Viejo! —gritó Gotrek, y se volvió para echarles una mirada feroz a los

parroquianos—. Intentad no dejadme sordo con el ruido de vuestra alegría — bramó.

Los presentes se negaron a mirarlo a los ojos. Se quedaron contemplando sus cervezas como si en ellas pudiesen descubrir el secreto para transmutar el plomo en oro con sólo estudiar el líquido durante el tiempo suficiente.

—¿Por qué tantas caras alegres? — inquirió Gotrek en tono sarcástico.

El posadero dejó otra jarra de cerveza sobre la barra, ante él, y el enano bebió un poco. Félix se sintió complacido al notar que incluso el Matatrolls hacía una mueca al acabar.

Era un raro tributo a lo repugnante que era aquella bebida, ya que nunca había visto que el enano diera pruebas de la más mínima incomodidad o vacilación ante ninguna bebida.

—Es el hechicero —comentó de pronto el dueño de la posada—. Es un personaje horrible. Las cosas no han vuelto a ser como antes desde que llegó a ocupar el viejo castillo. Desde entonces, no hemos tenido más que molestias, con esos mutantes en el camino, y todo eso. Ya nadie viene por aquí, y no hay quien duerma tranquilo por la noche.

Gotrek se animó de inmediato, y

una sonrisa malévola dejó al descubierto los ennegrecidos tocones de sus dientes. El poeta vio que aquello era más de su agrado.

—¿Un hechicero, dices?

—Sí, señor, y es un brujo malvado, te lo aseguro.

Félix advirtió que todos los parroquianos miraban de modo extraño al posadero, como si éste hubiese hablado a destiempo, o dicho algo que ellos nunca habían esperado que dijese. Pero descartó aquel pensamiento. Tal vez sólo estaban asustados. ¿Quién no lo estaría con un servidor de los Poderes Siniestros del Caos alojado en

el castillo que dominaba el pueblo?

—Es malvado como un dragón con dolor de muelas. ¿No es cierto, Helmut?

El campesino al que le acababa de hablar el posadero se quedó petrificado en el sitio como una rata ante la mirada de una serpiente.

—¿No es cierto, Helmut? —repitió el posadero.

—No es tan malo —respondió el campesino—, considerando cómo son los hechiceros malvados.

—¿Y por qué no asaltáis el castillo? —preguntó Gotrek, y Félix pensó que si el enano no podía adivinar la respuesta



por el aspecto de perro apaleado de aquellos palurdos era más estúpido de lo que parecía.

—Porque allí está el monstruo, señor —respondió el campesino al mismo tiempo que arrastraba los pies y volvía a fijar la vista en el piso.

—¿El monstruo? —preguntó Gotrek con algo más que una pizca de interés profesional en su único ojo—. Un monstruo grande, supongo.

—Enorme, señor. Dos veces más grande que un hombre y cubierto por toda clase de horribles mu..., mu..., mu...

—¿Mutaciones? —sugirió Félix,

servicial.

—Sí, señor, de esas cosas.

—¿Por qué no pedís ayuda a Nuln?

—quiso saber Félix—. Los templarios del Lobo Blanco estarían interesados en enfrentarse a semejante servidor del Caos.

El campesino le dirigió una mirada de incompreensión.

—No sabemos dónde está Nuln, señor. Ninguno de nosotros se ha alejado nunca más de media legua de Blutdorf. ¿Quién cuidaría de las esposas si abandonamos el pueblo?

—Y además están los mutantes —intervino otro parroquiano—. El bosque

está lleno de ellos, y todos sirven al mago.

—¿También los mutantes? —Gotrek parecía casi alegre—. Creo que vamos a visitar el castillo, humano.

—Eso me temía —suspiró Félix.

—No querrás decir que quieres atacar al hechicero y a su monstruo —dijo uno de los del pueblo.

—Con vuestra ayuda, pronto libraremos a Blutdorf de ese azote —respondió Félix con tono seco mientras hacía caso omiso de la mirada terrible que le echaba Gotrek. El Matatrolls no quería ayuda de nadie en su búsqueda de una muerte gloriosa.

—No, señor, no podemos ayudaros.

—¿Por qué no? ¿Acaso sois unos cobardes indignos?

Se trataba de una pregunta estúpida, pero el poeta pensaba que tenía que hacerla. No era que les reprochara su actitud a los habitantes del pueblo, ya que en circunstancias normales habría estado menos que deseoso de enfrentarse con un hechicero del Caos y su monstruosa mascota.

—No, señor —replicó el hombre—; es sólo que él tiene a nuestros hijos allí arriba... ¡Los retiene como rehenes!

—¿A vuestros hijos?

—Sí, señor, hasta el último de ellos. Él y su monstruo bajaron aquí y se los llevaron. Y tampoco hubo manera de resistirse entonces. Cuando el Gran Norri lo intentó, el monstruo le arrancó los brazos y lo obligó a comérselos; fue horrible.

A Félix no le gustaba nada el destello que había aparecido en el ojo del Matatrolls. El entusiasmo de Gotrek por llegar hasta el castillo y luchar con el monstruo radiaba por toda la habitación como el calor de una enorme hoguera. El poeta no se sentía tan seguro, y compartía la falta de entusiasmo de los habitantes del pueblo

respecto al enfrentamiento directo.

—Sin duda, querréis liberar a vuestros hijos —comentó Félix.

—Sí, pero no queremos que los maten, y el mago se los entregará al monstruo si le damos cualquier problema.

Félix miró a Gotrek, y éste agitó un pulgar de modo significativo hacia los riscos donde se alzaba el castillo. El poeta comprendió que estaba deseoso de ponerse en camino, con rehenes o sin ellos, y con una sensación descorazonadora se dio cuenta de que no habría manera de escapar de aquella situación. Antes o después, él y el

enano acabarían haciendo una visita al castillo de Blutdorf. Desesperado, buscó una manera de aplazar lo inevitable.

—Esto requiere un plan —dijo—. Posadero, sírvenos un poco mas de esa buena cerveza.

El hombre sonrió y se puso a servir dos jarras mientras Félix advertía que Gotrek lo contemplaba con suspicacia; entonces se dio cuenta de que no estaba mostrando el entusiasmo adecuado ante la empresa. El posadero regresó y dejó ante ellos otras dos jarras de cerveza al mismo tiempo que sonreía, emocionado.

—Una para el camino —dijo Félix

alzando la jarra, y bebió un sorbo que le supo aún peor que las que anteriormente había dado. Debido al sabor, no estaba muy seguro, pero pensó que la cerveza tenía un ligero regusto a producto químico. Fuese lo que fuese, unos cuantos sorbos más lo dejaron mareado y con náuseas. Advirtió que Gotrek había acabado la suya y estaba pidiendo otra, que el posadero se la traía y que el enano se la bebía de golpe. Luego sus ojos se abrieron de par en par, se aferró la garganta y a continuación cayó como un árbol talado.

Félix necesitó un momento para



comprender qué había sucedido, y avanzó dando traspiés para examinar a su compañero. Los pies le pesaban como si fuesen de plomo, la cabeza le daba vueltas y las náuseas amenazaban con abrumarlo. Sabía que allí estaba sucediendo algo malo, pero no lograba identificarlo del todo. Era algo que tenía que ver con la cerveza. Nunca antes había visto caer al enano, por mucho que bebiera, y él mismo jamás se había sentido tan mal, no después de beber unas pocas jarras.

Se volvió para mirar al posadero, y la silueta del hombre onduló como si Félix lo mirase a través de un cristal

esmerilado. Lo señaló con un dedo acusador.

—Tú dragaste... quiero decir dregaste... no, quiero decir que bebiste nuestras drogas —dijo, y cayó de rodillas.

—Gracias por eso, Tzeentch. Pensaba que no caerían nunca. Al enano le he puesto la suficiente raíz skaven para tumbar un caballo.

Félix buscó a tientas la espada, pero tenía los dedos entumecidos y se desplomó sumiéndose en la oscuridad.

—Y me cuesta una corona la pizca —murmuró el posadero. Su malhumorada voz fue lo último que

oyó Félix antes de caer en la inconsciencia—. *Herr* Kruger, sin embargo, me pagará bien por dos especímenes tan buenos.

\* \* \* \* \*

—¡Despierta, humano!

La profunda voz tronó en algún lugar cerca del oído de Félix, y éste intentó hacer caso omiso de ella con la esperanza de que se marchara y le permitiera volver al sueño.

—¡Despierta, humano, o te juro que

iré allí y te estrangularé con estas mismas cadenas!

Entonces había en la voz una nota amenazadora que convenció a Félix de que era mejor prestarle atención. Abrió los ojos..., y deseó no haberlo hecho.

Incluso la mortecina luz de la única antorcha oscilante que iluminaba la celda era demasiado brillante, y su débil resplandor le dañó los ojos. En cierto sentido, era lo adecuado porque hizo que se pusieran a tono con el resto de su cuerpo. El pulso le latía con fuerza dentro del cráneo, como un gong golpeado con un martillo, y se sentía como si alguien hubiese usado su

cabeza para practicar patadas. Tenía la boca seca como un desierto y la lengua como si alguien le hubiese pasado un papel de lija.

—Tengo la peor resaca de mi vida —masculló al mismo tiempo que se lamía los labios con nerviosismo.

—No es resaca. Nos dro...

—Nos drogaron, ya lo sé.

Félix se dio cuenta de que estaba de pie y que tenía las manos alzadas por encima de la cabeza y algo pesado atado a los tobillos. Intentó inclinarse para ver de qué se trataba, pero descubrió que no podía moverse. Levantó la mirada y vio que colgaba de unos grilletes con

cadenas unidas a un gran aro de hierro sujeto a la pared por encima de él. Esto lo confirmó al mirar al otro lado de la habitación y ver que Gotrek se encontraba retenido por el mismo sistema.

El Matatrolls pendía de las cadenas como una res en la carnicería, aunque no tenía las piernas encadenadas porque su cuerpo era demasiado corto para llegar al suelo. Félix vio que había grilletes para los tobillos sujetos a la pared, un poco más abajo, pero las piernas del enano no alcanzaban ese nivel.

Recorrió la celda con la mirada; se

encontraban en una sala amplia, pavimentada con pesadas losas de piedra, en cuyas paredes había una docena de juegos de cadenas y grilletes similares; del más lejano pendía un esqueleto extrañamente deformado. Contra la pared de la izquierda, se alzaba un banco de trabajo cubierto de alambiques y mecheros de carbón, así como de otros instrumentos de alquimista. En el centro de la habitación, había un enorme pentagrama trazado con tiza y rodeado de peculiares jeroglíficos. En cada uno de los cruces de la estrella de cinco puntas, aparecía un cráneo de hombre

bestia que daba soporte a una vela apagada, hecha de cera.

A la derecha de la celda, una escalera de piedra conducía hasta una sólida puerta, en la cual había un ventanuco redondo por donde se filtraban algunos rayos de sol a la oscuridad interior; cerca del pie de la escalera Félix vio su espada y el hacha de Gotrek. Entonces experimentó una breve sensación de esperanza. Quienquiera que los hubiese desarmado no había sido muy minucioso en el registro, pues aún podía sentir el peso de la daga arrojadiza que llevaba oculta en la vaina



del antebrazo. Por supuesto, no había forma de que pudiera usarla con los brazos engrilletados, pero de algún modo resultaba consolador saber que la tenía.

El aire estaba viciado y era fétido. A lo lejos, Félix creyó oír gritos, cantos y rugidos bestiales, como una combinación de los ruidos propios de un hospital para dementes y un zoológico. Ningún elemento de la situación en que se encontraban lo tranquilizó.

—¿Por qué nos drogó el posadero?  
—preguntó Félix.

—Estaba confabulado con el

hechicero; es obvio.

—O le tenía miedo. —De haber podido, el poeta se habría encogido de hombros—. De todas formas, me pregunto por qué estamos vivos todavía.

Una aguda risa disimulada respondió a la pregunta. La pesada puerta crujió al abrirse, y dos siluetas bloquearon el paso de la luz. Se produjo un breve fogonazo al rascar alguien un fósforo, y luego encendieron un farol y el poeta pudo ver cuál era el origen de la burlona risa.

—Buena pregunta, Jaeger, y que será para mí un gran placer responderte.

«En esa voz hay algo que me resulta muy familiar», pensó Félix. Era aguda, nasal y profundamente desagradable, y él la había oído con anterioridad.

Entrecerró los ojos, mirando hacia la escalera, y distinguió al dueño de aquella voz, que era tan desagradable como la misma. Era un hombre alto y flaco, ataviado con túnicas grises, desteñidas, maltrechas y remendadas en mangas y codos. Alrededor del cuello descarnado pendía una cadena con un enorme amuleto. Los largos dedos finos estaban cubiertos por anillos con runas grabadas, y rematados por largas uñas ennegrecidas. Un gran

cuello vuelto hacia arriba enmarcaba su pálido rostro sudoroso, y un casquete ribeteado en plata le coronaba la cabeza.

Detrás del hombre había una criatura descomunal que superaba al hombre por medio cuerpo de estatura y pesaba cuatro veces más que él. Quizás en otros tiempos había sido un ser humano, pero entonces tenía el tamaño de un ogro. Se le habían caído amplias zonas de pelo y su cabeza y su piel presentaban enormes pústulas. Los rasgos del rostro eran deformes y monstruosos, y los dientes parecían piedras de molino. Tenía unos brazos

aún más musculosos que los de Gotrek y más gruesos que los muslos de Félix, y unas manos del tamaño de bandejas para banquete. Los dedos callosos y grandes como salchichas parecían preparados para partir una piedra, y Félix se encontró con que era incapaz de mirar a aquella cosa a los ojos, así que devolvió su atención al humano.

Éste tenía un rostro afilado y lleno de líneas; en sus ojos del más pálido azul brillaba la locura, y los quevedos de montura de acero los ocultaban sólo a medias. La nariz era larga, fina y rematada por una verruga muy grande, y de ella colgaba un moco. El hombre

volvió a reír, sorbió para meter el moco de vuelta en las fosas nasales y se enjugó con una manga. A continuación, recuperada la dignidad, echó la cabeza atrás y descendió la escalera con aire decidido. Pero este efecto de impresionante dignidad hechicera quedó algo estropeado cuando estuvo a punto de pisarse el borde de la túnica y caer de cabeza.

Fue este último detalle lo que activó la memoria de Félix y le trajo el recuerdo.

—¿Albericht? —preguntó—.

¿Albericht Kruger?

—¡No me llames así! —La voz del

hombre se aproximó al grito—. Dirígete a mí como «Señor».

—¿Conoces a este idiota, humano?  
—preguntó Gotrek.

Félix asintió. Albericht Kruger había asistido a unas pocas clases de filosofía en la Universidad de Altdorf antes de que el poeta fuese expulsado por batirse en duelo. Había sido un joven tranquilo, muy estudioso y siempre podía encontrárselo en las bibliotecas. Probablemente nunca había intercambiado más de una docena de palabras con él en los dos años durante los que estudiaron juntos. También recordaba que Kruger se había

esfumado. Se produjo un pequeño escándalo..., algo relacionado con unos libros desaparecidos de la biblioteca, y recordaba además que algunos cazadores de brujas del templo de Sigmar habían mostrado interés.

—Estudiamos juntos en Altdorf.

—¡Ya basta! —le chilló Kruger con su voz fina e irritante—. Sois mis prisioneros y haréis lo que yo os ordene durante lo que queda de vuestras despreciables vidas.

—¿Haremos lo que nos ordenes durante lo que queda de nuestras despreciables vidas? —Félix contempló a Kruger con expresión atónita—. Has



estado leyendo demasiadas obras melodramáticas de Detlef Sierck. Nadie habla de esa manera en la vida real.

—¡Cállate, Jaeger! Ya basta. Siempre fuiste demasiado inteligente para que te resultase saludable, ¿sabes? ¡Ahora veremos quién es el inteligente aquí!... ¡ya lo creo!

—Vamos, Albericht, una broma es una broma. Déjanos salir de aquí rápidamente, antes de que venga tu maestro.

—¿Mi maestro? —Kruger pareció desconcertado.

—El hechicero dueño de esta torre.

—¡Eres un idiota, Jaeger! El

hechicero soy yo. —Félix lo miró con incredulidad.

—¿Tú?

—¡Sí, yo! He sondeado los misterios de los Dioses Oscuros y he descubierto la fuente de todo poder mágico. He investigado los secretos de la Vida y la Muerte. Esgrimo las poderosas energías del Caos y pronto tendré un dominio total sobre las tierras del Imperio.

—Eso me resulta un poco difícil de creer —admitió Félix con sinceridad, dado que el Kruger que él había conocido en sus tiempos de estudiante era una nulidad de la que todos los demás estudiantes hacían caso omiso.

¿Quién habría adivinado las profundidades de megalomanía que acechaban dentro de aquella cabeza?

—Piensa lo que quieras, *herr* Sabihondo Jaeger con tu acentito finolis y tus modales de mi-padre-es-un-rico-comerciante y-soy-demasiado-bueno-para-ti. ¡Yo he dominado el secreto de la Vida misma, controlo los secretos alquímicos de la piedra de disformidad y comprendo los secretos más recónditos del arte de la transmutación!

Por el rabillo del ojo, Félix vio que los músculos de Gotrek comenzaban a hincharse; el enano luchaba contra las cadenas que lo sujetaban. Tenía el

rostro enrojecido, la barba erizada y el cuerpo contorsionado, arqueado con el fin de apoyar los pies contra la pared. No sabía qué esperaba conseguir con eso el enano, ya que cualquiera podía ver que aquellas cadenas eran imposibles de romper con la fuerza de un hombre o de un enano.

—¿Has estado usando la piedra de disformidad?

«Eso explica muchísimas cosas», pensó el poeta. No sabía mucho sobre la piedra de disformidad, pero lo que sabía le resultaba bastante inquietante. Era la esencia pura del Caos, la fuente final y definitiva de todas las

mutaciones, y una sola pizca de ella bastaba para volver loco a un hombre normal. Por el tono que empleaba, al parecer Kruger había consumido todo un barril.

—¡Estás loco!

—¡Eso me dijeron en Altdorf, en esa universidad que tienen! —De la boca de Kruger goteaba saliva, y Félix vio que sus ojos brillaban con un color verde horripilante, como si detrás de las pupilas hubiese fuegos fatuos. Unos colmillos de vampiro asomaban de sus encías—. Pero yo les demostré que estaban equivocados. Encontré sus libros prohibidos, envueltos y ocultos en

una bóveda. ¡Dijeron que no estaban destinados a los ojos de un hombre mortal, pero yo los he leído y no me han hecho ningún daño!

—Sí, ya lo veo —masculló el poeta en tono irónico.

—Te crees muy listo, ¿verdad, Jaeger? Eres igual que todos los demás, todos los que se reían de mí cuando yo decía que iba a ser el hechicero más grande desde Teclis. ¡Ya veremos con qué inteligencia te comportas cuando te haya transformado como transformé a Oleg, aquí presente!

Con orgullo paternal, dio unas palmadas en un hombro del monstruo,

que sonrió como un perro al que el amo acabara de rascarle la barriga. A Félix, aquella escena le resultó ligeramente inquietante. Detrás de ellos, Gotrek estaba casi de pie contra la pared, con los brazos estirados al máximo, y dado que las cadenas resistían lo dejaban casi en paralelo al piso. El Matatrolls tenía la cara azul, y sus facciones estaban contorsionadas por una mueca de cólera y furia. Félix tuvo la sensación de que pronto algo tendría que ceder; o bien se rompían las cadenas, o se le reventaría un vaso sanguíneo al Matatrolls. «Esto último podría ser una bendición», pensó Félix, porque no veía

cómo Gotrek iba a vencer al monstruo sin el hacha. El Matatrolls era fuerte, pero aquella criatura hacía que pareciese un niño flaco.

Kruger alzó un brazo con el que blandía un báculo, y Félix vio que en la punta había una esfera de verdosa piedra de disformidad sujeta por un engarce de plomo. No pudo evitar fijarse en que la mano que sujetaba el báculo era escamosa, y que sus uñas se asemejaban a las garras de una bestia salvaje.

—He necesitado años para perfeccionar el hechizo de la transmutación, años —siseó Kruger—.



No tienes ni idea de cuántos experimentos hice. ¡Centenares! Trabajé como un poseso, pero al fin tengo el secreto. Muy pronto lo conocerás tú también. —El hechicero volvió a reír—. Aunque, ¡ay!, no te servirá de nada porque no serás lo bastante inteligente como para hablar, aunque supondrás una buena compañía para Oleg.

La relumbrante punta del báculo se acercó aún más al rostro de Félix, y éste pudo ver extrañas luces en el interior de la misma. La superficie parecía rielar y formaba remolinos, como aceite sobre el agua. Percibió el terrible poder de

mutación que emergía de ella, que radiaba de la piedra de disformidad como el calor de los carbones encendidos.

—Supongo que implorar misericordia no servirá de nada — comentó Félix con despreocupación, y se enorgulleció de haber logrado mantener un tono de voz sereno. Kruger negó con la cabeza.

—Es demasiado tarde para eso. Dentro de poco serás un estúpido bobalicón todavía más grande que ahora.

—En ese caso, tengo que decirte algo.

Los músculos de Gotrek se hincharon al realizar un último esfuerzo sobrehumano y lanzarse hacia adelante como un nadador que se zambulle de cabeza desde un acantilado.

—¿De qué se trata, Jaeger? —  
Kruger se acercó a la boca de Félix.

—¡Tú tampoco me caíste nunca bien, demente!

Dio la impresión de que Kruger iba a golpear al poeta con el báculo, pero, en cambio, se limitó a sonreír y enseñar sus colmillos bestiales.

—Muy pronto, Jaeger, cada vez que te mires al espejo, comprenderás el verdadero significado de la palabra

*demencia.*

Kruger comenzó a entonar una letanía en un idioma extraño, de sonido líquido. No era élfico sino algo aún más antiguo y cuyo tono resultaba considerablemente más siniestro. Félix ya lo había oído antes, en otras ocasiones en que él y Gotrek habían interferido en los ritos que estaban celebrando los seguidores del Caos. Bueno, al parecer, esa vez las fuerzas de la Oscuridad eran las que reirían últimas. Él y el Matatrolls pronto se unirían a sus filas, aunque fuese contra su voluntad.

A cada palabra entonada por

Kruger, la piedra de disformidad se hacía más brillante, y su resplandor verdoso hizo retroceder la oscuridad de la celda y lo bañó todo con su luz horripilante. De la piedra emergieron unos zarcillos de ectoplasma, que al principio parecían niebla luminosa, pero luego se condensaron en algo más sólido. En torno a ellos, había un aura de algo repugnante y enfermo. Cuando Kruger agitaba el báculo, las excrecencias de ectoplasma ondeaban detrás del mismo como la cola de un cometa. Lo sacudía con amplios gestos que barrían el aire, como si con cada ondulación el maligno objeto

aumentara su poder.

La letanía parecía entonces un alarido demente, y gotas de sudor perlaban la frente del hechicero del Caos y le resbalaban por los quevedos. Oleg, el monstruo mutante, aullaba al unísono con su señor, y su tronante voz de bajo aportaba un horripilante contrapunto al hechizo. Félix sintió que se le erizaban los cabellos cuando cesó la letanía y cayó un inquietante manto de silencio sobre la mazmorra.

Durante un momento, todo permaneció inmóvil. Félix apenas era capaz de ver, deslumbrado por la luz del báculo del Caos. Podía oír los

latidos de su propio corazón y la respiración agitada de Kruger, que jadeaba tras concluir la invocación. Se produjo un extraño crujido y un sonido de metal que raspaba contra la piedra, y abrió los ojos a tiempo de ver que una de las cadenas de Gotrek se soltaba de la pared y salía volando, y que luego el Matatrolls caía profiriendo una imprecación y acababa balanceándose por encima de las losas del suelo.

Kruger se volvió al oír aquel ruido, y el monstruo abrió la boca y dejó escapar un tremendo bramido.

Félix gimió. Había esperado que el Matatrolls pudiese correr hacia el

hacha. Con la espada en la mano, Félix habría apoyado al enano contra cualquier monstruo. No obstante, Gotrek continuaba colgado de una de las cadenas, y lo único que podría hacer sería balancearse mientras el monstruo lo hacía pedazos. Kruger pareció darse cuenta de eso al mismo tiempo que Félix.

—¡Ataca! —le chilló al monstruo.

Oleg se lanzó hacia adelante, y Gotrek lo azotó con la cadena suelta, cuyos pesados eslabones salieron lanzados en dirección a los enormes ojos del mutante. Oleg aulló de dolor cuando la cadena le golpeó el rostro, y



luego retrocedió tambaleándose y se estrelló contra Kruger. Se oyó un chasquido cuando el enano aprovechó el momento de respiro para soltar la otra cadena de la pared, y el rostro de Kruger se puso blanco. Se levantó de un salto para precipitarse hacia la escalera, y lo último que Félix vio de él fue su espalda que desaparecía.

—¡Habrá un ajuste de cuentas! — declaró Gotrek con su pétrea voz, entonces gutural a causa de la cólera.

El monstruo se lanzó por atacar al Matatrolls, y tendió hacia él una mano grande como un jamón. Gotrek agitó la cadena hacia adelante y abajo, y el

metal se estrelló contra la mano de la criatura, que retrocedió una vez más. El ojo sano de Gotrek miró de soslayo para medir la distancia que lo separaba del hacha, y Félix casi pudo leerle la mente. La distancia era excesiva. Si daba media vuelta y corría a coger el arma, las zancadas más largas del monstruo le permitirían darle alcance.

Tal vez podría retroceder de espaldas hacia ella, pero, como siempre, el poeta subestimó la fuerza de la sed de combate del enano, que, en lugar de retroceder, corrió hacia su enemigo al mismo tiempo que agitaba la cadena en un arco tan veloz que la volvía borrosa.

La cadena se estrelló contra el pecho de Oleg, y un momento después le asestó un segundo golpe en la cara con la otra cadena.

Esa vez, Oleg esperaba el dolor y, en lugar de retroceder, continuó avanzando hacia el Matatrolls y lo levantó del suelo en un abrazo de oso. Félix hizo una mueca de dolor al ver cómo apretaban los brazos del gigantesco mutante, cuyos bíceps contraídos parecían tener el tamaño de barriles de cerveza. Un chorro de sangre roja cayó sobre Gotrek, y Oleg aulló de dolor y arrojó al enano al otro lado de la habitación con sus

descomunales brazos. Gotrek se estrelló contra la pared y cayó al suelo con un estrépito de cadenas; se puso de pie, tambaleándose, pocos segundos después.

—¡Coge el hacha! —le gritó Félix.

Pero el aturdido enano no estaba en condiciones de seguir el consejo y, además, quería derramar sangre. Avanzó con paso vacilante hacia Oleg, que permanecía de pie donde lo había dejado y aullaba mientras se aferraba la nariz. Entonces, al oír los pasos tambaleantes del enano, alzó la mirada y profirió un tremendo bramido de cólera y dolor. Se precipitó hacia su

enemigo, agachado y con los brazos estirados, con la intención de volver a atrapar al Matatrolls en un mortal abrazo. Gotrek permaneció donde estaba mientras el monstruo se lanzaba en una atronadora carrera hacia él, tan imparable como un carro tirado por caballos desbocados. Félix no quería mirar... El mutante era lo bastante grande como para aplastar al Matatrolls con sus pies de elefante, pero el horror no le permitía apartar la vista.

Oleg llegó a donde estaba Gotrek. Sus enormes brazos comenzaron a cerrarse, pero en el último segundo el Matatrolls se agachó y se lanzó entre las

piernas del monstruo, para luego volverse y azotarlo con la cadena, que se enrolló en torno a un tobillo del mutante. Gotrek tiró hacia él; Oleg perdió pie y cayó cuan largo era, y la cadena se desenroscó como una serpiente.

Entonces, Gotrek envolvió con una cadena el cuello de Oleg, y cuando éste se puso de pie arrastró a Gotrek consigo. El peso del Matatrolls apretó más la cadena que rodeaba el cuello de su enemigo, y Gotrek se valió de la misma para mantenerse donde estaba y trepar hasta situarse tras el cuello del mutante, donde continuó tensándola.

La piel de la garganta de Oleg se puso blanca, y Félix se dio cuenta de que el enano intentaba estrangularlo.

Con lentitud, el mismo pensamiento se filtró dentro de la mente atrofiada del monstruo, y se llevó ambas manos al cuello con la intención de aflojar la presa de la cadena que estaba matándolo. La cogió e intentó meter los dedos dentro de los eslabones, pero eran demasiado gruesos y la cadena estaba excesivamente apretada. Entonces se llevó las manos hacia atrás para coger a su atacante, pero el Matatrolls agachó la cabeza y se pegó más a él; después comenzó a hacer

que la cadena corriera de un lado a otro, como si fuese un serrucho. Félix vio que manaban gotas de sangre allá donde lo herían los eslabones.

En ese momento, una mano de Oleg aferró la cresta de pelo de Gotrek, y la mantuvo cogida durante un momento mientras tiraba de ella, pero luego los dedos resbalaron a causa del ungüento de grasa de oso que hacía que la cresta mantuviera la forma, y una expresión de frustración y miedo comenzó a asomar a los ojos del monstruo. Félix se dio cuenta de que el mutante empezaba a debilitarse; de pronto, fue presa del pánico y se lanzó



de espaldas contra una pared, donde estrelló a Gotrek con una fuerza abrumadora. Pero nada podía lograr que el Matatrolls aflojara la presa, y Félix dudaba de que incluso la muerte consiguiera hacerle soltar ahora la cadena. Vio que una fija mirada vidriosa se había apoderado del ojo de Gotrek, y que tenía semiabierta la boca en una feroz sonrisa aterradora.

Oleg se debilitaba poco a poco, a medida que las fuerzas lo abandonaban, y se desplomó hacia adelante sobre manos y rodillas. Un horrible estertor emergió de su garganta antes de caer al suelo y quedar inmóvil.

Gotrek tensó una vez más la cadena para asegurarse de que estaba muerto, y luego se puso de pie, jadeando.

—Fácil —murmuró—. Apenas valía la pena matarlo.

—Bájame de aquí —protestó Félix.

Gotrek fue a buscar su hacha, y con cuatro golpes lo puso en libertad. El joven corrió a recuperar su espada mientras les llegaban desde arriba ruidos de tornos que giraban, grandes puertas de metal que se alzaban y el aullido de una horda sedienta de sangre. Apenas tuvieron tiempo de prepararse antes de que la puerta del laboratorio se abriese de golpe y una

marea de mutantes frenéticos se lanzara escaleras abajo. Félix creyó reconocer a algunas de las criaturas de la batalla anterior, y comprendió que aquél era el sitio del que procedían los mutantes.

Uno se lanzó desde el descansillo mientras sus ojos de reptil lo miraban con sed de sangre, y Félix empleó una estocada de bloqueo para atravesarle el pecho, y luego dejó que su brazo cayera hacia adelante bajo el peso del mutante, de modo que el cuerpo resbalara de la hoja y la dejara libre. La marea de monstruos continuaba avanzando, inexorable, impelida por un frenesí asesino y por el peso de los que llegaban

de atrás. Félix se encontró en el centro de un atronador remolino de violencia, donde él y el Matatrolls luchaban, espalda con espalda, contra los engendros del Caos.

Gotrek espumajeaba por la boca y describía con el hacha ensangrentada un enorme ocho en el aire. Nada podía ponerse en su camino sin ser derribado, y con las cadenas aún colgando de las muñecas, abrió una brecha de despojos color carmesí en la masa de enemigos. Félix avanzaba detrás de él mientras remataba a los caídos con una estocada y mataba a los pocos que lograban superar la barrera del hacha.

Sobre el descansillo de lo alto de la escalera, Félix vio a Kruger, que había vuelto a coger su báculo. El resplandor verdoso danzaba sobre su rostro e iluminaba toda la escena con luz infernal mientras él entonaba un hechizo; de pronto, un rayo de color verde salió disparado del báculo, describió un arco descendente y no dio en Félix por muy poco.

El mutante que se encontraba delante del poeta no tuvo tanta suerte; se le chamuscó el pelo, y los ojos se le salieron de las órbitas. Por un momento, danzó sobre zancos de pura energía de bruja, y luego cayó a tierra

convertido en un cadáver retorcido y negro. Félix saltó a un lado, pues no quería ser el blanco de otro rayo como aquél, y Gotrek se lanzó hacia adelante y cortó en dos a un mutante que se abría camino hacia el pie de la escalera.

El rayo volvió a salir disparado, pero en esa ocasión iba dirigido a Gotrek, que no tuvo tanta suerte como Félix. Le acertó de pleno en la cabeza, y Félix pensó que por fin vería al Matatrolls hallar la muerte largamente buscada. El pelo de Gotrek se puso más de punta que lo que era habitual, y las runas de su hacha brillaron con luz carmesí, mientras él profería un bramido que

podría haber sido una última maldición dirigida a sus dioses; pero luego sucedió algo extraño. El resplandor verde atravesó limpiamente su cuerpo y continuó corriendo por una de las cadenas que aún tenía sujetas a las muñecas, para llegar hasta el suelo con una lluvia de chispas y desaparecer sin haber causado ningún daño.

Félix estuvo a punto de echarse a reír a carcajadas. Había oído hablar de cosas parecidas en las clases de historia natural. Se llamaba *descarga a tierra*; el mismo principio que permitía que la barra metálica de un pararrayos condujera la energía del rayo hacia el

suelo sin causar daños había salvado a Gotrek. Se tomó un instante para considerar eso, y luego desenvainó la daga que llevaba escondida y se la arrojó a Kruger.

Fue un buen lanzamiento, bien dirigido y certero, y el arma se clavó en el pecho del repulsivo brujo. Quedó allí por un momento, temblando, y Kruger dejó de entonar el hechizo para bajar la vista hacia ella; después dejó caer el báculo y se aferró la herida. Una sangre verdosa rezumó por el tajo y manchó los dedos del hechicero, que le dirigió a Félix una mirada de odio... para luego dar media vuelta y huir.



El poeta devolvió su atención a la refriega, pero ésta ya había concluido. Los pequeños mutantes habían demostrado, una vez más, que no eran rivales dignos del hacha del Matatrolls. Gotrek se erguía triunfante, con su musculoso cuerpo cubierto de sangre e icor, mientras de su hacha se desprendía un resplandor leve y la grasa de oso crepitaba en su cabello.

Félix pasó corriendo junto a él, subió la escalera y salió al pasillo, donde halló un rastro de sangre verdosa que se alejaba hacia el rondo del mismo y giraba después de una pila de jaulas abiertas y vacías. Dedujo que de ellas

habían salido los mutantes, sin duda producto de los repulsivos experimentos de Kruger.

—Liberemos a los niños y salgamos de aquí —dijo Félix.

—¡Quiero el cráneo de ese hechicero para hacerme una jarra de cerveza! —replicó Gotrek, y escupió.

Félix hizo una mueca.

—No lo dices en serio.

—Es sólo una forma de hablar, humano.

Pero por la expresión que había en el rostro de Gotrek, el poeta no estaba muy seguro de ello.



Avanzaban por el corredor hacia su objetivo, y el pensamiento de salvar a los niños le proporcionaba a Félix un cierto consuelo. Al menos en ese caso, él y el Matatrolls tendrían la posibilidad de hacer algo bueno: devolverles las criaturas a sus padres. Por una vez, podrían realmente actuar como verdaderos héroes, y el poeta ya podía imaginarse los rostros llorosos de los aliviados habitantes del pueblo al reunirse con sus retoños.

El ruido de las cadenas de Gotrek al

ser arrastradas por el suelo empezaba a atacarle los nervios. Al girar en el recodo llegaron ante una puerta, pero un solo hachazo de Gotrek la redujo a leña; entonces entraron en una sala que, obviamente, en otra época, había sido el estudio de Kruger.

La luz de la enorme luna plateada entraba por una sola ventana muy grande, y el hechicero corrupto se encontraba desplomado sobre el escritorio, donde su sangre verde se vertía sobre las páginas abiertas de un descomunal grimorio encuadernado en cuero. Las manos aún se movían, como si estuviese intentando hacer un

hechizo que podría salvarle la vida.

Félix lo cogió del pelo y le echó la cabeza hacia atrás para mirarle a los ojos, de los que se estaba desvaneciendo el resplandor verde, y sintió que lo colmaba una ola de triunfo.

—¿Dónde están los rehenes?

—¿Qué rehenes?

—¡Los niños del pueblo! —le espetó

Félix.

—¿Te refieres a mis sujetos de experimentación??

Félix sintió que lo invadía un terror frío, porque se daba cuenta de adónde iría a parar el asunto. Sus labios casi se

negaron a vocalizar la pregunta siguiente.

—¿Experimentabas con niños? —  
Kruger le dedicó al poeta una sonrisa retorcida.

—Sí, son más fáciles de transmutar que los adultos, y crecen en poco tiempo hasta su tamaño máximo. Iban a ser mi ejército conquistador..., pero los habéis matado a todos.

—Los hemos matado... a todos. —  
Félix se quedó atónito, y se evaporó su visión de ser agasajado por jubilosos padres. Bajó los ojos hacia la sangre que manchaba sus manos y ropas.

De pronto, una cólera ciega,

ardiente como las hogueras del infierno, se apoderó de él. Aquel maníaco había transformado a los niños del pueblo en mutantes, y él, Félix Jaeger, había contribuido a asesinarlos. En cierta manera, eso lo convertía en tan culpable como Kruger. Pensó en eso durante un momento, y luego arrastró al hechicero hasta la ventana y miró hacia el pueblo dormido, que se hallaba en el fondo de una larga caída vertical.

Le concedió a Kruger un momento para considerar lo que estaba a punto de sucederle, y luego le propinó un fuerte empujón. El cristal se hizo añicos cuando el hechicero se precipitó en el

frío aire nocturno. Mientras agitaba los brazos, su alarido resonó en la oscuridad y tardó bastante en desvanecerse.

El Matatrolls alzó la mirada hacia Félix, con un resplandor malévolo en el ojo sano.

—Eso ha estado muy bien hecho, humano. Ahora vayamos a decirle unas palabras al posadero, porque tengo una cuenta que saldar con él.

—Primero prendamos fuego al castillo —respondió Félix, ceñudo, y salió para convertir aquel lugar maldito en una gigantesca pira funeraria.



# Los hijos de Ulric

A pesar de todos nuestros esfuerzos, y aunque de algún modo no fue del todo sorprendente, no logramos llegar a

Nuln antes de que comenzara el invierno. Peor aún, dado que carecíamos de brújula y cualquier otro medio para orientarnos en las profundidades del bosque, pronto volvimos a perdernos. Se me ocurren pocas circunstancias que sean más atemorizadoras o peligrosas para un viajero que perderse en los bosques con las nevadas invernales. Por desgracia, debido a algún capricho del oscuro destino que había perseguido nuestros pasos, parecía que estábamos a punto de encontrarnos en una de esas pocas circunstancias...

**FÉLIX JAEGER,**

***Mis viajes con Gotrek,***

**vol. II,**

**Impreso en Altdorf, 2505**

El aullido de los lobos resonaba en el bosque como los lamentos de almas condenadas al tormento. Félix se envolvió más en su roja capa de lana de Sudenland gastada, y avanzó trabajosamente por la nieve.

En los dos últimos días había visto dos veces a sus perseguidores, a los que había atisbado en las sombras que se extendían debajo de los interminables pinos. Eran largos y de forma esbelta, y tenían las lenguas colgando y los ojos brillantes a causa del hambre voraz. Por

dos veces los lobos se habían puesto casi al alcance de sus armas, y por dos veces se habían retirado como si obedecieran a la llamada del aullido lejano de un jefe, una criatura tan atemorizadora que había que obedecerla.

Cuando pensaba en aquel largo aullido gimiente, Félix se estremecía. En el grito había resonado una nota de horror e inteligencia que le hacía recordar las antiguas historias de bosques oscuros con que su niñera lo asustaba cuando era pequeño. Intentó apartar de sí aquellos perniciosos pensamientos.

Se dijo que sólo había oído el

aullido del jefe de la manada, una criatura más grande y atemorizadora que las demás y, por Sigmar, el aullido de los lobos ya era un sonido lo bastante tétrico sin necesidad de que su mente poblara el bosque de monstruos.

La nieve crujía bajo los pies; la humedad helada se filtraba a través del cuero resquebrajado de las botas y le mojaba los calcetines de lana. Aquélla era otra mala señal, porque había oído hablar de leñadores a quienes se les habían congelado los pies en un bloque dentro de las botas, y hubo que separarles los dedos con un cuchillo antes de que se les gangrenaran.

La verdad era que no le sorprendía realmente encontrarse perdido en el profundo corazón de Reikwald, justo cuando comenzaba el invierno. Maldijo, y no por primera vez, el día en que se encontró con el enano Gotrek Gurnisson y juró seguirlo y dejar constancia de su fin en un poema épico.

Habían estado rastreando las huellas de un monstruo grande, que Gotrek juraba que era un troll, cuando comenzó a nevar. Habían perdido el rastro bajo el manto de nieve, y entonces eran ellos quienes estaban perdidos.

Félix luchó contra la ola de pánico

que lo acometió al pensar que era muy posible que caminaran en círculos hasta morir de agotamiento e inanición. Ya les había sucedido a otros viajeros perdidos en el bosque durante el invierno.

«O hasta que los lobos nos den caza», se recordó a sí mismo. El enano tenía un aspecto tan desdichado como Félix. Avanzaba al mismo tiempo que usaba el mango del hacha a modo de bastón para sondear la profundidad de la nieve que tenía delante. La enorme cresta de pelo teñido de rojo que normalmente se encumbraba sobre su cabeza afeitada y tatuada, caía entonces

como la de un pájaro sucio. La hosca demencia que brillaba en su único ojo sano parecía ensombrecida por el entorno, y una gran gota de mocos le caía de la nariz rota.

—¡Árboles! —refunfuñó Gotrek—. Lo único que odio más que a los árboles son los elfos.

Otro penetrante aullido arrancó a Félix de su ensoñación. Era como los anteriores, cargado de maligna inteligencia y avidez, y llenó al poeta de un cegador miedo cerval. Por instinto, se echó la capa hacia atrás sobre el hombro derecho para dejar libre el brazo de la espada, y posó la mano



sobre la empuñadura del arma.

—No hay necesidad de eso, humano. —La diversión maliciosa se hizo evidente en la voz dura como el pedernal del enano—. Quienquiera que haya gritado, llama a nuestros amiguitos peludos para que se alejen de nosotros. Al parecer, han encontrado otra presa.

—Los hijos de Ulric... —comentó Félix con voz atemorizada al recordar los cuentos de la niñera.

—¿Qué tiene que ver con esto el dios Lobo de Middenheim, humano?

—Dicen que, cuando el mundo era joven, Ulric caminaba entre los

hombres y engendraba hijos con mujeres mortales; que los de su linaje podían cambiar de forma y escoger entre la de un hombre y la de un lobo. Se retiraron a las zonas salvajes del mundo hace mucho tiempo, y algunos afirman que su sangre fue corrompida cuando llegó el Caos y que ahora se alimentan de carne humana.

—Bueno, pues si alguno de ellos se pone al alcance de mi hacha, derramaré un poco de esa sangre corrupta.

De repente, Gotrek alzó una mano para indicarle que guardara silencio, y, pasado un momento, asintió con la cabeza y escupió al suelo.

Félix se detuvo, atemorizado, para observar y escuchar. No podía identificar señales de persecución por ninguna parte. Los lobos habían desaparecido, y por un momento sólo oía el atronador latido de su propio corazón y el de su respiración jadeante, aunque luego percibió lo que había hecho detener al Matatrolls: sonidos de lucha, gritos de batalla y el distante aullido de los lobos que les traía el viento.

—Al parecer están peleando — comentó.

—Vayamos a matar unos cuantos lobos —decidió Gotrek—. Tal vez,

quienquiera que sea objeto del ataque conozca el camino de salida de este lugar infestado de árboles y engendros del infierno.

\* \* \* \* \*

Jadeante por la carrera a través de las ráfagas de nieve, con la cara lastimada por los golpes de las ramas y las heridas de las espinas de los escaramujos, Félix entró en el claro de un salto, y una docena de ballestas se volvieron para apuntarlo. El aire estaba cargado de

olor a ozono y por todas partes yacían cadáveres de hombres y de lobos.

Con lentitud, el poeta alzó los brazos mientras su agitada respiración formaba nubes en el aire. El sudor le bajaba por el rostro a pesar del frío, y se dijo que en otra ocasión debería recordar que no era buena idea correr por el bosque en invierno, vestido con ropa de abrigo. Es decir, si todavía estaba vivo para recordar algo después de aquello, pues los desconocidos, armados hasta los dientes, tenían aspecto de cualquier cosa menos de ser amistosos.

Eran por lo menos veinte, y varios,

ataviados con las ricas pieles características de los nobles, empuñaban espadas y daban órdenes a los demás: soldados de aspecto duro y vigilante que, a despecho de ser competentes, tenían aire de intranquilidad y el miedo asomaba a sus ojos. Félix supo que disponía de pocos instantes antes de que lo llenaran de flechas como un alfiletero.

—¡No disparéis! —dijo—. He venido a ayudaros.

Se preguntó dónde estaría Gotrek. Había recorrido bastante distancia, y en el calor del momento había permitido que la emoción y sus largas piernas lo

hicieran adelantarse respecto al enano. En ese momento, eso podría convertirse en un fatal error, aunque tampoco estaba seguro de qué podría hacer el Matatrolls enfrentado con aquella formación de destellantes armas arrojadizas.

—¿Ah sí, de verdad? —preguntó una voz sarcástica—. Has salido a dar un paseo por el bosque, ¿no? Y entonces oíste el ruido de la refriega. Y has venido a investigar este pequeño alboroto, ¿no es cierto?

El que hablaba era un noble de elevada estatura. A Félix nunca le había gustado mucho la nobleza del Imperio,

y aquel tipo parecía un ejemplo perfecto de dicha casta sifilítica. Una barba negra recortada enmarcaba el semblante pálido y estrecho, desde el que lo contemplaban unos ojos asombrosamente negros; además, una nariz enorme en forma de pico de águila le confería un aire predador.

—Mi amigo y yo nos perdimos en el bosque, y oímos a los lobos y el ruido de la batalla. ¡Hemos venido para ayudar, si podíamos!

—¿Tu amigo? —preguntó el noble con voz irónica, al mismo tiempo que señalaba con un pulgar a una hermosa joven de elevada estatura que se



encontraba encadenada cerca de ellos —. ¿No será tu amiga? ¿No te referirás a esta bruja?

—No tengo ni idea de a qué te refieres, señor —replicó Félix—. No he visto a esa joven dama en toda mi vida.

Se volvió para echar una mirada feroz a sus espaldas, pero no vio al enano por ninguna parte. «Tal vez sea mejor así», pensó Félix, ya que el Matatrolls no era famoso por su tacto social. Sin duda, en ese momento, habría dicho algo que hubiese hecho que los matasen a ambos.

—Estaba viajando con un compañero...

Entonces se le ocurrió que quizá no sería tan buena idea mencionar a Gotrek en ese instante. El Matatrolls era un personaje llamativo y proscrito, y tal vez aquellos hombres quisieran reclamar la recompensa que se ofrecía por él si llegaban a reconocerlo.

—Según parece, se ha perdido —acabó el poeta con voz débil.

—Tira la espada —dijo el noble, y Félix obedeció—. ¡Sven! ¡Heinrich! ¡Atadle las manos!

Dos de los soldados corrieron a cumplir la orden, y Félix fue derribado de una patada. Cayó de cara en la nieve y sintió que una fría humedad

comenzaba a empaparle la ropa.

Al abrir los ojos descubrió que estaba tendido ante el cadáver de un lobo, y mientras miraba los ojos del animal enturbiados por la muerte, los soldados le ataron las manos a la espalda con rapidez y eficacia. Félix sintió que el metal se le clavaba en la piel, y le sorprendió que usaran algo más que simples cuerdas para sujetarlo.

A continuación, alguien le quitó la capucha de la capa y le levantó la cabeza, cogiéndolo por el pelo, al mismo tiempo que un aliento fétido le llegaba a la nariz. Unos ojos de fría locura se fijaron en los suyos, y él

recorrió con la mirada un rostro lleno de líneas y enmarcado por una barba grisácea. Una mano nudosa hizo un gesto ante su rostro, y al pasar por el aire dejó una estela de brillantes chispas. Era obvio que se trataba de un mago.

—No parece tocado por la corrupción de la Oscuridad —declaró el hechicero con una voz sorprendentemente melodiosa y culta—. Puede ser que diga la verdad, pero sabré algo más cuando lo lleve a la casa.

La cabeza de Félix volvió a caer en la nieve, y el poeta reconoció la voz del noble que habló después.

—A pesar de todo, no corras ningún riesgo con él, Voorman. Es un espía de nuestros enemigos, y lo quiero muerto.

—Averiguaré la verdad una vez que tenga mis instrumentos. ¡Si es un espía de los enemigos de la Orden, lo sabremos!

El noble se encogió de hombros y les volvió la espalda; obviamente descartó el asunto como indigno de su atención. Una bota volvió a patear a Félix en las costillas, y lo dejó sin aliento.

—Levántate y sube al trineo —dijo un fornido sargento—. Si te caes de él, te mato.

Félix recogió las piernas debajo del cuerpo y se puso de pie, tambaleándose. Después le lanzó una mirada feroz al sargento con la intención de memorizar cada uno de los rasgos de su rostro. Si salta de ésta con vida, se vengaría. Al ver su expresión, uno de los soldados enarboló la ballesta como para romperle la crisma, pero el mago sacudió la cabeza con amabilidad.

—Nada de violencia. Lo quiero ileso.

Félix se estremeció, porque en el sereno despego del mago había algo más atemorizador que en la irreflexiva brutalidad del soldado. A continuación,

subió al trineo.



Por lo que Félix pudo ver, la partida estaba formada por el noble, algunos de sus aduladores, los soldados y el mago. Los nobles iban en trineos tirados por caballos, y los soldados viajaban en los estribos o conducían los caballos desde la parte delantera.

Junto a él estaba sentada la joven mujer, que tenía el cabello de puro color de plata y los ojos dorados. Poseía

una pulcra belleza rapaz y una actitud altiva natural que en nada disminuía a causa del collar de cadena que la unía a la barra trasera del trineo, ni de los extraños grilletes grabados con runas que le sujetaban las manos a la espalda.

—Félix Jaeger —murmuró él a modo de presentación, pero ella no dijo nada; se limitó a sonreír con frialdad, y luego pareció retirarse a su propio interior, para no volver a acusar recibo de la presencia del poeta.

—Guardad silencio —les dijo el mago, que iba sentado delante de ellos, cuyo tono sereno y quedo contenía una amenaza mayor que las feroces miradas



de todos los guardias juntos.

Félix decidió que no lograría nada desafiando al anciano, mientras lanzaba otra mirada al bosque que los rodeaba con la esperanza de ver alguna señal de Gotrek; pero no había ni rastro del Matatrolls por ninguna parte. Félix cayó en un sombrío silencio. Dudaba de que el enano pudiera adelantárseles, pero al menos podría seguir las huellas de los trineos, siempre y cuando no nevara demasiado.

¿Y luego, qué? No lo sabía. Sentía todo el respeto del mundo por los formidables poderes para matar y destruir de Gotrek, pero dudaba de que

ni siquiera el Matatrolls pudiese derrotar a aquel pequeño ejército.

De vez en cuando, se arriesgaba a echarle un fugaz vistazo a la mujer que estaba sentada junto a él, y advirtió que también ella lanzaba ansiosas miradas hacia los árboles. No logró decidir si esperaba que unos amigos acudieran a rescatarla, o simplemente estaba midiendo la distancia de la carrera que podría conducirla hacia la libertad.

Un lobo aulló a lo lejos, y una extraña sonrisa inhumana contorsionó los labios de la mujer, lo que hizo que Félix se estremeciera y apartase la vista.



El poeta casi se alegró cuando la casa solariega surgió en medio de la tormenta. Los contornos de la mansión, baja y sólida, quedaban parcialmente desdibujados por los copos de nieve que flotaban por el aire, y vio que estaba construida en piedra y troncos.

Se sentía tan agotado que le resultaba difícil creerlo. El hambre, el frío y la larga caminata por la nieve lo habían llevado casi al límite de sus fuerzas. Entonces se le ocurrió que aquél era su punto de destino y que allí

sería la víctima de cualquier terrible plan que el hechicero pudiese tener en mente; pero simplemente le resultaba imposible reunir la energía necesaria para preocuparse. Lo único que deseaba era tumbarse en un sitio cálido y dormir.

Alguien tocó un cuerno, las puertas se abrieron, los trineos con los soldados que los acompañaban entraron en un patio y las puertas volvieron a cerrarse tras ellos.

Félix tuvo la oportunidad de recorrer el patio con los ojos. Por los cuatro lados lo flanqueaban los muros de la casona fortificada, y el poeta

revisó su primera opinión. No se trataba tanto de una casa solariega como de una fortaleza construida para resistir un asedio en el caso de ser necesario. Imprecó, ya que las posibilidades que tenía de escapar parecían en ese momento más escasas que nunca.

Todos los miembros de la partida bajaron de los trineos, los nobles pidieron que les trajeran vino caliente con especias, y alguien les ordenó a los conductores que se encargasen de que los caballos fueran llevados a los establos. Reinaba un bullicioso desorden, y la respiración de hombres y bestias salía de sus bocas como humo.

Los guardias llevaron a Félix a empujones hacia el interior del edificio, que era frío y húmedo, y olía a tierra, pino y humo de madera rancia. Una enorme chimenea ocupaba todo el centro de la sala de entrada, donde guerreros y nobles se paseaban pisando fuerte, agitando los brazos y rodeándose con ellos para defenderse del helor mientras los sirvientes corrían para servirles copas de vino caliente especiado. A Félix se le hizo la boca agua al percibir aquel aroma.

Uno de los guerreros colocó apresuradamente leña en la chimenea, y luego se puso a frotar un pedernal del

que saltaron chispas; pero la húmeda madera se negaba a prender.

El hechicero lo observó con creciente impaciencia, hasta que, tras encogerse de hombros, hizo un gesto y pronunció una palabra en el idioma ancestral. Una pequeña erupción de llamas saltó desde la punta de su ahusado dedo índice sobre la leña, que siseó entre un rugido de llamas. El olor a ozono colmó el aire. Unas llamas azules se agitaron alrededor de los maderos, y luego todos ellos prendieron a la vez, y las sombras retrocedieron danzando.

Los nobles y el hechicero

atravesaron otra puerta hasta el interior de una segunda sala, y dejaron a los guerreros y a los prisioneros a solas. Por un momento, reinó un silencio tenso, y después los hombres se pusieron a hablar a la vez. Todas las palabras que los soldados habían contenido durante el largo viaje en trineo salieron como un torrente por sus bocas.

—¡Por el Martillo de Sigmar, vaya una pelea! ¡Pensaba que esos lobos iban a cargársenos con total seguridad!

—Nunca he sentido tanto miedo como cuando vi a esas bestias peludas salir de los árboles. Esos dientes parecían muy afilados.



—¡Sí, pero morían bastante rápido cuando les metías una flecha de ballesta por un ojo, o les atravesabas la sarnosa piel con treinta centímetros de buen acero imperial!

—De todas maneras, lo que ha ocurrido no es natural. ¡Jamás he oído decir que los lobos atacaran a un grupo tan grande! Ni tampoco los he visto pelear con tantas ganas, ni durante tanto tiempo.

—¡Creo que podemos culpar a la bruja de *eso*!

La muchacha les devolvió una mirada impasible, hasta que ninguno de ellos pudo sostenerla, y Félix advirtió

que tenía unos ojos extraños. En la creciente oscuridad, reflejaban la luz del fuego como lo harían los de un sabueso.

—Sí, menos mal que teníamos al hechicero con nosotros. ¡El viejo Voorman les demostró lo que es la verdadera magia, y nada de bromas!

—¿Me pregunto para qué la querrá el conde?

Al oír eso, una gélida sonrisa pasó por el rostro de la muchacha, y dejó al descubierto unos dientes pequeños, blancos y muy, muy afilados. La voz con que habló luego era baja, cautivadora y extrañamente musical.

—Vuestro conde Hrothgar es un estúpido si cree que puede retenerme aquí o matarme sin que mi muerte sea vengada. Y vosotros sois unos idiotas si pensáis que podréis abandonar este lugar con vida.

El sargento echó hacia atrás una mano enfundada en un guantelete, y le dio un golpe que le dejó una nítida roja marca en la mejilla. La cólera llameó en los ojos de la muchacha, tan ardiente, infernal y feroz que el sargento se apartó como si lo hubiesen golpeado a él. La joven volvió a hablar y sus palabras fueron frías y controladas.

—¡Escuchadme! Tengo el don de la

videncia. Los velos que ocultan el futuro no me ciegan; todos vosotros, cada uno de los miserables lacayos del conde Hrothgar, moriréis. ¡No saldréis de este lugar con vida!

Tal era la imponente certidumbre de su voz que todos los hombres presentes quedaron petrificados y sus semblantes se pusieron blancos de miedo mientras se miraban unos a otros con horror. Félix no dudaba de sus palabras. El fornido sargento fue el primero en rehacerse; desenvainó la daga, avanzó hacia la muchacha y sostuvo el arma ante los ojos de ella.

—En ese caso, tú serás la primera en

morir, bruja —dijo, pero la muchacha lo miró, impertérrita.

Alzó la daga para herirla, y Félix, lleno de ira, se lanzó hacia adelante, cargado de cadenas como estaba, chocó contra el sargento y, cuando oyó que profería un ronco gorgoteo al recibir el golpe, experimentó una punzada de salvaje exultación por haber podido vengarse un poco del hombre que lo había pateado.

Los otros soldados lo pusieron en pie a la fuerza y comenzaron a propinarle golpes que hicieron aparecer estrellas danzantes ante sus ojos. Cayó al suelo y se enroscó como una bola con

la cabeza contra el pecho y las rodillas recogidas sobre el estómago, mientras las botas se estrellaban en su cuerpo y el dolor amenazaba con abrumarlo. Una patada que le dio en la frente le lanzó la cabeza hacia atrás, y la oscuridad descendió momentáneamente sobre él.

En ese momento, estaba asustado de verdad, porque los furiosos soldados eran capaces de continuar castigándolo hasta la muerte, y no había nada que él pudiese hacer para impedirlo.

—¡Basta! —bramó una voz que reconoció como la del hechicero—. Esos dos me pertenecen. ¡No lesionéis a ninguno de ellos!

Las patadas cesaron, y Félix fue puesto de pie sin miramientos. Miró a su alrededor con ojos desorbitados y vio el creciente charco de líquido rojo que rodeaba la figura tendida del sargento.

Uno de los soldados volvió al hombre boca arriba, y entonces vio el cuchillo que tenía clavado en el pecho. El sargento mostraba unos ojos muy abiertos y fijos, y su rostro estaba blanco. El pecho no se alzaba ni descendía, y Félix pensó que debía haber caído sobre el arma cuando él lo derribó.

—Arrojadlos a la bodega —dijo el hechicero—. Ya hablaré con ellos más

tarde.

—¡Las muertes han comenzado! — dijo la muchacha con una nota de triunfo en la voz. Después miró el creciente charco de sangre y se lamió los labios.



La bodega era húmeda, y olía a madera, metal y al contenido de los barriles. Félix captó el aroma de la carne ahumada y también el del queso. Eso lo hizo sentir más hambriento de lo que ya



estaba, y entonces recordó que hacía dos días que no comía nada.

Un tintinear de cadenas le hizo acordarse de la muchacha, cuya presencia percibió en la oscuridad; podía oír su ligera respiración, por lo que dedujo que se encontraba cerca de él.

—¿Cómo te llamas, señora? —le preguntó y, como durante un momento reinó el silencio, comenzó a preguntarse si le respondería.

—Magdalena.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué te han encadenado?

Siguió otro largo silencio.

—Los soldados creen que eres una bruja. ¿Lo eres?

Otro silencio.

—No.

—Pero tienes el don de la videncia y los lobos lucharon por ti.

—Sí.

—No eres muy comunicativa, ¿verdad?

—¿Y por qué debería serlo?

—Porque estamos los dos en el mismo barco, y tal vez juntos podríamos escapar.

—No hay escapatoria. Aquí sólo hay muerte. Pronto será de noche, y entonces mi padre vendrá.

Hizo aquella declaración como si estuviese convencida de que era una respuesta completa, y en su voz había la misma demente certidumbre que cuando predijo la muerte de todos aquellos hombres armados en el salón de la entrada.

Félix se estremeció. No le resultaba agradable pensar que se encontraba en un sótano oscuro a solas con una mujer loca, y menos agradable era considerar la alternativa de la locura.

—¿Qué quieren de ti?

—Soy el cebo que han puesto en la trampa para mi padre.

—¿Y para qué quiere el conde a tu

padre?

—No lo sé. Durante generaciones, los míos han vivido en paz con la gente del conde, pero Hrothgar no es como sus predecesores. Ha cambiado. Él y su hechicero mimado tienen algo de corruptos.

—¿Cómo te capturaron?

—Voorman es un brujo, y me siguió la pista con hechizos. Su magia es demasiado fuerte para mí; pero pronto mi padre vendrá a buscarme.

—Tu padre debe ser un hombre verdaderamente poderoso si es capaz de vencer a todos los ocupantes del castillo.

No hubo más respuesta que una queda, jadeante risa, y Félix supo que cuanto antes saliese de allí, mucho mejor.



Se abrió la puerta que conducía a la bodega, y un haz de luz iluminó la oscuridad. Unos andares pesados anunciaron la llegada del brujo Voorman, que sujetaba un farol en una mano y en la otra tenía un báculo en el que se apoyaba. Torció el cuello y alzó

la cara para mirar el rostro de Félix.

—¿Estabas manteniendo una interesante charla con el monstruo, muchacho?

Algo que había en el tono del hombre le resultó irritante.

—No es un monstruo, sino sólo una mujer joven y engañada.

—No dirías eso si supieras la verdad, muchacho. Si llegara a quitarle esos grilletes que la retienen, tu cordura se haría añicos en un instante.

—¿De verdad? —dijo Félix con cierta ironía, y el mago rió disimuladamente.

—Estás muy seguro de ti mismo,

¿no? Eres tan ignorante de cómo es el mundo en realidad... ¿Qué me dirías si te contara que los cultos dedicados a adorar al Caos plagan nuestra tierra y que pronto acabarán con todo el orden del Imperio? —El brujo hablaba con un tono casi jactancioso.

—Diría que, tal vez, estás en lo cierto. —Se dio cuenta de que esa réplica había sorprendido al hechicero. Voorman había esperado la habitual negación indiferente de semejantes cosas, que era propia de las clases educadas del Imperio.

—Me resultas interesante, muchacho. ¿Por qué dices eso?

El propio Félix se preguntó por qué lo había dicho, ya que era admitir un conocimiento que podría hacerlo arder en la hoguera si lo oía un cazador de brujas. No obstante, en ese preciso momento tenía frío, estaba hambriento y no le gustaba que aquel mago altanero e irritante lo tratara con aire paternalista.

—Porque he visto la prueba de ello con mis propios ojos.

Oyó la repentina inspiración del hechicero, y tuvo la sensación de que por primera vez había logrado captar toda su atención.

—¿De verdad? La Era de los



Cambios se avecina, ¿verdad? ¿*Arakkai Nidlek Zarug Tzeentch*? —Voorman hizo una pausa como si esperase respuesta, con la cabeza ladeada. Se frotó la nariz con un largo dedo huesudo, y su aliento fétido llegó hasta el olfato del poeta.

Félix se preguntó qué estaba sucediendo. Las palabras habían sido pronunciadas en un idioma que ya había oído antes, durante los rituales de los depravados adoradores a los que él y Gotrek habían interrumpido en una Noche de Difuntos. El nombre *Tzeentch* le resultaba demasiado familiar y atemorizador, pues pertenecía

a uno de los más oscuros entre los Poderes Siniestros. Con lentitud, el aire de expectación abandonó a Voorman.

—No, tú no eres uno de los Elegidos, y sin embargo conoces las palabras de nuestra letanía, o al menos algunas de ellas. Puedo verlo en tus ojos. Pero no formas parte de la Orden. ¿Cómo es posible?

Resultaba obvio que el hechicero no esperaba una réplica, y que la última pregunta la había formulado más para sí mismo que para Félix. De pronto, desde el exterior de la fortaleza llegó el aullido de muchos lobos. El brujo dio un respingo, y luego sonrió.

—Ése debe ser el otro huésped que espero. Pronto tendré que marcharme. Antes consiguió escapar de la red, pero yo sabía que acudiría a buscar a la muchacha.

A continuación, el hechicero comprobó las cadenas que retenían a Magdalena, inspeccionó con atención las runas que tenían grabadas y luego, al parecer satisfecho de lo que había visto, sonrió afectadamente y se alejó cojeando. Al pasar miró a Félix, y éste sintió que se le erizaba la piel, pues sabía que el brujo estaba intentando decidir si debía matarlo o no. Entonces, el hechicero sonrió.

—No..., ya habrá tiempo suficiente más tarde. ¡Quiero hablar un poco más contigo antes de que mueras, muchacho!

El brujo cerró la puerta tras de sí y la luz se extinguió. Félix sintió que el horror aumentaba en su alma.

\* \* \* \* \*

No sabía cuánto tiempo había permanecido allí tendido mientras la desesperación crecía dentro de su corazón. Se encontraba atrapado en la

oscuridad, sin armas y con una mujer demente por única compañía. El brujo tenía intención de asesinarlo, y él no sabía dónde estaba el Matatrolls ni si tenía alguna posibilidad de rescatarlo. Era probable que Gotrek se encontrase perdido en alguna parte de los bosques, y con lentitud comprendió que si iba a salir de ésta, debería hacerlo por sus propios medios.

La cosa no pintaba bien. Tenía las manos encadenadas a la espalda, estaba cansado, hambriento, enfermo de frío y agotamiento, y le dolían las magulladuras resultantes de la paliza recibida con anterioridad. El brujo no

llevaba al cinturón la llave de los grilletes, y él no disponía de ninguna arma.

«Bueno, una cosa por vez —se dijo—. Veamos qué puedo hacer respecto a las cadenas». Se encogió con las piernas contra el pecho, y las cadenas quedaron reunidas alrededor de sus tobillos. Luego, a fuerza de culebrear y retorcerse, pasó los brazos por debajo del cuerpo, de modo que quedaron ante su cuerpo. El esfuerzo lo dejó jadeante y con la sensación de haberse dislocado los brazos, pero al menos entonces podía moverse con mayor libertad y la sección de gruesa cadena

enroscada que tenía entre las manos le serviría como arma. De modo experimental, la agitó ante sí, y oyó un sonido sibilante cuando ésta hendió el aire.

La muchacha rió como si comprendiera lo que estaba haciendo. Luego, Félix avanzó con cautela, colocando un pie delante del otro con mucho tiento para reconocer el suelo que pisaba, como lo haría un hombre al borde de un precipicio. No sabía con qué podía tropezar en la oscuridad, pero pensó que lo más prudente era ser cuidadoso, ya que sería un mal momento para caer y dislocarse un

tobillo.

Su cautela se vio recompensada cuando su pie se posó sobre una escalera, y ascendió por ella lenta y cuidadosamente. Por lo que podía recordar, no describía ninguna curva y, al fin, las manos tendidas ante sí tocaron algo de madera. Las cadenas tintinearón con suavidad al balancearse, y Félix se quedó inmóvil y escuchó. Le pareció que desde algún lugar lejano le llegaba el ruido de hombres que luchaban y de lobos que aullaban.

«Maravilloso —pensó con amargura—. Los lobos han conseguido entrar en la casa». Se imaginó las largas siluetas



esbeltas corriendo por la casa solariega, y la desesperada batalla que tenía lugar entre hombres y bestias a pocos pasos de donde él estaba. No era un pensamiento tranquilizador.

Durante un largo momento, permaneció indeciso; luego empujó la puerta, pero ésta no se movió. Se maldijo y buscó a tientas un picaporte. Sus dedos se cerraron sobre un aro de metal, que él hizo girar para después tirar hacia sí; la puerta se abrió. Se encontró mirando una larga escalera débilmente iluminada por la oscilante llama de un farol, y al tender la mano para cogerlo, pensó en la muchacha.

Por muy extraña que fuese, también era una prisionera, y él no iba a dejarla librada a la tierna misericordia de Voorman. Descendió de lado por la escalera y le hizo señas para que lo siguiera, momento en que captó algo extraño en su rostro. Estaba pálido, tenso, con aspecto salvaje, y vio que, sin duda, los ojos reflejaban la luz como los de un animal. Toda su apariencia tenía un aire inhumanamente feroz, que no tranquilizó a Félix en lo más mínimo. Comenzó a ascender hacia lo alto de la escalera, pero la muchacha lo empujó a un lado y pasó delante. Félix se alegró de no tener aquellos ojos fieros clavados

en la espalda.

\* \* \* \* \*

El sonido de la lucha se hizo más claro. Los lobos aullaban y sonaban gritos de guerra. Magdalena abrió la puerta de lo alto de la escalera, y ambos volvieron a encontrarse en medio de los corredores de la mansión. El lugar estaba desierto y, al parecer, todos los guardias habían sido atraídos por el estruendo de la batalla. Una hilera de puertas flanqueaba el corredor, y en un

extremo había una escalera que ascendía, mientras que el otro extremo estaba rematado por una puerta; de ahí procedían los ruidos de la refriega. Félix arrugó la nariz cuando creyó percibir olor a quemado, y en algún lugar lejano los caballos relincharon de terror.

La prudencia le aconsejó dirigirse hacia la escalera y alejarse de la batalla, ya que no formaba parte de ninguna de las facciones y el hecho de que lo descubriesen podría resultar fatal. Cuanto más lucharan los otros entre sí, más disminuirían las probabilidades contra él y más fácil le resultaría escapar.

Magdalena, no obstante, pensaba de modo diferente, ya que avanzó hacia la puerta del otro extremo, la que conducía hacia la batalla. Félix la cogió por las cadenas y tiró de ellas, pero la muchacha no se detuvo. A pesar de que el poeta era más alto y corpulento, ella poseía una fortaleza sorprendente, superior a la de él.

—¿Adónde vas?

—¿Adónde crees que voy?

—No seas estúpida; allí no puedes hacer nada.

—¿Qué sabes tú?

—Echemos una mirada por aquí.

Tal vez en el piso de arriba podamos

encontrar una forma de quitarnos las cadenas.

Por un momento, pareció indecisa. La última frase, sin embargo, la convenció, y subieron juntos por la escalera. A sus espaldas, los aullidos y gritos de guerra alcanzaron un crescendo para interrumpirse luego de modo brusco. Por un momento, Félix se preguntó qué habría sucedido. ¿Habrían vencido los lobos a los defensores de la plaza?

Luego oyó soldados que comenzaban a gritarse otra vez los unos a los otros y unas voces nobles que les ordenaban a los hombres que llevaran

dentro a los heridos, y se dio cuenta de que los hombres habían ganado... de momento.



Al final de la escalera, había una ventana que daba al patio de la casa fortificada, y desde ella el poeta vio que había docenas de lobos muertos afuera, y tal vez cinco heridos humanos. La sangre teñía la nieve de rojo.

—¿Cómo demonios se abrió esa puerta? —oyó que preguntaba el conde

Hrothgar, y se formuló la misma pregunta a sí mismo al reparar en que todas las puertas estaban abiertas de par en par; los lobos habían entrado por ellas. Luego vio aquella cosa, y ya no necesitó más explicación.

Sobre el tejado de los establos yacía una silueta gris, mitad hombre y mitad lobo, que hizo que a Félix se le erizara el pelo de la nuca. El hombre lobo se levantó y saltó del tejado para desaparecer de la vista, mientras Félix consideró si se trataba de una imaginación. Ofreció una plegaria a Sigmar para implorarlo que fuese así, pero de alguna forma, en el fondo del



corazón, lo dudaba. Tenía la impresión de que habían llegado los hijos de Ulric.

—Continuemos —murmuró, para luego volverse y avanzar por el corredor.



Entraron en una biblioteca con librerías tan altas que era necesaria una escalera para llegar hasta los volúmenes de los estantes más altos que cubrían las paredes. A Félix le sorprendió el tamaño de la estancia, ya que el conde

Hrothgar no le había parecido un hombre erudito. Esa habitación era digna de uno de los antiguos profesores que él había tenido en la Universidad de Altdorf. Supuso, entonces, que pertenecía al hechicero.

Paseó la mirada por los títulos, y vio que la mayoría estaban escritos en Alto Clásico, la lengua de los eruditos de todo el Viejo Mundo. Los que podía ver trataban principalmente sobre viajes de exploración, mitos y leyendas ancestrales, y había Libros del Saber compilados en idioma enano.

Sobre el escritorio situado enfrente de él había un libro abierto, y Félix se

acercó y lo cogió. El tomo estaba encuadernado en cuero, no tenía título alguno estampado en el lomo, y las páginas de pergamino eran gruesas, ásperas y obviamente antiguas. Para lo grueso que era el libro, la escasa cantidad de páginas que tenía resultaba asombrosa. No se trataba de un libro impreso con los tipos intercambiables perfeccionados por el Gremio de Impresores, sino que estaba hecho al estilo antiguo, copiado a mano e iluminado en los márgenes. Tras observarlo, Félix comenzó a leerlo, y pronto deseó no haberlo hecho. Magdalena reparó en la expresión de su

rostro.

—¿Qué pasa? ¿Algo malo? ¿Qué dice?

—Es una especie de grimorio... Trata de un cierto tipo de magia.

Y así era. Tradujo laboriosamente del Clásico y un escalofrío de horror lo hizo estremecer. Por lo que podía ver, se trataba del hechizo de la transmutación del alma, una invocación destinada a permitir que un hombre intercambiara su mismísima esencia con la de otro para robarle el cuerpo y la apariencia. Si lo que afirmaba el libro era cierto, le permitiría al brujo tomar posesión del cuerpo de cualquier

persona.

En otro tiempo y en otro lugar, todo aquello le habría resultado absurdo, pero en ese sitio apartado pensaba que era bastante probable. La locura de aquello no parecía desubicada.

Nada de eso lo tranquilizó. Se encontraba encerrado en una fortaleza aislada, con un grupo de adoradores dementes y sus soldados. La fortaleza estaba rodeada de lobos hambrientos y con las comunicaciones cortadas por una ventisca invernal y, como si todo eso no fuese suficiente, si sus sospechas eran ciertas había no uno, sino dos lobos humanos dentro de las murallas

de la casa, y uno de ellos se encontraba detrás de él. A Félix se le erizó la piel.

\* \* \* \* \*

Recorrieron el segundo piso del castillo por pasillos iluminados con antorchas de oscilante llama, en los que resonaban los aullidos de los lobos. Un suave y desagradable olor, como de pelo mojado y sangre, llegó a la nariz de Félix justo antes de girar en un recodo. Se asomó con cautela al otro lado y vio que en el suelo yacía el cadáver de un

soldado. Tenía los ojos abiertos de par en par, y el pecho desgarrado por zarpas enormes. Su rostro estaba tan blanco como el de un vampiro, y la sangre manaba por donde unas enormes fauces le habían arrancado parte de la yugular.

Cerca del cadáver, que tenía una daga sujeta al cinturón, yacía una espada. Félix se volvió para mirar a la muchacha, y al ver que sonreía con malevolencia sintió deseos de coger la espada y matarla; pero no lo hizo. Se le ocurrió que tal vez podría usarla como rehén para llegar a un acuerdo a hombre lobo, pero tras darle algunas

vueltas en la cabeza a esa idea, la descartó como algo poco práctico y deshonroso.

En cambio, se inclinó sobre el hombre y le quitó la daga que tenía una hoja larga y muy afilada, casi tan fina como un estilete, y luego estudió la cerradura de los grilletes. Era grande, pesada y de factura tosca, así que cogió la daga con la mano derecha y la metió dentro de la cerradura de la muñeca izquierda. Sintió que el mecanismo se movía cuando la punta encajó en el sitio correcto. Durante largos y tensos momentos, sondeó e hizo girar la daga, y luego se oyó un chasquido, y el



grillete quedó abierto. A Félix se le quitó un gran peso de encima cuando vio que el grillete se deslizaba de su muñeca, e intentó repetir el proceso con la derecha; pero la mano izquierda era más torpe y necesitó más tiempo para conseguirlo.

Los segundos se transformaron en minutos, y mientras se afanaba no dejaba de imaginarse que aquella horrible silueta con cabeza de lobo se le acercaba sigilosamente. Por fin, se oyó otro chasquido, y la otra mano le quedó libre. Se volvió sonriendo con aire triunfal, y la sonrisa se desvaneció de sus labios: la muchacha había

desaparecido.



Félix avanzaba con cautela por la casa solariega. Los lobos habían guardado silencio una vez más, y la espada le pesaba como la muerte en las manos. En su recorrido, había encontrado otros dos cadáveres de soldados, ambos con la garganta desgarrada y con expresión de horror en el rostro. Un extraño olor a almizcle colmaba el aire.

Consideró las opciones que tenía.

Podía cruzar el patio a la carrera, pero no le parecía sensato. En el exterior, la nieve cubría el suelo, y los lobos infestaban los bosques; incluso sin aquella malevolente presencia, dudaba de que pudiese llegar muy lejos sin comida ni equipo apropiado para el invierno.

Dentro de la mansión estaban el hechicero que quería matarlo y los hijos de Ulric, además de un pequeño ejército de soldados aterrados para quienes era un extraño. Tampoco eso parecía demasiado prometedor.

El sentido común le dictaba que buscara un lugar para ocultarse y

esperara a que un bando acabase con el otro. Tal vez en lo más alto podría encontrar un desván donde esconderse, o quizás hubiese alguna habitación tranquila donde...

Oyó voces que se acercaban, y la puerta del fondo del corredor comenzó a moverse. A toda velocidad, abrió la puerta que tenía a su lado, se coló por ella y la cerró. Entonces se dio cuenta de que debía de encontrarse en el estudio del conde Hrothgar porque había un sólido escritorio bajo una ventana y, desde las paredes, lo miraban con severidad los retratos de familia. Una armadura bruñida hacía

silenciosa guardia en un nicho, y cortinas drapeadas cubrían las ventanas.

El mismo instinto lo impulsó a correr hacia el otro lado de la habitación y meterse detrás de las cortinas; lo hizo justo a tiempo, porque pocos segundos después se abrió la puerta y entraron dos hombres con pasos sonoros. Félix reconoció las voces, ya que una pertenecía al conde y la otra al hechicero.

—¡Maldición!, Voorman; pensaba que habías dicho que tus cadenas los mantendrían sujetos como las garras de un demonio. ¿Cómo pueden haber desaparecido?

—Los hechizos no fueron rotos, porque yo lo habría percibido. Sospecho que emplearon medios más corrientes. Tal vez uno de tus hombres...

—¿Estás sugiriendo que uno de mis hombres podría estar confabulado con esos seres?

—O uno de tus sirvientes. Ellos viven aquí todo el año. ¿Quién sabe? Los hijos de Ulric han vivido en esta tierra más tiempo que tú, y dicen que las gentes de esta zona solían adorarlos, o por lo menos ofrecerles sacrificios.

—Tal vez, tal vez. Pero ¿puedes encontrar a los prisioneros? Es imposible que se hayan desvanecido en

el aire. ¿Y qué me dices de mis hombres? Más de la mitad están muertos, y la otra mitad ha enloquecido de miedo, y se sobresaltan aunque vean una simple sombra. Será mejor que hagas algo pronto, hechicero, o tendrás que darle algunas explicaciones al Magister Magistorum. Las cosas no están saliendo como tú prometiste que saldrían.

—No te dejes ganar por el pánico, excelencia. Mi magia prevalecerá, y nuestra causa saldrá fortalecida gracias a ello. La Era de los Cambios se avecina, y tú y yo habremos logrado ejercer una parte de la bendita magia de Tzeenatch.

Seremos inmortales e invulnerables.

—Tal vez, pero de momento al menos una de las bestias anda suelta entre estos muros, o quizá dos, si te equivocas en lo referente al muchacho.

—No importa. El hechizo de la transmutación está a punto, y pronto la victoria final será nuestra. Iré a buscar nuestro recipiente.

—Vas a buscar nuestro recipiente, ¿verdad, brujo? Más probable es que estés planeando una traición. ¡Ve con cuidado! ¡El Magister me dio los medios para enfrentarme a ti en caso de que resultaras desleal a la Orden! —Se oyó un tintineo metálico al ser



desenfundada un arma.

—Guárdala, conde. —El hechicero parecía nervioso—. No conoces el poder de una cosa como ésa. No habrá necesidad de usarla.

—Asegúrate de que así sea, Voorman; asegúrate de que así sea.

La puerta se abrió y volvió a cerrarse, y Félix oyó que el noble se dejaba caer en una silla. Por un instante, se preguntó qué sería aquella Orden. ¿Quién sería ese misterioso Magister? Muy probablemente, el jefe de algún culto terrible. Luego descartó esos pensamientos, ya que tenía otras cosas por las que preocuparse.

Apartó la cortina a un lado y vio la coronilla calva del conde, y una daga que se encontraba sobre el escritorio ante él. Estaba cubierta de extrañas runas resplandecientes; el intento de reseguir las líneas de los caracteres hizo que le doliesen los ojos. A pesar de eso, la daga podría resultarle útil.

El noble se frotó el cuello al sentir la corriente de aire frío que procedía de la ventana que tenía detrás, y luego comenzó a tender la mano hacia la daga, pero Félix saltó fuera de su escondite para golpear la cabeza del conde Hrothgar con el puño de la espada, y éste cayó como un árbol

talado.

Con cuidado, el poeta tendió una mano hacia la daga, y se le erizó la piel cuando ésta se acercó a la hoja. Una energía peligrosa radiaba del objeto, y al cogerla por la empuñadura advirtió que estaba recubierta por un metal opaco: plomo. Se dio cuenta de que antes de ese momento había visto un resplandor semejante al del arma.

Al parecer, para la creación de la misma se había empleado piedra de disformidad, y podía ser tan peligrosa para quien la blandía como para la víctima. Encontró la funda de la cual la había sacado el conde, y vio que estaba

ferrada de plomo. El poeta se sintió un poco mejor después de envainarla.

Por un instante, consideró la posibilidad de deshacerse de la daga, pero sólo por un instante. En aquel sitio infernal, podría constituir la única protección con que contaría, así que se sujetó la vaina al cinturón y se dispuso a marcharse.

\* \* \* \* \*

En la cocina había tres sirvientes muertos, y también ellos tenían la

garganta arrancada. Daba la impresión de que el hombre lobo estaba decidido a asesinar a todos los que estuvieran en la casa, y Félix no dudaba de que él estaría incluido en el ajuste de cuentas.

El espectáculo de los cadáveres estuvo a punto de lograr que Félix perdiera el apetito, pero sólo a punto. Sobre la mesa había encontrado pan recién hecho y queso, y de la despensa sacó carne de vaca, y se puso a engullir con avidez; le pareció la mejor comida que había probado en toda su vida.

Se abrió la puerta y entraron dos hombres de ojos desorbitados que miraron los cadáveres; luego lo miraron

a él, y sus ojos se llenaron de miedo. El poeta tendió una mano hacia la espada desnuda que descansaba sobre la mesa.

—Tú los has matado —dijo uno de ellos al mismo tiempo que lo señalaba con un dedo acusador.

—No seas estúpido —dijo Félix, cuyas palabras quedaron amortecidas por el pan y el queso que le llenaban la boca—. Les han arrancado la garganta —continuó después de tragar—. Ha sido la bestia.

Los hombres se quedaron atónitos. Parecían demasiado asustados como para atacarlo, y a la vez sentían una cólera alimentada por el miedo.

—¿La has visto? —le preguntó uno, al fin, y él asintió.

—¿Cómo es?

—¡Grande! Cabeza de lobo, cuerpo de hombre.

Un aullido espeluznante resonó por los salones, y comenzó a acercarse. Los hombres dieron media vuelta para lanzarse a través de la puerta hacia el patio y, al hacerlo, unas esbeltas siluetas grises saltaron hacia ellos y los derribaron. Los lobos habían estado esperando, silenciosos, en el exterior.

Félix echó a correr, pero llegó demasiado tarde para ayudar a los hombres y, al mirar hacia afuera, vio

que la puerta de la fortaleza estaba otra vez abierta. Alguien que parecía ser la muchacha se encontraba cerca de la misma y tenía la cabeza echada hacia atrás en un gesto que parecía indicar que reía.

Con precipitación, cerró la puerta y le echó el cerrojo. Se encontraba atrapado, pero al menos el ser que había aullado no estaba entonces más cerca que antes, así que volvió a sentarse ante la mesa, decidido a acabarse la comida.

\* \* \* \* \*



Una vez más, Félix se deslizó cautelosamente por los corredores, con la espada en una mano y la relumbrante daga en la otra. Había permanecido sentado en la cocina durante tanto tiempo como fue capaz, mientras el miedo se instalaba en sus entrañas. Finalmente, le había parecido mejor idea salir a encontrarse de cabeza con su destino que permanecer quieto como un conejo asustado.

Entró en un gran salón de techo alto, del cual pendían estandartes con la divisa del conde Hrothgar. Las cabezas de muchos animales —trofeos de caza

— cubrían las paredes: dentro de la estancia se encontraban dos personajes. Uno era el hechicero, Voorman, y el otro era el hombre lobo. Este último era monstruoso; superaba en más de medio cuerpo la estatura de Félix, y su pecho era más grueso que un barril. Unas garras enormes remataban sus largos brazos, y un odio imperecedero brillaba en sus ojos rojos de lobo.

—Has venido como sabía que lo harías —dijo el hechicero, y al principio Félix se preguntó cómo sabía el hechicero que él se encontraba allí, aunque luego se dio cuenta de que Voorman estaba hablando con el

hombre lobo.

—Y tú vas a morir.

Los labios, que no estaban hechos para el habla humana, machacaron las palabras. El hechicero retrocedió con la capa ondulando al aire, y una luz destelló alrededor del báculo que sujetaba. El hombre lobo permaneció inmóvil durante un momento, y luego tendió una de sus zarpas descomunales y le arrancó la cabeza a Voorman. El cuerpo del hechicero avanzó con paso tambaleante, y la sangre que manaba de su cuello roció a la bestia.

Del exterior llegaba el sonido de los lobos en combate. «Sin duda —pensó

Félix—, están acabando con los últimos supervivientes». Contempló a la bestia con prudencia.

La sangre del hechicero continuaba manando, y sobre su cadáver se formó una nube de vapor que adquirió la forma de Voorman, que estiró los brazos con gesto triunfante y flotó hacia el hijo de Ulric. La niebla entró por la boca y las fosas nasales de la criatura, que se quedó quieta durante un momento mientras se aferraba la garganta; al parecer era incapaz de respirar. La luz se desvaneció de sus ojos para ser reemplazada por un infernal resplandor verde.

Cuando la criatura volvió a hablar, lo hizo con la voz de Voorman.

—Al fin —dijo—. El hechizo de la transmutación ha sido un éxito. La inmortalidad y el poder son míos, y la fuerza de la bestia me pertenece. Viviré hasta que el Señor Tzeentch venga a reclamar el mundo para sí. Es verdad que todas las cosas son mutables.

Félix se quedó pasmado cuando comprendió con horror lo que acababa de presenciar. El plan de Voorman se había cumplido completamente. La trampa se había disparado y la corrupta alma del brujo había tomado posesión del cuerpo del hombre lobo. Su

inteligencia maligna y su hechicería continuarían viviendo dentro de aquella forma monstruosa, ya que Voorman poseía desde entonces la fuerza y la invulnerabilidad de los hijos de Ulric, además de sus propios diabólicos poderes.

Con lentitud, los ojos terribles fueron a posarse sobre Félix, y éste sintió que lo abandonaban las fuerzas bajo aquella funesta mirada. En el exterior, los lobos gimotearon de miedo, y se oyó el bramido de un grito de guerra que al poeta le sonó extrañamente familiar. El hombre lobo hizo un gesto, y Félix, hipnotizado, se

acercó hasta quedar a tiro de las descomunales zarpas manchadas de sangre. En ese momento, Voorman extendió los brazos y las afiladas zarpas comenzaron a acercarse...

El poeta logró vencer el miedo y se agachó al mismo tiempo que atacaba con la espada. Fue igual que si intentara clavársela a una estatua de piedra, porque el afilado borde de la hoja rebotó. El zarpazo de respuesta del hombre lobo le rasgó el justillo, y sintió un agudo dolor en el flanco, donde las garras penetraron profundamente. Félix se alejó de un salto. Sólo el hecho de que sus reflejos fueran veloces como los

de una serpiente había evitado que el hombre lobo lo destripara.

Las cosas parecían suceder a cámara lenta. El hombre lobo giró para encararse con Félix mientras éste describía círculos a su alrededor. La bestia saltó con un ímpetu tan irresistible como el del rayo, cayó sobre el joven y sus enormes brazos lo rodearon con una fuerza que amenazaba con partirle las costillas como si fueran ramitas. Desesperado. Félix lo apuñaló con la daga que llevaba en la mano izquierda, y que, para su sorpresa, atravesó la piel del hombre lobo. De la herida se desprendió olor a



carne podrida, y el hombre lobo echó la cabeza hacia atrás y aulló.

El poeta continuó apuñalándolo, y allá donde clavaba la daga, la carne se volvía blanda. La bestia lo cogía entonces con menos fuerza, así que se desasó y continuó apuñalándola. En el pelaje aparecieron manchas de color negro, como las que pueden verse en una fruta demasiado madura, y Félix siguió dando puñaladas al hombre lobo, que cayó, al fin. La podredumbre se propagó por todo su cuerpo hasta consumirlo por completo. El poderoso ser se marchitó sin más, vencido por las nocivas runas de la daga, y entonces el

resplandor infernal desapareció del arma, que quedó inerte en la mano del joven. El poeta abrió los dedos y la dejó caer el suelo.

Pasó un largo rato antes de que pudiese levantarse y recorriera el salón con la mirada. La muchacha se encontraba de pie en la entrada, con aire hosco, y Gotrek se erguía detrás de ella como un verdugo, con la hoja de su descomunal hacha apoyada contra el cuello de Magdalena.

—Creí que nunca llegaría al final de esas malditas huellas. Y también tuve que matar a unos cincuenta lobos para entrar aquí —dijo el Matatrolls

mientras inspeccionaba la escena de la carnicería con aire profesional—. Bueno, humano, al parecer has tenido una noche muy ocupada. Espero que me hayas dejado algo que pueda matar.